José Escalera

CONTORNOS

Aquel lunes, este lunes...

Contornos

José Escalera Peña

Título: Contornos
©2018, José Escalera Peña
Revisión: 1ª edición.
Todos los derechos reservados.

A don Manuel Millán Jiménez, que me dedicó su tiempo y me enseñó los rudimentos básicos para que pudiera escribir mis primeras aventuras cuando era un niño. Aquel taller sigue vivo en mi memoria. Yo lo recuerdo por los dos, con tu permiso.

Aquel domingo…

Despertó, podría decirse. Sí, estoy despierto, se dijo. Apretó los párpados y pestañeó; estiró su cuerpo hasta sacar los pies desnudos fuera de un incómodo y delgado colchón, que le pareció una colchoneta deshinchada. Bostezó con rudeza y miró a su alrededor. No recordaba nada. No sabía qué día era, ni quién era la chica de nariz sobresaliente y enormes pómulos que, según recordaba con dificultad, había usado su pecho como almohada; no sabía dónde estaba y qué clase de ventana era esa, como una lupa laminada y de colores vivos por la que entraba un sol abrasador y reconcentrado que le quemaba la cara. Por entre una niebla de efímeras imágenes, le pareció reconocer una escena de la noche anterior en la que bailaba junto a unos desconocidos. Uno era alto y desgarbado y llevaba uno de esos chalecos beige de punto enormes que cubren el cuerpo hasta por debajo de la cintura y que tienen grandes botones de madera. Eso sí lo recordó con nitidez, mientras concentraba sus fuerzas en controlar una horrible fatiga.

Cuando hubo espabilado algo más, tras zafarse de invisibles ataduras que lo retenían aplastado contra aquellas ligeras sábanas arrugadas, supo que estaba en una furgoneta. Era grande, pero no llegaba a ser una caravana. Le han retirado los asientos traseros, pensó. En el asiento del conductor, vio a un joven, inerte, dormido tal vez, de veinte y pocos años, y cuya boca abierta emitía ruidos secos, indescifrables. En el otro asiento, una mujer joven que parecía estar dormida, tenía los pies sobre el salpicadero y su brazo izquierdo colgaba hasta el suelo. Por mucho que trató de recordar quiénes eran aquellas personas, no consiguió ni perfilar lo ocurrido. Los inconexos fogonazos de su memoria, vencida por el dolor de cabeza, solo arrojaban imágenes incoherentes y destazadas, como si todo lo ocurrido la noche anterior se hubiese perdido para siempre.

Ninguno de aquellos desconocidos se inmutó cuando Ricardo abrió la puerta lateral de la furgoneta. Un hombre se revolvió en uno de los asientos laterales, pero tras mascullar algunas sílabas ininteligibles, siguió a lo suyo. Se preguntó dónde estaría la mujer de caderas anchas y pelo enmarañado que, con torpeza pero mucha fogosidad, lo masajeaba no hacía mucho dentro de la claustrofóbica furgoneta. Cómo llegó hasta aquel camino empedrado en mitad del campo, lejos de cualquier carretera, no llegaría a recordarlo ni cuando bebió agua de un bidón que estaba apoyado contra el portón trasero y se echó el resto sobre la cabeza. Debían ser ellos los que conocí anoche, pensó. Hubiese llamado a Pedro para que lo sacara de aquel desafuero al que lo había arrastrado una noche de excesos, pero la noche de su amigo no habría sido distinta a la suya y conociéndolo, estaría en cualquier hotel con una desconocida. El móvil estaba repleto de llamadas perdidas y notificaciones emergentes. Las sienes punzantes lo aturdían más que el reflejo del sol sobre la pantalla de su smartphone y su incontenible necesidad de orinar lo estaba

poniendo nervioso. Algo había manchado sus vaqueros y no había rastro de su chaleco ni de sus zapatos. Adela me sacará de aquí, se dijo.

Aceptó recogerlo a regañadientes. Ricardo la citó en una estación de servicio que distaba dos kilómetros del lugar en el que estaba y comenzó la marcha sin mirar atrás ni despedirse y envió a su hermana un enlace con el punto de recogida. Pidió al cielo que su estupidez no hubiese llegado tan lejos como para darle a ninguno de aquellos desconocidos su número de móvil, ni su dirección, ni ningún otro dato. Los dejaría atrás y no volvería a pensar en ellos. Una extraña experiencia, que sintió que lo alejaba un poco más de sus verdaderos deseos de cambio, y un sinsabor que amargó aún más la melancolía que sobrevenía con cada resaca. Ricardo se animó al comprobar que conservaba su cartera y las llaves de su casa y que su hermana había mandado un mensaje para decirle que estaba llegando. Se rio cuando repasó los hechos sentado en un mojón de piedra; de no poder explicarse qué lo había llevado a estar a treinta y cinco kilómetros de su casa; de cómo ningún resorte interno lo avisara de la locura que suponía embarcarse en una aventura de ese tipo con desconocidos; de cómo, posiblemente, había mantenido relaciones con una desconocida en el suelo de una furgoneta. Se rio de sí mismo hasta que Adela lo recogió.

—Ricardo… —dijo Adela desde el coche.

—No hace falta que digas nada, ya lo sé.

—Mayorcito eres para saber lo que haces.

—Pues parece que no lo suficiente —confesó Ricardo—. Ni siquiera sé cómo se llaman.

—¡Ah! ¿Ya no basta con una? —dijo Adela con un sarcasmo inhabitual en ella.

—Vaya —dijo Ricardo mirándola—, ¿tú también tienes algo que decir sobre mi vida privada?

—No creas que es tan privada.

—Adela, tengo una resaca horrible. En otro momento, si quieres…

—¿Cuándo? Ya solo nos vemos en Navidad. Terminé hace un año la carrera y no me has preguntado ni una sola vez si estoy haciendo algo.

—¿Estás haciendo algo?

—Vete a la mierda, Ricardo.

—¿Pero qué os pasa a las mujeres conmigo? —Ricardo se golpeó la pierna y gritó—: No sé por qué he terminado en una furgoneta con una tía que no conozco de nada y con una pareja que no había visto en mi vida, ¿contenta?

—Si te sientes mejor gritándome…

—Perdona —dijo rebajando el tono—. Estoy nervioso. Las cosas no van bien.

—¿No habías ganado el concurso?

—Hace tres meses de eso, Adela. La alegría duró lo que duró.

—No me gusta hablar sobre temas que desconozco. Me sacas doce años y sé que la experiencia es un grado y que soy la descolgada de la casa. Pero creo

que ya sé lo suficiente sobre la vida como para decirte que tus problemas tienen solución.

—No digas más —ironizó Ricardo—. Estás de acuerdo con mamá y crees que debo formar una familia. Es lo único que me dice desde hace ocho años.

—No lo sabía, pero estoy de acuerdo con ella, mira tú por dónde.

—Hace falta otra persona para eso.

—Podrías adoptar. Hay muchos que lo hacen.

—¿Adoptar? ¡Adela! Acabo de pasar la noche en una furgoneta y hace ocho horas estaba borracho. De hecho, creo que sigo estando borracho.

—Si me hubiesen dicho hace quince años que llegaría a recogerte hoy en estas condiciones, no me lo hubiese creído.

El olor del piso de estudiantes le resultó familiar. Recordó, de inmediato y con intensidad, las noches universitarias que perdió, echado en un sofá vencido y descuidado como el que tenía delante y hecho un amasijo con cojines harapientos, mientras espurreaba con sus amigos verdades filosóficas que la juventud y el exceso de alcohol barato hacían indiscutibles y universales. Recordó la sensación de ser como el tronco liviano de un árbol que, arrastrado por la corriente, termina sus días varado en una orilla que nadie transita. Recordó a Mabel y a Carmen, a María y a Lupe, y a Mónica, la desenfadada rubia hippie que, a pesar de sus estrambóticos vestidos con telas de colores y no ser muy popular, transmitía seguridad en sí misma y una felicidad desconectada de todo convencionalismo. Recordó que a veces imaginaba, cuando lo aburría una película y dormitaba despierto, que sería divertido poder transformarse en un muñeco pequeño y que alguna de sus amigas pudiera guardárselo en un bolsillo y al llegar a casa, lo pusieran en una estantería desde la que poder contemplar cómo vivía cada una de ellas.

Adela lo invitó a sentarse en una silla de la cocina y le pidió que no hiciera ruido para no despertar a sus dos compañeras de piso. Sirvió un café recalentado en dos tazas pequeñas y ofreció galletas a Ricardo, que fue recobrando la compostura al sentir su estómago más asentado. Siguió sintiéndose como una marioneta de la que estuviesen tirando hilos invisibles. Su hermana le exigió respuestas con preguntas susurradas que Ricardo fue contestando con muecas y gestos, hasta que una joven en bata y despeinada irrumpió dando los buenos días, con los ojos a medio abrir y la cara hinchada por el sueño y marcada por la almohada. La seguía otra joven de aspecto similar, enfundada en una bata más gruesa y con la voz más arenosa que la primera, pero cuyos ojos verdes despabilaron a Ricardo con más eficacia que el renegrido café de su hermana. Se levantó para que los presentaran y dijeran sus nombres. Una, Rocío, demasiado alta para su gusto. Otra, Mane, la de los ojos verdes.

De nuevo, un olor apercibió a Ricardo. Aquellas jóvenes universitarias lo traían consigo desde sus camas. El que resulta de amalgamar bajo el calor de las sábanas los perfumes y las cremas con la piel y la primera juventud y con

las fragancias de jabones y aceites y champús y con el aliento limpio de impureza y años. El olor de Gema, pensó. Lo dejó en su habitación una primavera en la que, por primera vez, una mujer pasaba la noche junto a él. Pudo olerlo al día siguiente y al siguiente, cuando tumbado en su cama, se dejaba salir de sí mismo para recorrer una inmensidad bañada por agua tibia y salada, a la que nunca imaginó que podría llevarlo el beso de una mujer, y el aroma impregnado en su piel que lo sucumbió durante horas, semanas. Mane desatendió sus miradas y Ricardo sintió una prematura vejez con cada gesto desairado. Antes de que se hubiese sentado en la chirriante silla de la cocina, ya estaba desesperado por el repentino amor que sintió por aquellos ojos verdes y la despeinada inocencia castaña de aquellos cabellos alborotados. Bien podría ser la musa del resto de sus aspiraciones y sueños; la razón misma de haber nacido y el porqué de su incesante búsqueda de respuestas. Incluso creyó conocerla de otra vida; otra muy alejada en el tiempo; tal vez, centenares de años atrás había cruzado su vida con la de Mane y ahora el destino jugaba con él, obligándole a reconocerla y mostrándole lo inútil que resultaría su existencia si no la culminaban juntos, mientras ella permanecía ajena a todo y lo ignoraba y menospreciaba y humillaba con su belleza. Quizás, todo lo que había hecho en su vida lo había guiado a la furgoneta en la que amaneció y de la que su hermana tenía que recogerlo, para que pudiera conocer a Mane.

—¿Qué estudiáis?

—Medicina —dijo Rocío.

—Yo también —dijo Mane.

—¿Y tú? —preguntó Ricardo mirando a su hermana Adela.

—¡Qué gracioso! —ironizó Adela—. El padre de Mane es arquitecto.

—¿Arquitecto? —Ricardo sonrió y miró a Mane—. ¡Vaya!, como yo. ¿Dónde?

—Vive en Alemania. —Mane tenía los codos sobre la mesa y untaba con mermelada una tostada casi quemada.

—¿Sois amigas? Quiero decir si os conocíais antes de vivir juntas o…

—A Rocío la conocí en primero —dijo Adela—. A Mane la hemos conocido este año.

—Antes estudiaba en Navarra —aclaró—. Llevo cuatro meses aquí.

—¿No te acuerdas de Rocío? Estuvo en casa hace un par de años —dijo Adela.

—Perdóname. —Ricardo miró a Rocío—. No me acuerdo.

—No te preocupes —dijo Rocío—. Es normal. Había cuarenta o cincuenta personas en tu casa ese día.

—Sí, somos exagerados para todo. Y a ti, Mane, ¿también te conocía y lo he olvidado? —Ricardo aprovechó las risas de su hermana y Rocío para volver a mirarla a los ojos.

—No creo.

—Espero que no os moleste que no hayamos avisado. Todo ha ocurrido

muy rápido y no sabía bien qué hacer. De hecho, sigo sin saberlo —dijo Ricardo.

—No les molesta, ¿verdad? —preguntó Adela.

—Mi hermana me ha salvado la vida. Me ha dejado el coche tirado a una hora de aquí.

—¿No has llamado a la grúa? —preguntó Rocío.

—¿Tienes prisa? —Adela lanzó la pregunta para evitar que tuviera que contestar—. Te lo digo porque, si me das tiempo, me ducho y te llevo.

—No tengo prisa. De hecho, no tengo nada que hacer el resto del día.

«Esto ya lo he vivido. Sé que no, pero es como si ya hubiese pasado por esta situación. Pero, ¿mi hermana estaba? ¿Mane y Rocío? ¿Se llamaban así? Es posible. Fue un día de lluvia, de eso me acuerdo. Y la cocina era parecida a esta… Me duele la cabeza…y la pierna izquierda. He debido dormir en una mala postura… ¿Mane se quedará o se irá? Si se queda, tengo que hacer lo posible por estar con ella todo el día. Tengo que conocerla mejor… ¿Qué pasó ayer? Estuve hablando con Pedro y tomamos algunas copas… No consigo acordarme del nombre de la chica con la que estuve bailando, ni si es la misma con la que… ¡Pedro estuvo tan pesado ayer! Ayudarlo es imposible. Seguirá sin afrontar sus problemas matrimoniales si cada vez que me lo pide me voy con él de fiesta. ¡A saber dónde ha terminado! Debí beber mucho más de lo que creo, porque me siento como si hiciera una semana de todo…, un mes incluso… y no unas horas. Esto no me sienta bien. Estoy harto de salir de fiesta y levantarme como si me hubiesen dado una paliza en una esquina. Hoy es todavía peor. Me duele el cuerpo y tengo frío, un frío que no se quita. Por otra parte, no estaría aquí, con Mane, si no fuese porque anoche me metí en una furgoneta con una desconocida… No me acuerdo de su nombre… No me acuerdo de haber… Es posible que me quedase dormido antes y no hiciéramos nada. Está todo inconexo en mi cabeza, sin trabazón ni lógica, sin que pueda darle un sentido a lo que me ocurre que me permita sentir menos aversión por mí mismo».

—Podría invitaros a comer. A las tres —dijo Ricardo—. Sería una forma de darte las gracias, Adela, por rescatarme esta mañana.

—No sé —dijo Adela cuando el silencio de sus amigas sonó como la más rotunda aceptación.

—¿Por qué no sabes? Es domingo. Seguro que no tenéis nada mejor que hacer que dejaros invitar a comer en el sitio que elijáis. Además —dijo mirando a Rocío y señalándola juguetonamente con la mitad del dedo índice—, ella quiere… —Ricardo bajó la mano y calló un instante antes de dirigirse a Mane— Y ella, también.

A Ricardo no le importó demasiado que Adela condujera el coche envuelta por el bullicio inconcebible que estaban generando. Él siguió hilvanando unas anécdotas con otras durante el resto del trayecto, mientras las risas y comentarios de Mane y Rocío se sucedían por turnos, ambas adelantadas y

con sus cabezas asomando por entre los dos reposacabezas delanteros. Adela pidió silencio y los amonestó en varias ocasiones, sin conseguir que cesara el entusiasmo de sus amigas por el encanto que derrochaba Ricardo con cada comentario. Se vio a sí mismo reflejado en la ventanilla contraria a su asiento y con inmaduro entusiasmo, celebró su éxito con las amigas de su hermana dedicándose una leve sonrisa, que el cristal devolvió difusa y deformada. Sabía cómo hacerlo y lo estaba haciendo, una vez más; sin darse cuenta, pero siendo consciente; sin premeditarlo, pero siguiendo una pauta. Estaba cautivándolas con la maestría que un orfebre da forma al barro sobre el torno y tan consciente como éste de lo frágil de los resultados iniciales de su labor, al tiempo que sentía la íntima satisfacción que le producía su habilidad y que lo hacía sentir tan eufórico como desconcertado. Como si las miradas de todas las personas que alguna vez le importaron lo estuviesen observando desde una fantasmagórica nube que todo lo envolviese, Ricardo sintió que su pasado lo remordía. No era nueva la sensación, pero sí más intensa de lo habitual. Y por entre aquella grisácea nebulosa conformada por instantes fugaces de su vida que se apelotonaban esperando su turno para ser revisados y clasificados, Ricardo se esforzó por mantenerse atento a las señales que Mane pudiera emitir con cada una de las respuestas que ofrecía su cuerpo a cada comentario que le hacía y a los matices de la risa con los que la joven de ojos verdes reaccionaba.

«Pudiera ser que estuvieran en sus ojos todas las respuestas, incluso las de preguntas que no llegaré a formularme. Tiene esos labios que me gustan. Grandes y por grandes, indefinidos, por entre los que asoma, con alguna de las sonrisas, una dentadura imperfecta de belleza imposible, con un colmillo irregular que le otorga una forma única y reconocible entre cualesquiera otras sonrisas. Sí, podría ser la boca en la que morir, envenenado de ingenuidad y dulzura; la boca que apartara la soledad de mi vida para siempre. La conozco. La he visto antes y no recuerdo dónde. Se parece a Margarita. Incluso en la forma en que sus manos de dedos largos y finos se entrecruzan y pareciera rezar dando gracias a la providencia. También su piel es parecida. Acaramelada por la brisa y el sol donde se expone y quién sabe si adormecida y algodonada bajo la tela que la resguarda durante el invierno. Mane tiene más mujeres en ella de las que tenía Margarita. Solo en su pelo hay varias. Pero son parecidas. Mane es más alta, más esbelta».

Aparcaron donde pudieron y recorrieron casi un kilómetro a pie, por calles cuyos nombres desconocían pero que terminarían llevándolos al sitio al que querían ir, con la inercia del agua que fluye hacia un desagüe. Este o aquel bar o restaurante, no importaba. Como partículas sometidas a un campo magnético, Ricardo y Mane recorrieron juntos gran parte del camino, mientras Rocío y Adela se mantuvieron a la zaga. Él habló y habló y se sorprendió a sí mismo feliz al hacerlo y Mane asintió y apostilló entre risas y comentó lo que le gustaba más de lo que Ricardo decía y sentenció sobre lo que desacordaba. La comida no fue muy diferente. Rocío se sentó frente a Ricardo y Adela

frente a Mane, lo que supuso que ésta y aquél hicieron apartes que duraron el primer plato y el postre.

—Esa es la película que vería una vez detrás de otra —dijo Ricardo a Mane justo cuando Rocío y Adela guardaron repentino silencio.

—¿Qué película? —preguntó Adela tratando de unirse a Mane y a su hermano.

—Da igual —contestó Ricardo—. ¿Quién se viene a tomar una copa al Polaris?

—Déjate de copas —dijo Adela—. ¿No tuviste suficiente con las de anoche?

—Anoche fue anoche y hoy es hoy —replicó—. ¿Te vienes con nosotros? —dijo dirigiéndose a Rocío.

—¿Quién te ha dicho que yo voy? —preguntó Mane.

—Yo lo digo —aseveró Ricardo—. No puedes dejarme así, abandonado en mitad de la nada una tarde de domingo.

—Una copa y nos vamos —dijo Mane—. Mañana tenemos clase.

—Palabra. Solo una. Tú te vienes, Adela, sí o sí. ¿Qué vas a hacer? ¿Irte a casa y ponerte el pijama? Hoy es el día en que puedes conocer al hombre de tu vida. Hazme caso que soy tu hermano mayor.

—Ricardo, tengo novio desde hace un año y lo sabes. No lo conoces, porque no te ha dado la gana, pero lo sabes.

—Tonterías —replicó—. Nunca se sabe dónde puedes encontrar el amor de tu vida, ¿verdad, Mane? ¿Sabes que Adela no me ha presentado a su novio?

—No has querido, mejor dicho. No intentes quedar bien con ellas —dijo señalando a sus amigas—, porque no cuela.

—Arreglemos ese estropicio —bromeó Ricardo—. ¡Que se venga con nosotros! ¿Votos a favor? —Mane y Rocío levantaron la mano—. No se hable más. Llámalo y que se venga.

—No voy a llamarlo. Está fuera el fin de semana.

—¿Vosotras también tenéis novio?

—Ricardo… —dijo Adela.

—¿Qué? Solo quiero saber si tienen novio.

—No —contestó Rocío—. No tenemos novio. Bueno, Mane tiene algo parecido.

—¡No es verdad! —se apresuró en decir—. Somos amigos, pero poco más.

—Hay que estar abierto a lo que pueda venir —añadió Ricardo.

—Tú de eso entiendes —dijo Adela.

—¿Qué te pasa conmigo? —preguntó Ricardo—. Deja el sarcasmo porque no te sienta bien. Mi hermanita piensa que soy un desastre porque no tengo novia y no soy formal.

—Y, ¿es verdad? —preguntó Mane.

—Por supuesto que es verdad —contestó Ricardo—. ¡Qué obsesión con lo de tener pareja y casarse y tener niños y llevar una vida ordenada e impecable!

Pues yo no, de momento no. Prefiero estar solo que terminar casado con la primera que me haga reír un par de días, que luego vienen las lágrimas.

—Paso de tu alegato libertino. Voy al baño.

—No hagáis caso a mi hermana. Exagera sobre mis defectos. Proyecta en mí todo lo que no le gusta de los hombres —Rocío y Mane rieron como si supieran de qué les hablaba o hubiesen identificado en ella la aversión por los hombres a la que podía estar refiriéndose.

—No pareces uno de esos que pasa de todo y al que le da igual una que otra —dijo Rocío.

—Todo lo contrario, créeme. Mi problema es justo el contrario. No me da igual una que otra.

Sumergidos en el bar en que cayeron por casualidad tras deambular durante un rato, después de tomar café, fueron elevando la voz con cada frase a medida que el local se fue llenando de personas que buscaban dejar pasar el domingo maquillándolo de sábado y cuyas voces entrelazadas y superpuestas con la música, fue generando ese ruido en el que tantos se sienten más cómodos que en el inquisitorial silencio de sus casas. Y con el ruido y el anonimato que ofrece el oasis de oscuridad y luces indirectas que iluminan parcialmente las paredes y los estantes de las botellas, los desconocidos se lanzan miradas cargadas de información, tan funcional como impersonal, sobre lo que quieren y desean y sobre a quiénes quieren y desean, todos expuestos como juguetes en una verbena. También la belleza se crece y esponja entre tanta necesidad de mirar y ser visto. Y Rocío, como los demás, miró lo que quiso ver y se le antojó el primer joven de aspecto corriente que la buscó con la mirada y terminó por dejarse invitar a una copa y a la siguiente y pagó una más, hasta que el joven de aspecto corriente la besó. Pudo pasarle a Mane, pero Ricardo no quiso y supo desplegarse sobre ella como una cortina que la hiciera invisible para el resto. Quizás por un momento pensó que lo deseaba todo, no solo a ella. Que ella solo mostraba una parte de la belleza y que nadie contiene todos los matices ni todas las versiones de las historias que le interesaban. Pero superó el apego que sentía por el todo y se concentró en sus ojos verdes, en cuya fortuna anheló perderse para siempre durante lo que durase el domingo y quién sabe si cada domingo hasta la eternidad. En las paredes vio reflejadas luces palpitantes y de vivos colores que giraban sobre sí mismas y en el incesante murmullo creyó oír el ruido lejano de sirenas que se alejaban y volvían y se alejaban de nuevo. Sintió frío y miró a Mane buscando el calor efímero que ofrece el amor cuando nace y muere y renace y muere con cada sorbo de la copa que lo mantenía con vida.

Ricardo aprovechó que su hermana se ausentó para ir a los servicios y pasó su mano por la cintura de Mane. Reaccionó como esperaba y con poco más de dos palabras, que nadie sobrio consideraría suficientes, la tenía entre sus brazos y los de Mane rodeaban su cuello. Adela los vio besarse y desistió de seguir interponiéndose, como llevaba haciendo desde que pidieron el primer gin-tonic de la tarde. Ricardo sintió nubes en su cabeza, como si una enorme

masa de agua se hubiese alojado en su conciencia y lo obligase a apartarse de Mane para respirar. Pero cuando tomaba aire, Mane volvía a cubrir sus labios con su boca y le insuflaba aire caliente. Una de sus manos la sintió en la barbilla y Ricardo quiso apartarla. Otra la sentía colocada en su nuca y con ella, lo atraía con más fuerza. Mane ofrecía la sensación de sentirse vivo un instante más, uno largo y cálido que abrió las puertas de un mundo alejado del ruido del bar y de las luces centelleantes, en el que no había tiempo ni forma de controlarlo; un mundo del que Ricardo no quiso volver mientras siguiera sintiendo los labios de Mane en los suyos.

Cómo llegó a estar tumbado en su cama y quién lo había llevado hasta allí, parecía un indescifrable misterio para el que no le quedaban fuerzas. Habrá sido mi hermana, pensó. Su cuerpo le pesaba más de lo habitual y el agotamiento lo sacudía desde las piernas. Entreabrió los ojos y pudo o quiso ver a Mane, de pie, frente a su cama. Lucía el mismo vestido blanco que lo había fascinado toda la tarde y su preocupada expresión le hacía los ojos más grandes y luminosos. Su hermana permanecía a su lado, con los brazos en jarra y negando con la cabeza, como si alguien hubiese dicho una impertinencia. Así las vio y con esa visión decidió dormirse y descansar.

—Despierta —Mane palmeó con delicadeza su cara—. ¡Despierta!

Ricardo la escuchó a lo lejos, como un rumor tras la cortina de una habitación en la que no hubiese llegado a entrar pero a la que se asomara desde un largo y estrecho pasillo.

«Mane ha venido. Está aquí, conmigo. Eso significa que… Tengo que dejar de beber. He mezclado y me sienta mal y ahora Mane pensará que soy un alcohólico, un golfo irremediable que solo sabe ir de juerga en juerga y que solo vive para la fiesta. Tengo que decirle que no es verdad. Mañana se lo digo… “Mane, no soy como crees. De verdad que no. Lo de este fin de semana no se va a volver a repetir. Todo con tal de no pasar por este dolor de cabeza y la resaca que me espera mañana. Siento no haber podido seguir besándote”… No recuerdo cuándo hemos dejado de besarnos. Ni me acuerdo de cómo he llegado hasta aquí. Tienes que cambiar. Adela tiene razón. ¡Cuando era un niño todo era tan fácil! Me vienen a la cabeza los cromos de béisbol que me traía mi tío de Estados Unidos. ¡¿Cómo puede ser que me gustaran si no había visto un partido de béisbol en toda mi vida?! Después sí he visto alguno. Y el olor de la colonia de mamá. ¡Tengo que llamarla! Hace mucho que no la veo. Espero que Adela no cuente lo que ha pasado hoy… Ni lo que pasó ayer. ¡Papá sí que no se puede enterar!».

Aquel lunes…

Son las diez de la mañana; queda menos para que Miriam se levante de su silla, pensó. Echó las persianas de su despacho y encendió una sola de las luces para trabajar. Sintió la misma fatiga que lo acompañaba desde que amaneció vestido sobre la cama. Bajó el brillo de la pantalla del ordenador y se dispuso a comunicarse con aquel infernal aparato al que tanto odiaba cuando se veía obligado a trabajar en aquellas condiciones. No se habían abierto los programas y pensó en lo que había ocurrido dos semanas atrás, durante la celebración del cumpleaños de su cuñado. Una mujer, a la que no conocía, se había acercado a él con un trozo de tarta, sobre el que había insertado uno de esos tenedores de plástico que aborrecía. La banalidad de aquella desconocida, que hablaba y hablaba y movía sus manos y sonreía sin motivo, le produjo un dolor de cabeza que terminó en jaqueca, por el correteo de sus sobrinos por el césped y el entarimado del porche, que generó ese alboroto propio de los parques infantiles que tanto lo incomodaba y que lo llevó a concluir, hacía tiempo, que un padre treintañero, precipitado a la paternidad por el espejismo de la plenitud, solo podía albergar un pensamiento: que el sol desaparezca y los niños se derrumben agotados sobre sus camas y pueda sentarme y dormir unas horas, antes de que amanezcan recomenzados por el descanso y hagan renacer los ciclones y los desplacen con escándalo desde sus habitaciones hacia el resto de la casa sin dejar nada a su paso.

Son las diez y cuarto, pensó. Miró de nuevo el minúsculo reloj en la esquina derecha inferior de su pantalla y tuvo la mortificante sensación de que el tiempo no estaba dispuesto a transcurrir con la pauta habitual. Estaba parado. Como si no fuesen nunca a llegar las diez y media y no fuese a poder disfrutar del paseo de Miriam esa mañana. Porque se levantará, como lo hace siempre, pensó. Volvió al cumpleaños de su cuñado y quedó absorto en los detalles de aquella intensa fiesta de cumpleaños, como si tuviese delante a aquella mujer y estuviese viendo de nuevo cómo movía las manos al hablar. ¡Y cómo sonreía!, recordó. Por todo. Lo llevó, y el recuerdo lo estaba llevando de nuevo, al borde del desfallecimiento. Tanto sonrió y monologó, que Ricardo sintió que se formaba a su alrededor una espesa niebla que impedía escudriñar con tranquilidad las caras y gestos del resto de invitadas, en busca de quien pudiera alimentar su necesidad de fantasear y su inagotable deseo de vivir otra vida. Embarrado por la sonrisa de la desconocida, la tarde se escapaba entre los dedos y agónico, contempló cómo se fueron disolviendo los grupos de invitados, sin poder desplegar sus encantos para evitarlo.

«Diez y veinte. El tiempo no pasa. En la fiesta intenté que las mujeres que estaban sentadas en los poyetes de la pared del chalet se fijaran en mí. Pero permanecían en el jardín con una copa en la mano y una pose artificial de elegancia. Creo que siguen allí ahora mismo. Sí, seguro que siguen allí,

inmutables y perpetuas».

La imagen de aquellas mujeres disparó en Ricardo su apetencia de aventuras y lo llevó a desear que alguna de ellas quisiera continuar la celebración con él, lejos de sus sobrinos y de la mujer sonrisa.

«Pero seguía martilleándome. Era incombustible. No me desguazó de milagro. Yo solo quería que en algún momento se callara y cesaran sus gestos repipis y la dichosa sonrisa. Pero removió una estupidez tras otra con el empeño de quien aviva las ascuas de una hoguera. Me dejó exhausto y solo tuve fuerzas para dejarme caer en una silla plegable. ¿Fue enseguida?... Sí, yo creo que sí. La mujer sonrisa se dirigió a la piscina».

Ricardo la siguió con la mirada hasta que se sentó al borde de una tumbona y pudo así cerciorarse de que el enemigo se había replegado y podía bajar la guardia. Los últimos rayos de sol mojaron las puntas de los largos y negros cabellos de la mujer sonrisa y bajo esa luz, parecía distinta.

El inconformismo de Ricardo, que lo apremiaba con incertezas y experimentaba con su tolerancia, le había impedido apreciar su belleza sobria y recatada. Fijó su atención en cada uno de los detalles de su fisonomía, en especial sobre su pelo ondulado y en cómo caía sobre sus hombros como el dibujo a mano alzada de un pañuelo de seda; los labios gruesos, pero delicados, yacían apacibles el uno sobre el otro. Su quietud estimuló su curiosidad. ¿Por qué sigue aquí?, se preguntó. No había llegado con nadie y solo quedaban familiares y amigos íntimos. Siguió contemplándola y mientras lo hacía, la ostensible soledad que emanaba del semblante de la mujer sonrisa lo conmovió. Se preguntó si la parafernalia de gestos, que no habían cesado mientras permaneció a su lado, no sería tal vez un maquillaje con el que enmascarar su fragilidad; un disfraz de afabilidad y cordialidad que le permitía ocultar heridas quizás tan abiertas como las suyas. Quiso creerlo y lo creyó. La luz se tornó anaranjada y sosegó el bullicio de quienes permanecían alrededor de la piscina. La mujer sonrisa, con las gafas de sol puestas, se descalzó y estiró sus pies e hizo girar sus tobillos en círculo. No miró a nadie en concreto. Nadie le dirigió la palabra. Quedó con las piernas inmóviles y los brazos hacia atrás, apoyados sobre el lateral de la tumbona. Echó hacia atrás la cabeza, exponiendo su delicado cuello y dando así comienzo al viaje de Ricardo.

Diez y treinta, pensó. ¡Qué poco queda!, se dijo.

Su hermana Marta lo llamó de un grito desde el otro lado de la piscina y le pidió con la mano que se acercara. Ricardo recorrió cabizbajo los metros que lo separaban del grupo que acompañaba a su hermana y cuando se integró en el corro, Marta señaló a la mujer sonrisa y disparató su opinión sobre la buena pareja que haría con ella. Impertérrito, Ricardo no prestó atención a los cuarentones que lo rodeaban con sus copas y cigarrillos y sus inexpresivas poses de figurantes de teatrillo; ni a cómo rieron con escándalo las insulsas ocurrencias del gracioso del grupo sobre la mujer sonrisa y sus atributos; ni al hecho de que todos aquellos mamarrachos, a los que su hermana llamaba

amigos, le produjesen ardor de estómago. Cuando oyó lo que Marta dijo sobre las cualidades de la mujer sonrisa y los barrabases se despacharon sobre el asunto, Ricardo volvió a la silla y se lamentó de no haber preguntado su nombre. Al menos, ya sabía algunas cosas sobre ella, como que era médico y que trabajaba con Marta en el hospital y que había roto con su novio hacía poco y que hacía mucho deporte al aire libre. Pero seguía sin saber su nombre. Cuando la mujer sonrisa terminó su copa, se levantó y se despidió sin entusiasmo de los anfitriones. Pasará por mi lado y le preguntaré su nombre, pensó. A regañadientes, ella contestó: África.

Lo que vino después no fue complicado: una llamada a Marta para pedirle el teléfono; un intercambio de mensajes con los que desdibujar la inapetencia que dejó en él su conversación con ella durante el cumpleaños; una llamada el viernes para pedirle que salieran juntos el sábado; otra para concretar el sitio donde quedarían… Y llegó el sábado, al que siguió una semana mortífera, en el que los minutos se declararon en huelga y no avanzaron por más que los miró; el sábado en que África lo citó en uno de esos coquetos bares de moda; el sábado en que Ricardo pensó que el aspecto de África resultaba más sofisticado que el de la tarde del cumpleaños. Quizás sea por el peinado; se ven más grandes los ojos; quizás sean los tacones, la hacen más estilizada; pensó. Lucía tres pulseras plateadas, cuyo contraste con la empretecida piel lo distrajo un instante de cualquier otra cosa que no fuera imaginar que las recorría con su dedo índice por alrededor de la muñeca, mientras ella se aligeraba con un suspiro por cada roce con su piel. África se mostró comedida y receptiva, agradable y ocurrente, muy lejos de la avasalladora retahíla verbal que recordaba de ella. Durante la cena, Ricardo quedó fascinado por el modo en que se llevaba la comida a la boca en pequeños y estudiados bocados y en las formas que adoptaban sus labios según la intensidad de su sonrisa. Deseó Ricardo que los labios de África terminaran la noche en los suyos y se anticipó a las sensaciones que ofrecerían cuando los recorriera con delicadeza, pero no tuvo oportunidad de conocerlos, no esa noche, no aquel soporífero sábado que lo condenó a una semana sombría que terminó en una furgoneta perdida en mitad de la nada. Cuando hubieron salido y recorrido los primeros metros que los separaban del coche de Ricardo, África agradeció la velada y se despidió, sin dejarle posibilidad alguna de mostrarse persuasivo y embaucador. Ricardo pasó el resto de la noche en el sofá de su apartamento –así lo llamaba– y, para mitigar la ansiedad que el aburrimiento producía, ordenó recuerdos con los que poder entender cómo había llegado a tener treinta y cinco años sin haber sido capaz de construir ninguna relación sólida.

Diez y cuarenta, se dijo. Miriam está a punto de levantarse de la silla, pensó.

Treinta y cinco años. El irrefrenable deseo de dejarse embaucar por las figuras, los gestos, las voces de las mujeres, nunca consideró que fuese una pulsión deformante de la realidad. Quizás sea una manifestación de los anhelos de mi infancia, se dijo alguna vez. Tal vez fue durante la niñez

cuando se gestó la compleja concepción de la feminidad que lo lastraba y arremetía contra él, conformando el estigmático anagrama tras el que se refugian atonales y disonantes frecuencias que solo su imaginación puede afinar y que le permiten mantenerse alejado del rutinario conformismo al que se someten sus iguales. Algunas mujeres, todas las mujeres, le mostraban dimensiones de una verdad, tan subjetiva como irrefutable, a la que no estaba dispuesto a renunciar. La indubitada belleza de unos ojos; la incisiva locuacidad de unas palabras; la sinuosa gracilidad de unas caderas; la fecunda voluptuosidad de unos pechos; la sonrisa que prodiga los enigmas que esconde una mirada; la luz que devuelve los matices de una piel desnuda de artificios. Son la fuerza centrípeta que me apega a los deseos; el axioma que todo lo explica y lo diagrama; la verdad que eclipsa, si no niega, todo lo demás; escribió una vez.

Diez y cuarenta y cinco, pensó.

El ordenador sabía que era lunes y no paró de lanzarle a la pantalla avisos de las tareas pendientes. Hizo el esfuerzo de ordenar las prioritarias en un papel, pero terminó por garabatearlo con dibujos de personajes de comics. Cierto que cuando comenzaba la tarea, un circunspecto semblante deformaba su expresión y denotaba su especial capacidad para aislarse del entorno y las distracciones. Pero no aquel lunes; no después de la semana que siguió a su cena con África. Y menos aún, a las diez y cuarenta y cinco. Es la hora, pensó. Miriam se levantaría de su mesa para desayunar y crearía un oasis en el que Ricardo podría retozar y reponer el ánimo. Miriam se movería por la oficina con desparpajo y dejaría una estela del aroma afrutado de su perfume, con el que inundaría el estudio como cada mañana.

«Hará lo de siempre. Irá a la zona de descanso cuando vuelva del baño y se hará un café. Luego pasará por delante de los cristales de mi despacho y recorrerá cuatro metros y medio delante de mis ojos. Levantaré la vista y podré mirarla unos instantes, en los que mi cerebro fotografiará cada detalle de su cuerpo y de su vestuario. La recorreré con parsimonia y me fijaré en la forma de sus pechos bajo la blusa, que siempre parece sostenerlos mientras realizan un leve balanceo y desplazan el aire que los rodea. Me encanta como se agita la tela que cubre el torso. Por supuesto, no olvidaré fijarme en la cinturilla de la falda alta de tubo que lleva hoy, en la franja donde se encuentra con la ajustada blusa blanca; ni la línea curva de su espalda, que parece que tiende a un infinito que terminara en su culo. ¡Qué culo! ¡Oprimido por la falda y no puede evitar moverse al compás de sus tacones! Me lleva a la locura día a día y puede que no sea ni consciente de ello».

Diez y cuarenta y siete. Se acabó. Llegó la sequía. A seguir, pensó.

Creyó recordar que cuando buscaban arquitectos jóvenes para ampliar el estudio, fue él quien entrevistó a Miriam. «Me gustó cómo se expresaba y me impresionó su currículo y aunque entró a prueba por tres meses, a las pocas semanas decidimos que contaríamos con ella. Me fascina contemplarla mientras trabaja, durante los minutos que puedo hacerlo sin riesgo de ser

visto, y fijarme en su pelo recogido en un improvisado moño, sujeto con una larga pinza de color hueso; en las gafas rojas de pasta, que solo usa en la oficina; en sus codos sobre la mesa y en cómo se echa sobre la documentación de los proyectos, desplegada y llena de anotaciones a lápiz. Desde el área de descanso es más fácil y discreto, porque la puerta se alinea con su mesa. Procuro no coincidir con mis socios y empleados a la hora del tentempié de media mañana, para poder concentrarme y enfocar toda mi capacidad de observación. Me perturba cuando entran Javier o Diego y se dedican a intercambiar sus habituales y estúpidos comentarios sobre lo que ha dicho un jugador o entrenador de fútbol. Pero, ¿no la ven?; ¿no les fascina cómo presiona Miriam su labio inferior con el dedo índice o con un lápiz? ¿No les gustaría sentarse frente a ella, sin ser vistos, y poder fijar en sus retinas cada ínfimo detalle? ¿No les atrae cada depresión de su contorno o la idea de elaborar la más depurada estrategia para recorrerlo con los dedos y acariciar cada tramo de su piel sin olvidar ninguna terminación nerviosa? Ignorantes».

Once y cuarenta, comprobó. El reloj me odia, dijo en voz alta.

Era momento de acercarse a ella. Nuevo día, nueva semana, nueva oportunidad. Después de la fallida experiencia del sábado con África, que no le aportó ninguna sensación real y tangible que superara las que podía construir con su imaginación, tenía que poder ver a Miriam fuera del asfixiante y rígido entorno de la oficina. Quería tener la oportunidad de que lo conociera mejor, rodeado de personas con las que se sintiera cómodo y entre las que pudiera mostrar lo encantador que podía llegar a ser, sin la intranquilidad de quedar al descubierto delante de sus socios y expuesto a críticas y socarrones chismorreos. Bordeó la mesa para posicionarse a la izquierda de Miriam y se acercó con sutilidad, sin invadir su espacio. A esa distancia, el perfume adquirió nuevos matices, algo más dulces pero menos empalagosos, y sus largas pestañas, arqueadas hacia las cejas, parecían delicadas trazas de un fino pincel y tan cerca como estaban, sus labios bien podían enardecerlo sin pronunciar palabra.

—Perdona que te moleste —dijo con el susurro de un bibliotecario—. Mañana me reúno con unos amigos para tomar algo, ¿querrías venir?

—¿Mañana? —Miriam lo miró con desenfado y agradeció la invitación con una sonrisa que transformó su boca, a ojos de Ricardo, en un paisaje laberíntico del que resultaría difícil zafarse si ella no quisiera—. Sí, claro. No tengo planes para mañana.

—Perfecto. Te concretaré la hora cuando la sepa.

—¿Quiénes van?

—Amigos míos. Ninguno de estos —dijo arrugando la boca con un ademán despectivo.

—Cuenta conmigo—dijo Miriam—. Los martes son muy aburridos.

—¿Y el resto?

—También.

Ricardo se alejó del puesto de Miriam con las manos en los bolsillos y con

aires de engrandecido vencedor de una batalla épica. No ha sido difícil, pensó. Le dio un latigazo su pubertad residual, que hibernaba desde su adolescencia en lo más profundo de su ser y que emergía, cálida y renacida, cuando una mujer, cualquier mujer, daba muestras de interés por él. Ricardo pasó inquieto el resto de la mañana, pensando en el encuentro que tendrían al día siguiente. Pero Miriam ya no estaba; no sumaba ni restaba, ni condicionaba o modelaba lo que imaginaba Ricardo. Podría haber sido otra mujer y el entusiasmo no habría sido menor. Miriam se conformó en su mente como una amalgama de cualidades y la vislumbró como un ente abstracto, capaz de estimular su pasión y de argamasar toda clase de futuribles, por muy inconsistentes que fueran. Se conocía. Por cada mujer que le interesaba, Ricardo generaba un escenario; el holograma de un idílico paraíso, tan rico en virtudes que la imperfección de la realidad nunca lo superaba. Miriam no era relevante en ese estadio, aunque sin ella, ese mundo que fue tomando forma en su mente desde que la conoció, no existiría. Con la vitalidad resucitada, trabajó el resto de la mañana, dejándose envolver por la sugestiva hermosura de los imprecisos contornos de lo imaginado.

A Ricardo lo motivaba el desangelado aspecto que presentaba el estudio los lunes por la tarde. Le permitía liberar su disociada actividad cerebral y potenciar su vocación prioritaria: convencerse de que eran factibles las alternativas a la realidad que su imaginación construía para él, inspiradas por las mujeres atesoradas en su memoria, y existir en tales aventuras cargadas de comprometidos inicios y conciliadores finales. Había elaborado una icónica concepción del placer, como un árbol de ramas envolventes cuyos frutos se dejaban degustar, propiciados por variadas circunstancias. Una conversación intrascendente, en la parada de un autobús o en la cola de un banco, con una mujer cuya prestancia lo embelesara, podía sumergirlo en un amor instantáneo y profundo que le permitía imaginarla junto a él, recogiendo conchas en una playa tropical o contemplando las estrellas mientras hablan sobre los misterios de la vida, a las puertas de un bungaló de madera desde el que pudiera verse el reflejo de la luna en el mar. Un breve cruce de miradas, con una desconocida que llevase la dirección opuesta en un paso de peatones, podía generar en centésimas de segundo, visiones en las que aquellos ojos lo guiaban por la única ruta que lo salvaría de la desidia y, con la intensidad que un hielo quema la piel, llegaba a sentir que con ella se alejaba la última posibilidad de alcanzar el éxtasis en vida. Una mujer, que apartase el pelo lacio y negro de su cara y lo colocase tras la oreja, antes de preguntar quién es el último de la cola para pagar en una tienda, bien podía antojársele una princesa hindú y abstraerlo hasta sentirse hechizado por un chamán que lo convirtiera en un esclavo encadenado a su lecho. Una vez allí o allá, en esa o en aquella dimensión de su fantasía, los argumentos de las historias se perfilaban a capricho, mientras se sentía recodado y tranquilo al abrigo de la íntima y auténtica soledad de su pensamiento, sin más riesgo de trasvases con la

realidad que la de sufrir un ataque de locura que lo llevase a creerlas reales o a promulgar sus deseos. En las historias creadas y recreadas, que se postraban a sus caprichos y en las que se deleitaba con mujeres que se le ofrecían únicas y accesibles, él podía amar más y mejor. Sin riesgos. Sin dañar a nadie que no sintiera como él que podían vivirse vidas enteras en el tiempo que dura un instante. Lo prefería así.

Seguía solo en su despacho. Se sentía como un escualo en el interior de una pecera de cristal. África y el pasado sábado fueron un desastre mayúsculo. Culpó a su ingenua generosidad, que lo paseaba por calles que no quería transitar a fuerza de tirar de su correa. Aunque se lamentó del estropicio, imaginó una vez más los labios de África en los suyos. Con tal nitidez pudo sentirlos, que bien podría haber ocurrido y que el recuerdo fuese real. Pudo oler el pintalabios y saborear su boca, densa y compacta. Sintió cómo la sequedad del primer encuentro de los labios daba lugar a una humedad incipiente, como prolegómeno de una contienda abierta de bocas y lenguas ávidas por encontrarse. Imaginar los labios de África deformados entre los suyos le provocó una reconocible sensación de calor, que lo invadió desde la pelvis e hizo fluir su sangre. Lo sintió crecer. No mucho. Solo notó que se abría camino entre los pliegues de su ropa interior y se despegaba de la piel. Entreabrió las piernas bajo la mesa y sumido en un trance, África mojaba de nuevo sus labios y los tocaba con los dedos; la vio sentada en la tumbona, con la piel expuesta a su indiscreción; la vio desabrochar el primer botón de una blusa transparente de seda y escuchó susurros de palabras sin sentido y notó el aire caliente de su boca en cada recoveco de su oreja. Ricardo notó la presión bajo la línea de la cremallera. Miró a través de los cristales de la pecera y tras comprobar que nadie podía verlo, bajó su mano y con un leve toque, trató de recolocarse. Pero como un resorte, se empujó a sí misma hacia arriba y abultó sin remedio la tela del pantalón. Aquello ocurría; sin remedio, ocurría a menudo. Pero si estaba en el estudio o en un lugar público, Ricardo procuraba no alimentar su libido. No podía permitírselo, en su despacho no. Es una línea que se propuso no cruzar. Contendría su deseo. Ya lo había hecho otras veces. Pensaría en otra cosa y volvería al trabajo.

La sombra que percibió de soslayo era la de Miriam. Se disponía a entrar. No sabía que estuviera en el estudio, pensó. Entró sin llamar y se paró en mitad de la habitación, pero Ricardo no se levantó. Cualquier movimiento hubiera facilitado la fricción de su abultamiento con la algodonada tela de su ropa interior y quién sabe qué podría haber reflejado su cara al hacerlo. Miriam dio unos pasos y se situó frente a él, al otro lado de la mesa. Sin tomar asiento, Miriam comenzó a darle explicaciones sobre el porqué de los retrasos en la concesión de unas licencias que demoraban más de dos meses. Aunque Ricardo la escuchó con atención y trató de asimilar su discurso, lo único que acertó a sopesar es que estaba allí. ¡Miriam! ¡Justo en este momento y no en otro!, pensó. Solo la piel morena y sin imperfecciones, cuidada e hidratada con manifiesta dedicación, constituía un esparcimiento que Ricardo no podía

permitirse en ese momento, dada la urgencia de la sensación que lo afligía. Pero cuando Miriam puso sobre la mesa los papeles que traía y se agachó para rebuscar entre ellos, un acto reflejo e involuntario lo hizo adentrar su mirada entre los botones de su henchida blusa, que parecía estar suspendida en el aire. Pudo apreciar sus pechos excesivos, vencidos por su peso contra el sujetador de color achampanado, y la opaca cavidad de su escote. Ricardo se torturó con la situación y sin ser capaz después de explicarse a sí mismo por qué lo hizo, comenzó a llevar una rodilla contra la otra, para separarlas después y volverlas a juntar. Con ese movimiento, al estar aprisionado su miembro entre la goma del calzoncillo y la piel de su pierna izquierda, consiguió retirar la piel del glande y devolverla después a su sitio, con un lento y acompasado ir y venir que sintió cada vez más satisfactorio. Desde la posición de Miriam era imposible ver que, bajo la mesa, sus piernas estaban realizando movimientos de tijera y aunque lo hubiese visto, no distaba de ser distinto al que realiza una persona agitada por cualquier motivo. Al final, fue con la sonrisa. Qué paradoja. Su atención sexual fijada en sinuosas formas y prominencias, para que al final lo que hiciera derramar su calor a borbotones incontrolables, fuese la sonrisa que le dedicó cuando terminó de hablar. A Ricardo se le encendieron las mejillas y entrecerró los ojos, embargado por un indescriptible placer que recorrió su espina dorsal hacia las piernas, que flaquearon y realizaron espasmódicos movimientos, de los que se ayudó para extraer desde lo más profundo, los últimos restos del dilatado orgasmo. Asintió con la cabeza cada punto de las conclusiones de Miriam, al tiempo que notaba cómo la humedad recorría su entrepierna y comenzaba a mojar su pantalón. Miriam, ajena por completo a lo que acababa de ocurrir a un metro de donde ella permanecía, agradeció a Ricardo su atención y se giró para marcharse. Ricardo la correspondió con un saludo e intentó controlar la respiración para recuperar la calma. Una hora después, Ricardo cogía el ascensor hasta el garaje cubriéndose con su maletín.

Su apartamento tenía ciento cincuenta metros cuadrados. La reforma la hizo su amiga Cristina, o Christin, como prefería que la llamasen, por mucho que Ricardo le dijera que le sonaba a marca de relojes de imitación. Cuando decoraron su casa, Christin y su asistente Lucy –de Lucía a Lucy por el mismo esnobismo– se pasaron dos semanas en su apartamento y adherido a ellas como una ventosa, Dani el estilista, afeminado y encantador jovenzuelo de veinte y pocos años, exagerado y cursi por simple divertimento, que se las pasó chillando extravagancias y moviendo las manos. Ricardo y Cristina discutieron todos los días que duraron las labores de decoración, sin menoscabo de una complicidad que contemplaba escenarios en los que ninguna confianza era excesiva. Desoyó consejos, como el de comunicar con una ventana la sala de estar con la cocina, de lo que se arrepentiría cada vez que tuviese que levantarse a dejar el plato, en vez de poder girarse y dejarlo sobre una encimera. Pero la mayoría de las ideas de Cristina fueron oportunas, como la de comunicar la zona de los dormitorios con el cuarto de lavado y

plancha mediante una puerta a media altura de la pared, por la que poder depositar la ropa sucia en una enorme cesta de mimbre, sin tener que bordear la cocina cargando con la ropa.

Dejó que el agua de la ducha lo reconfortase, mientras trataba de visualizar cómo era Cristina cuando él era pequeño y cómo era su padre, al que le gustaba hacer puzles y jugar a las cartas y dejar pasar las calurosas tardes de verano sentado en el porche de su chalet de las afueras. Recordó que tenía la misma habilidad para arreglar los bajantes de una cañería que para pintar, embaldosar o arreglar cualquier cosa; también, que le profesaba cariño, sin comprender, envuelto en la ducha por el ruido del agua, por qué lo sentía tan cercano; y que lamentó que el cáncer lo fuese consumiendo entre insoportables dolores y aquel hombre fuerte al que tanto admiró y quiso, se fuera debilitando y menguando hasta casi desaparecer entre las sábanas de una cama de hospital. Pudo ver a Cristina entre el vapor de agua que fue empañando las mamparas del baño. Pasó muchas tardes junto a ella hasta que tuvo la edad de pasarlas en la calle con los amigos. Con los años llegaron las novias, los estudios universitarios, los viajes al extranjero, y la relación se enfrió y quedó relegada a los encuentros navideños, entre tartas y nueces y fruta escarchada, y a los abrazos y risas con los que se prometían verse más durante el año venidero.

Como si estuviese viviéndolo de nuevo, se vio con ella en una céntrica y ruidosa cafetería, de esas frecuentadas por turistas con mochilas y gorras consumiendo de pie pequeñas botellas de agua y sándwiches y por señoras mayores vestidas con trajes de confección y cargadas de falsas perlas. Recordó las anécdotas que se contaron y cómo se estudiaron el uno al otro en busca de cualquier atisbo de la química que los unió en el pasado. Quizás el gesto de uno, de los que habían estado pasando desapercibidos durante años, le diera razones al otro que le permitieran entender la distancia que el tiempo había acentuado. Pero no ocurrió. Un campo yermo, desangelado y pedregoso, fue lo único que ambos encontraron en la mirada del otro. Cerró el grifo y las gotas resbalaron y enfriaron su cuerpo, inmóvil y subyugado por la imagen de Cristina decepcionada con él; de Cristina preguntándole con la mirada, en aquella concurrida cafetería, por qué la había dejado a un lado durante tantos años.

Se preguntó si los separó Margarita. Con ella nació la obsesión por los pequeños detalles de la feminidad y su interés por las aristas del poliédrico e inagotable deseo sobre el que cimentó su existencia. Fueron las piernas de Margarita, largas y jóvenes y todavía desgarbadas, las que cambiaron sus tardes para siempre, embelesándolo como hacían los cantos de las sirenas con los marineros de los libros de aventuras que leyó siendo pequeño; fueron sus manos, pequeñas y delicadas, las que, desde aquel día, tuvieron el poder de pronosticar si los días y las tardes y las noches serían, bien como estar saltando sobre una cama elástica aspirando a tocar las nubes con los dedos, bien como estar escondido entre los matorrales de un jardín oscuro para que

no lo encontrase una tristeza, nueva y desconocida y disfrazada de melancolía, que se alimentaba de fantasías y fracasos que lo hacían sentir vencido y apedreado por enemigos sin rostro vestidos de guerreros medievales. Sí, empezó con ella, pensó. Las suyas fueron las primeras piernas que dibujé, de las muchas que dibujaría después, se dijo.

Se dejó contemplar en sus recuerdos, sentado ante una mesa de pino y rodeado de lápices mordisqueados y cuadernos y papeles a medio pintar, vestido con los pantalones deportivos celestes que usaba en casa para estar más cómodo; componiendo los poemas, sin medida ni rimas ni más palabras que bonita y corazón y ojos, con las que transformaba las tardes de la semana en románticas noches a la luz de velas por entre las que imaginaba los ojos de Margarita confesándole que ella también lo quería y que daría cualquier cosa por sentarse junto a él en un banco del parque y poder aseverar juntos, ante Dios y la Naturaleza y los extraños que los miraran de soslayo, que ambos habían descubierto los misterios de la vida y del amor y que poco más necesitaban saber sobre todo lo demás. ¡Margarita cruzó las piernas! Fue al cruzarlas. La pierna que apoyó en el suelo recogió sobre su rodilla el peso de la que cruzó y formó en su pantorrilla una línea sombreada que la recorría, atravesando el muslo hasta perderse en uno de los recodos de su falda. Se abrió un mundo desconocido, indómito, en el que podría construir la entelequia que mejor satisficiera su incólume concepto de la belleza femenina, sin exponerla a los avatares de la feroz adolescencia que lo rodeaba en los hábitats que frecuentaba y que fagocitaba sin piedad todo lo que no entendía. Fueron las piernas de Margarita, largas, jóvenes y todavía desgarbadas, las que emitieron una llamada, un canto de sirena al que acudió como una abeja a la flor.

¿Cristina cogería el teléfono si la llamaba? Eran las once. ¿Se podía llamar a alguien a las once de la noche? Podía mandarle un mensaje. Si no quiere leer mensajes, habrá puesto su teléfono en silencio, elucubró. Sin pensarlo más, escribió:

«¿Sabes de lo que me acabo de acordar?».

Lo escribió y pulsó un icono en forma de flecha que lo lanzó al vacío digital, del que no sabía mucho y por el que se interesaba menos. Ahí va, pensó. Cerró la aplicación de mensajería, porque de no hacerlo, ella podría leer bajo su nombre: «en línea», cuando decidiera contestar. Incluso dejó el móvil sobre la mesa para evitar que Cristina pudiera pensar que estaba expectante. Unos segundos después, dos pitidos sucesivos lo alertaron sobre la recepción de un mensaje. Se apresuró en coger el móvil y con la torpeza propia de los nervios cuya naturaleza seguía sin entender, pero que siempre sufría en situaciones parecidas, terminó por abrir otra aplicación, de esas que tardan en cargarse y ralentizan los procesos. Se violentó mientras trataba de zafarse de aquella cosa que ocupaba la pantalla, hasta que pudo abrir el programa correcto.

«¿De qué?».

Había respondido. Comprobó que Cristina sí se mantenía en línea y mientras permaneciera así, Ricardo se permitiría creer que a ella no le importaría iniciar y mantener una conversación mediante mensajes, por lo que contestó:

«De cuando algunos días nos quedábamos en mi habitación durante horas sin hacer nada».

«Nada no. Hablando».

«Sí, bueno, tú me entiendes. No me acuerdo sobre qué hablábamos tanto».

«Miguel Strogoff»

«¡Ostras! ¿Cómo te acuerdas de eso?»

«No sé. Te impactó cuando te la leíste. Me obligaste a leerla. Todavía la tengo».

«Espera, espera, ¿tienes mi novela de Miguel Strogoff?»

«Sí, con tu nombre puesto en la primera página con una letra horrible y una fecha».

«No era horrible».

«Una letra horrible, Ricardo. La tengo delante».

«¡Ah!, ¿lo tienes ahí, contigo?»

«Pero, ¿no te lo acabo de decir?»

«Ya, pero pensé que lo habrías dejado en el trastero. Yo que sé».

«No. Ésta me la traje conmigo cuando me mudé. Le tengo cariño».

Durante un momento que le pareció una eternidad, con el pulso algo excitado y sin saber cómo seguir la conversación, Ricardo quedó pensativo y miró la luminosa pantalla de su smartphone como si pudiese aconsejarle cómo seguir la conversación o servir de inspiración para elaborar una ocurrente respuesta. El cursor de texto parpadeaba en la pantalla, en espera de recibir la siguiente sucesión de letras e iconos, pero Ricardo optó por profundizar en las sensaciones que aquella noticia le había causado. Cristina cobró para Ricardo, de repente, una dimensión en sus emociones que desconocía que pudiera generar, como si con cada frase hubiese ido creando a su alrededor una cercana y familiar sensación que revistió las paredes de su claustrofóbico saloncito de diseño, de todo el espectro que la felicidad pura abarca cuando se manifiesta de súbito. Es como si le hubiese devuelto retazos de su infancia al recordarle la novela, lo que hizo las veces de hilo del que tirar para desvencijar el frágil entramado con el que había construido un armazón que lo mantuvo alejado de ciertos recuerdos.

«¿Tienes más cosas mías?».

«Sí. Dos camisetas. Chalecos. Un lapicero con goma. Una raqueta vieja. Los cordones de unas zapatillas de deportes. Una pulsera de goma y otra de cuero. Unas gafas de sol partidas. No sé qué más».

Ricardo quedó atónito. No le sorprendió que pudiera haberse quedado con algún objeto suyo, pero sí el hecho de que los enumerase con tal naturalidad y de que formasen parte de su presente más que de su pasado. Es lo que no

terminaba de entender de las mujeres que había ido conociendo: su sentido del tiempo y la ubicación de los recuerdos en la memoria. Admiraba, aun sin llegar a comprender el proceso, la madurez con la que las mujeres que conocía afrontan su pasado, incluso el más doloroso, y cómo lo integran en sus vidas diarias con una clase de íntima honestidad que los hombres no reconocen como válida porque la desconocen; le resultaba inalcanzable a su entendimiento sin otra ayuda que la intuición. No hacen gala de su dignidad, ni pavonean con cualquier excusa, pensó. No la reservan para nimiedades insustanciales y tan etéreas que no dejan más huella que las del vapor de agua en un espejo. No. Todo lo que hacen y piensan lo cimientan sobre ella y eso, pensó, las transforma en apariciones fantasmales para los hombres. Somos seres engreídos de voz engolada y arquetípico comportamiento, se dijo. Los hombres solo sienten la dignidad, el orgullo y la honestidad como algo físico, demostrable, empírico; como algo que se puede arrojar y que tiene peso, densidad y volumen; como algo con lo que se puede dañar a otro, señalarlo y marcarlo; como algo con lo que estigmatizar a los demás y con lo que te puedes vestir y aparentar que eres el equivalente a la reacción que su proyección provoca en otros. Ellas, pensó Ricardo, tocan la tierra y se deslizan por ella; solo si las perturbas, con una sola de sus miradas descargarán sobre ti la ira de los dioses que veneran en secreto y solo en ese instante, fulminarán toda aspiración que tengas de convertirte en un igual. ¡Qué inabarcable universo de diferencias intangibles!, pensó.

«¡Qué memoria! No sé si yo tengo algo tuyo. ¿Tienes los cordones de unas zapatillas? Lo demás me ha sorprendido, pero eso…».

«No me acuerdo bien. Creo que te los quitaste para hacer una polea o algo así, para un trabajo del colegio. No teníamos cuerda y usamos los cordones y me los quedé».

«Yo tengo tus labios».

«…»

«Ahora te he sorprendido yo. Los tengo en un pañuelo. Te pintaste los labios y besaste un pañuelo. Lo tengo yo».

«¡Ah! Sí, sí, me acuerdo. Después te di un beso para ver si manchaba. ¿Has guardado eso?».

«Me acuerdo del beso».

«¿Cuándo nos vamos a ver? Tengo ganas de verte».

«Te llamo por si podemos quedar esta semana».

Aquel martes…

Hasta que no pasó despierto varios minutos, no fue consciente de que había sido un sueño. Ocho hermosas mujeres lo ataron al cabecero de una cama que tenía las dimensiones de una camilla hospitalaria. No recordaba cómo había llegado hasta ahí, ni por qué lo tenían atado. Durante todo el sueño, no se movió de la misma posición y es posible que permaneciera inmóvil por voluntad propia, no por las ataduras. No estaba claro si desde el principio estuvo desnudo o lo habían desprendido de la ropa entre todas. Las mujeres permanecían de pie, junto a él, tres a cada lado de la cama y dos a sus pies. Lo miraron y se miraron entre ellas, con cierto rubor en sus mejillas y una sonrisa sarcástica. Tenían el pelo largo, demasiado largo, por debajo de la cintura. En algún momento, una susurró algo casi inaudible y las demás asintieron. Parecían no estar sometidas por la gravedad. Sus miradas lascivas y sus maquilladas expresiones lo turbaron y absorbieron sus energías, dejándolo en estado cataléptico. Pero sintió su propia piel, sensible en extremo, como una superficie caliente que evaporase gotas de agua con violencia. Le mostraron sus manos. Eran figuras de porcelana articuladas que se transfiguraron ante sus ojos en delicadas extensiones de plumas que comenzaron a recorrerlo. Dos primero, cuatro, ocho… Dejó de contar las manos, de pesos y tactos distintos, que se iban dejando caer y que con suaves movimientos semicirculares, fueron dibujando espirales y llenándolo de perfectas caricias simétricas. Cada mano era un delicioso instrumento de tortura, que ejercía la presión justa para arrebatarlo un poco más con cada inflexión de los finísimos dedos. Llegado el momento propicio, las largas cabelleras que hasta ese momento se habían agitado sobre las espaldas de aquellas mujeres como mecidas por una brisa, se vertieron sobre Ricardo hasta cubrirlo en su totalidad, como blondas de seda sobre una mesa, y sintió en su piel las puntas de cada cabello y las de todos ellos a un tiempo. Por entre los coloridos y brillantes cabellos, que formaban un arcoíris de exótica belleza, pudo ver cómo se adentraba una mano. De tacto suave y agradable olor a jabón de almendras, aquella mano recorrió la orografía de su cara, siguió por su cuello hasta su pecho y terminó por presionar su abdomen, causándole una sensación de intenso calor concentrado justo en su ombligo. Todo quedó a oscuras y despertó.

En la ducha, se enjabonó con el afán de reencontrarse con las sensaciones que lo abandonaron al despertar y trató de recrear el roce sobre su piel de los dedos y los cabellos de aquellas mujeres de rostro pintado y manos de porcelana. El sueño había enturbiado las agradables sensaciones que le dejó la conversación con Cristina. Puede que sea una advertencia del subconsciente, pensó. No es la primera vez que tenía un sueño parecido. En el último, no fueron tantas mujeres, pero también lo acariciaron con plumas y paños de seda. Qué sueños más raros, se dijo. Terminó de preparar el café, cuando el

telefonillo sonó dos veces. Cuando contestó, la voz que escuchó lo espabiló de golpe. Sonia, la mujer de su hermano. Sonia, su exuberante y turbadora cuñada. Sonia, ¡qué mujer más peligrosa!, pensó. Le abrió y mientras subía, bien tenía calculado Ricardo cuánto se tardaba, tuvo tiempo de vestirse con premura y arreglar un poco el desorden de la noche anterior: quitar los platos del salón, ahuecar los cojines y abrir el balcón para ventilar. El impecable aspecto de Sonia no lo tranquilizó. Tenía buen gusto y vestía siempre con desenfadada elegancia. Su pelo, recogido en dos trenzas que descansaban sobre los hombros; sus ojos, de intenso color verde, envueltos por el tono oscuro de la base de sombras en el lagrimal; sus labios, pintados con un color malva muy suave, que acentuaba cada surco del labio inferior.

Allí estaba, en su puerta, vestida como las actrices de telenovela y mirándolo con sus cegadoras esmeraldas y con la arrogancia de quienes carecen de pudor. Presintió que nada bueno presagiaba la visita, fuese cual fuese la razón y lo justificada que estuviese. Su cerebro anticipó, a modo de profecía con vocación de cumplirse desligada de cualquier voluntad, que su presencia suponía un riesgo enorme para su integridad moral. La invitó a pasar con la misma convicción que un saltador se lanza a la piscina para dar sus estudiados giros y piruetas en el aire.

—Perdona que te moleste, Ricardo —dijo compungida.

—Nada de eso… Pasa. —Se retiró de la puerta e hizo un ademán con el brazo para invitarla a entrar.

—El coche me ha dejado tirada, justo a dos calles de aquí. Iba a llamar a la grúa, pero mi móvil no tiene batería. Llego tarde al trabajo y estoy agobiada.

—Tranquila. Siéntate. Toma mi móvil. ¿Tienes los papeles del seguro? ¿El número de la compañía?

—Tu hermano se va a enfadar conmigo. Me repite tantas veces que no se me olvide cargar el móvil. —Sonia se sentó en una silla junto a la entrada—. Iba a coger un taxi y dejarlo para después, pero me he acordado de ti y al ver lo cerca que estabas, pues…

—Sonia, no tiene que explicarme nada. Llama y te llevo ahora al trabajo. Yo iba a salir en un rato para el estudio.

—¿No te importa llevarme? —A Ricardo le pareció apurada—. No sé si te viene bien. Puedo coger un taxi.

—¿Gastarte veinte euros cuando puedo llevarte yo? Que no, que no, ¡qué tontería! Termino de arreglarme y nos vamos. ¿Quieres un café? —Ricardo preguntó dirigiéndose hacia el baño—. Hay recién hecho, en la cocina. Sírvete.

—Gracias, ya he tomado—. Sonia se levantó y se situó en medio del salón, desde donde pudo contemplar la decoración del piso, que había llamado su atención nada más entrar—. Es la primera vez que vengo a tu casa —gritó.

—Es verdad —contestó Ricardo desde el baño—. No os he invitado todavía. ¡Qué desastre!

—No te preocupes, tampoco nosotros a ti.

—¿Qué vas a hacer con el coche?

—Vendré a por él esta tarde. Llamaré al seguro desde la oficina.

—¿Cómo está mi hermano?

—Bien. En Londres, hasta el domingo.

—Explotado.

—Sí. Él, que se deja.

—Le gusta, no lo puede evitar.

Ricardo se acicaló el pelo, se extendió por los pómulos la crema hidratante que usaba desde que se lo recomendó un dermatólogo y se dio un leve toque con el vaporizador del perfume sobre la nuca y el cuello. En el ascensor, Ricardo pudo apreciar de soslayo la belleza de Sonia. Todos los elementos que componían su cara parecían haber sido estudiados en sus proporciones y formas para constituir una armonía perfecta. Su nariz, respingona en su justa medida; sus facciones, exquisitas y apacibles; su aspecto, el de una joven universitaria por la que no pasaran los años. Así, a esa distancia, le pareció más exótica que exuberante. Su ropa no hacía ningún esfuerzo para dejarse caer sobre ella. Al llegar al garaje, Ricardo pensó en el desvío que debería tomar para llevar a Sonia, mientras ella hacía comentarios sobre el calor, las vacaciones y la cena que tenían pendiente con toda la familia para celebrar la compra sobre plano de su nueva casa.

—¿Qué piensas? —preguntó Sonia tras notar que sus esfuerzos por iniciar una conversación no producían ningún resultado.

—Ah, perdona. Pensaba que en realidad, nos conocemos muy poco tú y yo.

—Sí, puede ser. Lo normal, supongo.

—Supongo. De hecho —dijo al reparar en ello—, creo que nos hemos visto cuatro o cinco veces desde la boda y siempre en reuniones familiares.

Ya en el coche, dentro del artificial pero agradable entorno aislado y silencioso del espacioso cubículo de su BMW, a Ricardo lo invadió un inusual estado de melancolía. Al verla sentada allí, sobre los asientos de cuero beige, con el bolso de color marrón oscuro sobre sus rodillas, justo a la altura donde la tela de la falda de su vestido daba paso a la blancura depilada de su piel; con su cabeza ladeada y su cuello al aire en toda su longitud; se dio cuenta de que siempre había deseado perpetuar aquella sensación, para poder sentirla cada mañana, cada tarde, cada noche, cada día de su vida. No Sonia, ni mucho menos, pensó. Era el hecho de no poder compartir con alguien, a esa hora, camino del trabajo, después de salir del mismo apartamento, esos momentos del día y cualesquiera otros parecidos a ese.

Tenía treinta y cinco años y los días se mezclaban unos con otros y se sucedían sin criterio ni conexión y el tiempo se vertía en el suelo y lo salpicaba todo sin mojar nada. Le faltaba una trabazón interna a su vida y sentía que para coser los trozos de sus recuerdos y conformar con ellos un todo tangible que su memoria pudiera almacenar con sentido, precisaba de un hilo conductor, una mujer que lo acompañara y viera con él pasar los días

vividos y no fuese una estrella fugaz más. Sonia, con su pujante hermosura capaz de arrastrar a los hombres a iniciar guerras y su morbosa displicencia, capaz de derrocar la cordura de los lúcidos que inhalen el hálito envenenado de su intemporal feminidad, bien podría cegarlo y estimular los estambres de su imaginación hasta convertirla en la más adorable criatura legendaria por la que entregar su reino y deponer su espada. Tenerla a su lado en el coche, le hizo sentirse traslúcido, como si sus poros exhalaran acritud y soledad y se desprendieran así de una alegría que nunca conseguía enraizar en su ánimo.

Aquella psicóloga que buscó por internet y a la que visitó, hacía unos años, cuando tuvo una sensación parecida al cumplir los treinta, se lo manifestó con delicadeza y de la forma en que su negativa a escuchar le permitió: no eres ni siquiera un náufrago. De eso lo tildó. Y le dolió. Tanto que no volvió a visitarla. La esencia misma del náufrago requiere causa mayor, involuntariedad, ausencia de culpa. Es el mar quien decide por ti, quien te atrapa con sus fauces y te escupe a sus aguas para que sientas su inmenso poder, hasta que una isla recóndita te adopta de milagro y deja que te abrases en sus playas o te fagocita en su espesura. Pero, cómo ser digno de sobrevivir a un naufragio y alcanzar el grado de náufrago, cuando es uno mismo quien perfora el casco y se sienta impávido a contemplar el hundimiento, mientras la humedad le cala los huesos hasta el alma, flagelado por la desidia. Y si uno se abandona por causa de un ideal superior, podría tener sentido el sacrificio. Pero aspirar a ser mártir de la mediocridad no era mejor que dejarse castigar por la soledad. Esa podría ser la respuesta que buscaba y quién sabe si Sonia el acicate, pensó. He construido un potro de tortura sobre el que me recuesto para que me castiguen por mis faltas. Pero cuáles son éstas, sería la pregunta. Es cierto, no hay naufragio que ennoblezca mis esfuerzos por sobrevivir, sino un abismo negro y atemporal; un agujero negro que absorbe poco a poco lo que queda de mí, se dijo. Ella tenía razón, no soy ni un náufrago, porque no he llegado a zarpar.

Cuando llegó al estudio, estaba agotado. No tenía buena cara y no faltó quien se lo dio a entender. Observaciones relativas a su apariencia o estado de ánimo no solían afectarle, pero no sabía por qué, aquel no iba a ser un martes cualquiera. El sueño que había tenido y la visita inesperada de su cuñada, constituían motivo suficiente para dejarse caer en una cama y no levantarse hasta el mediodía. Era uno de esos días en los que sobrellevaría una pesada carga de inexplicables sensaciones de desasosiego y melancólica tristeza. Y el dolor de las piernas y la cabeza, para los que seguía sin tener respuesta. Miró su móvil y comprobó que tenía mensajes de alerta de llamadas perdidas y mensajes sin leer. «Llamadas de mis hermanas, de mi madre, de amigos. Treinta mensajes pendientes ¿De dónde saca el tiempo la gente para estar todo el día mandando mensajes? No me lo explico. Hace años que no puedo pasar más de dos horas concentrado sin que alguien me interrumpa. ¡Estamos enloquecidos! Cuando era joven, ¿no me concentraba más? Sí, yo creo que sí.

No hubiese podido sacar las notas que saqué si no hubiera sido capaz de concentrarme a ratos o cuando debía hacerlo. Incluso cuando salía con mis amigos, el tiempo nos cundía más. Hablábamos de todo. Nos interesaba todo. Quedar a día de hoy con mis amigos es, unas veces, como asistir a una conferencia en la que, por turnos, cada uno expone sus logros, por estúpidos que sean algunos de ellos; otras, como un campamento de verano, en el que de modo infantil y superficial, cuentan los viajes que han hecho o que tienen planeado hacer… Y la gastronomía, por supuesto. Son todos expertos en vinos, en cocina y... ¡Concéntrate! Pierdes más tiempo tú solo que el que te hacen perder los demás… ¡Miriam! No le he dicho dónde vamos a ir esta noche ni a qué hora hemos quedado».

—Miriam —dijo en voz alta al verla pasar por el pasillo—. Entra, entra.

—¿Te pasa algo? Tienes mala cara.

—No he dormido bien, será eso. Oye, ¿sigue en pie lo de esta noche?

—Pues sí y no. Ayer no me acordé de que mi hermana llega hoy de Barcelona, esta tarde. Pensaba que era mañana cuando llegaba pero, en fin, da igual. Hace mucho que no la veo. Hemos quedado para merendar en casa de mi madre y no sé si nos quedaremos a cenar.

—Os podéis pasar las dos después de la cena —dijo Ricardo sin que su voz denotara la decepción por la noticia—. Así, me presentas a tu hermana, si a ella le apetece. Vamos a ir a cenar y luego a la inauguración de un local nuevo. «Ritual». Ésta es la dirección. —Ricardo alargó su mano y le acercó una tarjeta de color negro, con letras rojas y blancas, con una estética más que discutible—. El dueño es amigo nuestro.

—No te aseguro nada, pero gracias. Si nos decidimos, te llamo.

¡Qué guapa está!, pensó. Vestía un mono estampado de minúsculas e inapreciables florecillas de colores otoñales, por el borde superior del cual, se asomaban con timidez las franjas curvilíneas de sus incontenibles pechos, elevados por un sujetador sin tirantes. Miriam se quedó un instante sin moverse, con una suspicaz expresión en su cara que le daba el aire cómico de un personaje de dibujos animados cuando arquea las cejas. Ricardo quedó atónito al comprobar que Miriam lo miraba con fijeza y hacía un esfuerzo por no reír hasta que, pasados unos segundos, muy segura de sí misma y en un tono hilarante que Ricardo percibió, dijo:

—Me apetece lo de esta noche. Seguro que convenzo a mi hermana.

—¿De qué te ríes? —Ricardo se había contagiado y sonreía sin saber por qué.

—Perdona, es que me he imaginado la cara de mi hermana cuando le diga que deberíamos cenar con mi madre esta noche. No se llevan muy bien. Bueno, ninguna de las dos nos llevamos muy bien con ella.

—Y eso es gracioso porque…

—No lo sé. Me he imaginado diciéndole a mi hermana: ¿prefieres cenar en casa de mamá o que salgamos con unos amigos míos a la inauguración de un local? Y a mi hermana que responde con sorna: ¡qué dilema! Déjame que lo

piense.

—Vamos, que os venís esta noche.

—Sí, casi con toda seguridad, cenaremos con vosotros esta noche. Luego te veo. —Al salir, dejó a Ricardo con ambos codos sobre la mesa y con la sensación de haber presenciado una escena teatral.

En las cafeterías podía llegar a crearse un ambiente que sobreexcitaba sus sentidos cuando llegaba la primavera. Las primeras prendas veraniegas comenzaban a salir de los armarios y a vestir a sus dueñas, con mucho más estilo que la ropa de abrigo y menos trabas a la vista. También algunos hombres, sobre todo los jóvenes, lucían camisas o polos de verano y dejaban a la vista el trabajo realizado sobre sus músculos durante todo el invierno. Incluso se podía disfrutar, a esas alturas del año, de los primeros bronceados de la temporada. Antes de llegar la Semana Santa, algunas chicas ya se preparaban para lucir sus vestidos más ligeros y escotes más pronunciados. Ricardo conocía las pautas. Era probable que los demás se vieran afectados por los mismos síntomas de voyerismo, pero Ricardo no reducía su actividad a mirar. Carecería de aliciente seguir con la mirada las curvas de cualquier mujer con la que se cruzara. Incluso tal perspectiva soez sobre lo que una mujer podía ofrecer le resultaba de mal gusto, impropia de sus refinados deseos. Ser capaz de detectar una forma femenina que entra en el campo de visión, en cualquiera de los ciento ochenta grados que lo conforman, que puede llegar a ser mucho más, si uno es ágil y se empeña en ello, lo podía hacer cualquier hombre. De hecho, le constaba que lo hacía la mayoría de los que conocía. Pero otra cosa era dedicarle a cada mujer su tiempo, el que necesitaba, el que merecía. Contemplar y analizar el cómo, no el cuánto. Caminar, sentarse, ponerse en pie, esperar, cruzar, saltar, detenerse, sujetar, subir una escalera, bajarla, agacharse, levantarse, tumbarse, incorporarse, nadar, correr. En todas y cada una de estas acciones, podía Ricardo dejarse embaucar por la belleza y el donaire especial y único de las mujeres con las que se cruzaba.

Había quedado para desayunar con su amigo Pedro y cabía esperar que llegase tarde. Aparcó el coche en doble fila y dejó las luces de posición encendidas. Lo hacían dos días en semana y en el mismo bar, desde que Pedro trasladó su bufete a dos calles del estudio de Ricardo, más cerca de los juzgados y de los clientes más importantes. Pudiera pensarse que su amistad ya no había que regarla, ni podarla, ni mencionar su existencia o inmortalizarla con una foto. Eran amigos.

—Noa, ponnos lo de siempre, pero a mí hoy la tostada entera. —Pedro señaló con el dedo a Ricardo para cerciorarse de que había hecho bien en pedir lo de siempre. Ricardo asintió—. ¿Tendrá novio? —dijo nada más sentarse.

—¿Qué? —preguntó Ricardo, hasta ese momento absorto en los tobillos de una madre joven que luchaba con el carrito de su bebé para sacarlo del coche,

a pocos metros de los veladores de la cafetería.

—Noa, la camarera. ¿Tú crees que tiene novio? Está tremenda.

—No, no tiene. Se lo pregunté hace unas semanas.

—¿Se lo preguntaste? ¿Y eso? ¿Cómo salió la conversación?

—¿Te interesa Noa?

—¿Que si me interesa Noa? Estoy vivo, ¿cómo no va a interesarme? ¿Has visto cómo está? Es bajita, pero se lo perdono.

—Quiso saber a qué nos dedicamos. Le dije que era arquitecto y que tú eras…

—¿Te preguntó por mí?

—No te líes. No preguntó por ti. —Ricardo alargó la negación con un sonido gutural y frunció el entrecejo —. Se lo dije yo. No me acuerdo cómo salió el tema, pero la cuestión es que me dijo que no tenía pareja.

—¿Puedes dejarme la moto este fin de semana?

—¿Para qué quieres la moto?

—Quiero ver unos terrenos y si voy en coche voy a perder mucho tiempo. Están separados unos de otros y…

—Pedro…

—Sólo la quiero para ir a ver unos terrenos… ¿Por qué me miras así? Te dejaré lleno el depósito y te la devolveré limpia el mismo sábado por la tarde. El domingo por la mañana.

—Unos terrenos… Pedro, que me da igual, pero no me digas que la necesitas para ir a ver unos terrenos. Es la última vez que te la dejo.

—Joder, te juro que voy a ver unos terrenos.

—Vale. No tengo nada que hacer el sábado, voy contigo.

—Ven, si quieres. Comemos allí y nos volvemos por la tarde.

—¿Me vas a decir de una vez con quién has quedado el sábado?

—Mónica —dijo con resignación.

—¿Mónica Álvarez?

—¡Quieres bajar la voz! Sí, Mónica —dijo con desdén—. Me ha pedido que vaya con ella a echar un vistazo a unos terrenos. Quiere mi opinión. Solo voy para eso, nada más. Pero sabía que si te lo decía, te ibas a poner en plan… así, con esa cara que pones —dijo señalándolo.

—Tómate la tostada que se te va a enfriar. No pongo ninguna cara. Si quieres la moto, tuya es. Te pasas por ella el viernes.

—Dilo.

—No voy a decir nada.

—Si no lo dices, revientas. Dilo. —Pedro sonrió con la intención de enojarlo.

—Está bien. Mónica lleva detrás de ti diez años. Ha llegado a estar obsesionada contigo. Solo le gustan los líos y le divierte meterse en ellos y si puede arrastrar a los demás, mejor.

—Sí, ya lo sé. —Pedro dio un manotazo en el hombro de Ricardo—. Tranquilo, que lo sé. Lo hago porque es peor no hacerlo. Es pesada, muy

pesada.

—No digo que sea mala persona.

—Y no lo es. No está bien de la cabeza, eso es todo. Pero tú tranquilo, que controlo la situación y no me va a complicar la vida. Además, lo mío lo superó hace tiempo. —Ricardo lo miró atónito—. ¡Vale! Es verdad que a veces me manda mensajes para decirme que se siente sola y todo ese rollo, pero poco más. De verdad. Tenemos una buena amistad, eso es todo.

—Sí, todo por ahora —afirmó Ricardo con todo el sarcasmo del que fue capaz—. Pedro, que nos conocemos. Mejor dicho, la conocemos a ella. Sabes que Mónica haría cualquier cosa con tal de salirse con la suya. En cuanto tenga la más mínima oportunidad, se te va a echar encima. ¡Pero si en tu boda no paró de tirarte los tejos! Que, por cierto, ya te vale haberla invitado.

—Nunca hemos hablado de eso, pero Marta no sabe nada de mi historia con Mónica, ¡nada! No se te vaya a escapar. Para ella es una amiga de la infancia y poco más.

—Eso te crees tú. Marta es muy larga, Pedro. Es imposible no darse cuenta. La forma en que te habla y cómo te mira. Imposible. Marta lo sabe seguro.

—¿Puedo decirle a Marta que el sábado vienes tú también? Así se quedará más tranquila y no se preguntará con quién voy.

—No me metas en tus líos, que al final, si Marta se entera, soy el crío que encubrió a su amigo para que pudiese echar una canita por ahí. Déjalo. Esas mentiras al final nunca salen bien.

—¿Tuviste algo con ella?

—¿Con Mónica? Pero, ¿cuántas veces me lo vas a preguntar? No te enteras de que el único que le interesa eres tú. Nunca he tenido nada con ella. Te lo he dicho por activa y por pasiva.

—¿Ni el día de la moraga en la playa de Málaga?

—¿Qué moraga? ¿De qué hablas? —Ricardo lo recordaba con todo detalle.

—Cuando nos quedamos en un hostal en Málaga y terminamos todos con un pedo en la playa, con gente que no conocíamos.

—¿La despedida del verano aquel que…? Ésta es nueva. Me habías preguntado si me la tiré aquel fin de año en casa de Rafa, si me la tiré en tu boda. Pero la de Málaga es nueva. ¡Que no! —Ricardo elevó la voz—. Que no me he liado nunca con ella.

—No es lo que cuenta ella. —Pedro quiso obligarle a decir lo que quería oír.

—Ella puede decir lo que le dé la gana. Ese día nos dieron las seis de la mañana tirados en la arena. Charlamos, nada más. Además, ahora que me acuerdo, tiene narices que me preguntes por esa noche. ¿Dónde estabas tú?

—Ya lo sé.

—No, ya lo sé, no. ¿Dónde estabas? Tirándote a una italiana en casa de sus padres. ¿Y qué pasó?

—Que sí, que sus padres nos pillaron. Pero Mónica dice que os disteis un

beso esa noche en la playa.

—Y dale con la manivela otra vez. Mira, Pedro, aunque me la hubiese enrollado, que no fue el caso, a ti debiera darte igual. En aquel momento tú estabas con otra. —Ricardo quiso zanjar el tema—: ¡Que no está bien de la cabeza, Pedro! Que se le da muy bien enredar y liar a la gente. Lo enturbia todo siempre para que no sepa nadie ni el día que es. Yo ya te he dicho que no me lie con ella, piensa lo que quieras. Pero vamos, que si lo hubiera hecho, señor marido de Marta, ¿por qué no te lo iba a poder contar quince años después? ¿Me lo explicas?

—Y metes a Marta, ¿para qué? ¿Para dejar el tema y que no te pregunte más?

—Pero, vamos a ver. —Elevó la voz y al darse cuenta, Ricardo se repitió en voz baja—. Pero, vamos a ver, merluzo. Meto a Marta porque no entiendo por qué quieres estropearlo todo para liarte con Mónica. Que si fuera otra y a ti te fuera mal con Marta, lo podría entender. Pero, ¿será por mujeres?, ¿te vas a complicar con Mónica? Si quieres meter la pata, cosa que no entendería salvo que me dijeses que no puedes más y que estás hasta las narices de Marta (en cuyo caso te diría que la dejases primero), hazlo con otra que no sea Mónica, por Dios. Y si puede ser sin involucrarme a mí o a mi Kawasaki, mejor.

—¡Habló! —dijo Pedro con indignación—. Tú, mejor que nadie, deberías comprenderme, que saltas de una a otra.

—¿Ves algún anillo en mi dedo? —Ricardo lo señaló para enfatizar su argumento—. Puedo hacer lo que quiera, con quien quiera y cuando quiera. Igual que hacías tú antes de casarte. No sé a cuento de qué te comparas conmigo cuando no tiene nada que ver una situación con la otra. Es más, a lo mejor te envidio más de lo que piensas.

—¿A mí? ¿Por Marta?

—No, no por Marta, aunque bien podría ser por ella, porque lo vale. Me refiero a tu situación. Es que tener nuestra edad y estar todas las noches solo o en compañía de una mujer a la que no conoces demasiado y que se irá por la mañana (si no lo hace en plena noche sin que te enteres), empieza a no ser siempre reconfortante.

—Vamos, ya llegó. El argumento de lo desgraciado que sois los solteros. Sin niños. Sin nadie que te diga lo que tienes que hacer. Quedar con quien te apetece y acostarte con quien quieres. Pobrecillo Ricardo.

—Eres gilipollas. No sé ni por qué te digo nada.

—Bueno, el sábado cuento con tu moto. Ya veré yo lo que hago. Te lo contaré, no te preocupes.

—No quiero saberlo.

—Yo te lo cuento y ya…

—Madura, coño. No quiero saber nada. —Ricardo se levantó con cierta brusquedad de la mesa y se dirigió a la puerta del establecimiento, desde la que se despidió de Noa con la mano. Luego, se volvió hacia los veladores y en

tono contundente añadió—: Pídele a otro la moto.

«No puedo contarle lo que pasó aquella noche en la playa. Sé que le dolería saber que Mónica se ofreció a experimentar conmigo todo lo que pensaba que Pedro no vería con buenos ojos. ¡Se desinhibió por completo! ¿En la playa? ¿Piensa que nos enrollamos en la playa? En la playa nos besamos, eso sí. La besé en todos los recovecos que no estaban cubiertos por el vestido playero y el bikini que llevaba debajo. Y ella también me besó, con la boca entreabierta y flácida y dejó que mi lengua la explorase. No solo su boca... Me abrió el último botón del polo, tirando de él con fuerza, para que al retirarlo hacia mi hombro derecho, cediera más piel y se dedicó a darme pequeños bocados, que acompañó con roces de su lengua que dejaron pequeñas marcas húmedas en mi piel, que sentía frías cuando la retiraba. Sí, lo de la playa fue lo de menos. Lo que pasó cuando amaneció y nos fuimos al hostal… Eso sí que sería mejor que Pedro no lo supiera nunca. ¡Ella nunca se lo contará! Puede que le haya dicho que nos besamos en la playa. Pero ella no le contaría nunca que en la habitación se dejó hacer todo lo que se me ocurrió y ella me hizo todo lo que quiso. Pedro no podía enterarse de que el olor embriagador de Mónica emulsionó con la sal del mar que retenía su piel y con las fragancias de su sexo. No recuerdo cuantas veces la alcé con mis brazos y la manejé a mi antojo contra la fría pared. A Pedro no le contaría nunca que ambos pudimos sentir cómo su flujo se deslizaba sobre nuestra piel. No dejaría que se enterase que sucumbí al poder de sus poderosas nalgas durante una hora más, cuando creí que me fallarían las fuerzas, y que una vez sobre mí, se contorneó y se agitó igual que una danzante en un ritual y que culminamos a un tiempo, con la sincronía de dos amantes experimentados; con tan fuertes contracciones que tuve que sostenerla para que no se cayese. No, no creo que se lo haya contado a Pedro. Tampoco puede enterarse que nuestros encuentros sexuales se convirtieron en habituales durante dos años, desde que terminaron su infructuosa relación, y que a ella le gustaba pedirme que la usara. Eso decía: úsame, quiero ser tu muñeco, tu marioneta. “Quiero que me hagas sentir placer hasta desmayarme y que me uses para darte placer”. Le gustaba que le dejara las marcas de mis manos en sus caderas cuando me ofrecía su espalda y se agachaba sobre la cama. “Aprieta las caderas, sujétalas con fuerza”. Y cuando estaba a punto de llegar al orgasmo y sentía que el viaje sería largo e incierto, me llevaba una mano a su pecho y me gritaba que lo estrujase con fuerza; que lo amasara hasta que volviese de su viaje y quedara desarmada sobre las sábanas».

Unas horas después, cerca del mediodía, Ricardo seguía buscando la mejor manera de ocasionar un encuentro con Miriam. Poco le quedaba por hacer en el estudio antes de comer y su cabeza le iba a estallar. Y el asunto de Pedro. Solo le producía cansancio existencial. Pelmazo, pensó. Veinticinco años de amistad y todavía no he encontrado una puñetera razón por la que seguir aguantándolo, se dijo. La misma mentalidad que cuando tenía quince años y

eso que ya entonces, le parecía ridículo su discurso. Pero cedió. Una y otra vez cedió y le perdonó ser un ignorante sin interés por aprender nada, un cenutrio insensible y masculinizado por los prejuicios y arrebatos coléricos de un padre analfabeto emocional, que le inculcó una absoluta desconsideración por la cultura y para el que no había más libro que el de familia. Fútbol y alcohol. La mujer, un florero y él, un cactus cargado de púas. Allí estuvo cada vez que aquel engendro, no muy distinto al resto, necesitó su ayuda. Porque así de imbécil podía llegar a ser. Tanto, que durante años había puesto las estúpidas necesidades emocionales de sus inmaduros amigos por delante de las propias. Se convenció de que debía aislarse y alimentarse en solitario. Ser el macho de una manada de leones al que el resto deja solo para que engulla tranquilo y a su antojo. Él ya vivía en un universo paralelo, plagado de historias, de amores imposibles, de contemplación y deseo, de libros leídos entre líneas una y otra vez. No necesitaba para sí la pátina de mugre rancia con la que sus amigos habían cubierto sus heridas; ni había dejado que se pudriesen sus ilusiones, a golpe de penúltimas copas y besos robados al son de ruidosos camiones de basura y sirenas de ambulancia, mientras el sol, al brindar sus primeros rayos a quienes se refugian en portales y paradas de autobús, les iba desgajando la juventud y había empobrecido sus espíritus, un poco más cada fin de semana. Se dignificó, o eso creía. Y lo hizo con la cabeza baja durante los peores años, aquellos en los que debió levantarla y ser él quien mostrase a los demás, con femenino orgullo –ese que aprehendió por ósmosis de su incomprendida madre–, que la única alternativa a la desidia es la pasión por la vida y el único riesgo que merece la pena asumir es el de vivirla.

Quizás, eso también lo atormentaba. Necesitaba redimir su culpa por no haberse enfurecido más con sus amigos; por no haberles hecho entender que subsistir no era vivir. Pero llegó el fatídico día en que también él se rindió a la luciferina tentación y se sumió en un letargo que lo alejó de las aguas transparentes de sus fantasiosas playas de juventud, para navegar sin brújula y sin rumbo por aguas infestadas de placeres, a los que bautizó con elegantes nombres y a los que refinó hasta que se convenció de que no había mejor modo de ejercer su libertad. Y se empobreció. Con el tiempo lo hizo. Sometió un lago poco profundo a la implacabilidad del calor desértico y se evaporó por completo, hasta sentirse un espurio farsante. Le enfurecía que se hubiesen cumplido los designios de tan fatuas vidas a su alrededor y que la suya vagara por el infinito. Eran todos autómatas programados para realizar tareas deshumanizadas y vulgares, en las que sin comprender cómo, algunas personas aparentaban cierto grado de estabilidad e incluso, los más avezados –pura ignorancia venida a engreimiento, llegó a pensar–, decían haber tocado la felicidad y afirmaban que sabían en qué consistía. En cambio él, incluso cuando supo que se desviaba de sus primigenias apetencias y aspiraciones, lo hizo para adentrarse en selváticos parajes inexplorados de la conciencia, movido por una platónica metamorfosis; por la aspiración a un cambio

evolutivo interior que lo llevase a cotas más altas en sus experiencias. Sí, mismo resultado, es posible. Mismos padecimientos y desazones, quién podía saberlo. Pero no entregó su libertad a cambio de un sucedáneo de estereotipada felicidad. O eso se decía cuando imperaba calmar su desasosiego.

Llamó a su cuñada por si necesitaba que la recogiera y quedó en hacerlo a las dos y media. Sonia había dejado el coche cerca de una zona plagada de buenos restaurantes. Comerían. Se conocerían un poco más. Y podría deleitar sus sentidos contemplándola. Observar un fenómeno de la naturaleza de rareza inusitada; una piedra de perfecta talla. ¡Qué guapa!; duele mirarla, pensó. Hay algo enigmático y misterioso en algunas mujeres, que atraen con la misma fuerza inexplicable que repelen. Quiero mirarla y lo hago, pero incomodado, inquieto; es peor que aguantar la respiración bajo el agua, pensó. Termino por apartar la vista, amedrentado; por puro miedo a que el conjuro que formula con sus ojos, terminase por transformar el encantamiento inicial en un peligroso maleficio que petrificase su conciencia y lo convirtiera en esclavo de sus deseos y caprichos. Será porque sabes que tu vocación es ser esclavo de una mujer, pensó. Cuando tenía poco más de trece años y hasta los quince, a veces soñaba despierto con ser un animal domesticado. Pero no un perro o un gato, no. Un leopardo. Una pantera. Y soñaba que una mujer de figura esbelta, alargada, bien formada, vestida con una falda egipcia y un pañuelo de seda que cubría con varias vueltas sus pechos, de pelo negro y ojos almendrados, manos suaves y piel delicada, era su dueña. Soñaba que se recostaba a su lado y metía la cabeza tras las pantorrillas y que su dueña, alargaba a ratos su mano y la pasaba por su piel agradecida y sumisa. Soñaba que sentía el yugo del poder de su dueña y eso lo complacía pero, sobre todo, lo excitaba. Nada de lo que vino después pudo soportar comparación alguna con las sensaciones que le proporcionó aquella ilusión, rica en sugerentes matices, que lo sumergía en un estado de deseada esclavitud, en pro de la plenitud de su dueña. La protegía. Enseñaba sus potentes garras y sus afilados dientes, cuando alguno de los que su dueña recibía y con los que departía y trataba asuntos importantes de una corte imaginada de la que era princesa, no guardaban respeto por ella. Y cuando lo hacía, su dueña lo acariciaba, lo recompensaba con comida que metía en su boca, momento en que podía dejarse inundar con el aroma de su perfume oriental y alcanzar el éxtasis. La mujer podía devolverlo a la vida humana cuando deseaba que la complaciera, para lo que frotaba un rubí engarzado en un anillo y cantaba un breve recitativo. En su humanizada forma, Ricardo dejaba de ser un felino, pero era su esclavo. Solía recibir peticiones de su dueña, órdenes que su subyugada voluntad ejecutaba con total diligencia y exquisito detalle, hasta que su arábiga princesa, su terrenal Cleopatra y libidinosa Afrodita, quedaba complacida y esparcida sobre sábanas de seda cárdena. Solo entonces, podía el esclavo distender sus músculos y procurarse alivio entre los pliegues de un pañuelo con el que su princesa lo premiaba. Cuando ambos habían yacido

adormecidos por unas horas, su dueña lo devolvía a su felina condición. Sí, puede que todo me ocurra porque sé que mi vocación es ser esclavo de una mujer, pensó.

Se distrajo, sentado en su mesa y con el ordenador en suspensión. Se preguntó si Miriam tendría cuenta en Facebook. Abrió la aplicación y escribió «Miriam Torrálbez» en el buscador. Trató de adivinar si sería alguna de las mujeres que aparecía en las minúsculas fotos, con el mismo nombre, que antecedían a los resultados arrojados por el algoritmo correspondiente. La quinta parecía ser ella. «¡Sí, es ella!». Pulsó sobre el nombre y se abrió su cuenta. En la foto de perfil, Miriam aparecía abrazada a un pastor alemán en lo que parecía el jardín de una casa grande con una piscina al fondo. Y nada más. No pudo acceder a ninguna otra información. Le gustó, aunque se sintió frustrado, que tuviese restringido el acceso a los datos personales y que su muro –así lo llaman– no fuera público. Salió de la aplicación demasiado pronto, porque nada más hacerlo, la curiosidad lo incitó a volver para buscar a África. ¿África qué más? No sabía su apellido. Pensó que al ser un nombre tan inusual, no le costaría trabajo encontrarla. Pero lo cierto es que la lista de suscritos con el nombre de África era tan larga que desistió. Buscó su nombre. Ricardo Lasfuentes. «Siempre pensé que sería el único que llegaría a conocer con mi nombre y resulta que el mundo está lleno de personas que se llaman como yo. ¿Y esas caras? No se parecen en nada a mí. ¿Por qué se tendrían que parecer? ¿México? ¿Chile? Pero, qué decepción más tonta…».

Por el rabillo del ojo, percibió movimiento en el pasillo de la oficina. Miriam se disponía a salir a la calle. Era la hora. Con el bolso ya colgado, se dirigía a los servicios. Ricardo apagó el ordenador, se aseguró de llevarlo todo en los bolsillos de su americana y se apresuró para estar en disposición de coincidir con ella en los ascensores. Se despidió con la mano de los pocos compañeros que quedaban y se quedó en el pasillo de la planta para esperarla.

—¿Y tu mañana? —preguntó Ricardo al verla salir por la puerta.

—Algo lenta, pero no me puedo quejar. ¿La tuya?

—Bien, he terminado de revisar las tablas.

—Me alegro.

—¿Tengo mejor cara?

—¡Te ha dolido! —dijo burlona.

—No. —Ricardo se enmascaró tras una sonrisa natural, creíble, que aliviase su preocupación por lo que Miriam pudiera pensar de su sentido del humor.

—Tienes mejor cara, sí. ¿Vienes al estudio esta tarde?

—No lo sé. Tengo cita con el dermatólogo y ya la he aplazado dos veces.

—¿Qué te pasa?

—Nada, no es nada. Voy un par de veces al año. Tengo la piel sensible y a veces me salen granitos molestos en la espalda. ¿Tú vienes?

—No puedo…

—¡Verdad! Llega tu hermana.

—Sí. Ya se lo he dicho a Diego. La recojo a las seis en el aeropuerto.

—¿Pero, tienes coche? —Ricardo sabía que no—. Puedo dejarte el mío, si lo necesitas esta tarde. O llevarte yo si…

—Recojo el de mi padre después de comer. Pero gracias. Eres un sol.

—¿Tu madre no va contigo al aeropuerto?

—No. —Fue tajante y conclusiva, por lo que Ricardo no quiso ahondar en las razones. Quizás esa noche podrían hablarlo.

—¿Te acerco? Tengo que ir a recoger a Sonia.

—¿Sonia? —Miriam se arrepintió de haber hecho tal pregunta. Sonó demasiado inquisitiva.

—Es la mujer de mi hermano.

—Si te coge de camino…

—Sí, no hay problema. ¿Vives todavía donde te llevé aquella vez?

—Sí, sigo allí. Estoy harta de ese piso. Ya estoy buscando otro, aunque los precios de los alquileres no facilitan el asunto que digamos.

—¿Son grandes esos pisos? —Preguntó en el tono que lo hubiese preguntado cualquier arquitecto que tuviese curiosidad profesional.

—No. Ochenta metros. Pero es luminoso. No está mal. —Miriam contrajo la comisura derecha de su boca y ladeó la cabeza. Quiso pensar que lo preguntaba porque quería saber si vivía sola—: Cuando quieras, subes y lo ves.

Otra vez la misma sensación que tuvo por la mañana. Cuando Miriam se sentó en el asiento del acompañante y cerró las puertas, le invadió la misma tristeza y por la misma causa. El habitáculo silenció al mundo, lo hizo desaparecer. La oscuridad del garaje no se dejaba vencer por los tubos fluorescentes que, dispuestos por los techos de los corredores de acceso a las plazas, adolecían muchos de una molesta intermitencia lumínica que no cesaba. Antes de arrancar, miró a Miriam. Ella se disponía a tirar de la correa del cinturón, para lo que se ladeó hacia la derecha, cuando sintió la mirada de Ricardo. Se hizo la distraída y jugueteó con la hebilla hasta que cedió y se dejó llevar hasta su ojal. Ricardo siguió contemplando aquella estampa. Su ondulado pelo sobre el cuero del asiento; su cuerpo liviano pero firme, dando forma al vestido; su bolso de tela color crema, cerrado con un botón grande sujeto por una presilla de cuero; los vestigios del aroma de su perfume que habían sobrevivido a los avatares de una intensa mañana de oficina. En oportunidades así, si estuviese en sus cabales, Ricardo hubiese centrado su atención en la piel de Miriam que aquel conjunto dejaba al descubierto; en la pulsera que lucía en el tobillo desde el verano, a juzgar por su descolorido aspecto; en la visión del busto, de una voluptuosidad impropia, ceñido por la correa del cinturón. Si la tristeza no lo invadiera, Ricardo hubiese retenido en su memoria la forma exacta del lóbulo de su oreja, cuando al retirar su pelo quedó expuesto unos instantes, y cómo, llegado el caso, podría abrir el cierre del aro plateado que lo circunvalaba antes de proceder a besarlo. Pero la imaginó con él de otra forma. Del mismo modo que a Sonia aquella mañana.

A su lado, mientras volvían juntos del trabajo, camino del hogar que habrían diseñado entre los dos; cómplice de sus debilidades y hacedora de pequeños milagros diarios que vencerían su miedo a la felicidad. Y no era Miriam, no es que fuera ella. Era, una vez más, la sensación de pertenecer a alguien para siempre y construir un edificio enorme de juegos y ternura, de confesiones y confidencias. Se trajo de vuelta, de un golpe, e hizo coincidir la necesidad de aterrizar con la acción de pulsar el «start» de su BMW. Miriam se recolocó en el asiento, acomodó sus piernas y toqueteó el cinturón. Quizás pudo intuir que un halo de melancolía se había apoderado de Ricardo, al percibir los inaudibles suspiros con los que exhalaba su aflicción. Se giró hacia él.

—¿Qué te pasa?

Ricardo no había iniciado la marcha. Miró los ojos de Miriam, poblados de largas pestañas, y con la frágil intensidad de alguien del que hubiesen descubierto un íntimo secreto, confesó movido por una repentina urgencia de explorar si aquella mujer, a la que idolatraba en las noches de solitario placer, solo profesaba cortesía o su interés era genuino; si merecía la pena arriesgar su preciado tesoro y ponerlo en sus manos; incluso si al verbalizar sus inquietudes podría hacer desaparecer su inconsistente nostalgia.

—No sé. Esta mañana tuve una sensación... Acabo de tenerla otra vez.

—¿Te duele algo?

—No es eso —sonrió—. Tuve un sueño raro y después…

—Te sientes melancólico.

—Triste. Ha sido un momento, nada más.

—¿Crees que lo ha provocado algo concreto?

—Tampoco lo sé. Bueno, sí, pero no sé si tiene sentido.

—Prueba.

—¿Que te lo cuente?

—¿Por qué no?

—Mi cuñada, Sonia. Vino esta mañana a mi apartamento. Quería que la llevara al trabajo, porque su coche la había dejado tirada cerca de mi casa…

—¿Es por tu cuñada? ¿Sientes algo por ella?

—¿Por Sonia? —Los nervios de Ricardo desataron una risa jocosa—. No, no es por ella. No hay ninguna historia sórdida del tipo: me gusta la mujer de mi hermano.

—Perdona. Parecía que…

—Sí, sí. Te entiendo. Tal como lo he contado parecía que…

—¿Entonces? —Miriam tomó aire y lo soltó aliviada, aunque su cara reflejaba la incomodidad que le había producido pensar que Ricardo pudiera estar enamorado de su cuñada u otra rocambolesca historia parecida—. Vamos, si quieres contármelo.

—Me he sentido solo, eso es todo. No sé explicarlo.

—Puede ser. La soledad, a veces, es así. Te remueve y te deja hecho polvo.

Él supo, como lo sabía todo desde hacía un tiempo, que Miriam se tomó un momento. Que siguió mirándolo, pero evadida por completo. Como si

conociera la sensación. Quizás la sentía, incluso más a menudo de lo que le gustaría y desde que era muy joven. Él le puso nombre a su primer novio y lo llamo Fede, e imaginó que terminó por llamarla Miria, sin pronunciar la eme final, con la misma desgana por ella que por todo lo demás. Seguro que era un espantapájaros bobo y desaliñado, que descuidaba el decoro con vehemencia misantrópica. Y ella dejó que la llamase así. Ricardo supo que lo único que quedó grabado en la memoria de Miriam, de los pocos meses que pasó con aquel imbécil, fueron los torpes y descarados esfuerzos por tocarle las tetas, de los que gracias al momento de lucidez que la llevó a mandarlo a por espárragos –no fue la expresión que utilizó–, salió incólume. La vio embelesada, desde la ingenuidad de sus quince años, por los ojos verde agua y el flequillo rubio de aquel medio impúber, mientras él babeaba por sus pechos, como si fuesen dioses a los que tuviese que rendir culto y dedicarles panegíricos. No. Esa no fue la primera vez que se sintió sola, pero por cómo llegó la sensación y lo que la detonó, sí fue la primera que sufrió con intensidad. Y como le pasó a él, fue al escuchar una canción. En el baño. Una de esas, escrita ex profeso para que las adolescentes se lamenten en compañía de sus semejantes y desafinen en coro y sin complejos sobre la voz del cantante, cuya letra relata las miserias de una chica defraudada por la inmisericorde indiferencia del amor de su vida. La imaginó frente al espejo, quitándose el camisón y mirándose los pechos y palpándolos y sosteniéndolos; se dijo que no le afectaría, nunca más; que se las miraran los hombres o pretendieran tocárselas, le daría igual. Pero qué sola se sintió, pensó Ricardo.

Ricardo seguía cabizbajo y en proceso de decidir si le iba a dar más detalles o no sobre lo que le pasaba. Se imbuyó en los pensamientos de Miriam, como si los taquigrafiara una voz femenina de timbre indeterminado y comedida dulzura: «Tú también me has mirado las tetas; igual piensas que no me he dado cuenta. Pero no me molesta, es normal. Bueno, no es normal que lo hagas en el trabajo y muy a menudo, pero me caes bien. Tienes algo que me despierta ternura y no sé lo que es… ¡Eres muy guapo!... Pero no es eso. Si me oyera mi amiga Cintia me echaría un sermón de los suyos: “los hombres nos coaccionan con sus miradas; no tienen derecho a considerarnos objetos”. Y tiene razón; puede que la tenga… no, no, la tiene… pero si es que…, no me molesta que me las mires tú. Ni que me mires las piernas, que también lo haces. Con la misma intensidad que me molesta que me miren otros… ¡qué asquerosos son algunos y qué poca clase tienen la mayoría!… Me gusta que me mires tú. Digo yo que si son mías y muy mías, puedo decidir quién me gusta que las mire y quién preferiría que se quedara ciego antes de hacerlo, ¿no? Aunque ahora que lo pienso, no las mira tanto. Alguna mirada fugaz, cuando hablamos; ayer por la tarde… ¡Qué rarito estaba! No paró de moverse. Así tuvo luego ese sueño tan raro; no estaba bien ayer… Pero no mira tanto. Y es verdad que es discreto. Igual soy yo, que doy por hecho que todos los hombres del mundo me miran las tetas (y muchas mujeres, que

también las hay y a veces me molesta que lo hagan incluso más que cuando lo hacen los hombres). Javier sí me las mira. Es un descarado, de hecho. Hasta Diego me las mira, pero lo hace de otra forma, no sé. ¿Tan grandes son? No tan grandes, pero soy tan delgada que les debe resultar llamativo el contraste. Si entendieran de copas de sujetador, igual se sorprenderían. Pero vamos, que sí, que son grandes, ¡qué le voy a hacer! Mis amigas fueron las primeras y las más pesadas. Esa es otra. El día que las mujeres nos demos cuenta de que nos hacemos entre nosotras más daño del que nos hacen muchos hombres…».

—Todos mis amigos se han casado —dijo al fin Ricardo.

—¿Eso es lo que te pasa? ¿Quieres casarte? —Miriam no pudo evitar sentir un rápido golpe de adrenalina en la boca del estómago. Sintió húmedas las manos y se agitó y aunque al pensar en ello mientras ocurría, no comprendió el motivo, terminó por achacar el vértigo a la tensión de conversar en esos términos con un hombre que, después de todo, le gustaba y mucho. Trató de inspirar con lentitud y calmarse y le quitó importancia; incluso rio por dentro, cuando pasó el leve mareo.

—Si lo que te preocupa —dijo con la voz tan queda que tosió para tonificar las cuerdas vocales antes de seguir—… Si lo que te preocupa —repitió—, es que tus amigos ya estén casados y tú no, mi consejo es que no tengas prisa. Tengo amigas que se casaron a los veintitrés y se separaron a los veinticinco y otras que con treinta y tres no han tenido nunca novio. Con las de vueltas que da la vida, quién sabe lo que puede pasar. En eso de las parejas y los matrimonios y los divorcios, he visto de todo y mira la edad que tengo. Pero de todo.

—Sí, lo sé. Es impredecible.

—Y tanto que lo es. El mejor amigo de mi padre se divorció con cincuenta y dos años y se casó con su primera novia, una que tuvo a los veinte. Mi amiga Pita… sí, es un nombre feísimo, a mí tampoco me gusta, no pongas esa cara… llevaba ocho o nueve años con el novio y cuando quedaban dos meses para la boda, ¡dos meses!, se enamoró de otro y ahí están, casados y con un niño.

—A mí me contaron una muy buena…

—Cuenta, cuenta, que me encantan esas historias. Es todo tan…

—Imprevisible, te lo he dicho.

—Es que es eso, sí. Imprevisible.

—Por lo visto, un matrimonio se fue de viaje de novios a… no me acuerdo; una de estas islas paradisiacas… Pues el marido, a los tres días, llamó a la agencia de viajes que le había gestionado la luna de miel y pidió un billete de vuelta para España. ¡A los tres días ya se había roto el matrimonio!

—¡Qué barbaridad! Pero, ¿se sabe por qué fue?

—Porque ella lo vio tontear con una de las camareras del hotel, se enfadaron y no sé qué más. Vete tú a saber la razón, pero que, bueno, es lo de menos. La cuestión es que se acabó.

—Sí, sí. Si es que a tus amigos casados los verás divorciados y vueltos a

casar. No te quepa duda.

—Sí, lo sé. Alguno, antes de lo que ellos creen. Se ve venir. Vuelvo al tema.

—Sí, perdona, que me he ido.

—No pasa nada. Creo que no es por la edad, ni porque piense que me ha llegado la hora de casarme o algo así. Es más bien que hoy, en concreto hoy, me he sentido raro. —Ricardo se percató de la hora en el salpicadero y arrancó el coche. —Tenemos que irnos que llego tarde.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —Ricardo asintió—. ¿Has tenido novia? Me refiero a novia en serio, con proyectos juntos y esas cosas.

—No. Bueno, sí, pero no. He tenido, pero no de esa clase.

—Nadie especial.

—Especiales somos todos. Hace unos años hice un cálculo. Nada riguroso, solo barajé unas cifras por curiosidad… ¡mira el abrigo que lleva ese! —Señaló a un transeúnte que cruzaba un paso de peatones. —Traté de calcular las probabilidades reales de conocer alguien que tuviera algo que ver conmigo; que fuera eso que llaman algunos, la media naranja.

—¿A ti también te obsesionaban las matemáticas?

—Más que obsesionarme, me relajaban. Pero no era tanto por las matemáticas. He dicho cálculo por decir, pero no es que me pusiera a hacer un estudio probabilístico. Fue más bien una pregunta metafísica. ¿A cuántas mujeres puedo llegar a conocer? Somos millones, pero se cruzarán por mi vida, como mucho, doscientas mujeres. No me refiero a… ¿Esa era tu calle? —Miriam asintió—. No me refiero a tener contacto cercano o íntimo con doscientas mujeres. Me refiero a que llegaré a tener referencias o conocer, en total, a doscientas mujeres. Amigas del colegio, de la Universidad, del trabajo, vecinas, mujeres de mis amigos, amigas de mi hermana. Quita de la lista a las actrices, presentadoras, escritoras, que esas no cuentan. Doscientas.

—Nunca lo había visto así, pero es verdad. Lo mismo podría decir yo de los hombres, claro.

—Claro.

—Nunca llegaré a conocer a más de doscientos. Algunos más, quizás, ¿no? Es un poco baja tu estimación.

—Vale, sí, algo más, es probable. Pero es que, aunque sean trescientos, la conclusión es la misma. —Ricardo paró el coche justo a la altura del portal de Miriam.

—¿Y cuál es la conclusión? No me dejes con la intriga.

—Pues que, por mucho que nos esforcemos en encontrar a nuestra pareja perfecta, es muy poco probable que lo consigamos. Y eso puede que sea lo que más miedo me da: miedo a equivocarme.

—No me ha quedado muy claro, pero ya hablaremos —dijo Miriam antes de abrir la puerta, algo decepcionada por la conclusión y sin que su tono pudiera disimularlo—. Creo que tienes un lío considerable en la cabeza. Gracias por traerme.

Ricardo contempló cómo Miriam entraba en el portal. Sentado en el coche, como si el tiempo se hubiese parado y no tuviese nada mejor que hacer que quedarse esperando a que un coche le pitara y lo obligase a retomar la marcha, Ricardo se vio envuelto por la inquietud que lo venían condicionando desde hacía unos días.

Miriam había dejado comida preparada. Eso le dejaba dos horas libres para disfrutar del sofá. Una ensalada de atún, con tomate, alcaparras y queso blanco. Fresquita y aderezada con salsa de soja. ¡Doscientos hombres!, pensó. Mientras comía, hizo un repaso mental de todos los hombres a los que había conocido. Los enumeró y trató de ponerles cara y contextualizarlos con alguna vivencia. A los primeros veinte nombres no tuvo problema en añadirles apellidos. A partir de ahí, le costó cada vez más ampliar la lista. Después de veinte nombres más, rondaban caras difusas por su cabeza. Había dejado fuera del escrutinio a sus familiares, amigos íntimos y parejas de sus amigas.

«Gerardo tampoco cuenta. ¡Qué obsesión por la música! Me gusta la música, pero no quiero saberme los nombres de todos los cantantes, bajistas y managers de todos los grupos del mundo… Pues no me acuerdo de muchos más. ¡Qué poca variedad! Aunque no me convence el argumento. ¿Hay que conocer a mil hombres para que te guste uno? Hay otros condicionantes, ¿no? Que tenga más o menos la misma formación; que haya crecido en un entorno parecido… ¡Qué tonterías digo! Hay parejas formadas por personas de países e idiomas distintos, que ni se entienden cuando hablan, que funcionan mejor que las típicas parejas perfectas de familias que se conocen entre sí. Acuérdate de Jason, el chico que conoció Lupe en Estados Unidos. Dime tú que tienen que ver el uno con el otro. Él, diseñador industrial y sus padres, tenderos en un pueblo de cuatrocientos habitantes de Wisconsin; ella, farmacéutica; sus padres, ingenieros de telecomunicaciones. ¡Dime tú que podían tener en común! Es que el simple hecho de que llegaran a conocerse, es un milagro. ¿Quién podría haberlo augurado? Y no solo se cayeron bien, porque bien te puede caer mucha gente… ¡Enamorarse! Cómo me cuesta utilizar ese verbo.

Sandro. Tiene narices que no me acuerde de su apellido. Sandro ¿Riva? Sí, Riva. Sandro Riva. Para una experiencia que vivo con un extranjero y me sale mal. Lo poco que me importó no saber italiano y lo bien que nos entendíamos. Se parece al español; se entiende a la perfección. Qué espalda tenía, ¡madre mía! Cómo me gustaba pasarle la mano por la columna para sentir los músculos a cada lado, mientras la bajaba desde la nuca. ¡Y las caras que ponía de gusto! Yo creo que es el tío más fuerte con el que he estado. Tampoco es difícil, porque los demás han sido muy normalitos… No pienses más que nos conocemos».

Miriam repasó la conversación con Ricardo una vez más. Se echó en el sofá y estiró las piernas todo lo que pudo. Las sentía cargadas, muy pesadas. Sintió una molestia, en el bajo vientre; muy leve, lejana. No podía ser, porque faltaba una semana y media según sus cuentas, pero notaba los pechos algo

más hinchados y sensibles de lo normal. La colonia de Ricardo le traía recuerdos de cuando hizo las prácticas universitarias. Era un olor muy parecido al que desprendía el otro chico que las hizo con ella. A ese no lo conté antes, pensó. Le reconfortó la posibilidad de intimar con Ricardo.

Miriam no tenía por costumbre pensar en nadie concreto cuando se masturbaba. No le hacía ninguna falta. La necesidad de hacerlo se antojaba una incomodidad agradable; un resquemor que se transformara en euforia en cuanto tomaba conciencia de ello y lo atendía. Una mano invisible tomaría la suya y la dejaría sobre su vulva, ya henchida bajo la ropa. Su ropa interior era de algodón y lo más cómoda posible y al sentir que se humedecían, como pañuelos de papel sobre los que se vertiesen gotas de aceite, era cuando le nacían, desde algún punto entre la ingle y el ombligo, suaves contracciones, que la encogían con mayor vigor si su otra mano a un tiempo, se dejaba caer sobre cualquiera de sus pechos. Le gustaba mirar hacia abajo y contemplar su enormidad, asido con dificultad por su pequeña mano, que los sostenía por turnos en todo su peso, mientras con dos dedos, trataba de masajear el pezón a través de la tela del sujetador. Era ritualista para el epicúreo disfrute de sí misma. No había sentido nunca el impulso de innovar o de probar otras cosas que las que siempre le habían funcionado. Había escuchado los impudorosos relatos de algunas de sus amigas, que no tenían reparo en describir con detalle, las técnicas, aparatajes y posturas con las que buscaban alcanzar cumbres individuales de placer. Pero le pareció siempre una impostura, una forma de conseguir atención y escandalizar, quizás porque cuanto más groseras y soeces se mostraban algunas, más parecían divertirse. A ella le funcionaba y muy bien. La relajaba. Era terapéutico. No tenía que ver con el sexo, ni con el amor, ni con el deseo. Era placentero, sin más. Cierto que en alguna ocasión, al ver una película o leer un libro, la envolvían recuerdos íntimos, que asociaba con la sensación de llegar a alcanzar un orgasmo y sin preguntarse, ni especular con los motivos, lo buscaba sin más, como quien se deja caer por el tobogán de una piscina porque ya ha subido la escalera. A veces tomaba desvíos, al final de los cuales, la perseverancia encontraba su recompensa, unas veces con un breve fulgor centelleante y otras, con una zambullida en cálidas y agitadas aguas en las que podía bucear alienada. Pero quería experimentar. Quería conocer hasta dónde podía llevarla su imaginación; que le ofreciera lo que deseaba. Se desabrochó el sujetador y liberó la presión sobre sus costillas y sus pechos se aposentaron donde quisieron. El roce de la tela del vestido en sus pezones le produjo un sobresalto, al que reaccionó abriendo las piernas y apoyando una de ellas sobre el brazo del otro sofá. Ricardo tenía unas manos grandes, sin llegar a ser robustas ni gruesas. Jugaba con los botones de su ropa, hasta que los desabrochó sin mirarla. Cuando terminó, trató de recordar en qué momento había dejado de pensar en Ricardo y todo se había transformado en paisajes exóticos sobre los que volaba con los ojos entrecerrados, de lo que culpó a su dedo, certero y disciplinado, que desde el primer momento hizo círculos

concéntricos y minúsculos y que ejerció la justa y progresiva presión que la llevó a evadirse de este mundo y exhalar un suspiro denso y profundo, con el que desapareció de esta vida por una eternidad de segundos en los que no hubiese podido recordar ni su propio nombre.

Sonia esperó a Ricardo frente a la puerta del bloque de oficinas en el que trabajaba de administrativa para una empresa de suministros de material deportivo. Ricardo se disculpó por los minutos de retraso y le sugirió que podían comer juntos en cualquiera de los varios restaurantes de la zona de su apartamento. Era posible que la conversación con Miriam fuera la razón por la que Ricardo se sentía más ligero, menos sarcástico consigo mismo y más predispuesto a dejarse llevar por el buen ánimo. La psicóloga a la que no escuchó y cuya ayuda rechazó, porque no le gustaron los símiles que empleaba, ya le dijo en su momento que la euforia que sentía cuando le crecía el ánimo y se apoderaba de él una extraña paz emocional, no debía tomarla siempre como algo positivo. Añadió que se podía llegar a cometer un grave error cuando uno está afectado por una sobrevenida y explosiva felicidad pasajera. Ricardo no la entendió. La ira, la frustración, la tristeza. Esas son las cosas que lo hacen a uno cometer locuras, pensó entonces. No la alegría. Él se sentía bien. Contento, alegre, animado. Cuando recogió a Sonia y se sentó junto a él, todo era distinto. La melancólica tristeza que sintió por la mañana, le pareció lejana e irrelevante, como el frío cuando llega el calor veraniego. Incluso flirteó con ella. Sin malicia, pensó. Sin más intención que la de caerle bien, se dijo. Se convenció de que su deseoso instinto no sería lo que predominaría en su actitud con Sonia. No, no, pensó. Sí, era verdad, se lo reconoció a sí mismo: no evitaría, nunca lo hacía, iniciar una cautelosa indagación en los gustos y aspiraciones de Sonia; en sus apetencias y carencias; en cada matiz de sus gesticulaciones. También, que los exploraría para averiguar –no siempre podía– dónde estaban sus rincones ocultos. Esos en los que todas las mujeres –estaba convencido de ello–, guardan sus verdaderos anhelos; desde los cándidos hasta los más tórridos; desde los confesables –nunca íntegros– a una amiga con la que sintieran circunstancial empatía durante un período de sus vidas, hasta los más secretos cuya existencia e importancia se negasen a sí mismas, con más vehemencia cuanto mayor fuera la presión para que los revelasen.

Ricardo se había demostrado que podía leer en los ojos de una mujer todo lo que se prohíben a sí mismas, pero que desean con mayor frenesí. Tanto lo desean en silencio, dijo la pasada Navidad a un grupo de amigos, tanto les fascina el espejismo de ser otras cuyas pasiones las dominen, que cualquiera de ellas se dejaría arrastrar a la locura de romper la propia conciencia en pedazos, al menos una vez en la vida, si les garantizasen la reversibilidad y el anonimato. Negó que se refiriera al sexo. Lo negó con rotundidad a sus amigos. Era más complejo que eso. Mucho más. Una mujer para un hombre, concluyó de viva voz para que lo oyesen las mujeres de sus amigos que

charlaban a pocos metros, siempre será un misterio, porque se salen de nuestro espectro de visión; no podemos estudiar lo que no vemos; no podemos comprender lo que no existe para nosotros. Y en ese extenso valle, que se esconde detrás de las cadenas montañosas que nos separan de ellas, siembran las mujeres una intimidad inabarcable e inalcanzable para el hombre, de la que solo podemos intuir que existe, pero de la que nunca tendremos pleno conocimiento. Soy arquitecto, las palabras no son lo mío, pero seguro que me habéis entendido, añadió.

Claro que sí. Coquetear era un juego, un divertimento. Para Ricardo se desenvolvía en el campo del intelecto más que en el de la seducción. Ninguno de los amigos para los que habló lo hubiesen entendido. Un ejercicio intelectual, eso es lo que se decía que era, lo que sentía que era, sobre todo cuando su conciencia se cercioraba de no trasvasar en exceso los límites de la decencia. Era un encantador de serpientes: calibraba los gestos, miradas y risas; elegía el momento más oportuno para ofrecerlos en todo su esplendor; sabía escoger la conversación más adecuada para sus propósitos.

—Por cierto, puede ser que mi madre me comentase que estudiabas… ¿alemán?, ¿puede ser?

—Alemán, sí —dijo con entusiasmo—. Lo estudié cuando era pequeña y luego estuve…

—Es verdad, viviste en Alemania, ¿no? —interrumpió.

—Bueno, no diría yo tanto. Pasé en Düsseldorf tres meses, con una beca. Aprendí cuatro palabras, porque la verdad es que estuve rodeada de españoles. Pero, ¡me encantó el alemán!

—Tienes pinta de alemana, sobre todo hoy, con esas trenzas.

—Sí, ya ves. —Sonia sonrió el comentario y se tocó las puntas de ambas.

—No, de verdad. Además, tienes un pelo muy bonito. —Ricardo le regaló el comentario a Sonia con la exacta y medida indiferencia para que no resultara demasiado personal; con la intensidad justa para que Sonia no pudiera evitar sentirse halagada—. ¿Sois todos tan rubios en tu familia?

—Bueno, mi hermana es un poco más castaña, pero sí, casi todos somos rubios. Pues casi nunca me pongo trenzas. No sé por qué hoy me ha dado por ahí.

—Eso es que mi hermano no está y has dicho: pues hoy me peino distinta.

—Mira, no lo había pensado. A lo mejor ha sido por eso. Por cierto, me ha dicho que te diera las gracias de su parte.

—Sí, me ha mandado un mensaje. No tiene importancia. Ahí está la calle, ¿ves? Un restaurante tras otro. ¿Te gusta la comida italiana? También hay un japonés, un chino, uno de comida casera; pero si te da lo mismo, te recomiendo que entremos en Barbieri.

—No hace falta, Ricardo. Llamamos a la grúa y esperamos con una cerveza. O vete a casa, no creo que tarden mucho.

—¿No tienes hambre?

—Te digo la verdad si no te ríes.

—No me río.

—Estoy a dieta y tengo la comida preparada en casa.

—¿Por qué me voy a reír? No pasa nada. Esperamos a que venga la grúa. Aunque, en una cosa no hemos pensado…

—¿En qué?

—Si lo que tiene el coche no puede arreglarlo sobre la marcha, porque no sea la batería o algo así, el coche se lo tendrá que llevar.

—Celso me ha dicho que es probable que se lo tengan que llevar.

—Te llevo a casa.

—Me voy en un taxi, no pasa nada.

—Hacemos una cosa: esperamos a la grúa, te vienes a casa, comemos y después te llevo. Tengo que salir por la tarde de todas formas.

—No sé…

—Por la dieta no te preocupes. Nos comemos una ensalada.

—Hecho.

«Siempre he prejuzgado a Sonia. No me resultaba fácil empatizar con ella. Creo que tenía motivos para ello, pero no tengo claro cuáles eran… Estoy seguro de que su sueldo se lo gasta íntegro en ropa y complementos. Se nota que le gusta el gimnasio y los rayos uva. Todo ese mundo de "cuidados intensivos", como lo llama Pedro. Lo curioso de personas así es que no lo necesitan. Es perfecta, sin tanto abalorio y tanto retoque. Seguro que recién salida de la ducha y con un pijama cualquiera, de esos que están pasados por el uso, está más atractiva que ahora… Bueno, ahora está muy atractiva, es evidente que sabe arreglarse… Yo me entiendo. Seguro que cogió su peso con quince años y no ha ganado ni perdido un gramo. Y yo se lo he dejado entrever con el comentario, pero es que podría hacer una tesis sobre su pelo. Parece el de las modelos de anuncios de champú. Hoy no se aprecia con las trenzas, pero cuando se lo suelta… ¿Por qué tengo tanta complicidad inmediata con mujeres así? Jamás saldría con alguien así. Seguro que no me plantearía ni ser su amigo. Lo raro es que son esas mujeres las que más se fijan en mí y con las que más sincronizo el pensamiento. Es verdad que no dura mucho, solo el tiempo suficiente para divertirnos. Da igual que esté rodeado de otros hombres o que haya mujeres a mi lado. Cuando coincido con alguna de estas mujeres arregladas, superficiales, ambiciosas, es inmediato su interés por mí. Me da escalofrío, que crean que soy como ellas... Son las que me tratan con mayor naturalidad y son más espontáneas conmigo. Las puedo ver comportarse durante horas como estiradas niñas bien, que media hora después de conocerme e intercambiar cuatro frases, empiezan a desinhibirse… Tampoco es que conozca a Sonia lo suficiente como para sacar conclusiones… Aunque la culpa también es mía. No me doy cuenta, a veces, pero sé que proyecto una estilizada… mejor, esterilizada… pulcritud y donaire que atrae mucho a determinado perfil de mujeres. Falso, que eres un falso, porque tú no eres así… ¿no soy así?... ¡Si fuera yo mismo…! No puedo. Y esta semana, menos que cualquier otra…».

Una hora puede pasar en un santiamén cuando se está enfrascado en un juego de destreza. Así vivía Ricardo esas situaciones. Sonia en la cocina con sus coletas y con las zapatillas de Ricardo para descansar los pies de los tacones; Sonia a un metro de distancia, con su impecable y reluciente manicura; Sonia acunando cada palabra antes de emitirla y dejando que su voz expanda su aflautado sonido; Sonia dejando de ser Sonia, la mujer de su hermano.

—¿Tú no hacías montañismo?

—Lo dejé hace años.

—Pero, te lo tomabas en serio, ¿no? Algo me contó tu hermano.

—Sí, pero me lesioné el hombro. No fue una lesión grave, pero el médico me recomendó que lo dejase o empeoraría hasta no tener solución.

—¿Qué haces ahora?

—Senderismo, bicicleta, natación… Un poco de todo. ¿Celso todavía juega al fútbol? Hace tiempo que no le pregunto.

—Cada martes. ¡Todos los martes! Haga calor, llueva o nieve, se va con sus amigos a jugar. Y luego, las cervecitas para celebrarlo. No sé si juegan porque les gusta el fútbol o para tener una excusa para…

—Pues ya te lo digo yo. Tú haces deporte, es evidente.

—Voy al gimnasio. No sé si llamarlo deporte, pero soy disciplinada. Tres veces en semana. Me encanta la sensación de sudar en el gimnasio, darme después una buena ducha… ¡uf!... El gimnasio es la única forma de no sentirme mal cuando me apetece comer ensaladilla.

Esa pausa fue como una cadencia musical, pensó Ricardo. Esa pausa, que no había durado ni la mitad de un segundo, justo después de utilizar las palabras sudar y ducha en la misma frase, era un código; una señal de identificación que contenía toda la información que necesitaba para circunscribir la tolerancia de Sonia. Esa quejumbrosa expresión después de la pausa, onomatopeya del placer mismo, era una invitación, un pase especial y único de caducidad limitada. Y por supuesto, la frase final. Un poco de humor. Poder comer ensaladilla y tener una razón para ir al gimnasio. Era tan necesaria como la otra frase y la pausa. Perfecto, pensó. Ha creado, solo con una frase y una pausa, el escenario idóneo para un lance de morbosidad perecedera, que podía aprovechar si la quería consumir. Si lo había interpretado bien, Sonia había puesto sobre la mesa un comodín, más aún, una carta blanca, para invitarlo a adentrarse sin riesgos en una sucesión de ocurrentes conversaciones, cargadas de segundas intenciones y alusiones a deseos soterrados, hasta la siguiente señal inequívoca que marcase el fin de la partida. Si algo sabía por experiencia es que ese sendero, al que podía seguir incitándolo con argucias similares, suponía abrir una fruta, dulce y prohibida, cuyo sabor no conocería hasta probarla, pero que una vez probada, no volvería nunca a su estado anterior.

—¡Me encanta la ensaladilla!

—Ya somos dos. No puedo ni pensar en ensaladilla rusa.

Sonia se llevó a la boca un diminuto trozo de cebolla y mantuvo sus dedos en los labios un instante; el tiempo suficiente para que el regusto impregnado en ellos inundase su paladar de sensaciones agradables. Tiempos, se dijo Ricardo. Domina los tiempos, la sutileza y el arte de embelesar, pensó. Lo hace con habilidad, parece natural en ella; la misma pulcritud con la que se empleaba en medir las palabras y los gestos, oculta una trampa destinada a quien se equivoque al realizar una lectura errónea del código. Pero él no era cualquiera. Aquellos códigos no eran ilegibles para Ricardo. Puede que para muchos fuesen estrellas inalcanzables en un cosmos, de cuyo parpadeo solo pudieran disfrutar si los astros se alinearan para mostrar inequívocas señales de su posición y significado. Pero su astrolabio era infalible. Sonia había iniciado la partida, Ricardo no tuvo dudas. Pero sabía que, a diferencia de cualquier juego, éste requería que las reglas se escribieran a medida que cada jugador diese cada paso. Sonia era precisa. Entre las miradas triviales, propias de cualquier charla, Sonia ofrecía una, honda y sugestiva, con la que conseguía desviar la atención de Ricardo hacia el más allá de sus verdes ojos y retarlo a sumergirse en sus impronunciables deseos.

—Pues tengo ensaladilla en la nevera.

—¿Tienes ensaladilla?

—Hecha por mí.

—¿Hecha por ti? Pero, ¿qué hago con esto? —dijo Sonia señalando la ensaladera repleta de alcachofas y cebolla.

—A la nevera. Es lo de menos.

—¡Tienes ensaladilla!

—No te he ofrecido porque no sabía que te gustase. Además, como has dicho lo de la dieta…

—¡Ah! Pero para eso están las reglas, para saltárselas. —Sonia levantó las cejas y abrió los ojos—. No me voy a quedar sin probar lo que más me gusta solo porque esté prohibido por una dieta. —Sonia puso una mano en el antebrazo de Ricardo y añadió—: ¡Hay que disfrutar de la vida!

Ricardo sintió un escalofrío. Aquella mujer no era Sonia. No la Sonia que él se había construido en su cabeza, a modo de extensión de su hermano. Se mostraba espontánea, incluso divertida. Lo había contagiado de alegría con aquella explosión de sincera apetencia. Celso siempre había ejercido un extraño poder sobre él. No es que no se llevaran bien, pero era difícil de tratar. Con los años había adquirido cierta rigidez, de la que no se desprendía nunca. Ricardo siempre creyó que algún complejo lo había modelado desde la adolescencia y era probable que su propia excelencia fuese el peor hándicap. Que siempre alardeara de su magnífico currículo y tuviese una enfermiza predisposición al éxito, lo hacía parecer guiado por un resorte que no le dejase nunca perder el tiempo. Nunca hace nada por el simple hecho de hacerlo, pensó. Siempre acartonado, tenso. Había cometido el error de concebir a Sonia a semejanza de su hermano.

—¡Está riquísima! —Sonia alargó la segunda i para deleite de Ricardo, que

sonrió con cada tenedor repleto de ensaladilla que Sonia iba introduciendo en su boca.

—¡Da gusto verte comer! —apuntó Ricardo, divertido y ajeno a los pensamientos que lo habían condicionado hacía un rato en la cocina.

—¡Me encanta! —sentenció Sonia—. De las mejores que he probado. Bueno, por fin conozco tu casa.

—El único que ha venido es mi padre. Me trajo una caja de vino. ¡Mi padre y sus vinos! Cuando algo se le mete en la cabeza…

—Sí, le ha dado por ahí. Está muy pesado con el tema de los viñedos y las catas.

—Me la trajo y estuvo un rato. Creo que no llegó a entrar, ya sabes cómo es.

—Sí. —Alargó de nuevo la i—. Ya lo sé. ¡Qué me vas a contar! Seguro que miró el reloj dos o tres veces antes de decirte que se iba.

—Cuatro por lo menos.

—Me chifla la decoración. Tienes muy buen gusto. El color de la pared… todo, todo… ¡Uy! Esa lámina, ¡es preciosa! Y las lámparas. De verdad que tienes buen gusto.

—Para ser justo, lo decoró Cristina, una amiga mía. Menos el modelo del sofá y ese mueble del fondo, todo lo demás es mérito suyo.

—¡No me digas! Pues la llamaré para felicitarla. Me encanta. No me ha contado nada, la muy…

—¿La conoces?

—¿A Cristina? —Sonia frunció el ceño sorprendida—. ¡Cómo no voy a conocerla, Ricardo!

—¿De vuestra boda?

—¡Ricardo! ¿Estás de broma?

—No, no sabía que la conocieras.

—Cristina me presentó a Celso. Es amiga mía desde el instituto.

—¿Del instituto? —Ricardo, conmocionado por la inesperada noticia de que existiera la más mínima conexión entre ambas, estrujó su memoria en busca de cualquier indicio. Sintió que su cuello se agarrotaba de súbito—. ¿Te presentó a mi hermano?

—Te vas a caer de un guindo. Es imposible que no lo supieras. —Carcajeó.

—Pues no lo sabía. Entonces, sabes que Cristina es mi mejor amiga.

—¡¿Cómo no lo voy a saber?! Lo que nunca entenderé es por qué no estáis casados, pero vamos, ese es otro tema.

«Mi mejor amiga… (¿Es mi mejor amiga? Lo era, por lo menos… No, no, lo es. Es mi mejor amiga. Es la única, de hecho, que he tenido). ¿Presenta a Sonia y Celso y no me lo cuenta? Bueno, peor aún: ¡estudió con Sonia y nunca me lo ha contado!... ¿Y si te lo contó pero no te acuerdas? A ver si vas a ir a pedirle explicaciones y resulta que sí te lo contó y al final el que queda mal eres tú, con toda la razón del mundo, por no escuchar las cosas que te

cuenta. Pero, ¿ni en la boda te lo comentó? ¿Nadie hizo referencia a esa anécdota?… Es verdad, ahora que me acuerdo, que salían las dos juntas en un montón de fotos. ¿En qué mesa se sentó? Yo estuve con mis hermanos en la mesa de la derecha… ¡Ella estaba en la de las amigas de Sonia!, la de la izquierda, junto a la de mis primos. Joder, ¡eres gilipollas! ¿Cómo no te diste cuenta?... Pues porque estabas a lo tuyo. Preocupado por cómo te sentaba el traje nuevo y la corbata; inspeccionando el terreno, por si alguna de las invitadas se había fijado en ti; pavoneándote delante de las primas de Sonia y las amigas de tu hermana. Y, ¿para qué? Para nada. Bueno, para nada no, para tener ahora la sensación de haber estado ausente siempre… Raquel… No, no, Victoria… Raquel o Victoria, no me acuerdo. ¡Encima, no me acuerdo! Que sí, que te hartaste de bailar, de beber y terminaste medio enrollado con una tía a la que no has vuelto a ver y que no sabes ni cómo se llama… Y, ¿Cristina qué hizo en la boda? ¿Con quién estuvo? Se acercó un par de veces, mientras bailábamos canciones de los ochenta y pegábamos botes, de eso sí me acuerdo. Y nos comimos las chucherías que quedaban en un tarro que estaba en una mesita a la entrada del baño (vaya sitio para dejarlas) y me comentó algo, no me acuerdo el qué, algo de la boda o yo qué sé. Estaba guapa, de eso si me acuerdo. Muy guapa. Con un vestido azul marino, ceñido y con un tocado de flores pequeñas».

—Cristina nunca me ha hablado de ti. —Soltó por fin Ricardo—. O no soy consciente. Es verdad que nunca habla mucho de sus amigas.

—¡Ja! Me imagino por qué…

—¿Por qué?

—Cosas mías, yo sé lo que digo. Pues nos presentó—. Sonia volvió a arquear ambas cejas y a dejar que una sonrisa con vocación de permanencia aflorara en su cara—. Lo que pasa es que no te acuerdas —añadió mientras lo señaló con el dedo índice, agitándolo con un desenfado que magnetizó a Ricardo.

—No me acuerdo.

—Acababas de volver de Estados Unidos, de… no me acuerdo.

—Boston. Pero, ¿dónde nos presentó?

—En la puesta de largo de Bea. ¿Sabes quién? Una alta, rubia, que tiene un hermano policía…

—Bea es amiga mía. Bueno, tú sabes, nos conocemos hace muchos años.

—Pues yo estaba en esa fiesta. Seguro que sí te acuerdas de las tres amigas de Bea que se cayeron vestidas a la piscina.

—Sí. Y de una silla que terminó en el agua, también.

«Varios días después me preguntó Cristina si me había gustado alguna de sus amigas. El día que vinieron sus primas de Francia, por ejemplo, con dos amigas francesas, e hice de guía turístico. Ahora que lo pienso, Cristina trató de emparejarme con todas las mujeres que ella pensaba que me gustarían. Pero nunca me gustó ninguna… ¿Por qué? ¿Por respeto a Cristina? Pues ha sido sin darme cuenta, pero puede ser. ¡Ostras! ¡Ya sé quién era Sonia!

¡Claro! Pero que imbécil soy… ¡No puede ser! ¿Aquella era Sonia? Pero, ¿cómo puede ser que no me haya acordado de ella? Es la rubia del pelo largo… Largo no, larguísimo… La que salió del agua que tenía el pelo tan largo que le llegaba por debajo de la espalda, hasta la mitad del culo. Se le pegó a la espalda, ¡qué morbo! Llevaba un pantalón de algodón… ¿Qué le digo? Si le digo que me acuerdo, puede pensar que antes me acordaba y me he hecho el loco. Si le digo que no me acuerdo, se sentirá ofendida».

—Pues…, yo era una de las tres. —Sonia se llevó las manos a las sienes para sujetar la cabeza, incitada por un repentino abochornamiento, más socializador que genuino, y tras proferir un sonido gutural e ininteligible, añadió—: ¡Qué vergüenza!

Un rubor familiar embargó los pensamientos de Sonia. Se vio a sí misma utilizando añagazas y artificios propios de quien necesita generar a su alrededor una fuerza gravitatoria que atraiga hacia ella la atención, incluso la del hermano de su marido. Una luz tenue, en sus abismos profundos, parpadeó para tratar de despertarla y hacerla retomar el camino de la virtud, que en ella, vivía sola y abandonada en el subconsciente y que solo emergía a modo de reproche y remordimiento cuando ya era demasiado tarde; esa que de a poco trató de esculpir su conciencia durante la adolescencia pero que, agotada, cedió ante los repetidos e importunados excesos y se limitaba a incomodarla en esporádicas pesadillas, de las que despertaba agitada pero que olvidaba enseguida. Pero la luz se apagó y dejó de molestarla y pudo así desplegar las alas y volar, sin atisbos de malicia o eso se decía a sí misma. Estaba gustando y quería gustar. La frescura de su sonrisa, el sonrojo de sus mejillas, el tono de su voz infantilizada, una sobreactuada feminidad, provocaban su ansiado efecto, similar al de la flor que despliega sus pétalos y muestra el esplendor de su colorida singularidad. Atraer a Ricardo. Atraerlo y atraparlo en una alucinación, en una trampa modelada por su depurado ritual de embaucamientos, concienzudo y meticuloso.

La coreografía funcionaba, tenía su público; ya había recibido antes los aplausos de quienes habían asistido al espectáculo. Sus manos, afiladas y menudas, debían cubrir el rostro un instante. A sus trenzas, largas y gruesas, ¡cómo le hubiese gustado llevar ese día el pelo suelto!, las abalanzaría por delante para colocarlas en paralelo a sus manos, con la única finalidad de obligar a Ricardo a mirarlas, con la tranquilidad del fugaz anonimato que le ofrecerían sus manos, al estar cubriendo sus ojos. Así, Ricardo podría esparcirse en el contraste de las gomillas rojas con los reflejos de su cabello; en el serpenteante e hipnótico trenzado que Ricardo sentiría el impulso de deshacer, para poder contemplar y sentir entre sus manos aquella densidad dorada; sus tonificados e hidratados antebrazos, de formas suaves y carentes en absoluto de vello, imperfecciones o arrugas; sus rodillas, una contra la otra, que permitirían a Ricardo cerciorarse de la esculpida robustez de sus muslos en su viaje hacia la profundidad que anunciaban los pliegues que formaba la

tela de la falda.

—¡Anda ya! De vergüenza nada.

—Fue horrible.

—Pues, de verdad —dijo Ricardo sin dejar de mirar el arco que formaban las trenzas hasta el borde de los primeros pliegues de su escote drapeado—, lo recuerdo como una anécdota muy divertida. Os recuerdo con la ropa mojada y el pelo pegado a la espalda y dando saltitos para sacar el agua de los oídos. ¿Me caíste bien?

—Si por caerte bien entiendes no dejar de mirarme, sí que te caí bien, sí. Y mucho. ¿Y yo a ti?

—Si eras la que tenía el pelo por la cintura, sin sujetador, y que llevaba un pantalón blanco de algodón, sí. Me caíste muy bien.

Sonia dejó de sonreír. Tocaba quedarse mirándolo. Se había excitado al pensar en sí misma sin sujetador, mojada, con la blusa pegada a sus pechos desnudos. Ricardo percibió las señales. Llevaba haciéndolo desde que llegaron al apartamento y Sonia se colocó el mandil que Ricardo le ofreció. Habían flirteado demasiadas veces con él como para no reconocer el escenario y el argumento de la función. Ambos se reconocieron hacía unas horas, desde que Sonia se presentó en la puerta de su casa y se miraron a los ojos. Si no lo habían hecho antes, era porque los buenos depredadores saben aguardar agazapados y camuflarse hasta que las circunstancias sean las adecuadas para abalanzarse. Ningún antagonista podía tener nunca conocimiento de la inevitabilidad de sus pulsiones y ello requería extremo cuidado y prudencia, proporcional a los riesgos que asumía al exponer su naturaleza. Sonia era una criatura capaz de mudar de piel a su conveniencia; una ninfa la habitaba para atraer a quienes quisieran ser acariciados por su lujuriosa perversidad. No era distinta de Ricardo. Ambos sabían cómo terminaría.

Sonia se levantó y se dirigió a la entrada del apartamento, donde Ricardo había dejado su bolso, en busca del móvil. Cuando lo hubo extraído, se mantuvo de espaldas a Ricardo para que pudiese observarla con libertad en toda su fastuosidad. Sonia había doblado la rodilla izquierda y dejado una de sus firmes nalgas más baja que la otra. Esa postura le hizo adquirir una sobresaliente presencia. Sus trenzas descansaban por debajo de sus omoplatos. Sus deltoides se adivinaban bajo la tela, definidos y fibrosos, más de lo esperable en una mujer de sus proporciones. Sonia siguió de espaldas hasta que se giró sin prisas, dejándose contemplar. Con notoria cursilería se acercó a Ricardo. Se posicionó a su derecha, de pie. Hizo un ademán con la mano para pedirle que le dejase un hueco en el sofá. Ricardo, vencido por la imponente mujer de su hermano, sintió aturdidos los sentidos y se desplazó para dejar que se sentara a su lado. Y lo hizo para estar tan cerca de él, que su peso se sumó al de Ricardo sobre los bordes de los respectivos asientos, haciéndolos encontrarse en el hueco entre ambos. Sonia enarboló su móvil y con la voz poseída por su apetito, dijo:

—Tengo una foto que te va a encantar. —Comenzó a manipular la pantalla

del Smartphone con el índice. Su pulsera dorada se balanceaba suelta bajo su muñeca. Un anillo del mismo color y labrado con finas trazas romboidales, parecía un bajo relieve esculpido sobre la tersa y acaramelada piel de su dedo. Ricardo se dejó embriagar por el perfume de su cuñada, que despertó en él, ¡allí estaba de nuevo!, su irrefrenable deseo por aventurarse en nuevas sensaciones insondables; únicas e irrepetibles; irrenunciables.

—Mira… —Sonia giró el móvil hacia Ricardo—, en esta foto estoy con Cristina, ¿ves? Nos la hicimos hace quince años, más o menos. Aquí tienes la prueba de que somos amigas desde hace mucho.

La foto mostraba a dos mujeres. Una era Sonia, de rodillas en una cama, vestida con un camisón celeste cuyas tirantas yacían lacias en sus brazos, una de las cuales, había caído hasta el codo y dejaba el pecho expuesto hasta el borde superior de la aureola. Junto a ella estaba Cristina. Vestida con un top sin sujetador, a través del que sus pezones eran visibles, y también de rodillas, se sujetaba con ambas manos el pelo en una especie de moño, para lo que mantenía los brazos en alto, mostrando sus pechos elevados y rotundos. Ambas sonreían a cámara. Ricardo no reaccionó. Miró la foto con fijeza, durante todo el tiempo que Sonia quiso afligirlo con ella. La imagen, nítida y de alta calidad, mostraba una faceta de Cristina desconocida para él. Más allá de darle importancia al hecho en sí y a lo que podía significar –lo dejaría para una reflexión posterior–, Ricardo sintió que se catapultaba el único órgano que tenía el control de su voluntad desde que Sonia le dijo que le gustaba su ensaladilla. Era innegable la perversa intención de Sonia al mostrarle la foto. No solo quería con ello dar el definitivo paso que los llevaría a cometer un placentero error en breves instantes, sino recrearse en la lascivia latente que Sonia imaginaba que existía entre Cristina y Ricardo. Y le sirvió. Cristina mostraba en aquella desinhibida postura, una faceta a la que Ricardo no había tenido acceso desde su amistad. El desenfado confiado y femenino que mostraba con espontaneidad, quedaba fuera de la relación que tenían. Para él, Cristina no tenía más facetas que la de ser su amiga; la de haber aprendido de ella el atractivo que pueden tener unas piernas bien formadas; la de haberle dado un beso infantil. Poco más. Esa sonrisa, ese gesto tentador, le era tan ajeno como el secreto de sus pechos. Dieciocho o diecinueve años. No tendrían más años que esos. Quizás fuese una fiesta en casa de alguna amiga, de esas en las que todas se comportan como si fueran todavía unas niñas y saltan en las camas y se cuentan historias de miedo. A pesar de ello, revelaba una desinhibida dimensión de Cristina que Ricardo desconocía.

—Estáis muy guapas —musitó.

—¿Qué es lo que más te gusta de la foto?

—Tu pelo. No deja de sorprenderme.

—¿Y de Cristina?

—Sus piernas. Siempre me han gustado sus piernas.

—Casi no se ven en la fotografía. Algo más habrá que te haya llamado la atención.

—Prefiero fijarme en ti.

—He cambiado más que ella.

—El pelo lo tienes más largo en la foto y tienes una cara más aniñada.

—¿Me haces un favor? —Sonia le dio la espalda—. ¿Me quitas las trenzas, por favor?

—Si es lo que quieres.

—No. Es lo que quieres tú. —Ricardo fue deslizando las gomillas hasta que el pelo se soltó y se desmenuzó entre sus dedos. Cuando lo tuvo todo suelto, añadió—: Mete tus dedos entre los pelos y péiname.

—Huele a magnolia.

—¿Y el tuyo? —Sonia se dio la vuelta y acercó su nariz a la sien derecha de Ricardo.

—A Camomila —susurró Ricardo.

A esa distancia, cuando se retiró y permaneció a pocos centímetros de su cara, los ojos le parecieron dos esferas de ágata verde. Sonia los abrió aún más y dejó que su labio inferior se desprendiese para entreabrir su boca. Quedaba a la vista una minúscula y oscura oquedad, circular, abismal, por la que en cualquier momento, si ambos labios se separaban más, podría dejarse ver su sonrosada lengua, quién sabe con qué propósito, más que el de llamarle a cometer el más comprometido error de su vida. Y sucedió. Su lengua se dejó escapar, con la templanza de quien conoce bien su poder. Fue un gesto natural con el que solo hidrató los labios para volver luego a su refugio. Ricardo no pudo apartar la mirada de los perfilados labios de Sonia, que no quiso evitar sonreír.

Sus bocas se encontraron por necesidad, impulsadas por una ley universal que estuviese cumpliéndose contra la voluntad de ambos. Con la timidez de quienes se encuentran por primera vez, los labios se tomaron en principio con un respeto reverencial que pronto dejaron atrás. Los labios de Sonia apresaron los de Ricardo y los succionaron. Un iniciático suspiro acompañó a los ojos de Ricardo cuando estos se cerraron con la placidez de una pluma que llegase al suelo. Sonia procedió a dejarse hacer lo mismo con la diligencia de una amante afanosa, ofreciendo primero su labio inferior, para arquear luego el cuello e invitarlo a perderse con su boca en la senda que se iniciaba en su pequeña y redondeada barbilla. Ricardo no la defraudó y buscó satisfacción para sus deseos de propiciar estímulos más intensos. Ladeó su cabeza y abrió la boca con una estremecedora lentitud que aumentó la urgencia de Sonia. El aliento de Ricardo, templado y seco, anunció la inminencia del contacto con su piel y antes de tomar posesión de su cuello, Sonia exhaló suspiros con los que se anticipó a cada uno de los besos.

—Parece una frase hecha —susurró Ricardo desde el borde de su escote—, pero esto es una locura.

—¿Te acordabas de mí? —Sonia jadeó mientras se dejó escurrir por el respaldo del sofá.

—Sí —confesó—. Nunca pude olvidarte mojada bajo la ropa.

—Pero hasta hoy no te has dado cuenta de que me conocías.

—Hasta hoy no había entrado en ti como voy a hacerlo.

Ricardo claudicó ante su impaciencia y con sus manos, abiertas y tensas, la desplazó hasta dejarla tumbada en el sofá. Sus bocas volvieron a encontrarse, motivadas por la inconveniencia y el retorcido deseo impetuoso de hacer lo más reprochable para sus conciencias. Sonia quería a Ricardo bajo un invisible yugo, sometido a sus caprichos y con la voluntad tan anulada que solo respirase si ella se lo permitía.

—Dímelo. —Sonia se apartó de Ricardo y cubrió parte de su rostro con la mano, que Ricardo no tardó en introducir en su boca.

—¿Decirte qué? —farfulló Ricardo.

—Que te gusté. Te gusté aquel día y no dejaste de mirarme.

—Me gustaron tus pantalones pegados al culo y tu pelo largo y mojado.

—Me lo volveré a dejar largo si me lo pides.

Sonia llevó su pelo al frente, que se amalgamó con los sentidos de Ricardo hasta desorientarlo por completo, sin más rumbo, con aquellos cabellos rubios cubriéndole la cara, que el de poseerla. Sonia abrió sus piernas, ofreciéndose con la descarada intimidad que se regalarían dos extraños en una noche veraniega a los pies de una duna. Ricardo se liberó al dejar caer los pantalones hasta sus rodillas, sobre los que las apoyó para situarse frente al ángulo de las piernas. Sonia no consintió que le quitase las bragas. Se resistió y le apartó la mano dos veces hasta que le dijo que no hacía falta. Ricardo se sintió endurecer aún más y se aproximó con su miembro en una mano, con el que apartó los bordes elásticos de la humedecida prenda interior. Sonia se dejó penetrar en silencio, sin apartar la mirada de los ojos de Ricardo. Procuró que no le faltasen sus cabellos en ningún momento, como si fuera lo único que pudiera saciar su sed. Quedó inmóvil y dejó que Ricardo hiciera lo que le dictase su necesitada virilidad. Aquella pasividad, casi desinterés, acrecentó las energías de Ricardo, que solo podía concentrarse en sí mismo y en el ritmo sistemático con el que ansiaba, con cada retirada, la satisfacción de volver.

—Ni se te ocurra —musitó Sonia mientras llevaba su dedo a la boca de Ricardo y lo introducía hasta el nudillo—. Hasta que yo no te lo pida, no se te ocurra correrte.

Ricardo creyó ahogarse en su propia impaciencia. Que lo retuviera de esa forma y lo obligara a someterse a su designio, provocó que aumentara en su interior hasta congestionar. Su silencio; su pasividad absoluta; su aparente desinterés por lo que ocurría; lo atormentaban de placer sin explicarse por qué. Sonia sonrió. Bajó su mano y pasó uno de sus dedos por la superficie del pene, que seguía realizándose con cada acometida. Cubierto el dedo con la humedad de ambos, Sonia lo puso bajo la nariz de Ricardo y antes de llevarlo a su boca e introducírselo entero de nuevo, dijo:

—Ahora. No te quedes nada. Lo quiero todo dentro.

Con la sincronía de las agujas de un reloj, Ricardo se llevó hasta el fondo

de la cálida acuosidad de Sonia y se desintegró. Ella concentró sus fuerzas, reservadas e intactas, y lo contuvo en su interior. Ricardo sintió cada contracción como arcilla caliente que se derritiese. Él se vio en un campo cubierto de granados en flor, rojizo y sin horizontes, gritando al viento y agitando un pañuelo blanco. Cayó sobre ella y su cabeza reposó sobre su pecho, que aguardaban intactos bajo la tela de la blusa. Se destrizó a sí mismo con la espada de la silenciada moralidad que, agazapada, había esperado su turno para mascullar dogmas con los que fustigar su conciencia. No le gustó sentirse tan sucio; tan lleno de vileza y traición. En cambio, ella lo acariciaba con la sosegada entrega con la que una madre apaciguaría la inquietud de un hijo. No pidió nada. No quiso ser correspondida. Quedó inmóvil y receptiva a las necesidades de Ricardo.

—No sé qué decir —dijo Ricardo.

—¿Significa eso que has disfrutado?

—No me refiero a eso.

—Sé a lo que te refieres. Pero no quiero escucharlo.

—Pero…

—Esto es nuestro, solo nuestro. No tendrás que dar explicaciones a nadie, ni yo tampoco. Es una confidencia, un secreto que nos hemos contado, solo eso. Tú me deseabas y yo a ti también. Hoy nos lo hemos contado a nuestra manera, según nuestras reglas.

—Ha sido...

—Sí, lo ha sido. La próxima vez te llamaré y podré decirte que te necesito dentro de mí.

—Espera, espera. —Ricardo se incorporó y sus pantalones quedaron engurruñados en los tobillos—. Deberíamos dejarlo pasar. Ha estado bien, pero una cosa es un accidente y otra muy distinta es…

—¿Follar todas las semanas?

—¡Sonia! No podemos…

—Sí podemos.

—No, no podemos.

—Está bien. Entiendo que tengas tus reservas. Si cambias de opinión, ya sabes que me gusta jugar. Llámame y lo arreglamos.

—Solo dime una cosa. Cristina… ¿sabe que yo…?

—¿Si sabe que tú me gustas? No, no lo sabe.

—¿Se lo dirás?

—Pero, ¿no me has escuchado? No se lo diré a nadie. Ni tú tampoco.

Ricardo percibió su frialdad; nadie podría imaginar que acababa de tener sexo. Sonia se colocó las bragas y de un salto se puso en pie. Se dirigió a la puerta con tal brío que Ricardo pensó que no se despediría. Cogió su bolso y recogió su pelo en una larga cola.

—¿Está abierta? —preguntó señalando la puerta de la calle.

—¿Te vas?

—Hemos terminado, ¿no?

—Podríamos tomarnos un café, no sé. Charlar un rato.

—¿Charlar? Ya hemos hablado suficiente por hoy.

—Es que… que te vayas así, sin más, después de…

—¿De haberte corrido dentro de mí?

—¿Tú has… ya sabes… terminado?

—Ricardo. —Sonia lo miró con semblante duro e inquisidor—. No vuelvas a preguntarme algo así.

—Perdona, no quería...

—Cuando ocurra, no tendrás dudas.

—Déjame que te lleve.

—No.

Sonia salió por la puerta. Al ver cómo se alejaba por el pasillo, Ricardo no apreció en ella ninguna de las luces que lo habían conducido hacia ella. Se sintió decaído. Le importaba poco ya si el pantalón le sentaba bien o si el contoneo al caminar era o no elegante. Solo era la mujer de su hermano. Hasta que desapareció en el interior del ascensor y Ricardo cerró la puerta de su apartamento, se sintió vacío y despreciable, casi ridículo. Se arrastró hacia la ducha como quien tira de un pesado fardo. Se miró en el espejo y sintió aversión por su cuerpo, que lo había obligado a cometer tan aberrante acto al que calificaría de barbarie si alguien le preguntase. Enjabonó cada centímetro de su piel, como si quisiera borrar las huellas que Sonia había dejado en ella.

«No pienses. Ha ocurrido y ya no puedes hacer nada. Ha sido todo tan rápido… Sí, pero… has aceptado lo que ha pasado. Lo has provocado. ¡Has participado desde el principio! ¿Pensé en esto cuando la llevé en coche esta mañana? No. Te pasó luego lo mismo con Miriam… Claro que, no te sentirías así si hubiese sido ella la que... Sonia lo ha hecho muy bien, hay que reconocerlo. He sido una marioneta. Ha sabido llevarme hasta el punto en que ya no… Cristina no puede enterarse de esto. Espero que nunca se entere… ¡Qué cuerpo tiene Sonia! Me he puesto tan… ¡Qué boca! Al verla tumbada en el sofá, vestida, ¡no se ha quitado ni una prenda!... ¡Celso! Lo que le has hecho a tu hermano es lo peor que has hecho en tu vida. ¿Y si lo intenta de nuevo? La paro en seco… ¿Seguro?».

Con el albornoz puesto, Ricardo se dejó caer sobre su cama. Cuando pensó en ello al despertarse, no pudo explicarse cómo era posible que se hubiera quedado dormido en cuanto entró en contacto con las sábanas. Tengo que cambiar el sonido de los mensajes, pensó. Dos fuertes pitidos lo sobresaltaron de tal modo que terminó sentado en el borde de la cama, con la respiración agitada y los pelos alborotados por la almohada. La luz del móvil le resultó tan intensa, que sus ojos respondieron deslumbrados y un fuerte picor le obligó a restregarlos. ¡Cristina! Leyó el mensaje con el ojo que pudo mantener abierto el tiempo suficiente.

«He quedado con un cliente muy cerca de tu casa. Podríamos vernos».

No contestó. Se echó agua en la cara y preparó café. Le dolía la cabeza.

Siempre le ocurría cuando dormía siesta. Había perdido la cita con el dermatólogo y al comprobar que hacía una hora y media que debería haberse presentado en la consulta, decidió llamar y disculparse. ¡Qué desastre!, pensó. Después de quemarse la lengua con el café y engullir medio paquete de magdalenas, Ricardo contestó al mensaje.

«Salgo con unos amigos. Vente si quieres».

«¿Quedamos mañana?».

«Mañana, perfecto».

«Una cosa».

«Dime».

«Me ha dicho Sonia que no sabías que es amiga mía».

«No lo sabía».

«Pero si te la presenté».

«Ya, ya. Me lo ha dicho. El día que se cayó a la piscina. Pues ya ves, no me acordaba. Después sí, la del pelo largo».

«Raro sería que no te hubieses fijado en ella el día de la piscina».

«¿Por qué?».

«Conozco tus gustos».

«¿Sí? ¿Cuáles son mis gustos?».

«Siempre muy arreglada, con buen tipo…».

«No solo me gustan así».

«Pero son las que más te llaman la atención».

«No soy tan superficial».

«Nunca he pensado que lo seas».

«Me gustan las mujeres que se cuidan y se arreglan, pero eso no significa que no me gusten las demás. Toda mi vida he arrastrado el sambenito de ser un ligón al que solo le preocupa el físico de las mujeres y si se las puede llevar a la cama».

«Yo no he dicho eso. Estás muy susceptible».

«Lo piensa todo el mundo».

¿Te puedo llamar?».

«No».

«Te llamo».

Ricardo, abrumado por la sensación de culpabilidad, sintió que la temperatura corporal le había subido. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Notó que los músculos de su cara se contraían ajenos a su voluntad y que la piel de sus brazos se erizaba, acompañada por un escalofrío que recorrió su espalda hasta la nuca. En sus párpados se acumularon tímidas lágrimas, que terminaron por resbalar por su mejilla hasta la comisura de sus labios. La nariz se le congestionó y un fuerte nudo le impidió tragar saliva. Dejó caer los hombros y le pareció escuchar un incierto y lejano rumor que identificó con el sonido del teléfono. Al mirarlo, una foto de la cara de Cristina cubría la pantalla. Dejó que se agotasen los tonos mientras miraba la sonriente expresión de su mejor amiga que, según pudo pensar entre sollozos, la

retrataba tal y como era. La segunda vez que llamó, Ricardo respiró hondo, restregó su cara con el puño del albornoz y deslizó un dedo por la pantalla para aceptar la llamada.

—Hola. —Cristina sonaba a Cristina, pensó Ricardo.

—Hola. —Respondió con la voz entrecortada por la incontenida emoción, que lo sujetaba con cadenas a remordimientos titánicos y amenazadores.

—¿Se puede saber lo que te pasa?

—Nada. Tengo un mal día, eso es todo.

—¿Quieres que vaya?

—¡No! —chilló. No quería haber elevado la voz. No quería que Cristina se molestase. No quería que colgase el teléfono ni que lo dejase solo. Trató de rechazar su ayuda, a pesar de necesitarla; a pesar de sentirse tan miserable que creía merecer el peor de los castigos, incluido el que pudiera infligirle Cristina si colgaba el teléfono.

—Cuando estés más tranquilo, me llamas y me cuentas.

—Hay poco que contar. Tengo un mal día, ya te lo he dicho.

—Sí, me lo has dicho —dijo con dulzura—. De todas formas, no tengo que hacer nada importante. Si te apetece hablar después, me...

—Me he levantado triste y llevo todo el día así. Me pesa la cabeza.

—A veces te pasa.

—Sí.

—No le des importancia. Ocúpate en otras cosas y que pase el día. Te viene bien lo de esta noche. Seguro que lo pasas bien.

—No creo, pero gracias.

—¿Por qué no lo vas a pasar bien? ¡Qué tontería! Todos tenemos días raros y cuando pasan, pensamos que era por una estupidez.

—Esto es distinto.

—¿Por qué? —Cristina trató de ahondar en las causas, desde el convencimiento de creer saber lo que le pasaba desde hacía muchos años.

—Es una forma de hablar.

—Lo habrás dicho por algo —insistió Cristina.

Ricardo no supo qué decir y guardó un incómodo silencio que Cristina respetó. Desfilaron ante él la totalidad de sus males, de los que procuró, sin éxito, extraer una máxima que resumiera y explicase las sensaciones contradictorias que lo acosaban y revoleaban como si un huracán quisiera hacerlo girar e impedirle encontrar apoyo desde el que impulsarse para vencer sus miedos. Dejó su inconsistente diálogo interior para otro momento y contestó por contestar.

—Estoy melancólico. Será eso.

—Es normal sentirse así de vez en cuando. A mí me pasa. A todo el mundo le pasa. —Cristina desistió al comprobar que la cerrazón de Ricardo no tenía intención de ceder, no sin añadir—: De todas formas, si conoces las causas y no haces nada por remediarlo… no sé… vendrán más días así, de forma recurrente… Estoy triste y ya se me pasará, no es la solución.

—Primero me dices que es normal y que deje pasar el día, que no tiene importancia, y luego me dices que dejar que se me pase no es la solución. Mira, Cristina…

—No. He dicho que no es la solución, si sabes las causas concretas. En mi caso, por ejemplo, sé que a veces me siento sola y que esa puede ser la causa de que algunos días me cuesta más hacer las cosas y me sienta más triste de lo normal.

—No es mi caso. —Ricardo mintió con toda la ficticia convicción que fue capaz de simular.

—Eso solo lo sabes tú. Yo tengo mi opinión.

—¿Sobre lo que me pasa? —dijo con tono desafiante—. A ver, ¿qué me pasa, según tú? Ya que dices que me conoces tan bien.

—Estás un poco…

—Dímelo. Dime, según tú, cuál es mi problema.

Ricardo no quería que pusiera freno a su impulso de expresarle lo que pensaba. Sabía que si lo decía, encajaría sus palabras porque su relación con ella tenía regladas premisas, un compromiso de mutuo socorro que se traducía en no cejar en el cuidado del otro. Podría ir más lejos si alguien le preguntara qué entendía por amistad. Siempre la concibió, antes de preocuparse por definirla, como un lugar sagrado al que, además de peregrinar, podía llegarse para vivir con permanencia y dedicación. Leyó una vez una descripción sobre la familia, le gustó. Nunca recordó el nombre del filósofo, pero le conmovió la simpleza con la que aquel alemán, eso sí lo recordaba, había descrito en qué consistían las relaciones entre personas que se quieren y se necesitan. Justo antes de oír lo que pensaba, Ricardo recordó aquel párrafo en el que decía que cada uno debía procurar, debía poner todos los medios, para que las personas con las que compartía la vida pudieran desarrollar su personalidad y que solo eso permitiría la creación de un entorno en el que la familia, la amistad y la convivencia, fuesen posibles por encima de cualquier otro condicionante.

—Tienes treinta y cinco, Ricardo. Que sí, que tienes muchos amigos; una familia grande; un trabajo que te gusta; ganas dinero… pero tú sabes que eso no te da la felicidad que buscas. Lo sé porque te conozco desde que eras un niño y sé que eres una persona sensible. No ya que seas sensible, sino el tipo de sensibilidad que tienes. Me da igual lo que piense la gente de ti, o lo que tú creas que pueden pensar porque andas con una y con otra. Yo sé quién eres.

—Según tú —dijo airado—, no tengo pareja, luego estoy triste. Pues vaya simplificación. Creo que se puede ser feliz sin tener pareja. De hecho, hay muchas personas, cientos de personas, que son felices sin tener pareja. Incluso hay quien ha empezado a ser feliz cuando ha terminado con su pareja y tú y yo, conocemos varios casos.

—No mezcles, que los casos que conocemos no tienen que ver con tener pareja o no. Tienen que ver con lo tóxicas que eran esas relaciones.

—Puede ser, es verdad. Pero algunos ahora son felices sin pareja.

—O eso te dicen.

—Mira, Cristina —dijo con la voz impostada—, a estas alturas de la vida, pensar que por no tener pareja no voy a ser nunca feliz, es una estupidez. Me van muy bien las cosas. Tú lo has dicho, gano mucho dinero, tengo la casa que quiero, el coche que quiero y perdona que te lo diga, aunque suene mal, las mujeres que quiero.

—Qué idiotez acabas de decir. Y qué tonito de…

—No pongo ningún tono.

—Quédate con lo que quieras. Yo ya te he dicho lo que pienso. Tú haz lo que quieras.

—Faltaría más —dijo Ricardo fuera de sí.

—¡Qué tonto eres! —La soliviantó la desaprensiva actitud de Ricardo y se precipitó en añadir lo que quiso, antes de que Ricardo diera por terminada la conversación—: ¡Tú no eres así! Si quieres jugar a ser un soltero, a disposición de la primera que llegue, tú mismo. Desde luego, es tu decisión. Pero tengo derecho a pensar que eso no es un proyecto de vida. Ponte como quieras, me da igual.

—¿Me vas a hablar tú de proyecto de vida? ¿Se puede saber cuál es el tuyo? ¿O es que tú no estás soltera y sin pareja? Manda narices que seas tú quien me lo diga.

—¡Qué tendrá que ver! Que no tenga pareja ahora no significa que no tenga un proyecto de vida. Incluso aunque nunca llegue a tener pareja. Si quieres atacarme y hacerte el idiota conmigo, hazlo, a ver qué ganas con eso.

—Hace mucho que no hablamos en serio. No puedes juzgar mi vida de esa manera. No te lo tomes a mal, pero me da la sensación de que tenías todo eso guardado y has aprovechado para soltármelo.

—Estás muy equivocado —dijo Cristina.

—Lo parece.

—Perdona. Solo quería darte mi opinión y…

—Ya lo sé. No sé por qué me he puesto así. Ya lo hablaremos en persona. —Ricardo quiso dar por terminada la conversación—. Tengo que dejarte. Voy al supermercado.

—Una cosa más, ya que estoy.

—Miedo me das.

—Así sois los tíos. En cuanto les hablas de forma directa sobre algún tema que tenga que ver con los sentimientos, se ponen a la defensiva.

—Sabes que no soy así.

—Ya. Pero los tíos tenéis un miedo reverencial a que os analicen, aunque solo sea un poquito. Por eso os gustan las mujeres cómodas. El otro día se lo dije a tu madre.

—¿A mi madre?

—Sí. Hablamos por teléfono. Quería darme los datos de un potencial cliente.

—¿Ves? Dices que no te gustan los clichés, pero explícame cómo puede ser que una conversación telefónica sobre trabajo termine así, hablando de que

a los hombres nos gustan las mujeres cómodas.

—Mejor no te digo por qué salió el tema.

—Me presento en tu casa como no me lo cuentes.

—Estábamos hablando de África.

—¿Mi madre te ha contado lo de África? Pero, ¿es que no conocéis el significado de la palabra discreción? ¿Privacidad? ¿Os suena?...

—Hijo, entiéndela. Está muy contenta con lo de África y me lo contó porque sabe que para mí es importante saberlo y que tú no me lo ibas a contar.

—Pues nada. Libertad para contar lo que a uno le apetezca, sí señor. Gracias. ¿Ricardo no quiere contarlo? No pasa nada, ya va mi madre y lo cuenta por ahí a quien le apetece.

—No te enfades con ella, se lo sonsaqué. Le pregunté cómo estabas y si estabas con alguien. Me dijo que te había visto en un cumpleaños y que conociste a África y que es médico en el hospital. Y hasta ahí…

—Y, ¿lo de la comodidad?

—¿Qué comodidad?

—Lo de que nos gustan las mujeres cómodas.

—¡Ah! Fui yo. Le dije que África tendría una oportunidad más contigo, después del sábado, siempre que te resultase una mujer cómoda. Luego hablamos de lo que os gustan las mujeres que no os dan problemas ni os ponen en compromisos.

—¡Pues qué bonito concepto de mí! Una mujer, para que me guste, por lo visto tiene que ser cómoda.

—No, no. Gustarte te gustan casi todas. Debe ser cómoda para que repitas cita y quedes otra vez con ella. Di que no es así.

—No es así.

—Es imposible contigo.

—Es que no es así. ¿A qué llamas comodidad? No te entiendo.

—Pues… que no hagan muchas preguntas; que sea fácil acostarse con ellas; que no os den la lata con mensajes y llamadas; que dejen a todos con la boca abierta si os ven con ellas; cosas de esas que os gustan a los hombres…

—Eso no es lo que busco en una mujer.

—Ya lo sé.

—¿Entonces? Me vas a volver loco.

—No es lo que buscas, pero es lo que encuentras. Por algo será. Lo que yo te diga, mujeres cómodas. ¿Con cuáles quedas más de una vez?

—Con muy pocas quedo más de una vez.

—Ahí lo tienes. Seguro que hay un patrón.

—Exageras y mucho.

—O sea, que no hay un patrón. No tienen que estar buenas —dijo Cristina con ironía—; ni tener las tetas de esta o aquella manera; vamos, que ni te suena lo que digo…

—Generalizas.

—Bueno, tonterías aparte. ¿Cómo te fue con África? ¿Habrá otra cita?

—Me limité a ser cordial y educado. — Ricardo trató de medir el tono exacto de cada palabra, que se fue quebrando según pronunciaba las últimas sílabas de cada una—. La verdad es que no me interesó mucho.

Ricardo dejó el móvil sobre la mesita de noche. Se tumbó y colocó sus manos bajo su cabeza, cruzadas entre sí. Miró al techo y procuró despejarse. Al poco, cuando trataba de reconstruir los retazos de recuerdos que le quedaban de Cristina cuando eran adolescentes, no fue capaz de recordar ninguna conversación concreta, ningún momento más importante que otro. Comprendió que la monotonía formó parte de la relación que tuvieron. Las tardes que habían pasado juntos hacía tiempo que se confundieron unas con otras. Los recuerdos devinieron en pilas de piedras que no podían clasificarse por tamaño ni forma. Hubo meriendas, juegos, estudio, diversión. Se habían diluido los días en una solución compacta y acuosa en la que flotaban sus recuerdos deshilachados: en uno, comía pipas con ella mientras veían la televisión; en otro, Cristina se había caído mientras subía las escaleras y una herida en el codo la hacía lamentarse; otro más, la mostraba con un rotulador, a modo de micrófono, cantando a gritos una canción de las muchas que escucharon juntos. Ningún día concreto. Es lo que tiene la vida, pensó. No tiene lógica, no sigue una pauta, no hay argumento. Es imposible incardinar nuestra vida, ni con antelación ni a posteriori, en la sucesión de acontecimientos que hemos vivido o viviremos. Somos gotas de agua, en realidad. Gotas de agua que caen por superficies de texturas impredecibles, pensó. Se preguntó si la quería tanto como entonces y no pudo contestarse. Con los años, querer se había transformado en un perturbador verbo intransitivo, desconectado de su entorno y las personas, del mundo real y lo tangible. Había denostado el verbo con tal frecuencia que había adoptado una forma quimérica y tenía una presencia metafórica y moralizante. Querer parecía ser una invisible malla metálica sobre la que hubiese hormigonado sus prejuicios. Contemplaba y una vez contemplado, cortaba con los bordes de un molde y desechaba lo que sobraba, como se hace con un vaso sobre una masa de harina. Una vez definido, se limitaba a hornearlo a la temperatura de su conveniencia y pasaba de lo abstracto a lo concreto sin contar con el objeto de su querencia. Querer a Cristina no requería ninguna acción. Quererla formaba parte del concepto mismo de querer. Pero más allá de su constreñido concepto, querer se extendía hasta el horizonte de sus sentimientos en un campo yermo y despoblado del que ya no esperaba nada.

Cristina tenía ingresos suficientes para cubrir todas sus caprichosas necesidades. Cuando se mudó, su armario terminó por ocupar una de las habitaciones del piso, al que hizo obras para integrarlo con el dormitorio y el baño. Transformó el disparatado almacén en que se había convertido una de las habitaciones, en un amplio e iluminado vestidor. Sus trajes, vestidos, faldas, pantalones y blusas, se sucedían en metódico orden a todo lo largo de un armario blanco sin puertas, compartimentado con la rigurosa eficacia de un

diseño que le costó demasiadas horas de sueño. Enfrentados al armario en la pared contraria, se hallaban varios muebles, que alternaban los colores verde manzana y blanco y albergaban los zapatos y complementos, además de un espejo hasta el suelo. A veces, cuando su espíritu le exigía mirarse de otra forma, se dejaba llevar por las señales parpadeantes que insistían en ser atendidas al final de su consciente rectitud y se contorneaba frente al espejo, vestida con uno de los conjuntos de ropa interior de su colección, que crecía cada semana con nuevas y clandestinas adquisiciones. Le gustaba contemplar lo generosa que la naturaleza había sido con ella. Genética, tal vez. Sus caderas parecían deslizarse desde la cintura como si fuese aceite vertido sobre su piel. Al elevar primero una de ella, para dejarla caer en favor de la otra, creaba con la sinuosidad de sus formas, continuas e ininterrumpidas, un movimiento que se le antojaba erótico y que terminaba por excitarla, al imaginar las sensaciones que contemplarla podía provocar en otros que la mirasen. A veces lo hacía, cuando su espíritu se lo exigía. Pero cuando había departido un rato con su espejo sobre la densidad y turgencia de su busto y una vez que se cubría con cualquiera de un centenar de vestidos, durante el instante que dura mirarse a los ojos, sentía cómo caía a un incomprensible vacío, que la esperaba siempre al final de sí misma, en el fondo de un salto de agua al que la empujaban sus miedos, los inconfesables, los que la acompañaban desde la infancia dispuestos a traicionarla.

Se levantó de la cama. Aspiró todo el aire que pudo y se dispuso a realizar sus ejercicios. Cada tarde que podía, cuando el trabajo lo permitía, Cristina se entregaba con disciplina a prescritas rutinas físicas. «Un preparador físico», le dijo su amiga Eu, «necesitas un preparador físico». Eso fue cuando Alberto la dejó, justo el día antes del viaje a Roma en el que Cristina le pediría que se fuesen a vivir juntos. Él nunca lo supo. Tres años de relación insulsa y monótona, pero en cierto modo, complaciente con algunas de las afiladas aristas de su personalidad. No compartimos tanto, pensó una vez que pasaron los meses desde la ruptura. Se había llegado a sentir como una de esas mujeres ennoviadas desde muy jóvenes, que alargan durante años una relación que las consume, en la que se asientan ambos en un ir y venir intrascendente y monótono, cargado de tardes de cine y vida en familia y que se extinguen de forma traumática e implican a familiares y amigos, sobre todo a quienes concibieron el noviazgo como un ejemplar dechado de virtudes. Se fustigó durante semanas, por haberse dejado caer en una relación tan desprovista de sujeciones y entusiasmo; de esas en las que no cayó ni cuando tenía edad para ello y hubiera sido lo normal. Pero en su descargo, se repitió hasta convencerse, mientras realizaba sus ejercicios día tras día, que en aquel momento lo necesitó. Necesitó a Alberto para recolocarse en la vida y ajustarse a lo que esperaba de sí misma. Cierto es que hubiese sido un error pedirle que se fuesen a vivir juntos, se repitió. Y lo hubiese hecho. Pero una morena tetona y mal hablada se cruzó una noche en la vida de Alberto y le ahorró lo que hubiese sido la insatisfactoria experiencia de compartir casa.

Alberto mantuvo relaciones paralelas con ambas, hasta que la morena tetona le plantó sobre la mesa un test de embarazo, que lo ayudó a decidirse por ella. Hacía dos años de aquel estropicio vital. La rutina de ejercicios con la que lo superó, había permanecido a su lado y, con cada esfuerzo sobre la bancada, Cristina se repetía que ninguna relación la volvería a privar de su libertad para mostrarse en cada momento y exigir lo mismo de quien estuviese a su lado. Seguía sola. Mejor así que dejada caer en un sofá junto a un inerte e inexpresivo cualquiera que le tapase de nuevo el sol.

Miriam aparcó el coche en la terminal del aeropuerto unos pocos minutos antes de que el vuelo de su hermana aterrizara. No había llegado a la puerta de desembarco cuando los primeros pasajeros comenzaron a salir, seguidos por el ruido de las ruedas de sus maletas y con los móviles en la mano. Entre el maremoto de cabizbajos viajeros, Miriam no tardó en distinguir la coronilla de su hermana, justo en el momento en que un pitido estruendoso la alarmó desde su bolso. Si mirase, me habría visto, en vez de mandarme un mensaje, pensó. Aspavientos con la mano permitieron a Pilar distinguir a su hermana entre la multitud. Miriam no tardó en reprocharle el mal uso que hacía del móvil y el hecho de que hubiese pasado tanto tiempo desde que se había dignado a visitarlos. Pilar la llamó pesada, coñazo y metomentodo. Se preguntaron por los pormenores de sus vidas y trabajos, amoríos y amistades, últimos viajes y novedades, y así hasta llegar a la casa de sus padres, en la que su madre y sus dos hermanos, las esperaban para pasar la tarde. Nada más entrar, la expresión de ambas cambió por completo. La mirada de su madre catalizaba las emociones de las dos. Las sometía con la mirada a una hipnosis regresiva que tenía el poder de anular quiénes eran hoy y les impedía saber quiénes fueron más allá de ser hijas de su madre. Quedaron enterradas por el peso de su potestad intemporal que, con la inmediatez de una ráfaga de intensa luz, las cegó para el resto de la visita. Como resortes que aguardaran expandirse hacia su posición natural, las dos quedaron constreñidas a ser lo que se esperaba de ellas. Miriam quedó subyugada por el omnipresente e indefinido sentimiento de culpa que la ahogaba en presencia de su madre y se limitó a no dar muestras de disconformidad con ninguno de sus comentarios. Pilar sintió síntomas del desasosiego que la acompañó durante su infancia y que la turbaba con pensamientos discordes: unos, le permitían comprender a su hermana y empatizar con su angustia; otros, la precipitaban hacia los celos cainitas, por considerarla mejor valorada y aceptada. Interpretaron sus papeles; compartieron chismorreos y rieron sobre la superficie; no mostraron más de lo esperado, ni esperaron más de lo posible.

Miriam se evadió en varias ocasiones mientras promediaba entre su madre y su hermana. Quiso pensar que a su hermana Pilar no le importaría acompañarla a la cena que Ricardo tenía con sus amigos y a la que, después de la conversación que tuvo con él en el coche, le apetecía mucho asistir. Después de que su madre les recordara que tenían edad más que suficiente e

incluso que llegaban tarde, dijo, para plantearse estabilizar sus vidas con una pareja y tener niños –que las dos sabían que serían nietos antes que hijos de ambas–, Pilar y Miriam fueron a la habitación que compartieron hasta la adolescencia, en la que convivieron felices mucho antes de ponerle nombre a los entresijos de su madre y de que se culparan la una a la otra, por falta de madurez, del trato desigual e injustificable que recibieron. No quedaba nada de lo que allí vivieron juntas; nada que simbolizara alguna de las etapas de sus vidas; nada que al mirarlo les permitiera buscarse la una a la otra con cierta melancolía y complicidad. La habitación, pintada de blanco roto, parecía no haber alojado vida nunca. Un pequeño sofá, cubierto con una funda de tela gris oscura, y una lámpara de pie, estaban custodiados por dos sobrias sillas de madera de nogal. Algunos libros apilados en el suelo y un revistero vacío completaban el contenido de la estancia.

—La primera vez que vi nuestro cuarto así, tal cual lo ves —dijo Miriam—, sentí un nudo aquí, en el estómago.

—No me esperaba menos de mamá. ¿Cuándo la cambió? —preguntó resignada.

—A la semana de irte ya estaba la habitación vacía.

—¿Y nuestras cosas?

—Las que pude salvar las tengo en un guardamuebles, no te preocupes. Casi todo, en realidad. También tengo tus muñecas y la ropa que dejaste.

—¿Te ha explicado por qué lo ha hecho?

—No, ni le he dado la satisfacción de preguntarle. Supongo que quiere provocar. No pienso darle ese gusto.

—Yo tampoco, descuida. ¡Será…! —dijo en alta voz.

—¡Pilar! —Miriam la tomó del brazo—. Si te oye, la vamos a tener y no merece la pena. Baja la voz.

—Ya lo sé, pero es que…, me pone enferma. ¿Para qué venimos? La culpa la tenemos tú y yo. ¿Qué se nos ha perdido aquí, me lo quieres explicar?

—Nos sentiríamos peor si no viniéramos. La culpa se la ha trabajado muy bien.

—El chantaje, querrás decir. —dijo Pilar con convicción.

—Lo mismo es.

—Y enfrentarnos, porque nos ha enfrentado toda la vida —añadió Pilar antes de mirar de nuevo la habitación y dar muestras de su repudia con un expresivo gesto de sus manos.

—Lo sé, ya lo hemos hablado muchas veces —dijo Miriam.

—¿Me puedo quedar en tu casa?

—Eso ya lo ha decidido mamá por ti. Me llamó hace unos días para preguntarme si te podías quedar en mi piso.

Pilar entornó los ojos y apretó los labios. No quería quedarse en aquella casa, desprendida de todos los recuerdos. Pero que fuese su madre quien diese por hecho, sin preguntar, que Pilar preferiría dormir con su hermana, le pareció cruel incluso para su madre. Dejaron pasar el resto de la tarde, que

terminó por resultar amena, gracias a los comentarios irónicos y sarcásticos de sus dos hermanos pequeños, llenos de adolescente vitalidad. Cuando salieron de aquella casa, no habían entrado en el ascensor cuando parecieron estar desprendiéndose de una pesada carga, llenas de la misma sensación que las embargaba cuando salían con sus amigas los fines de semana y por unas horas, se alejaban del sofocante ambiente que se respiraba entre aquellas paredes.

Miriam no tardó en pedirle que la acompañara esa misma noche a la cena con Ricardo. Pilar quiso leer en los ojos de su hermana el grado de interés que mostraban por Ricardo y la importancia que debía dar a la salida que le proponía. Ser hermanas suponía conocerse más por lo que no decían y Miriam leyó en los de su hermana que la invadía la curiosidad por saber más.

—No pienses que me interesa Ricardo, que no es así. —Miriam se adelantó.

—No iba a preguntar nada —dijo con socarronería Pilar—. ¿Este es el Ricardo del verano pasado?

—¿Qué dices, Pilar?

—¿El verano pasado no te invitaron a una barbacoa en casa de un tal Ricardo?

—¡Eduardo, no Ricardo! Ese era Eduardo, el novio de Elo.

—Ah, yo qué sé… —dijo Pilar.

—No, este es Ricardo, uno de los arquitectos del estudio.

—Espera. ¿El estudio no se llamaba «RIJADI S.L.» o algo así?

—Sí.

—Este Ricardo… ¿No será el Ricardo del «RI», no? —afirmó Pilar con la cabeza mientras sonreía—. ¿Es tu jefe? A los jefes hay que mantenerlos alejados, Miriam. Pareces nueva.

—Tranquila, no hay nada de lo que estás pensando.

—No. Soy tonta yo ahora. No te conozco. ¿Cómo es?

—Normal, no sé.

—Es que, solo mirándote la cara, ya puedo hasta imaginarme cómo es.

—Feo no es, si es eso lo que quieres saber.

—Feo no es… Iremos, iremos, que quiero conocerlo.

—Pilar —Miriam sonrió—, te comportas esta noche, ¿eh?

—¿Cuándo no me he comportado yo? —ironizó.

—Bueno, yo solo te digo que no quiero tonterías. Además, das por hecho que me gusta Ricardo. ¿Y si me gustase alguno de sus amigos?

—¿Te gusta alguno?

—No los conozco —dijo en medio de una carcajada espontánea.

—¿Ves? Te gusta. Pues vamos a ir, por supuesto que vamos a esa cena.

—Ni un solo comentario sarcástico de los tuyos. No te voy a negar que me guste un poco. Pero un poco así: —Miriam llevó sus dedos pulgar e índice a un centímetro el uno del otro.

—Lo sabía. Seré buena y no diré nada inconveniente. ¿Se molestará mamá

porque no nos quedemos a cenar?

—Hace un momento no querías volver a verla nunca más y ahora te preocupa que se haya molestado porque nos hemos ido. ¡A ver quién te entiende!

—Tú me entiendes, ¿verdad? Es que después se pone en plan…

—¡Que haga lo que quiera!

Miriam entró en el baño y pensó: «Me estoy acordando del día en que Pilar trajo a Pablo a casa por primera vez. No se lo digas ahora, que se va a poner triste; pero, ¡cuánta vergüenza pasé! Las cosas que soltó mamá ese día. ¿Qué edad tenía? Diecisiete, más o menos. No era mal niño. Tenía unos ojos marrones muy bonitos. ¡Bah, qué más dan ahora los ojos! Decía mamá que no le había gustado. Mentira, hubiese dado igual que le gustase o no. Era el primer extraño que entraba en casa y de la mano de Pilar, eso es todo. Creo que ese fue uno de los días más duros de toda su vida. ¡Anda que no lloró esa noche conmigo! Pero al día siguiente, se levantó como si no hubiese pasado nada. Le salió de dentro una especie de orgullo, que yo desde luego no le conocía, y no dejó que mamá la viera triste ni una sola vez más por aquella historia. Ni por aquella ni por ninguna, porque desde luego, Pilar no volvió a ser la misma. Celos. Al final todo se reduce a eso, a los celos. Celos de nuestra juventud o de que hayamos estudiado. Vete tú a saber lo que tenía esa mujer en la cabeza para tratarnos como nos trató algunas veces. Que sí, que no nos pegó nunca, ya me lo dijo papá cuando fui a verlo porque no podía más. ¡Ya sé que no nos pegó nunca! Vamos, lo que hubiera faltado es que se hubiera atrevido. Es su displicencia lo más hiriente. La distancia con la que lo decía todo. Nunca nos decía nada agradable o algo amable alguna vez, aunque fuera por error. Pero si sigue igual. ¡Es tan obvio!».

Ricardo tuvo tiempo de acercarse a la peluquería para que le retocasen los pequeños rizos que se amontonaban en su nuca. Hay mujeres a las que les gustan, pensaba siempre que estaba a punto de que el peluquero realizara el primer corte, pero a él, le desagradaba sentirlos ahí, algodonando el cuello de las camisas; alborotados cuando había exceso de humedad. Cuando miró los mensajes que había recibido por Facebook, comprobó que dos de ellos pertenecían a los compañeros del colegio. Al parecer, pretendían organizar un encuentro para el viernes. Algo precipitado, pensó, si tenía en cuenta que muchos de ellos vivían fuera. Algunos habían confirmado su asistencia, según constaba en la lista que acompañaba a los mensajes. Dedicó unos minutos a preguntar a sus amigos más cercanos si asistirían y tres de cuatro aseguraron que podía contar con ellos. Hacía veinte años que no veía escritos la mayoría de aquellos nombres e incluso a algunos le costaba ponerles cara. Otros en cambio, archivados a modo de ficha policial, iban desfilando por su memoria, vinculados para siempre con una vivencia concreta, la mayoría de las veces más desagradable que positiva. Y de mis compañeras: es curioso que solo recuerde que estuvieron en mi clase, pensó. El misterio insondable que fueron

para él, cuando era niño, seguía tan presente que fue incapaz de atribuirles una cualidad concreta; un rasgo que le permitiera distinguirlas unas de otras; solo recordaba cuál fue la primera que llamó su atención y quiénes eran sus amigas. Poco más.

«Me acuerdo del pelo de Sandra. Rubio, largo, liso… Muy liso. Tanto, que cuando andaba o se movía, toda su melena se mecía y rebasaba sus hombros como una catarata que vertiera agua sobre su espalda. Cuando se sentaba delante de mí, sus pelos caían sobre mi mesa y con tal de que permaneciera en esa posición durante toda la hora que duraba la clase y poder mirarlos y olerlos, no me movía, ni tomaba apuntes, ni atendía. Me dejaba envolver por su belleza, pura, inalcanzable… ¿Dónde estarán los poemas que le escribí? Qué tonto fui. Tendría que habérselos dado para que los leyera… ¡Pero, ¿qué dices?! Hubiese sido una estupidez. Crucé con ella dos o tres palabras en un par de ocasiones y poco más. Era tan guapa… ¿Y los pantalones de rayas que se ponía los viernes por la tarde? ¡Ostras! Un día me acerqué y le pedí que me diera una chocolatina. Tenía muchas, en una bolsa grande. Me acerqué y me miró con esos enormes ojos verdes… ¿Qué dijo? No me acuerdo… ¡No la he vuelto a ver! Se dice pronto: veinte años y no la he vuelto a ver. ¿Irá el viernes? No creo. A saber dónde anda».

—¿Subes? —Ricardo levantó la vista hacia la voz que le parecía haber escuchado. Su vecina Dael lo miraba con incredulidad.

—¿Cómo? —Ricardo tardó un instante en asociar la pregunta con el hecho de estar a las puertas del ascensor—. ¡Ah! Sí, subo, subo. Perdona, estoy…

—Ya veo.

—¿Del trabajo? —Ricardo quiso cambiar de tema.

—Del hospital.

—¿Y eso?

—Mi hermano. Se ha hecho polvo la rodilla. Cree que tiene quince años y le ha dado por correr y hacer deporte en el campo. Se ha tropezado y ha ido a dar con una piedra.

—Espero que esté bien. Dale recuerdos.

—Se pondrá bien. Ya se los darás tú. —Dael pulsó los respectivos botones del ascensor—. Hace mucho que no coincidimos tú y yo, ¿eh?

—Cierto. Mucho tiempo. Ahora que me acuerdo, tengo que devolverte la llave del garaje que me dejaste. El administrador ya me ha mandado la copia. ¿Te la doy ahora?

—Otro día. Acuérdate también de la película y me la dejas cuando me des la llave.

—¿Qué película? —Ricardo puso el pie en la abertura del ascensor cuando llegaron a la tercera planta e impidió que se cerrara la puerta corredera.

—Piensa.

—¿Te refieres al video que…?

—Sí.

—Es que al decir película me has despistado. No sé si la tengo todavía.

—Ricardo…

—¿¡Qué!? Es verdad, no sé si…

—Tendré cuidado con ella. Venga… —dijo con voz aniñada y ladeando la cabeza—. Es que tengo curiosidad por verla.

—Está bien, te haré una copia. O mejor, la ves y luego la borramos. Te prometo que he pensado en borrarla varias veces y al final…

—La vuelves a ver y se te quitan las ganas de borrarla. —Dael soltó una carcajada que ruborizó a Ricardo—. ¿Estarás mañana en casa por la tarde?

—Si no me surge nada, sí.

—Mañana subo, me das la llave del garaje y decidimos qué hacemos con eso. —Ricardo retiró el pie y dejó que lo llevara el ascensor dos plantas más arriba.

«Dael mantuvo su palabra. Nunca le ha contado a nadie lo nuestro; nunca, que yo sepa. Tiene más que perder que yo, eso es cierto… O no, ¡qué tontería! ¡Qué pensamiento más machista! Tiene lo mismo que perder que yo. Tampoco hay nada de malo, fue un juego… Bueno, una experiencia nueva, más que un juego. A ella le apetecía y a mí también. Y mejor así, con alguien de confianza, que con una extraña. Lo de grabarlo fue excesivo. Ahora, eso sí, ¡vaya video!… ¿Dónde lo tendré? ¡Ah! En la carpeta System del portátil. ¡Quién miraría nunca en esa carpeta! ¿Mañana va a subir a ver el video? ¿Querrá que lo veamos juntos? Hace seis meses de aquello. ¿Por qué se habrá acordado ahora? También puede ser que tenga ganas de… Ella es muy así: le entran las ganas, busca la excusa o provoca la situación, y antes de darme cuenta, estoy otra vez metido en la cama con ella… Divorciada y con dos hijos. Hija de una holandesa y un alemán… No te conviene… Cuarenta y dos años, sí, pero mejor llevados que los veinticinco que parecen arrastrar algunas. Siempre me gustó su piel blanca y su pelo, castaño claro y las pequeñas arrugas que se forman en los ojos cuando sonríe».

Una ligera sensación de vértigo lo llevó a apoyar su espalda al respaldo. Esa mujer le provocaba sentimientos encontrados. Fueron semanas de una actividad frenética, que lo dejó exhausto y lo obligó a reflexionar sobre lo que su conciencia consideraba sexo satisfactorio y lo que rechazaba por innecesario. No le gustaban determinadas prácticas, pero no podía evitar una extraña fascinación por aquella mujer y, sobre todo, curiosidad por conocer todos los matices de sus deseos. Estaba convencido que solo le reveló algunos, los que a ella le resultaban más convencionales, como si hubiese urdido para él una trayectoria iniciática cuyas etapas requiriesen que Ricardo asimilase los resultados de cada prueba y poder mostrarse apetente ante cada venidera propuesta. Salió de aquella rueda con brusquedad, por la inercia del propio desasosiego, que fue quebrándole hasta rechazarla. Quizás el vértigo sentido respondía a la intranquilidad en la que lo había sumido la inevitable visita de Dael y su aureola lasciva. Podría decirle que no, pensó. Pero Ricardo ya no era dueño de la decisión. No lo era. Desde que Dael lo miró a los ojos en el ascensor y le comunicó que subiría al día siguiente, quedó una vez más

hechizado, atraído por las nereidas hacia lo desconocido, ávido por naufragar en sus aguas y dejarse arrastrar hasta lo más profundo por sus caprichos.

«He llegado el primero. Podría fumarme un cigarro antes de que lleguen. ¿Tengo?... No tengo. No me da tiempo a comprar. ¿Ese que está aparcando es Lolo?... Qué poco me gustan estos restaurantes de moda para comer, con su decoración snob y sus cartas de diseño y platos rectangulares que ocupan media mesa. Es lo que pasa cuando dejas que Víctor se encargue de elegir el sitio y hacer la reserva. ¡No le he mandado la localización a Miriam! ¡Mierda! Espabila… Ya está… Que salen ahora. Pues nada, otras que no conocen la puntualidad. ¿Cómo se llama la hermana? ¿Pilar? Pilar, sí. Si se parece a Miriam me van a revolucionar a éstos. Menos mal que viene Concha. A ella le tienen más miedo que a mí y supongo que no se pondrán todos en plan babeantes a darles la noche. Ahí está la parejita. Le tengo que preguntar por su madre. Qué fea está Concha. Con lo que era esa mujer. Nunca fue una belleza, eso es verdad, pero era mona…resultona. Pero es que se ha puesto… Es una pena dejarse así con lo joven que es. No, que él también se ha puesto orondo. Nunca lo había visto así de gordo».

—Siempre llegas el primero —Jesús abrazó a Ricardo con sonoros golpetazos en la espalda—. Venga, una foto y se la mandamos a los demás para que vean que hemos llegado.

—Una foto ahora…

—Que sí, que sí. Concha, ponte aquí… Una, dos y…Hecha… ¡Enviar!

—¿Pasamos dentro? —Preguntó Concha, que entró sin esperar respuesta.

—¿Qué le pasa?

—Lo de siempre. —Esperó que Concha se perdiera en el interior del establecimiento—. Discusiones familiares. Con su madre, con la mía, conmigo. Hoy no quería venir.

—Jesús, que conozco a Concha y no se pone así por nada.

—Pues que me voy dos semanas otra vez. A Estambul. ¿Qué le hago? Es mi trabajo.

—Me extraña que no lo comprenda.

—Si no es que no lo comprenda, es que se pone nerviosa, eso es todo. Mira las tías que vienen por ahí. Madre mía.

Ricardo se volvió. A unos treinta metros, Miriam y su hermana se acercaban. Charlaban con desenfado entre ellas y miraban los frentes de los locales en busca del nombre del restaurante. No parecía que Miriam lo hubiera visto. Ricardo le pidió a su amigo discreción y lo informó de quiénes eran. Treinta metros eran suficientes para visualizar el aspecto y estilo de su hermana. Le sobraron veinte metros para comprobar que Pilar, la hermana de Miriam, no solo se parecía a ella en el físico, sino que caminaban de forma similar. Parecía más dicharachera, más simpática. No es que Miriam no lo fuera, pero esa forma de mover las manos, acentuando las palabras con pequeños saltos de sus muñecas, sin llegar a ser aspavientos, eran el ademán

de un carácter afable. Le sugerían que Pilar era más cercana, más suave en el trato que su hermana. Más informal en el vestir, aunque no por ello menos cuidadosa. La falda era circular, de talle alto y con vuelo; de un celeste muy claro y con un amplio ribete blanco. La blusa era blanca, sin mangas, básica pero elegante. El pelo corto la favorecía y dejaba al descubierto su delicado cuello. Ya los habían visto. Miriam saludaba con la mano y Ricardo dejó su análisis superficial en pro de uno más profundo para después. La correspondió. Los últimos pasos le servirían para deleitarse con su atuendo y su paso firme sobre tacones de seis centímetros. Su vestido con corte de túnica le resultó perturbador. Su imponente figura solo podía ser intuida bajo la uniforme y sugerente caída de la tela. Ya llegaban.

Víctor y Lolo llegaron minutos después, cuando blandían la primera cerveza y realizaban el primer brindis ritual. Víctor era contable, profesión que a Ricardo le resultaba anacrónica y desprovista de toda emoción, pero de los pocos que lo hacía reír con sinceridad. Honesto, pulcro con las palabras, su sentido del humor siempre le pareció genial, en el más estricto sentido de la palabra y no en el sentido subjetivo y tribal que terminan por darle los grupos de amigos a los conceptos, para deformarlos a su conveniencia y poder seguir llamando gracioso, genial o único, al que no lo fue ni hace veinte años. Lolo era un caso distinto. Simplón, exagerado. Su estudiado aspecto casual era fruto de un continuado esfuerzo por parecer más joven y espontáneo. Inmaduro. Eso le pareció siempre. Pero ya se dijo una vez que no es que le falte madurar en algunos aspectos, como a todos. Es un inmaduro integral. Ahora le había dado por dejarse la barba y llevarla en extremo acicalada, que ofrecía un aspecto cursi que no le favorecía. Usaba perfumes masculinos empalagosos, de los que parecen formar una nube negra que descargase su lluvia sobre cada comensal y lo impregnase todo. Llegaré a casa y oleré a Lolo y me levantaré mañana y oleré a Lolo, pensó. A pesar de sus perfumes; de sus camisas blancas ceñidas y con botones de colores ridículos; de sus insufribles y carísimos pantalones vaqueros; de su pecho depilado y hercúleo; Lolo tenía su público. Incomprensible para Ricardo. Aunque tenía sus ventajas. Tenía éxito entre las mujeres que no le gustaban a Ricardo y las que a éste le gustaban, coincidían con él sobre lo artificiosa que les resultaba la belleza de Lolo o, al menos, eso le decían. Era consciente de que las mujeres mentían sobre sus gustos y sobre quiénes las atraen y para qué.

«Claro que, al final, nos adaptamos para que nos acepten en el clan, pensó. Eso exige delimitar los márgenes de los gustos y que nadie dude sobre lo que toleramos, ya que nos desmoronaríamos de forma catastrófica si nos da por el espíritu aventurero y por enrolarnos en un barco en busca de islas en las que nadie nos espera; no, los amigos saben mejor que uno qué tipo de mujer nos gusta y las que le gustan a Lolo, no me gustan a mí, se dijo. ¿Es así? ¿Las mujeres que se fijan en él no te han llamado nunca la atención? Sí que te la han llamado y más de una. Las descartas de antemano en un ejercicio de altanería, cuando en realidad sabes que lo haces porque ellas nunca se fijarían

en alguien como tú. Ese tipo de mujeres, no. Esas mujeres, enfundadas en licra, con el pelo teñido de colores oscuros y brillantes; esculturales y moldeadas en pequeños gimnasios de barrio; de belleza exótica e incluso racial, adornada con pendientes de aro y exceso de maquillaje: esas no se fijan en ti. No me digas que no te gustaría pasar más de una tarde con cualquiera de ella, porque mentirías. Tienes algo dentro, muy al fondo, que lo desea… Pero nos escribimos un recetario de lo que somos y como no combinemos bien los ingredientes, nos da la incómoda sensación de que no sabríamos adaptarnos a según qué personas. Es curioso: somos como un molde que hubiesen fabricado para nosotros los demás, en el que intentamos derramar todo lo que anhelamos en la vida (desde lo que nos apetece hasta lo que más necesitamos) e intentamos que adopte la forma del molde. Lo que sobra, como haría un artesano con la arcilla sobrante, lo cortamos y lo sacamos de nuestra vida. Somos incapaces de crear un molde a nuestra medida; de fabricarlo nosotros mismos con nuestros rasgos para que sea el reflejo de la versión más extensa e ignota de nuestra personalidad, donde quepa todo lo que nos motiva desde lo más profundo… Al final, lo que otros ven en mí, termino viéndolo cuando me miro al espejo, con la luminiscencia de un sol que eclipsase, cada día, todo lo que espero hacer en la vida».

Después de la dificultosa puesta en común de las apetencias de cada uno, con respecto a la extensa oferta que la carta de diseño ofrecía, Miriam lanzó preguntas de cortesía a los amigos de Ricardo y de inmediato, sintonizó con la frecuencia de Concha como solo las mujeres saben hacer cuando están rodeadas de hombres, movida por una empatía universal femenina, cimentada con sólidos elementos que todas frecuentan y conocen. A los pocos minutos, ambas se enfrascaron en una de esas conversaciones complejas, en la que utilizaron los códigos habituales e innatos que con tanta eficacia ahuyenta el interés de los hombres. Víctor se enfrascó con Jesús y Ricardo en un escandaloso intercambio de acaloradas interpretaciones de las últimas noticias sobre fútbol y poco después, sin que nadie haya podido nunca programar el orden secuencial lógico que explique cómo se desarrolla una conversación masculina, se enfrascaron en una discusión sobre acontecimientos políticos, motivados por un espíritu tabernario que no tardaba en devolverlos a las formas, expresiones y mentalidad propias de la adolescencia.

—¿A qué te dedicas? —Lolo había hecho lo posible por sentarse frente a Pilar y por la forma en que le hizo la pregunta y la postura que adoptó para hacérsela, Ricardo ya sabía que Lolo tenía la intención de forzar un acercamiento a costa de obligarla a centralizar en él su atención, con una batería de preguntas sucesivas de las que acababa de lanzar la primera.

—A muchas cosas —contestó Pilar para eludirlo, mientras giraba la cabeza hacia el resto del grupo con la intención de integrarse en la conversación común.

—Pues me suena tu cara de algo y no sé de qué. —No había terminado la pregunta y Ricardo, que se mantenía alerta a lo que ocurría en el extremo de la

mesa mientras asentía con decisión las afirmaciones de sus amigos, miró a Pilar de reojo y se rio por dentro. De todas las formas en las que puedes abordar a una mujer para llamar su atención, Lolo había escogido la más manida de todas.

—Tengo una cara muy normal, será por eso.

—No, en serio. ¿Dónde has estudiado?

—En muchos sitios, pero tengo buena memoria para las caras. Si nos conociéramos, me acordaría.

—Igual es de cruzarnos por los mismos sitios, no sé.

—Vivo en Barcelona.

—Ya daré con la tecla. Cuando lo sepa te lo digo.

—Sí, por favor. —dijo Pilar con sarcástica ironía.

El resto de la cena transcurrió sin variaciones. Concha intercambió su número de teléfono con Miriam y Pilar. Jesús las invitó a la próxima reunión que se celebraría en su casa al mes siguiente. Víctor les colocó su tarjeta de visita con la habilidad de un tahúr, por si llegaban a necesitar sus diligentes servicios como contable. Se cayeron bien. Era previsible, pensó Ricardo. Miriam es encantadora y su hermana no lo es menos, se dijo. La actitud receptiva de ambas, dispuestas a no desperdiciar oportunidades de ampliar su círculo de amistades, prometía próximos encuentros y quién sabe, una pertenencia continuada al grupo amplio de amigos, del que hoy habían conocido una pequeña pero alentadora muestra. Para Ricardo solo quedaba articular la forma de poder tomar algo con ellas en otro sitio, lejos de sus amigos. No le resultó difícil. A la media hora, los tres estaban sentados en una terraza, demasiado concurrida para ser martes, y hablaban de los amigos de Ricardo y de la impresión que les causó a las hermanas. Ricardo procuró atenderlas por igual y dirigirse a las dos, pero su interior pugnaba por no desear a Pilar tanto como a Miriam.

«Amoral, pensó. Eres un amoral. Tienes un don para ubicar a los demás donde te interesa que se posicionen, mientras sienten lo que tú les dejas sentir. ¿Soy un manipulador? Es tan natural en mí, en realidad… ¿De eso va esto? ¿De demostrar que puedes jugar con las dos y que no se ofendan? ¿Que ambas crean que son el centro de tu atención pero sin llegar a enfrentarlas? Pilar me resulta una aventura en sí misma, una montaña que quiero escalar hasta quedar tumbado en su cima y sin aliento. Miriam es la selva, llena de peligros en los que me quiero perder para siempre… No bebas mucho o se te escapará de las manos esta situación. Pilar me recuerda a una estudiante universitaria de buena familia, idealista y programada desde pequeña para ser cordial y complaciente. De las que tienen una sonrisa esculpida que nunca flaquea… Es bonita. Esa es la palabra: bonita. Tiene los rasgos suaves y muy normales, en realidad… ¿Qué la hace atractiva? Es la sonrisa, sí, la sonrisa… Y los pechos. Tiene un busto mayor que su hermana, pero es más menuda. No le sobra peso, ni un gramo, pero pudiera parecerlo. Si la viera sentada y no la conociera, podría pensar que está rellenita. Pero no, es el pecho. Cubrirlo tiene que ser

parecido a enterrar las manos en la arena de la playa, cuando está algo húmeda y caliente, para luego levantarlas con fuerza y extraer dos porciones de arena compacta que se amalgama con los dedos y los rebosa… Deberían hacer un estudio de los cuellos de algunas mujeres. Ese cuello redondeado, cilíndrico y arcilloso lo asocio siempre a pechos grandes… A lo mejor no son tan grandes y solo lo parecen, por la combinación de un sujetador reafirmante y esa blusa sin mangas, como les pasaba a las actrices de los años cincuenta… No, ¿qué dices? ¿No ves que la blusa no está marcada desde dentro por ninguna rigidez que la deforme? Acarician la tela desde el interior. Son grandes y jóvenes»

—Pues ahí donde lo ves —dijo Miriam—, Ricardo es un magnífico arquitecto. Hasta tiene premios… porque, ¿tienes premios, no?

—Alguno.

—Pues no pareces arquitecto —sentenció Pilar.

—¿Qué parezco?

—No sé, empresario, economista.

—Créeme si te digo que para ser arquitecto y llevar un estudio, algo de empresario y de economista se debe tener, porque si no…

—Me refiero a que los arquitectos tienen un punto de bohemios. Bueno, al menos los que yo conozco. Siempre he pensado que los arquitectos tienen vocación de artistas pero les falta talento para el arte y esa frustración, los lleva a la arquitectura.

—Puede ser. No es mi caso, pero conozco a quien encaja. Pero, ¿por qué te lo parezco?

—Vistes clásico, elegante, te preocupa tu pelo (de hecho, has ido hoy a la peluquería). No sé, tienes pinta de eso que llaman ahora emprendedor…

—¿Eso es lo que piensas —interrumpió Miriam con voz que denotaba cierta molestia—, que estudié arquitectura por eso?

—No —dijo Pilar sorprendida por la vehemencia de su hermana—. Tú si tienes talento artístico. Tu caso es distinto.

—Pues no creas, no soy tan clásico. Un poco sí, pero… —Ricardo parecía no haber escuchado el inciso de las hermanas.

—Ricardo —carcajeó Miriam—. ¿Cómo que no eres clásico? ¿Te has mirado?

—Las apariencias engañan —dijo Ricardo muy serio—. Para mí es una cuestión de mentalidad. No me considero así. Me gusta vestir así y una estética clásica, pero mis diseños, por ejemplo, se alejan mucho de ese concepto.

—Es verdad —dijo Miriam—. Algunos de sus planteamientos son muy innovadores. Yo quise trabajar con él por eso.

—¿Querías trabajar conmigo? —Ricardo mostró sincera sorpresa—. Creí que caíste en nuestro estudio como podías haber caído en otro cualquiera.

—Pero si se llevó un año en una tienda, en espera de que hubiese un hueco en tu estudio. —Al escuchar el comentario de Pilar, Miriam clavó la mirada

en ella, con tal intensidad que bien podría haberla dejado ciega.

—Está exagerando —aclaró Miriam—. No me salía nada y cuando me enteré de que habías ganado el concurso, probé suerte.

—En cualquier caso —dijo Ricardo para ayudar a Miriam a salir de lo que parecía un atolladero—: yo no soy clásico, ni antiguo, ni nada de eso.

—Podríamos tomarnos la última en tu casa, Miriam. —Pilar quiso aprovechar la incomodidad de su hermana y el aturdimiento que su comentario había provocado en Ricardo para conseguir alargar la noche y que el recogimiento y la intimidad que ofrece un salón a esas horas de la noche, hiciera fluir aún más la conversación entre los tres—. Nos cogemos un taxi y en diez minutos estamos allí.

—Como queráis —dijo Ricardo—. También podemos ir a la mía.

—Yo estoy muy cansada —dijo Miriam apesadumbrada—. Prefiero ir a dormir. Tomad algo vosotros, si queréis.

—¿Sin ti? —Preguntó Pilar—. No, no te vamos a dejar. ¿A que no la vamos a dejar, Ricardo? Miriam, que estoy de vacaciones. Bueno, de vacaciones no, pero sí de descanso. ¡Venga…!

—¡Ah! No me has dicho en qué trabajas, Pilar.

—No me has preguntado.

—Oí que te lo preguntaba Lolo y no quisiste contestar.

—Un poco pesado Lolo, al principio de la noche.

—Le pierden las mujeres y en cuanto ve una oportunidad…

—¿Y a ti? —Preguntó Miriam.

—¿A mí qué?

—¿Te pierden las mujeres? —agregó Pilar.

—Yo he hecho una pregunta primero.

—Soy farmacéutica. ¿Te pierden las mujeres? —Pilar sonrió y miró a su hermana.

—Qué divertido, ¿eh?, las dos ahí, esperando a que conteste. Sí… Bueno, no en ese sentido. Me gustan, claro, pero no sé si me pierden… Perderme no, me atraen, claro…

—¡Se ha puesto nervioso! —dijo Pilar con tono hilarante.

—Eso es que le pierden —afirmó Miriam con sorna.

—Mejor vámonos.

El piso de Miriam adolecía del desorden propio de quien se siente de paso. Todo parecía estar colocado en el sitio en el que cayó de las cajas al hacer la mudanza. El salón era el único espacio despejado, con dos sofás de tres plazas, una mesa rectangular y dos sillas desparejadas. Olía a humedad en la entrada y las escaleras vecinales necesitaban una limpieza en profundidad. El suelo de terrazo estaba picado y ennegrecido en las juntas y la pintura de las paredes del pasillo estaba reseca y agrietada. Ricardo dedujo que el motivo que podía llevar a una joven como Miriam a dejar el confortable hogar familiar, cuyo nivel económico debía ser superior a la media a juzgar por

algunos detalles, solo podía ser una de dos razones: o no era tan confortable, por razones que desconocía; o necesitaba ser por fin independiente y no dar cuentas a nadie de sus actividades. «Hay un perfil de mujeres que sueñan con ser independientes, pero no a costa de perder la tranquilidad de vivir con sus padres, rodeadas a veces de lujos que, si vivieran solas, no se podrían permitir con los sueldos que ganan la mayoría. Miriam parece de esas a las que el lujo les gusta, no hay más que ver cómo viste. La ropa que usa, sin ir más lejos, ¿con el sueldo que le pagamos? No creo. Además, tiene que pagar el alquiler de este sitio, por muy bajo que sea, y pagar el resto de gastos que conlleva vivir sola. Aquí hay algo que no cuadra. Este no es sitio para ella; parece que podría permitirse algo mejor».

—Pilar tiene poderes.

—¡Miriam! —Pilar gesticuló con la mano abierta—. Qué tontería. Ricardo, ni caso.

—¿Qué tipo de poderes?

—Puf, de todo tipo. Adivinatorios, por ejemplo. También intuye cosas de los demás y suele acertar siempre. Es como un poder deductivo con el que puede sacar información de la gente, aunque no quieran dársela.

—Exagerada, Miriam. Siempre exageras con ese tema. No son poderes —aclaró Pilar—. Soy observadora y a veces, ¡solo a veces!, deduzco cosas de las personas, eso es todo. No soy una especie de bruja, ni de vidente.

—Bueno, pues como tu hermana lo habrá dicho para que lo intentes conmigo, no vamos a defraudarla, ¿no? Adelante, estoy preparado. ¿Qué tengo que hacer? ¿Tumbarme? ¿Cerrar los ojos? ¿Concentrarme en un punto?

—Nada, tengo toda la información que necesito.

—¿Ya? Así, ¿sin más?

—Sin más no, llevo toda la noche observándote.

—De acuerdo, estoy preparado.

—Tienes un nombre compuesto. Ricardo es el que menos te gusta de los dos, pero es el que usaban en tu casa para ti, mucho antes de que pudieras decidir, y cuando intentaste que te llamaran con el otro nombre, a todos les dio igual y siguieron llamándote Ricardo.

—Manuel. Me llamo Manuel Ricardo. Solo te has equivocado en una cosa: nunca intenté que me llamaran Manuel o Manolo. Pero sí, tengo un nombre compuesto. Eso no lo sabe casi nadie, me dejas sorprendido.

—No ha hecho más que empezar —apuntó Miriam.

—Creciste rodeado de mujeres.

—Sí.

—Eres un idealista. —Pilar exhalaba cada palabra con aplomo, como si el conocimiento proviniera de una fuente secreta de la que ella pudiera extraer agua—. Pero te cuesta ejercer. Eso te provoca una sensación incómoda, porque te gustaría recriminar a los demás lo que hacen. Pero no puedes. Te angustia que te juzguen y prefieres, como se dice ahora, mantener un perfil bajo.

—Cobarde —musitó Ricardo entre dientes—. ¿Eso quieres decir?

—Noble, no cobarde. De hecho, creo que eres valiente. Es tu nobleza la que te impide exigir rectitud a los demás para aquello en lo que no consigues ser recto. Y cuando lo consigues, no la exiges porque sabes lo que cuesta conseguirla. Te sentirías culpable si lo hicieras.

—Vaya —dijo Miriam—. Cada vez se te da esto mejor, Pilar.

—Sí, se te da bien especular…

—Voy al baño y a traer más hielo. ¡Esperadme! —pidió Miriam.

Cuando hubo salido del salón, Pilar continuó hablando en voz baja, con un timbre más nasal, sin llegar a ser un susurro, pero con la íntima elocuencia que solo se permitiría quien conociera bien a quien escucha. Se giró hasta quedar opuesta a Ricardo y puso las manos sobre sus propias rodillas, ofreciendo una candidez que a Ricardo le ayudó a estar más receptivo.

—Vistes así porque no quieres que nadie sepa cómo eres. —Miró a Ricardo a los ojos y su mirada buscó unas veces, su boca de manera fugaz; otras, la línea del nacimiento del pelo—. Prefieres el estereotipo que la gente asocia a ese estilo, para que piensen de ti lo mismo que dije hace un rato: que eres conservador y clásico, serio y responsable. Pero en realidad, llevas dentro a un aventurero. No lo digo por el alpinismo y todo eso (que ya me ha comentado mi hermana que lo practicaste hace años), es algo más profundo. Es una aventura personal, íntima. Tienes el espíritu de los grandes descubridores y exploradores, pero como ya no hay mundos por descubrir, ni territorios para conquistar espada en mano, ni te puedes hacer pirata y surcar tu propio sentido de la anarquía en una goleta, has construido tu propio laberinto de misterios y secretos en los que poder aventurarte cuando la vida diaria se te hace insoportable.

—Sigue, me gusta cómo lo dices.

Quedaron inmóviles, mirándose como lo harían dos amantes que se piensan el uno al otro porque se tienen menos de lo que se necesitan; como si pudieran vivir una vida entera en el tiempo que dura una mirada y trasplantar al otro los anhelos que, sin nombre ni destino cierto, se guardan bajo el peso de la monótona e insalvable sucesión de días grises e inconexos; como si se hubiesen conocido en una vida anterior que les otorgó la plenitud y estuviesen abocados en ésta a continuarse, aunque solo fuera durante ese instante. De fondo pudo oírse el rumor de la cisterna y poco después, la puerta de la nevera y el ruido de los hielos que golpeaban la cubitera. Quedaban unos segundos y sus miradas no se retiraban; contemplaron el paisaje evocado para cada uno por los ojos del otro.

—No puede ser —dijo Pilar sin inmutarse.

—No lo he pensado.

—Sí, lo has hecho, pero no puede ser.

Miriam irrumpió en el salón cubitera en mano y exigió a su hermana que continuara con sus percepciones preconcebidas sobre Ricardo. Pilar hizo un esfuerzo por arrojar algún comentario, lo más convincente que pudo, sobre los

elementos de Ricardo que le habían llamado la atención. Éste se sirvió una copa de ron y procuró desentenderse de lo que la noche pudiera ofrecer. Pero como un seísmo, la sinceridad y aplomo de Pilar, había convulsionado el ánimo de Ricardo hasta lo más profundo de su ser. Tenía la hiriente sensación de no haber sido capaz de percibir ninguna conexión con Pilar hasta el momento mismo en que ésta había diseccionado parte de su alma con cuatro frases. Con cada palabra sufría una retroacción hasta el instante mismo en que la vio a treinta metros del restaurante, que lo conminaba a percibir de nuevo las sensaciones que le produjo verla, más allá de las variables y parámetros que aplicaba en tales situaciones. Debía estar ahí, en alguna parte de su cerebro.

«No quise mirarla. Eso fue. Me limité a mirar su vestido y sus manos, sobre todo sus manos… Se movían. Y se movieron después. Llevan moviéndose toda la noche, de una forma regular, articuladas con delicadeza y contención. Su cuello… No ha sido solo el cuello… Han sido los pequeños lunares, que parecen dibujar una constelación en su lado derecho: son como una osa menor que le tatuara la piel… Su voz. Desde que pronunció su nombre: yo soy Pilar… ¿Qué tiene su voz? Tiene un timbre con sabor a madera, como el de un oboe que canturreara una melodía medieval… Me gusta cómo se sienta. Recta, como si no pudiera evitar ser solemne y distinguida. ¿A quién te recuerda?... A nadie. Es Pilar. Desde que la he conocido, es Pilar, solo eso, todo eso. Nadie puede ser ella, nunca más. ¿Por qué quisiste que no se fueran y tomar algo con ellas? Porque podrías seguir con Pilar. Miriam no ha estado. Se ha desdibujado como unas letras escritas en arena mojada… Estás eufórico, te pasa siempre. Te enamoras en menos que dura una copa en tu mano y quieres elevarlas a diosas efímeras, que renuevas cuando tus ninfas comienzan a diluirse a la mañana siguiente. Solo es eso, el momento, la noche. El deseo de vivir mil vidas y que cada una de ellas cuente con su propia Dulcinea… Pero, ¿y lo que ha dicho?: “No puede ser”. ¿Qué es lo que no puede ser? ¿Ha sentido lo mismo o solo quería pujar por mí y aventajar a su hermana? Igual solo le has gustado y te ha largado el rollo que sabe que le funciona con los hombres. ¡Quién no lleva un aventurero dentro! No conoces nada sobre ella… Sí, la conoces. Quieres conocerla así, tal como la imaginas, tal como te gustaría que fuera. ¿Y si solo quiere…? Ya te ha pasado antes. Muchas veces. Te dices que no, pero te duele. Lo pasas mal después».

—Háblame de tu hermana, Miriam. Yo no tengo sus habilidades, así que si quiero enterarme de cómo es, tengo que recurrir a ti. Supongo que la conoces bien y…

—Si quieres saber algo de mí, pregúntamelo —interrumpió Pilar—. Contestaré con casi toda la verdad, te lo prometo.

—Prefiero que conteste tu hermana. ¿Qué cualidad destacarías de Pilar por encima de las demás?

—Como quieras —apuntó Pilar mientras echaba hielo en su copa—,

aunque te advierto que ella sabe menos de mí que yo.

—Es… —Miriam no supo cómo empezar—: Inteligente.

—¿Eso es lo que destacarías de mí? —Pilar la miró atónita—. Es la primera vez que me dices que soy inteligente. —Pilar sonrió con sarcasmo.

—Mentira. Eres inteligente. Todo el mundo lo sabe y tú, también.

—Novios. Vamos a lo importante. ¿Cuántos novios ha tenido tu hermana? —Ricardo se echó en el sofá y colocó los brazos a cada lado del respaldo.

—Dos —contestó Miriam—. Uno que le duró algo así como un año y otro con el que ha estado casi cinco.

—¿Ha estado? —Ricardo miró de soslayo a Pilar.

—Sí, hasta hace… ¿cuánto, Pilar?

—Un año. —Pilar dejó caer los párpados, como si el tema le molestara tanto como lo haría un potente foco de luz, y su gesto se agrió detrás del cristal de la copa que se apresuró en beber hasta su mitad.

—Un año —repitió Miriam como si Ricardo no la hubiese oído—. Se quedó fatal. Era un compañero de carrera, tú sabes. La historia de siempre. Toda la carrera juntos, desde segundo o así, y nada más acabar, a los pocos meses, él la llamó desde Alemania (se había ido con una beca de estudios) y le dijo que prefería vivir la vida y no sentirse atado a nadie. Una putada, vaya.

—Suele pasar —dijo Ricardo con el tono menos ofensivo que pudo, para evitar quitarle trascendencia al hecho en sí y que Pilar pudiera pensar que consideraba el final de su noviazgo un tópico encuadrable en una estadística. Y añadió—: Qué gilipollas. ¡Como si fuera posible encontrar alguien como tú!

Y se hizo el silencio; de esos que recorren las habitaciones y obligan a todos a mirarse unos a otros y poner en orden los pensamientos durante unas décimas de segundo; de esos que cobran vida justo en el momento menos apropiado; de esos que parecen una fantasmagoría creada y compartida por todos los presentes; de esos que impulsan fugacísimas reflexiones interiores sobre lo que ha motivado las palabras que cada uno ha ido pronunciando durante los últimos minutos.

—Desde luego que sí —dijo Miriam para romper el incómodo silencio.

—Era un inmaduro —concluyó Pilar—. La verdad, no sé porque estuve tanto tiempo con él.

—¿Inercia? —preguntó Ricardo con curiosidad malsana, como si quisiera que le corroborase que solo la inercia y un trastorno mental transitorio podían justificar que Pilar pudiera haber perdido el tiempo con alguien que no fuese él. No la había conocido hasta esa noche. Se marcharía al día siguiente. Pero esa noche, durante esa conversación, durante el tiempo que perdurase en su retina su mirada, también le pertenecía su pasado. Quería volver y cambiarlo. Ser él quien llamase desde Alemania y decirle que no hay vida sin ella y que la distancia es una tortura innecesaria. Que se vuelve. Que no quiere separarse de ella nunca más. Esa noche la vida era Pilar.

—Puede ser. Era agradable estar acompañada, hasta que dejó de serlo. Es

lo que puedo decir a estas alturas. Si no os importa, me voy a la cama. Estoy cansadísima. Ha sido un día muy largo, la verdad.

—¿Te has molestado? Todavía tengo más.

—No, tranquila, Miriam. De verdad que estoy muerta.

—Yo me voy también —dijo Ricardo—. Mañana es dentro de un rato y no vamos a tener fuerzas ni para llegar al estudio.

—No te vayas, Ricardo, podéis seguir vosotros. Es temprano todavía. Dile que siga, Ricardo. Mañana me lo contáis.

La noche avanzó con cada frase, sorbo y risas que Ricardo y Miriam alternaron. Compartieron algunos secretos; de los de juventud; de los que prescriben con el tiempo y se desfiguran hasta resultar tolerables sin redención. Se preguntaron por turnos sobre lo que todos saben de los demás, pero que tanto gusta escuchar en boca de otros: que la vida es imprevisible; que alguien les hizo daño; que un amigo los traicionó; que sus padres no son perfectos; que desaprovecharon la adolescencia; que llegaban tarde a sus vidas; que el trabajo no los llenaba lo suficiente; que nada es como lo imaginaron cuando eran niños; que nunca leyeron todo lo que les hubiese gustado… Y la noche creció tras las ventanas y fagocitó las últimas voces y ruidos y liberó su gas inodoro, que desalienta a las mentiras y permite al alma gobernarse unas horas cuando el esfuerzo de vencer al sueño no lo impide. Los dos estaban descalzados, con los pies sobre la mesa y recostados. Miraban unas veces al techo y otras, el uno al otro, cuando juzgaban que las preguntas o respuestas requerían circunspección.

—¿Quién te habló de mí?

—¿Qué quieres decir?

—De nuestro estudio. Tu hermana dijo antes que esperaste para poder trabajar con nosotros. No somos tan conocidos. Alguien te tuvo que hablar de nosotros.

—Sí, pero no puedo decirte quién.

Ricardo se incorporó y quedó pensativo, sumido en lo que interpretó como una intriga que le divertía desenmarañar. Ricardo indagó en su memoria y conexionó como pudo los datos que arrojaba su agotado y ebrio cerebro, para tratar de dar con la persona que pudiera haberle comentado a Miriam que merecía la pena trabajar con ellos en su estudio. Pensó en familiares, amigos, compañeros, colaboradores. En pocos fragmentos de un segundo, que se hizo eterno y relativo, revisó el desorganizado organigrama mental y desistió de poder acertar la respuesta.

—No me hagas esto, dime quién fue. Te doy mi palabra de que no diré nada, a nadie.

—Me pidió que no te dijera nada.

—¿Te lo pidió? ¡Pero si lo que tengo es que darle las gracias! Eres un magnífico fichaje, el mejor que hemos hecho hasta ahora.

—Anda, anda, no me engatuses que no te voy a decir quién es.

—¡Oye, fuera bromas! Eres muy buena en lo que haces, lo digo en serio. He conocido varios arquitectos jóvenes y la mayoría no saben ni dónde están de pie. Tú no solo tienes un buen currículo. Te funciona esto —dijo dándose un toque con el dedo en la sien.

—Gracias. Viniendo de ti, es un bonito cumplido. Tú sí que eres increíble.

—Ni mucho menos. Soy un aprendiz, insignificante y pequeño. ¡Qué cursi estoy! Será por las copas… Quizás con los años llegue a conseguir estar orgulloso de mi trabajo.

—Tienes un don, pero no lo explotas lo suficiente. Será que eres conformista. No lo creía cuando empecé a conocerte, pero después de trabajar contigo estos meses, lo único que lo explica es que te da igual.

—No me da igual.

—Estaré equivocada, no lo sé. Lo que sí sé es que he conocido muchos mediocres, bien conectados y con aires de grandeza, que han llegado más lejos que tú. Pero no son mejores arquitectos, solo están mejor relacionados.

—Es un mundo difícil y muy competitivo.

—Ven —dijo Miriam tras golpear con suavidad dos veces el cojín del sofá en que permanecía medio recostada—, siéntate aquí.

—¿Para qué? —Ricardo se sorprendió de su propia pregunta.

—Porque necesitas un abrazo y si me levanto para ir a tu sofá, igual me caigo. Estoy pedo…

Ricardo se arrastró a su lado. Ella lo rodeó con el brazo y le puso la mano sobre el hombro. Ricardo terminó echado entre su cuello y su pecho, acurrucado, debilitado, sumiso. Después de algunos minutos, en los que Ricardo se sintió vencido por el sueño y su mente lo había alejado de allí, sin dejarle ser consciente de lo que ocurría y de quién lo acogía, Miriam susurró ininteligibles sonidos, parecidos a los que una madre derrocha con su bebé en brazos, que lo hicieron desprenderse de la realidad y quedar ubicado en una dimensión paralela en la que sus sentidos no le pertenecían. Sintió que se relajaba y que sus extremidades le pesaban tanto que sus músculos no respondían, como si fueran de trapo y él un muñeco. Y, como si fuera posible expiarse dejándose llevar por aquellos susurros y ser purificado por las feromonas que emanaban de aquellos anhelados pechos, la poca energía que le quedaba se concentró tanto en percibir las caricias sobre su brazo como en dotarlo de una tímida erección. Miriam jugó con sus dedos sobre la piel de Ricardo y emitió evocadores sonidos muy cerca de su oído. Ricardo creció, perdido y desorientado. Miriam contrajo los músculos de sus pectorales y sus pechos se unieron donde subsistía hasta ese momento el oscuro abismo de su escote y ofrecieron a Ricardo, con su unión, consuelo, refugio y libertad. La mano de Miriam recorrió el brazo de Ricardo hasta su mano y una vez allí, fue poco el esfuerzo para saltar el precipicio que la separaba de su abultada respuesta. Cuando la cubrió y pudo comprenderla en su totalidad, ahuecó su mano para adaptarse a ella, Miriam suspiró como si lo que percibiera bajo los pantalones de Ricardo fuera lo único que necesitara en la vida. Aquel suspiro,

cerca de su oído, le llegó cuando sus pupilas se adaptaban a las luces y sombras que daban forma a los pechos, que se mantenían unidos para él. Podía oírlos pronunciar su nombre y demandar su boca bajo la expandida tela del vestido. Fueron las ininteligibles palabras que susurró Miriam lo último que hizo falta, lo que sometió las fuerzas de Ricardo y lo dejó caer sobre las aguas de un baño caliente con sales. Cuando las pronunció, seguidas de otro de aquellos perturbadores sonidos sibilantes que lo habían mecido, Ricardo se contrajo desde los tobillos y palpitó en la mano de Miriam. Una exhalación cálida y profunda emergió de la garganta de Ricardo y al poco, quedó embargado por los rumores del placer, que lo dejó dormido.

Aquel miércoles…

Pilar se llevó el café al salón. Abrió las ventanas para dejar entrar el primer aliento de la mañana y despejar la estancia del olor agrio que se había acumulado y se sentó frente a Ricardo, que yacía en una postura insana para sus cervicales. Éste permaneció diez minutos sin moverse, ajeno a los ruidos del tráfico, al aroma del café y a la presencia de Pilar, que prefirió no asomarse a la habitación que ocupaba su hermana, para evitarse la desagradable impresión de encontrarla en un estado parecido al de Ricardo. Abrió con dificultad un ojo, como si alguien hiciera palanca con un objeto punzante para conseguir despegar sus párpados, y una morisqueta deformó su cara al recibir un baño inesperado de intensa luz solar. Profirió un saludo desabrido y cavernoso, que Pilar correspondió con desgana y con voz bronca trató de preguntarle si había hecho más café. Pilar le señaló la cocina con el dedo y sin decir ni una palabra, se fue a la ducha. Dos tazas después, Ricardo recuperó la compostura, no sin acuciar en el proceso un fuerte dolor de cuello y una sensación de inestabilidad que atribuyó al exceso de ron y a la falta de sueño. Sed. Tenía mucha sed. Tardó un rato en percatarse de que era miércoles y cuando lo hizo, se sobresaltó al comprobar en la pantalla de su móvil que eran más de las diez. Tomó conciencia de lo ocurrido hacía un instante: Pilar lo había encontrado en el sofá, desaliñado y mortificado por la resaca. Tardaría algunos minutos más en recordar, a golpe de ideas borrosas que al ordenarlas se desvanecían, que la noche anterior no solo se habían dedicado a beber y charlar. Siete llamadas perdidas: de su socio, de Cristina, de su madre, de Sonia… ¡Todo el mundo ha necesitado hablar conmigo antes de las diez de la mañana!, se dijo enfurecido. Al dolor de cervicales se sumaba el dolor de cabeza, que crecía con cada golpe de su corazón en las sienes. Al ver a Pilar, vestida y con el pelo húmedo, Ricardo se dio cuenta de que se había vuelto a quedar dormido unos minutos. Las once, comprobó. Media hora más que sumar al retraso al que toda su vida parecía estar condenada esa mañana concreta. Como si el día quisiera aprisionarlo y no dejar que se moviese de aquel salón, de aquel incómodo sofá que le había destrozado la espalda.

—Mi hermana no está en su cuarto—dijo Pilar.

—¿No? —Ricardo imaginó que se había marchado sin él—. ¿Se habrá ido al estudio?

—Ayer, ¿qué?, bien, ¿no? —Pilar sonrió, sin atisbo de reprobación.

—Anoche bien, ahora fatal. Tenía una reunión a las once de la mañana a la que es evidente que no voy a llegar.

—¿No puedes tomarte el día libre?

—Como poder, puedo, pero no debo.

—Llama y di que no te encuentras bien. Es la verdad, no tienes buena cara.

—Me sienta mal el alcohol.

—El alcohol no, el exceso de alcohol. Mira la botella. Os la terminasteis entre los dos y sé que mi hermana como mucho, se tomó dos copas.

—Siento mucho todo esto, no es lo que tenía pensado, la verdad.

—No te preocupes, le puede pasar a cualquiera.

—No creo que a ti te pasara algo así —aseveró Ricardo.

—Me han pasado cosas peores que quedarme dormida en casa de un amigo.

—Bueno, yo sé lo que quiero decir.

—¿Me llevas?

—¿Dónde?

—A casa de mi madre. Se ha empeñado en acompañarme.

—¿A dónde te tiene que acompañar?

—Voy a comprar una farmacia.

Vestía un elegante vestido de tubo de color crema y como único complemento, un discreto collar de pequeñas perlas –que en ella no resultaba anacrónico, pensó Ricardo– y dos pendientes a juego. El bolso, de cuero de búfalo, casaba a la perfección con los zapatos clásicos de tacón, de esos a los que llaman *kitten heels*. Ricardo visualizó cada detalle con toda la eficaz celeridad a la que se tenía acostumbrado. Pocos minutos después, Ricardo se encontraba de nuevo sentado en su coche con otra mujer en el asiento del copiloto, en menos de dos días. Aunque no tenía los sentidos para someterlos a mucho esfuerzo, sintió de nuevo algo parecido a las dos ocasiones anteriores: era agradable estar junto a una mujer en el coche. No solo agradable, pensó, es algo más. En cualquier caso, Pilar le resultaba conmovedora. Por alguna razón, que no estaba en condiciones de valorar, desde que la conoció hacía unas horas, necesitaba compartir con ella algo más que una cordial conversación estereotipada.

—Te has puesto muy elegante—dijo Ricardo.

—Así es como visto cuando voy a firmar un contrato de un millón trescientos mil euros.

—¿Solo? —Ricardo rio cuanto lo dejó el dolor de cabeza.

—Sigue pareciéndome un disparate.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? Tendrás que venirte aquí. Farmacias hay en todas partes.

—Supongo que sí… ¡El cheque!... Sí, sí, lo he metido en el bolso. Aparezco en la reunión sin el cheque para la señal y mi madre me deshereda a gritos en la notaría.

—¿Cuándo te vas? —Ricardo comenzaba a recuperar el tono.

—Mañana.

—Podríamos vernos esta noche. Ayer lo pasamos bien.

—Hoy no puedo. ¿Qué tal lo pasasteis cuando me acosté?

—Bebimos; hablamos de todo un poco; me quedé dormido. La verdad, no me acuerdo bien.

—Qué raro que mi hermana no te haya despertado esta mañana.

—¿Puedo decirte algo? No sé ni por qué lo pienso, pero…

—Ricardo, no hace falta. Nos conocemos desde hace un rato, como quien dice.

—Por eso mismo, ¿que más te da lo que diga? No tenemos por qué vernos más.

—Dilo, no voy a poder evitarlo.

—Tengo la sensación de conocerte de toda la vida. Sé que suena a frase hecha, incluso me hace gracia pensar así, al recordar lo que Lolo te dijo ayer sobre tu cara y que le sonaba… Pero es que, tengo esa sensación. Solo quería comentártelo, nada más.

—Pues ya me lo has comentado.

—No te enfades, es solo un comentario absurdo. A veces hago cosas así y luego me arrepiento.

—¿Decirle a una mujer, a la que acabas de conocer, que tienes la sensación de conocerla de toda la vida?

—¡No! —sonrió—. No, eso no. Me refiero a decir cosas sin pensarlas, sin saber por qué las digo. No es que lo haga en todo momento. Solo cuando estoy confuso o estresado.

—Hoy lo que estás es resacoso. Se te pasará en un rato.

—Lo he dicho en serio. —Ricardo aprovechó el tiempo que duró la luz roja de un semáforo para mirar su perfil y dejar que ella notara que la miraba —. Tengo la sensación de conocerte. Y creo que tú sientes lo mismo. No hablo de atracción, ni de nada de eso… Bueno, supongo que sí, que también me atraes. Pero no es eso. Es distinto. Anoche solo quería que todo el mundo desapareciera y quedarme contigo, pero no puedo explicarte por qué. Nunca me ha pasado algo así.

Pilar permaneció en silencio. No reaccionó ante las palabras de Ricardo en forma alguna. Inerte. Abrazada al bolso y con la mirada perdida en los desconocidos que cruzaban el paso de peatones, costaba incluso escucharla respirar. Ricardo respetó su ausencia y condujo las tres calles que restaban sin decir nada más. Al llegar, Pilar se desabrochó con extremada lentitud el cinturón, como si le faltasen fuerzas para accionar el pulsador y, antes de abrir la puerta, solo dijo:

—Gracias por traerme, Ricardo.

«¿Por qué se lo has dicho? Haces una estupidez después de otra. Anoche… Anoche su hermana te… Y hoy le dices a Pilar que… ¿Qué haces?... No quiero ni pensar en el cabreo de Javier por saltarme la reunión de presupuestos de esta mañana. Voy a llegar a las doce de la mañana y tendría que estar allí desde las ocho y media. ¡Ni me ha vuelto a llamar!... Tienes que hablar con alguien. No puedes seguir así… Estoy seguro de que a Pilar no la vuelvo a ver y lo peor es que me siento ¡tan mal! Me siento mal por eso, por no poder volverla a ver. Pero no entiendo por qué de repente tendría que importarme no ver más a una mujer a la que no conozco de nada. Uf, es como si no pudiera despegarme de ella. Se ha bajado del coche y de repente, me he

sentido vacío y tengo un pellizco en el estómago. Tengo hasta ganas de llorar… Eso puede que sean las copas de anoche y el cacao que tienes en la cabeza… ¿O es por ella? No, por ella no puede ser porque no es para tanto, lo que pasa es que estás confuso y agobiado y todo se mezcla en la cabeza y no consigues aclararte. Es distinta. Es tan… Me encantó que esta mañana apareciera en el salón. Es horrible que te haya visto así, tumbado en un sofá y con resaca. Después de eso, es normal que se haya ido sin decir nada. Aunque… ha sido muy extraña la forma en que se ha quedado callada y se ha ido. Igual siente lo mismo, peores cosas se han visto. ¿Por qué no ibas a gustarle?... Su hermana. Le preocupa su hermana. Ella cree que le gusto a la hermana… ¡Es más! Ella cree que a ti te gusta su hermana y que eso mismo se lo has dicho a ella también. Puede pensar que eres así, que vas así por la vida, y que te gusta ligar con una y otra o soltar esas tonterías que, por otra parte, es lo que haces… Pero lo que dijo ayer de mí fue… Me sentí bien cuando habló de mí, de lo que pensaba que me pasaba. Acertó, ¡vaya si acertó! Y no olvides lo que dijo después: "No puede ser"; o algo así… Puede ser que se diera cuenta, cuando te quedaste mirándola, de que ella te gustaba y quiso zanjar el tema de raíz para que no se me pasara por la cabeza. Claro que, si a ella no le importo nada y se va en unos días, ¿para qué hace la aclaración? Puede que fueran las copas…aunque se tomó una, no más».

Ricardo buscó el número de su hermana en la pantalla LCD frontal del BMW. Solo un tono de llamada sonó por los potentes altavoces antes de que la voz de su hermana ocupara todo el habitáculo del coche.

—Diana, quiero pedirte un favor, pero no se lo digas a nadie. ¿Cómo se llama la psicóloga a la que fue tu marido?

—Beatriz, Beatriz no sé qué, ¿por?

—Nada, es por un amigo. Me ha preguntado si conocía algún psicólogo bueno y me he acordado. ¿Sabes si lleva todo tipo de casos?

—No lo sé. Sé que es buena. No entiendo nada de psicología.

—¿Podrías pasarme el teléfono?

—¿Qué amigo es? ¿Lo conozco?

—¿Eh? No, no creo. Es un compañero de la carrera con el que coincido de vez en cuando. Salió el tema y le dije que conocía a una psicóloga. Por quedar bien, ya sabes; pero no me cuesta nada darle el número.

—¿Estás malo? Tienes la voz tomada.

—Resaca —Ricardo se mordió el labio, sabedor de la percutiente insistencia de su hermana con el tema del alcohol—. Anoche salimos unos amigos y…

—¿No puedes salir por ahí sin cogerte una cogorza?

—Hija, dices cogorza y suena peor que borrachera. Me pasé con las copas. Pero fue en una casa —dijo en su descargo— y me quedé a dormir. Nada de coche.

—¿Cuándo vas a venir a ver a tus sobrinos? Tu cuñado está loco por enseñarte el televisor que nos hemos comprado. Ya sabes, hasta que no te

cuenta las tonterías que se le ocurren, es como si no hubiesen pasado. Podrías venirte el sábado a ver el partido.

—¿Van todos?

—Todos menos Gonzalo, que no vuelve de Nueva York hasta el martes.

—Allí estaré. ¿Hay que llevar algo?

—Salvo que te eches novia de aquí al sábado, en cuyo caso preferiría que viniera ella sola para hacerla entrar en razón, no hace falta que traigas nada.

Javier y Diego habían dejado dicho que en cuanto apareciera Ricardo o diese señales de vida, se le dijera que debía dirigirse de inmediato al despacho de Francisco, el abogado. Así se lo comunicaron a Ricardo en cuanto éste, una vez hubo hablado con su hermana, llamó al estudio para decir que llegaría pronto. Fue Miriam quien cogió la llamada. Su voz no parecía afectada por una noche de excesos y falta de sueño. Se limitó a estar correcta con él, aunque Ricardo quiso apreciar cierta complicidad en el tono de su voz, a pesar de estar teñida de cierta impostación. Al fin y al cabo, ambos habían pasado la noche juntos y… muchas más cosas que no hace falta comentar, pensó. Al llegar al despacho de Francisco Luis García, abogado que se hacía cargo de los asuntos mercantiles de la sociedad desde que fundaron el estudio, además de algún que otro asunto personal de los socios cuando éstos lo requerían, Ricardo encontró los rostros compungidos de sus socios tras una gran mesa oval, que le invitaron a presidir con fría solemnidad. El incómodo silencio que presagiaba un infeliz desencuentro, por motivos que Ricardo desconocía, no le pasó inadvertido.

—Ricardo, he convocado esta reunión a petición de tus socios. —Francisco mantuvo la compostura habitual y la sequedad de trato a la que los tenía habituados.

—Pues vosotros diréis —dijo Ricardo al tiempo que entrelazaba los dedos de sus manos y las ponía sobre la mesa.

—Javier y Diego quieren hacerte una oferta para adquirir tus participaciones de RIJADI S.L.

Primero miró a Diego. Se detuvo en él un largo rato, cuyas centésimas de segundo parecían ser marcadas por el levísimo golpeteo del talón de Ricardo en el suelo, desde que su pierna comenzó un agitado movimiento compulsivo tras escuchar a Francisco. Tuvo el impulso de gritarle; de recordarle que la hombría de bien que le presumía, debería haberle impedido reunirse a sus espaldas con Javier para urdir tan pretenciosa farsa; de decirle que cuando se conocieron, hacía quince años, hablaron desde el primer día de construir juntos, desde cero, un estudio de arquitectura que les permitiera ser independientes y trabajar en proyectos en los que creyesen; o que pasaron juntos, día tras día, todas las alegrías y penurias de una vida universitaria cargada de altibajos, más incluso para Diego, cuyos limitados recursos palió Ricardo con su generosa ayuda cada vez que lo necesitó; o que compartieron cada uno de los efímeros instantes que solo los años permiten contemplar en

conjunto y poder atribuirles así la cualidad de constituir una experiencia vital. Luego miró a Javier. Vino a él su carisma innato y persuasivo, como un tótem simbólico al que acudir con plegarias, que lo convenció para tomar riesgos que su imaginación nunca le hubiera permitido concebir. Un alter ego, robusto como uno de esos árboles gigantes cuyo nombre nunca recordaba; tan necesario en su vida profesional como una planta requiere agua y nutrientes; tan vinculado a su vida personal, que le costó visualizar lo que llegaría a ser si la concebía sin sus arrebatos de amistad y elocuencia; sin su desparpajo de ilusionista, capaz de convertir los pensamientos en ropajes exóticos con los que sentirse imbuido en aventuras descabelladas; un amigo; su amigo Javier.

—Preguntaros por qué —dijo al fin— sería tanto como concederos la posibilidad de dignificar lo que pretendéis hacer.

—Hay un porqué —masculló Diego que, con un gesto, pareció interpelar a Javier para que contestara.

—Seguro que sí, pero no quiero oírlo.

—Ricardo, yo… —Javier se adentró con su tono en la condescendencia, que le era propia en aquellas ocasiones en las que la incongruencia estaba por vencerlo y no temía el disparate como argumento, si con ello aventajaba a su oponente dialéctico. Ricardo no era ajeno a sus artimañas. Las conocía y se había beneficiado de ellas en tantas reuniones, que aún le dolió más que pensara que podían servirle con él. Lo interrumpió.

—Déjalo, Javier. Todo lo que digas me va a resultar un insulto o… peor aún, un desprecio a nuestra amistad.

—No tiene nada que ver con la amistad —dijo Diego desde la honestidad que Ricardo sabía que él creía ejercer—. Se trata del estudio. No podemos seguir así. No hemos tomado esta decisión a la ligera.

—¡Ah! Respetable entonces, ¡si no ha sido a la ligera seguro que es un acierto! —farfulló Ricardo—. ¿Sabes lo que me confirma eso de que no ha sido a la ligera? Que lo que sea que nos ha traído a esta mesa, eso que me tenéis que reprochar y que os lleva, por lo visto, a intentar apartarme del estudio, es algo que veíais venir y que habéis tenido que hablar entre vosotros y desde hace tiempo, además.

—Tu actitud no ha ayudado, Ricardo —sentenció Javier con la frialdad maniquea con la que solía enfrentar las posiciones en cualquier disputa.

—¿Respecto a qué? ¿Respecto a lo que no sabía que ocurría a mis espaldas? —Ricardo se levantó—. Mis dos socios… ¡No!, ¡¿mis dos amigos, confabulan a mis espaldas y resulta que soy yo el que no he ayudado?! ¿Ayudar a qué? Si teníais un problema conmigo, lo menos que podíais haber hecho es comunicármelo y hablarlo los tres.

—Lo hemos intentado, Ricardo. Llevamos meses así y lo sabes —replicó Diego.

—¡No sé una mierda, Diego! Solo sé que llevo diez años luchando por sacar adelante nuestro proyecto, ¡nuestro proyecto! —gritó—. Las cosas no se hacen así. —Ricardo se volvió hacia Francisco—. ¿Cuándo te dijeron que

querían reunirse?

—Es lo de menos —contestó incomodado el abogado.

—No, no lo es. También eres mi abogado desde hace muchos años. Podrías haberme llamado; haberme preguntado si sabía algo de esto. ¿Sabes por qué empezamos a trabajar contigo? Porque yo lo propuse. Yo les dije que me fiaba de ti y que conocía a tu familia.

—Ricardo, no nos desviemos —Javier intervino con impostada autoridad—. La decisión está tomada. Esa es la tasación de las participaciones —añadió mientras señalaba un dosier sobre la mesa—. Si no estás de acuerdo, podemos negociarlo.

—Desde este momento considero finiquitada nuestra relación—dijo Ricardo a Francisco con inusitada firmeza—. De aquí me voy al notario para anular los poderes que te otorgué en su momento. Buscaré un abogado y estudiaré si lo que has hecho es ético. Si no lo es, tomaré las medidas que hagan falta. A vosotros —añadió—, os espera un largo camino y os adelanto que no va a ser agradable.

Ricardo se dirigía hacia a la puerta cuando Diego se levantó con la intención de interponerse en su camino. Con las manos en alto le pidió que no abandonara la reunión, pero por la mirada que le dedicó Ricardo, cargada de palabras atropelladas y pensamientos encontrados, Diego supo que sería un error tratar de impedir que se fuera. Ricardo levantó el dedo y lo puso frente a su propia cara mientras dio los últimos dos pasos, con la amenazante contundencia de quien no está dispuesto a cruzar ni una palabra y la determinación de utilizar cualquier medio para evitar seguir allí ni un segundo más. Diego se sentó y lo dejó marchar. Había presentido que Ricardo lo hubiese empujado, o algo peor, si no se hubiese apartado de su camino.

Los tres permanecieron sentados, con la mirada perdida en los pliegos y dosieres apilados en la mesa. Francisco cogió el móvil con la intención de llamarlo, pero Diego negó con la cabeza y Javier le rogó que desistiese.

—Pensaba que estaba de acuerdo —dijo Francisco con franca sorpresa.

—Tendría que habértelo comentado, lo sé —dijo Diego—. Esto no podía salir bien. Han sido demasiadas cosas en muy poco tiempo.

—No podíamos decirte nada —dijo Javier—. Si lo hubiésemos hecho, hubieses corrido a contárselo a Ricardo y todo se hubiera complicado mucho.

—¿Más de lo que lo habéis complicado con esta niñería? —Francisco se levantó de la mesa y se encendió un cigarro. Miró a sus clientes con la suficiencia de quien está en su casa y si quiere fumar, fuma.

—Tú no sabes los meses que llevamos…

—¡Me da igual! —gritó Francisco—. Conozco a Ricardo desde que era un crío. Su padre es amigo mío. Me debo a su familia por encima de muchas cosas y ésta, desde luego, no es una de ellas.

—¿Y por qué no lo has llamado? Sabes esto desde el lunes.

—¿Sabes las horas que me paso en este despacho? En dos días he tenido cuatro vistas en los juzgados y he viajado hasta Granada para entrevistarme

con un cliente. No he tenido tiempo ni de pensar. Creía que se trataba de un reajuste de la sociedad. Tampoco es que me hayáis dado muchos detalles.

—Bueno, vamos a tranquilizarnos —dijo Diego—. La cuestión no va a ser fácil. Podríamos constituir otra sociedad e intentar vender nuestras participaciones a un tercero. De esa forma, se verá obligado a comprarlas, si no quiere entenderse con extraños.

—No tiene dinero para comprarnos nuestras participaciones. No hasta que no vendamos la urbanización —refutó Javier.

—No sabemos lo que tiene.

—Os pido que sigáis con esta conversación en otra parte —dijo Francisco—. No quiero participar en todo esto y quedarme sentado mientras hacéis especulaciones sobre el patrimonio de Ricardo.

—Podrías tantearlo —le dijo Javier—, para saber qué camino piensa tomar.

—Ya lo has oído —replicó Francisco—: no quiere que lo represente más. Esta jugada vuestra (de aficionados, os tengo que decir), me ha costado mi relación profesional con él y también la personal. Prefiero quedarme al margen. Hasta entonces, daré por suspendidos mis poderes y renunciaré al cargo de coadministrador de la sociedad.

—No es necesario, Francisco.

—Sí, Diego, sí lo es. Dentro de diez minutos llamaré a su padre para disculparme y trataré de explicarle que no era mi intención joder a su hijo. Ya sabéis cómo es José Antonio y os podéis imaginar qué exabruptos puedo esperar.

—Es cliente tuyo desde hace treinta años. —Javier trató de tranquilizarlo—. Eso no lo va a cambiar un malentendido.

—Eso espero, por vuestro bien. Porque si pierdo el cliente que aporta a este despacho el cuarenta por ciento de su facturación, os puedo asegurar que no me quedaré con los brazos cruzados.

«Hijos de puta; malnacidos; egoístas. Lo sabía. Sabía lo que tramaban. Si no llego a verlo venir, no habría tomado ninguna medida y ahora estaría sometido a la presión de dos avariciosos de mierda. Menos mal que, aunque estoy como estoy, todavía me queda algo en la cabeza. Esto solo confirma que el distanciamiento desde que ganamos el proyecto tenía una razón, como sospechaba… ¡Imbécil! Eres imbécil. Incluso cuando te dijo Miriam que te esperaban en el despacho… tengo que hablar con ella de lo de anoche…o mejor no, mejor no le digo nada y que sea lo que Dios quiera… Incluso cuando te lo dije, pensaba: será para otra cosa. ¡Pues mira tú que no, imbécil! Eso sí, por mis… Cálmate, que no merece la pena que pases un mal rato por estos dos cretinos… Estos dos se van a ir con una mano delante y otra detrás. Te lo dijo papá. Sé que no te gusta reconocerle nada, pero esto te lo advirtió y sabes que es perro viejo. ¡Qué listo es el cabrón! “No me fío de Javier… No me gusta tu socio…”. Treinta veces me lo ha repetido. Cada vez que ha tenido

ocasión. ¡Quedarse con el proyecto! Pero qué hijos de… ¡Ah! Pero hay que leer los papeles, Javierito, desde el principio hasta el final. ¿Habéis leído el proyecto? ¡No!, ¿verdad, Dieguito? No, no lo has leído porque estabas muy ocupado y no tienes tiempo para otras cosas, hasta que de repente, te das cuenta de lo que supone haber ganado el concurso… Pues no os voy a decir por dónde os va a salir el tiro, niñatos, que sois unos niñatos y unos aprovechados».

Ricardo siguió relatándose pensamientos, atribulado por el sentimiento de haber sido traicionado, mientras condujo hasta su casa sin ser consciente de cómo lo había hecho, ni del trayecto que había seguido. No quiso pasar por la oficina. ¿Para qué?, pensó. No podía enfrentarse en esas condiciones a Miriam y mucho menos, coincidir con sus socios. Siguió enfrascado en una confusa trifulca, que lo dejó sin orden ni tino e incapaz de despejar y simplificar. Eran las dos cuando tomó conciencia del cambio que supondría en su vida dejar atrás el estudio de arquitectura. Sentado en su sillón reclinable, pulsó un botón del mando del reproductor y por los altavoces B&W cobraron vida, como pompas de jabón, dodecafónicos susurros de Boulez. Nada lo movería de aquel sillón. Nada lo distraería del viaje astral que le prometían aquellas notas musicales, tan traviesas como sugerentes. Nada, excepto Dael. Cabía la posibilidad de que hubiese olvidado que le dijo que subiría, aunque conociéndola sería ilógico, pues Ricardo sabía que el encuentro fue casual, pero no lo fue preguntarle por el video. Seguro que lo viene pensando desde hace tiempo, se dijo. Sí, seguro que sí. No se había escrito la música capaz de arrebatarlo lo suficiente como para olvidar que Dael podía estar a punto de llamar a su puerta.

Se lanzó a la ducha con el entusiasmo de un niño y cuidó que cada parte de su cuerpo, como si siguiera las pautas de un ritual de ablución, quedase limpio, hidratado y perfumado. Al terminar, se vistió con una bata y dedicó unos minutos a preparar el baño. Secó bien la humedad, dejó a la vista los frascos de esencias relajantes y dispuso toallas limpias sobre un banco de madera blanca. Dael era imprevisible y en eso residía su atractivo para Ricardo. Había decidido aplazar su invectiva mental para más tarde y aunque no comprendía cómo era capaz de apartarse de su propio conflicto, decidió no inmiscuirse en asuntos que su ánimo parecía resolver con acierto. No quiso ni oír una voz que le recordaba, desde muy lejos, casi inaudible, que las últimas semanas que pasó con Dael fueron una experiencia molesta, incluso enojosa. Quizás porque no llegó nunca a ser insufrible o perturbadora, se permitía tener una buena disposición para con aquel encuentro, por otra parte inesperado. Sí, albergaba esperanzas de sacarle mejor provecho a una segunda etapa de su relación con Dael, ahora que conocía los recovecos de su imaginación. Le caía bien, era agradable, educada. Sí, a veces mostraba demasiado ímpetu y sin duda era vehemente, sin llegar a ser vulgar. Pero yo también lo soy, pensó.

A las cuatro y media sonó el timbre de la puerta. Ricardo se había vestido informal, pero eligió bien la camisa que se puso y el pantalón con el que

combinarla; como si estuviese a punto de bajar a comprar algo y la llegada de Dael lo hubiese sorprendido. Nada más abrir, Dael pasó al interior del apartamento sin que Ricardo tuviera tiempo de saludarla. Anduvo hasta la mitad del salón y se giró sin dejar de mirar las paredes y los cuadros.

—Has cambiado el tapizado de ese sofá. Y ese cuadro es nuevo.

—Buena memoria. ¿Quieres un café?

—¿Un café? —Dael levantó la comisura izquierda de sus labios, en una mueca que no llegó a ser una sonrisa sarcástica—. ¿Tienes algo más…?

—¿Ginebra? —La interrumpió.

—Si me la pones como tú sabes…

—No hay problema. Siéntate, tardo un minuto.

«¿Eso es un vestido? Es como un camisón. No sé cómo mirarla sin que se me note que se lo quiero arrancar…, aunque es posible que eso le gustara. Igual es lo que quiere, que se lo arranque. ¿Trae ropa interior? Me ha dado la sensación de que no, pero sería muy obvio para un primer encuentro después de tantos meses, ¿no?, presentarse así, sin ropa interior y con esa especie de camisón… ¡Está increíble!... La verdad es que es muy rara. No me habla en seis meses y se planta en mi casa de esa forma, como si no hubiésemos cortado, como si no hubiésemos terminado mal. Exótica es, está claro. Tiene unos labios que parecen… no sé, son así, como… Ricardo, para. Poco a poco. Déjala hablar y que sea ella la que decida lo que tiene que pasar. Ten claro que, pase lo que pase, tú a disfrutar y a no pensar, que ya has tenido suficiente… Al final no he llamado a Miriam, ¡me cago en…! Aunque, pensándolo bien, es una estupidez que la llames para salir con ella, cuando en realidad no quieres hacerlo. Quieres quedar bien con Pilar, lo cual es una estupidez. ¿Cómo vas a quedar bien con Pilar por salir con Miriam? Si lo hago, Pilar pensará que me he decidido por su hermana… o que quiero aprovecharme de que a su hermana le gusto… En cualquier caso, es difícil hacerlo para quedar bien… ¿Tendrá calor? Le voy a preguntar si quiere que ponga el aire acondicionado. No, no, mejor no preguntes nada. Deja que ella lo haga todo y lo pida todo, que es de las que no se corta. Si quiere algo, que lo pida».

—Gracias. Ningún gin tonic sabe igual que los tuyos.

—Yo prefiero café —dijo Ricardo al tiempo que levantaba la taza—, si no te importa.

—¿Alguna novedad en tu vida?

—¿Te refieres a si tengo pareja? —Ricardo prefirió evitar rodeos—. No, no tengo. ¿Y tú?

—¿Estable? Ninguna —Dael cruzó las piernas con impudicia y dejó que su ligero vestido se retirara hasta dejar descubierto por completo su muslo derecho—. Estoy demasiado ocupada como para desgastarme aún más. Me da pereza el proceso de conocer a un hombre. Hablar de todo, contarle mi vida, que él me cuente la suya. Me agota solo pensarlo. Con los años he perdido esa necesidad.

—¿Nunca te sientes sola?

—A veces. Como todo el mundo, supongo. —Agitó con el dedo la bebida y lo pasó por sus labios—. Pero después de haber vivido algunas cosas, he aprendido a no pensar en la soledad. Es un estado de ánimo que se puede revertir. Por ejemplo: he empezado a escribir.

—¿A escribir? ¿El qué?

—Relatos eróticos.

—No sé por qué, me lo imaginaba. ¿En español?

—No. Me manejo mejor con el alemán.

—Dominas el español mejor que muchos a los que conozco.

—Pero pienso en alemán y en holandés. Sobre todo, en lo que se refiere al sexo.

—¿Piensas el sexo en alemán? —Ricardo no solo sabía que era cierto que los nativos de una lengua sueñan y piensan mejor en su idioma, pero no iba a desperdiciar la oportunidad de estirar la conversación que habían iniciado y llevarla por los derroteros adecuados.

—¡Oh! Sí, ya lo creo que sí. Me gusta más el sexo con españoles, pero lo sueño en alemán. A veces, en holandés. Seguro que algún psicólogo sabría explicarme por qué unas veces lo imagino en alemán y otras en holandés.

—¿Escribes en serio o por pasar el rato?

—No soy escritora. No podría, aunque quisiera. Pero publico mis relatos en un blog.

—¡Y tenía que ser en alemán! Deberías traducirlos para no privarnos a los demás de tus relatos. Seguro que se puede aprender mucho de ellos.

—No son didácticos. Además, no te gustaría leerlos. Mucho de lo que escribo tiene que ver contigo. Tranquilo, no pongas esa cara. No te nombro, ni a mí tampoco. Pero algunas cosas de las que hicimos son un buen material para un buen relato erótico, ¿no te parece?

—Visto así, sí, no lo sé. Nunca he leído literatura erótica.

—¿Encontraste el video?

—¿Decías en serio lo del video?

—Por supuesto. Quiero verlo contigo.

—Dael, puede resultar violento que después de tanto tiempo, nos pongamos a ver ese video, no sé, no me parece…

—Ricardo, no creo que hayas cambiado tanto en seis meses como para que no te apetezca ver cualquier cosa conmigo. —Sonrió. Se atusó los pelos. Volvió a sonreír. Pasó las puntas de sus dedos por su propio brazo y dejó que las cuidadas uñas dejaran una leve pero rojiza marca.

—No sé si lo tengo, la verdad.

—Tráete el ordenador, igual lo encontramos.

Ricardo no tardó en decidirse. Poco después, el ordenador estaba encima de la mesa, frente al sofá que ocupaba Dael; el mismo sofá que hacía menos de un día, había sido testigo del arrebato que lo llevó por un turbador sendero hasta su cuñada. Ricardo se sentó junto a Dael, con la misma sensación de

inestabilidad que el día anterior lo obligó a compensar su peso con el brazo contrario, para no ser arrastrado al abismo que se abría entre los cojines. La diferencia es el olor, siempre lo es, pensó. Como huellas de pisadas en la arena mojada; como un aura colorida y única que lo envolviese y le mostrase una ruta inequívoca y distinta cada vez. El aroma que desprendía Dael era fresco, limpio; un paisaje abierto de inmensos trigales, por los que campar y dar saltos, en espera de compartir con él la tierra bajo los pies desnudos; una bóveda celestial de pecas de almizcle y miel, bajo cuya luz perder la conciencia del tiempo; una fuente de agua fría de la que solo llegara un rumor y de la que no pudiera beber sin agotarla. Ahí se encontró de nuevo, en el mismo cruce de caminos: ese en el que su contemplativo espíritu designaba la belleza plena y expandida que solo la idiosincrasia de cada mujer le ofrecía, en pugna constante con deseos que habitaban, como criaturas nocturnas, en recónditas e inaccesibles madrigueras.

El video era de buena calidad. Para estar grabado en su dormitorio, sin la iluminación adecuada y desde un solo plano, podían apreciarse los detalles de la habitación. Buscó con el ratón del ordenador el momento en que aparecían en escena los partícipes de la que todavía le parecía una locura, que pudo no salir bien, pero que resultó excitante. Dael entró en cuadro y se sentó en la cama. Podía distinguirse el contraste de su piel blanca con cada una de las definidas pecas oscuras de su rostro. Tenía el pelo recogido en una coleta y vestía un top de finas rayas azules y blancas, sobre el que llevaba una blusa vaporosa de un color claro, y unos pantalones vaqueros muy ajustados, que no llegaban a cubrir sus tobillos. Instantes después, Ricardo aparecía por la izquierda de la pantalla, con un polo azul marino y unos vaqueros. Dael se levantó de la cama para recibirlo y tras abrazarlo, comenzó a besar el cuello de Ricardo, que permanecía inmóvil y dejándose hacer. Cuando hubo recorrido su cuello varias veces, una sombra anticipó la aparición de una tercera persona.

Ricardo, en ese momento, paró el video y miró a Dael, que se limitó a sonreír y lo animó a pulsar la barra espaciadora para continuar con el visionado de la grabación. Patricia. Así se llamaba la chica a la que había conocido Dael por internet. Tenía veinticinco años y se reconocía bisexual y algo pervertida, según constaba en los datos de su perfil en una conocida red social de pago. Cómo llegó a estar en aquella habitación y prestarse a ser grabada, era algo que Ricardo y Dael no supieron responderse ni cuando lo comentaron después de aquel día. Pero allí estaba, dispuesta a dejarse llevar por una experiencia que también para ella era nueva. Patricia se situó detrás de Ricardo y lo abrazó y alcanzó con sus manos los hombros de Dael, dejándolas caer hasta llegar a sus codos. Pronto se enfrentaron las bocas entre sí; pronto Patricia alternó sus apasionados besos con Ricardo y Dael, una vez que la situaron en medio de ambos y comenzaron a desvestirla como si se tratase de una muñeca; pronto Dael desabrochaba los botones del vestido, mientras Patricia y Ricardo se besaban y entrelazaban sus lenguas, cuyo

agitado movimiento podía apreciarse en el video. Las bocas no podían contenerlas y se escapaban de entre los labios para hacerse visibles un instante. El vestido de Patricia cayó al suelo y ésta se volvió hacia Dael y le hizo a su boca lo mismo que a la de Ricardo, lo que provocó que la respiración de Dael se dejase escuchar con claridad por los pequeños altavoces del portátil. Ricardo desabrochó el sujetador de Patricia, dejándolo caer al suelo, y recorrió con tímida mesura la vulnerable desnudez de Patricia, mientras ella exploraba la boca de Dael.

—Besaba muy bien —dijo Dael con la voz entrecortada y sin dejar de mirar—. Me está gustando, ¿y a ti?

—No sé qué decir.

La progresiva fogosidad embargó a quienes besaban y tocaban, dentro del marco de la pantalla, todo lo que sus manos y bocas podían alcanzar, como espectros que a Ricardo y Dael les parecían ajenos a ellos, como si todo lo que vieran ocurriese en una dimensión alejada de toda realidad a la que nunca se hubieran acercado. En la escena que sucedía, Patricia cogió del brazo a Dael y la situó al otro lado de Ricardo. Ya le habían quitado la camisa y las cuatro manos suaves y femeninas acariciaban su torso y pasaban sus dedos por toda la superficie del pecho e hicieron círculos en su vello, acuciando las sensaciones con el filo de las uñas. Ricardo adolecía de una oprimida y más que visible erección bajo la gruesa tela vaquera. Patricia impidió que Dael le quitase el cinturón y desabrochara los botones del pantalón. Para agradecerle que le siguiese el juego, la atrajo hacia sí y volvió a besarla y mordisquearle los labios, a lo que Dael respondía con entrecortados suspiros que evidenciaban su creciente excitación. Los pequeños pechos de Patricia fueron acariciados por la punta de los dedos de Ricardo, que los buscó entre los brazos de ambas mientras seguían unidas por sus bocas.

Ricardo se contempló a sí mismo en la pantalla como si estuviese alienado, sin poder explicarse cómo pudo, en un momento de su vida no tan lejano, haber consentido participar en aquello y lo que le resultaba aún más incomprensible, grabarlo y no haberlo borrado. Allí seguía, siendo devorado, entre artificiosos gemidos, por una extraña a la que no había vuelto a ver y por una mujer a la que dejó porque lo hizo sentir vacío e infeliz. Y aunque se sentía infortunado y miserable y se recordaba desdichado en aquellas fechas, no pudo evitar excitarse; ni desear que la tarde terminase del único modo concebible. De hecho, al aparecer Dael en el video, desnuda y exhibiendo a Patricia sus blancos pechos con obscenidad y desparpajo, para que ésta los manejase a su antojo, Ricardo se sintió abrumado por su propia urgencia y no pudo evitar centrarse en cualquiera de las señales que pudiera enviarle Dael desde el más acá de la pantalla, para no errar con el momento perfecto y poder adentrarse en su intimidad, quién podía saber si por última vez. Aparecía ahora Patricia a horcajadas sobre un muslo de Dael y se contorneaba sobre él, al ritmo de su propia respiración, mientras sus pechos eran estrujados por manos que paraban en ellos sin concierto. Los gemidos acrecentaron las

expectativas mutuas y se dejaron caer entre convulsos espasmos, en el mismo orden que aparecían en cuadro: primero, Dael contrajo sus músculos y obligó a Ricardo a salir de ella, al invadirla los últimos resquicios del orgasmo; después y sobre sus pechos, Ricardo se dejaba las últimas fuerzas que le quedaban. Y al final, Patricia fue acompañada por ambos y retozada con caricias hasta que sus tímidos gemidos se transformaron en agónicos lamentos de placer.

Ricardo cerró su ordenador. Sintió que ya no quedaba nadie que le indicara la salida; nadie que le recordara lo que esperaba de sí mismo. Solo quedaba de él su ardor y su fluctuante conciencia, sin fuerzas para rebatirle nada de lo que hiciera. Se diluyó el pasado y el futuro como azúcar en leche caliente y el presente vino a convertirse en una dimensión aislada, desconectada de toda realidad que no fuera Dael y su creciente ansiedad por poseerla. Ningún sentimiento, ningún rostro, ningún nombre, ningún dogma o verdad que anhelase conocer, podría impedir ya que el tiempo se detuviese en aquel preciso instante, ni evitar que todo él fuese nada más que su deseo de volver a derramarse sobre Dael. La miró como si fuera parte del decorado de su necesidad; como un atrezo que pudiese colocar donde y como quisiera; como una almohada que pudiera mullir. Dael lo esperaba con el camisón recogido hasta su cintura y, como haría un metrónomo, suspiró al ritmo de su propio antojo, para anticiparle cuáles eran los preliminares que Ricardo podía eludir si quería culminarla. Había quedado sometida, embargada por los mismos efluvios cautivantes del deseo, a merced del tumultuoso esparcimiento y embriagada por el hipnótico movimiento de unos encima de los otros, unos junto a los demás, todos en uno solo. Lo sabían antes de que aquel momento llegara; desde que Dael le habló acerca del video el día anterior, ambos sabían que una cuenta atrás los llevaría de la mano a través de las horas que restaban y que solo aquel encuentro, previsible y furtivo, acallaría la voz que, desde que acabaron con su relación, le hablaba a cada uno sobre el otro y de lo que juntos creaban cuando la desinhibición los alejaba de la rutinaria y frustrante lucha diaria con las pulsiones. No tendrían que explicar nada; no sentirían el amenazador enjuiciamiento moral de ningún extraño; no adoptarían ningún rol ni disfrazarían durante el tiempo que durase su encuentro, ni sentirían después la pesada carga de sentirse obligados a buscar y encontrar un porqué que calmase sus conciencias. Sexo. Todo lo sustantivaba y definía, por sí solo, sin necesidad de ofrecer a nadie un justificante que explicase por qué aceptaban la oferta de los impulsos más básicos sin negociar las condiciones.

Durante dos horas y sin mediar palabra, Dael y Ricardo se confesaron sus miedos y culpas, sus vacíos y desencuentros. Cualquiera que los viera en aquel sofá, o después en el suelo y en la cama, podría haberlo llamado amor, como hicieron ellos al conocerse, cuando un torbellino desordenó en tropel sus vidas hasta que pudieron ponerse a cubierto. Y no equivocaría su juicio, siempre que concluyese que ese amor, exudado y barbárico, no es distinto del que uno se tiene a sí mismo cuando satisface sus inquietudes más irracionales.

Al acabar, quedaron tumbados en la cama, tras la última etapa de un viaje extracorpóreo y revelador, y sumidos en la evasiva sensación de haber concluido un ciclo vital. Y se esfumaron como vapor de agua, los últimos resquicios del ambicioso deseo que los había hecho coincidir en el espacio y el tiempo. Fue por no revivir ese instante, por no sentir los pies cargados de ese pesado barro, por lo que hacía meses que decidieron no frecuentarse en tierras movedizas. Pero habían sido atraídos por la fuerza gravitatoria que generaban sus fantasías, cargados de la energía estática acumulada durante meses; como si el sexo fuera el único conductor que les permitiera descargarla. Dael se levantó cuando regresaron a ella las fuerzas y se puso el camisón. Ricardo la dejó marchar. Había quedado impregnado de ella y todavía transpiraban su olor las sábanas, fragantes y calientes, cuando Ricardo recuperó el ánimo y volvió en sí, como si despertase de un hechizo y pudiera por fin tomar conciencia de dónde estaba y qué actos lo habían llevado hasta allí.

Seis mensajes lo esperaban en el teléfono. Pocos son, pensó. Dos de ellos eran de Cristina, que permanecía en línea y a la espera. Ricardo sopesó si era el momento adecuado para contestar, mientras contemplaba cómo el cursor parpadeante lo incitaba a contestar. Seguía tumbado y no encontraba fuerzas para dirigirse al baño y así poder revertir su estado anímico con agua caliente y jabón. Cristina no podía verlo ni saber lo que acababa de ocurrir en su dormitorio, pero se sentía culpable. Consigo mismo y frente a todos, culpable y señalado por recurrentes e inquisitoriales representaciones de todo lo que no le gustaba de sí mismo. Había pasado de sentirse en un atolladero a aceptar como hecho irrefutable, ajeno a su voluntad, que no podía hacer nada para evitar que su vida transcurriera en una oscura cueva, vasta y profunda, repleta de contradicciones, como grietas que dejaran entrar luz, pero que no mostrasen la salida. Las diatribas internas con las que trataba de solapar sus actos y diluir el agravio moral con el que cargaba su conciencia, solo barruntaban que se sentía abyecto y miserable. Había sellado las salidas de la cueva y no sabía por dónde comenzar a picar las piedras que lo separaban del aire fresco. El mensaje de Cristina tanto podría ser un indicio, una señal enviada por una divinidad justa y propiciatoria, como una fatalidad, tan negra y destructiva como las Keres, que quisiera arrastrarlo hacia el último y más imperdonable de los errores que puede cometer un hombre y hacerle perder toda esperanza de redención. Pero girar así los pensamientos, centrifugándolos hasta escurrirles la última gota de sentido, no servía más que para humillarlo y arrebatarle los dominios a la cordura. Más allá de cualquier cosa que pudiera ocurrir, de las devastadoras intenciones que podían motivar su acercamiento a Cristina, lo cierto es que tenía que contestar.

Su mensaje fue conciso y directo: «llámame, prefiero hablar». Sabía que Cristina, al leerlo, deduciría que si lo llamaba, oiría al Ricardo alicaído y vespertino, dejado de la mano del ánimo y que estaría batiéndose a muerte con

sus fantasmas, como solía hacer los días previos a la primavera durante las horas avanzadas de la tarde y hasta la caída del sol, cuando a pesar de su juventud se sumía en una impropia y poética melancolía que nada bueno le deparaba. Ricardo sabía que su poliédrica personalidad la fascinaba, aunque no entendiera algunas de sus aristas, porque con la misma diligencia con la que se afanaba en salir airoso de cualquier situación intrincada, se vituperaba sin indulgencia ni tregua durante unas horas, tras las que resurgía sanado y dicharachero, como lo haría un niño de una rabieta.

—Si necesitas hablar, puedo ir a tu casa, pero no ahora. No hagas comida y pedimos algo para cenar. Te iba a pedir que fuésemos al cine, pero sospecho que no tienes ganas de salir. ¿Te parece bien?

—No sé, Cristina. Puede que hoy sea mala compañía.

—Tú nunca eres mala compañía. Déjame ir, qué más te da. Seguro que te vas a tumbar en el sofá a comer lo primero que cojas de la nevera y a ver una estupidez en la tele. Para eso, cenamos juntos y nos ponemos al día. Si prefieres en mi casa, en mi casa. Paola no está.

—¿Quién es Paola?

—Mi compañera de piso, ¿nunca te he hablado de Paola?

—Alguna vez, sí, pero no sabía que fuera tu compañera de piso.

—¡Claro! Desde hace un año y medio.

Ricardo miró a través de la puerta abierta de su dormitorio e imaginó su apartamento como si fuese entero su propia cama, desbaratada y hedionda, como si un aquelarre hubiese celebrado en él rituales y pintado en las paredes enormes flechas que lo apuntasen como último responsable de todas las vidas libertinas e indecentes.

—Mejor en tu casa, así me obligo a vestirme y salir.

—Perfecto.

Ricardo sintió que ya había llegado. Incluso sentía que podía escuchar los pensamientos de Cristina con total claridad, como si ella misma los estuviese relatando: «Si estuviese con una amiga y le propusiera que enumerásemos los pros y contras de retomar mi amistad con Ricardo… bueno, primero tendría que encontrar a una amiga que supiera en qué ha consistido nuestra amistad, porque no es que yo haya hablado mucho de ella a nadie… ¿retomar?... Actualizar está mejor… ¡Qué expresión más rara, ni que fuera una aplicación informática!... Renovar… Esa sí, renovar. Renovar mi amistad con él… Pues seguro que mi amiga me preguntaría: ¿con la edad que tienes y con ganas de tener niños, te vas a poner a "renovar" tu amistad con Ricardo? ¡Y qué tendrá que ver! Le contestaría yo… ¿Tiene que ver en realidad la amistad con eso? Todavía me acuerdo del sueño que tuve. Increíble, después de tantos años. Ricardo me empujaba con el culo por una cuesta y yo iba palpándole el culo, pero como si al hacerlo estuviese tocándolo a él entero, una cosa muy rara. No, era más extraño todavía. Le tocaba el culo y sentía que era la única persona con la que me sentiría a gusto. Y al llegar al final de la cuesta, me volví para abrazarlo y desapareció y de repente, estaba a las puertas del patio

interior de una casa, uno pequeño, que nada más pisarlo se transformó en uno de esos inmensos patios de colegio, llenos de albero, canchas deportivas e incluso terrazas donde sentarse a tomar algo. Era un club, sí, un club social o algo así, pero de barrio; de esos clubs deportivos en los que los padres se reúnen para beber cervezas mientras sus hijos juegan liguillas de fútbol y las madres cotillean sentadas en sillas metálicas, en torno a mesas cojas atravesadas por el bastón de una enorme sombrilla… Me acuerdo del sueño, como si lo hubiese soñado hoy. Me sentaba junto a unos desconocidos que empezaron a preguntarme por Ricardo y una niña pequeña me tiraba del pantalón y decía: "Cristina, Cristina". Y otra decía: "no es Cristina, es mamá"… Luego me perdí, o algo así, y de repente, era una niña, sí, había regresado a la peor versión de mi infancia. No sé si me desperté; pedí a gritos salir de allí… Al abrirlos, estaba en una habitación con mucha luz, parecida a la consulta de un dentista, y había unos bancos alargados, más bien poyales de piedra que sobresalían de las paredes, en los que estaban tumbados algunos de mis compañeros de clase… No tenían cara, pero yo sabía que eran ellos. Ricardo me llamó desde detrás de una puerta sin cerradura, que derribé con un martillo gigante que apareció, ¡cómo no!, en mis manos. Alcancé a verlo. Permanecía inmóvil, me acerqué y me abracé a él con fuerza… Una voz de narrador dijo: "Cristina, la sal, tienes que buscar la sal. Cristina, el tiempo, tienes que buscar el tiempo". Y me desperté, tan triste que ese día me faltó muy poco para no ir a trabajar… También es verdad que hemos retomado ya nuestra relación. De hecho, viene a comer a casa, no seas pesimista. No es igual que antes, puede ser. Pero ayer, por ejemplo, hablamos durante mucho tiempo… ¡Ayer lo acosaste un poco con tanto reproche y tanto hacerle pensar! No puedes pretender que cambie de la noche a la mañana. No puedes pretender que cambie y menos porque se lo pidas tú… Él siempre te ha ayudado a ordenarte. No porque hable mucho, eso es verdad, sino porque sabe escuchar. ¿Sabe escuchar? A ti te escucha, por lo menos eso sí es verdad. Como te metas ahí te vas a hacer daño, como siempre te pasa. Siempre… O no. Siempre escoges la peor versión de lo que te puede ocurrir... ¿Cómo lo llamaba Lourdes? Profecía autocumplida, o algo así. En realidad, Lourdes tiene razón, pero vamos, no por ser psicóloga, sino porque es evidente que estoy siempre poniéndome trabas a mí misma, en todo y con todo».

Ricardo salió del aturdimiento con la extraña sensación de atribuirle certeza a su enajenada cavilación y balbuceó algunas palabras sin sentido, antes de tumbarse en la cama. Pensó en Pilar. Pudo verla volviendo de la notaría, sin pasar por casa de su madre. Se preguntó si habría permanecido en silencio, sin decir nada, durante todo el acto del contrato que, por ser quisquilloso el vendedor, se alargó durante más de una hora, aunque no tendría que haber llevado ni veinte minutos la lectura del notario y la posterior firma de ambas partes. Dejó las escrituras en la notaría y autorizó a su padre para que las recogiera y pudiera también él, sin la presencia de su madre, hacerle alguna que otra pregunta al notario, según le comentó. Mejor así,

pensaría Pilar. Ahora tenía que centrarse en traer su vida desde Barcelona. Una farmacia, por fin. No sabía si es lo que Pilar habría soñado siendo una niña, ni lo que la impulsó a estudiar la carrera de Farmacia. De hecho, se temía que lo único que concibió como salida profesional durante sus estudios, fue la de realizar trabajos de investigación en un laboratorio farmacéutico. Pero fueron los años los que dejaron un rastro, como migas de pan en un cuento infantil, que le habían llevado al entorno de su padre y sus ideas sobre una vida acomodada, a la que Pilar no estaba dispuesta a renunciar, aunque tampoco tuviese demasiado claro si adquirir una farmacia era un buen comienzo para ello. Podría no trabajar, pensó Ricardo. Su padre era una inagotable y generosa fuente de dinero. Estaba seguro de que había tratado siempre de agasajarla para compensarla. No sabía cuánto dinero tenía, pero tenía mucho. Nada más que hay que ver cómo son para saberlo, pensó. Miriam era distinta. Su orgullo no la conducía a ninguna parte y su negativa a recibir nada de su padre había generado alguna disputa entre las hermanas. Algo sobre eso le habían comentado, aunque le costó trabajo recordar quién.

«El piso en el que vive Miriam. "¿Qué necesidad tiene de vivir así?", estará pensando Pilar tumbada en el mismo sofá en que yo pasé la noche. Pilar se habrá descalzado después de llegar de la notaría y lo habrá recorrido con la mirada y habrá comprobado las grietas que lucen en las cochambrosas paredes. Es como si pudiese pensar lo que ella está pensando: "ahora que he vuelto; ahora que me asentaré aquí para siempre; ahora que volveré a frecuentar a mis amistades de la infancia; ahora que podré ver a mi hermana varias veces a la semana, todo va a cambiar". Miriam vale más que todo su empeño en hacer las cosas a su manera. Tiene que ser una pose. Seguro que es una pose. Siempre rodeada de papeles del ayuntamiento y de contratos… ¿Por qué te da por pensar en eso ahora?».

Pilar sintió que la invadía la más extraña de las sensaciones que había experimentado en mucho tiempo: todas las elucubraciones sobre su hermana; todos los razonamientos sobre la actitud de Miriam respecto a su padre y el dinero; se lo había contado a Ricardo. Sí, no le cupo duda. Como si Ricardo fuese un espectro bilocado, una presencia en el salón, Pilar sintió que cada airado comentario que había resonado en su cabeza, se había hecho eco de alguna forma en él y que era eso, la sensación de estar dirigiéndose a él, lo que la había motivado a especular sobre lo que su hermana necesitaba. Le hablaba a Ricardo. Pensaba en él mientras lo hacía. Sintió su compañía, su mirada, su aprobación. Quiso verlo, en ese preciso momento. Quiso que la ayudara a solventar sus dudas sobre todo lo que la preocupaba a ella y no solo sobre lo que sentía por su hermana. Quiso obtener su presencia con tan solo cerrar los ojos y abrirlos. Pero se preguntó por qué y tal pregunta la abatió y sobrecogió, pues no era habitual en ella sentir tal dependencia por nadie y menos aún, por una persona a la que no conocía más que de haber compartido unas horas y una charla intrascendente. ¿O no lo fue?, se preguntó también.

Lo que fuese el amor, nació en ella durante la ardida juventud, fue mitificada por un alma adolescente que adolecía de los vestigios que deja la infancia, feliz sobre todo, y quedó en su recuerdo como un conglomerado de virtudes, petrificadas por los años, que giraban en torno a ella a una distancia inalcanzable. Lo demás lo trajo el tiempo, aleccionador y paternalista, que como una enfermedad degenerativa fue deshilvanado en su conciencia las premisas con las que llegó a la adultez, desde el día en que se miró al espejo y no se reconoció.

«Esto no es enamorarse, Pilar. Es un capricho. Quizás, es un acertijo que debes resolver para dar un paso más… Pero ¿hacia dónde? Analiza cómo ha ocurrido y lo que has sentido. Lo viste en la puerta del bar anoche. ¡Piensa qué sentiste!... Me gustó. Mucho. Él estaba allí, esperando, y…me miró, creo que me miró. Creo que lo que me gustó fue que se le iluminaron los ojos al mirarme. No lo conozco, pero lo noté. Fue una sensación muy rara, distinta a otras veces que me ha pasado. Sentí que lo conocía de toda la vida… Como si todas las decisiones que hubiese tomado en mi vida, las hubiese tomado para que me llevasen a ese momento… ¡Exagerada! Estás fatal de la cabeza. Que te lo mire alguien, porque no son normales las tonterías que imaginas… ¿Y lo que le dije en el salón? ¿A qué vino eso?: "Yo también lo he pensado, pero no puede ser". Se quedó con una cara… ¡Tengo que verlo antes de irme! Si no lo veo, me muero. Si le digo a Miriam que quiero verlo, sé lo que va a hacer, es que lo sé. Lo primero, se va a dar cuenta de que me gusta (si no se ha dado cuenta ya). Lo segundo, insinuarse o algo peor, y antes de que yo lo haga, porque sabe que no es mi estilo y ella lo ve todos los días. Yo me vuelvo a Barcelona el viernes y ella se queda aquí. Si lo dejo todo tal como está, cuando vuelva, es posible que ya se hayan liado, porque mi hermana para eso no tiene problemas y mucho menos si se da cuenta de que a mí me interesa…».

El ruido de la llave en la puerta la sobresaltó. Como si la hubiesen sorprendido mientras hacía lo que no debía, Pilar se levantó de un brinco y adecentó su ropa. Durante un instante, pasó por su cabeza que Ricardo venía con ella y lo deseó tanto, que al comprobar que Miriam entraba sola en el salón, la embargó una extraña infelicidad, en forma de repentina tristeza que hacía mucho que no sentía. No supo explicarse por qué había pensado que Ricardo llegaría con su hermana.

—¡Qué cara, Pilar! Deberías estar contenta. Ya me ha dicho mamá que todo ha salido bien y que has firmado. —Se acercó a su hermana y le dio un fuerte abrazo al que Pilar respondió sin entusiasmo.

—Sí —dijo al apartarse—. Ya tengo farmacia propia.

—Me parece mentira que por fin vayamos a vivir cerca. ¿Dónde te vas a mudar?

—Eso es lo siguiente. Vendré en un par de semanas y veré algunos pisos que no estén muy lejos de la farmacia.

—¿Nerviosa?

—No demasiado, no creas. Me siento rara, pero supongo que es normal.

—¿Por eso tienes esa cara? —Con un gesto, Miriam invitó a su hermana a sentarse junto a ella.

—Supongo, no sé. Estaré cansada.

—Tengo que contarte algo muy fuerte. —Miriam sonreía como una niña que desenvolviera una chuchería—. No te lo vas a creer.

—Cuéntame. —Pilar no pudo evitar pensar que sus peores temores estaban a punto de materializarse en boca de su hermana y que lo que su hermana estaba punto de contarle tenía que ver con Ricardo.

—Anoche me lie con Ricardo. Aquí, en este mismo sofá. —Entre palmadas espasmódicas a pocos centímetros del rostro de su hermana, Miriam celebró con risas y agudos grititos lo que consideraba un éxito personal y absoluto.

—Lo conseguiste. —La ambigüedad de su tono pasó desapercibida a Miriam, enfrascada en dar desmesuradas muestras de entusiasmo.

—Yo estaba aquí, medio tumbada. Empezamos a hablar, no me acuerdo sobre qué. La cosa es que me di cuenta de que me sentía mal, no sé. Muy triste o algo así. Le dije que se viniese conmigo a este sofá y cuando se sentó, le puse aquí la cabeza. —Miriam señaló sus pechos con descaro.

—Muy sutil.

—Mano de santo. Empecé a pasarle los dedos, así —Miriam pasó sus uñas por la piel de Pilar, que apartó la mano con el mismo brío que si un insecto se hubiese posado en su brazo—. Y no te imaginas…

—El qué —dijo con cierta irritación, que su hermana seguía sin percibir.

—Se puso… —Miriam pidió con la mirada a Pilar que completase la frase—. Tú sabes…

—No sé, Miriam, dímelo tú. —Pilar había elevado la voz de forma tan inesperada para Miriam que, sobresaltada, abrió los ojos y dio un respingo.

—¡Hija!

—Es que estás ahí, venga a soltarlo todo con cuentagotas. Dime qué pasó y ya está, ¿no? Es que, le das unas vueltas que…

—Pues que se empalmó y se le notaba en el pantalón. Le puse la mano en su… y el resto… pues ya te imaginas.

—Pero, ¿os enrollasteis o no?

—¿Tú qué crees? —contestó Miriam indignada—. ¡No! Le puse la mano ahí, pero no nos enrollamos. ¡Pilar, es que tú también!

—¡Yo qué sé! Os besasteis y eso, ¿no? —Miriam lo miraba sorprendida por el interés de su hermana en los detalles.

—No, no nos besamos, pero…

—A ver si yo me entero. Le pusiste la mano ahí y ya no pasó nada más.

—Sí pasó, coño, Pilar. Se corrió. Le puse la mano ahí y se corrió.

—Pues dilo. —Pilar notó que transpiraba, aunque no supo identificar si los motivos eran que no había podido evitar imaginarse a ella misma en esa situación con Ricardo o que la enfurecía el relato de su hermana—. No es lo

mismo eso que enrollarse.

—Pero, ¿tú te oyes? ¡Cómo no va a ser lo mismo!

—Pues no es lo mismo. Si te besas con alguien, es distinto. Hay más intimidad, más… No lo sé. ¡Para mí, no es lo mismo!

—Bueno, pues nada, no me lo enrollé. —Miriam se palmeó las rodillas—. Si alguna vez me echo un novio, le diré que no se preocupe, que no le voy a ser infiel, que como mucho, le haré una paja a cualquiera en el sofá de casa, pero que eso no es enrollarse.

—Sabes a lo que me refiero.

—Pero bueno, Pilar, ¿a ti qué te pasa?

—No me pasa nada, solo quería aclararlo.

—Pero, ¿aclarar el qué? Llevo detrás de Ricardo yo qué sé cuánto tiempo. Por fin lo tengo aquí, en mi casa, en mi sofá y con una copa de más. Me cuenta sus penas, lo abrazo…

—Sí, bueno, le pones ahí la cabeza, en las…

—Sí, en las tetas. Le puse la cabeza en mis tetas y luego le hice una paja. —Miriam se levantó enfadada y se dirigió a la puerta del salón, desde la que se giró y añadió—: Tienes unas cosas a veces muy raras, Pilar. Esto no tiene ningún sentido. No puedes soportar que me salgan las cosas bien.

—¡Ah! Hacerle una paja a tu jefe en el sofá de tu casa. Eso es, para ti, que las cosas te salgan bien. —Pilar fue consciente de la incongruencia de su mensaje. Si ofrecía resistencia a los hechos, solo conseguiría empeorar la situación. Sin embargo, se había embarcado en medio de una tormenta y la ira había desechado buscar puerto donde atracar hasta que se calmasen las aguas—. Pues qué bien, Miriam, qué bien. Seguro que al levantarse esta mañana pensó: ¡oh!, el amor de mi vida, paja a primera vista.

—¿Tú de qué vas? —Miriam dio un paso hacia el sofá con los brazos en jarra—. No sé qué mosca te ha picado: si es lo de la farmacia; si es lo de haber cortado con el gilipollas ese; o si es lo de mamá; pero a mí me dejas en paz.

—¿Te quieres calmar? —preguntó Pilar para tratar de recobrar el control de la situación—. Ven y sigue contándomelo. Perdona, me he pasado.

—Sí, te has pasado y mucho.

—¡Que sí, que me he pasado! Perdona —dulcificó su voz y golpeó el cojín con la mano—. Anda, perdóname. Estoy nerviosa. Siéntate.

—¿Sabes qué pasa? Que llevas toda la vida igual. Cada vez que te cuento algo, cada vez que me pasa algo bueno, llegas tú y me lo tienes que estropear.

—Eso no es verdad.

—¡Ah!, ¿no es verdad? El día que aprobé selectividad, te plantaste en casa y dijiste que tenías novio. El día que me eché novio, llegaste a casa y dijiste que te ibas a estudiar fuera. El día que terminé la carrera, ¡ese día!, tenías un compromiso ineludible y no pudiste venir a la graduación. Como esas mil, Pilar. Mil.

—Creo que exageras. Además, no pasó como lo has contado.

—¿No? ¿Lo que he dicho es mentira?

—Es el cariz que le das. Cualquiera que te oiga, pensaría que me he llevado toda la vida fastidiándote.

—En muchas cosas, sí, Pilar. No sé el porqué, pero así es. ¡Mira lo de hoy! —Miriam abrió los brazos con las palmas hacia arriba, como si lo ocurrido fuese algo físico a lo que pudiese aludir con gestos—. ¿Te parece normal cómo te has puesto?

Pilar, acongojada por los reproches, sopesó si era mejor sincerarse con Miriam o dejar que siguiera convencida de que sentía algún tipo de aversión por ella o por sus logros. Acaso todas las quejas podían ser ciertas y no haber reparado nunca en ello ni, menos aún, haber revisado los motivos que la llevaron a comportarse así con su hermana en otro tiempo. La ofuscó una fulminante obsesión por separar tal posibilidad de lo que sentía por Ricardo. Se negó a consentir que su cerebro pudiera pensar que existía la más mínima relación causal entre ambas cosas. Sí, en aquellos años, pudo ser que hubiese proyectado en su hermana lo que no comprendía del trato desigual que su madre les dio durante su infancia; pudo ser que sintiera celos o incluso envidia; pudo ser que llegase a ser injusta con ella; en cualquier caso, discernir los motivos se le antojaba un enigma irresoluble. Pero estaba segura de que lo que sintió por Ricardo el día anterior y las sensaciones que tuvo antes de la llegada de Miriam, era real, auténtico.

—¿Estás enamorada de Ricardo? —preguntó Pilar.

—Me cambias de tema así, como si de repente te importara… —Miriam separó una silla de la pared y se sentó en ella con la premura de quien presintiera un vahído—. ¿Qué más te da?

—Curiosidad. —A pesar de haber recapacitado sobre ello hacía un instante, Pilar prefirió no dejarse amedrantar por el miedo a que Miriam pudiera sospechar que sentía algo por Ricardo.

—Pues no, no creo que esté enamorada de él.

—¿Y si él lo está de ti?

—¿Ricardo? ¡Cómo va estar enamorado de mí! Ricardo es…

—¿Cómo es?

—Pues, no sé. Él va a lo suyo, no te equivoques. Ayer quedamos con él, pero es la primera vez, en seis meses que llevo allí, que me invita a tomar algo por ahí.

—Pero, ¿no hablas con él en la oficina?

—Sí, en la oficina mucho. Y nos hemos hecho medio amigos. Ayer, de hecho… Bueno, que sí, que estamos en proceso de hacernos amigos…

—¿Qué ibas a decir?

—Nada, una tontería.

—Cuéntamela.

—Pilar, qué seguida eres. Nada, que en el coche me contó que había tenido un sueño raro y que se había despertado triste o melancólico. No sé, algo así. Vamos, que estuvo más cercano que de costumbre.

—Porque él no es tan abierto, ¿no?

—No, no lo es. Es muy reservado, diría yo.

—Ayer no me dio esa sensación.

—Ya. Pero es que lo de ayer lo hace muy bien: salir por ahí, hablar, reírse, hacer comentarios ingeniosos. Pero luego, le cuesta sacar las cosas.

—A mí me cae bien.

—Te entiendo. Ricardo cae bien a todo el mundo, es un don que tiene. Sobre todo a las mujeres. Además, le gusta mucho… ya sabes.

—¿El qué?

—¿Qué va a ser, hija? Las mujeres.

—Y tú, ¿cómo lo sabes?

—A ver, esas cosas se notan. Hay rumores, tú sabes…

—Pero, ¿tiene novia?

—No. El otro día dijo Javier (¡ah! porque le dije que veía a Ricardo muy callado): «a ver si encuentra una novia y asienta la cabeza un poquito». —Miriam había recuperado su tono habitual y apresurado de hablar; nada quedaba del airado enfado de hacía unos minutos—. Yo le pregunté si había tenido novia o algo así (tú sabes, aproveché). Y me dijo que desde que él lo conocía, nunca había tenido novia. Yo le sonsaqué lo que pude, para ver si me enteraba de algo y me dijo que era imposible que se echara novia, porque lo que le gusta es lo que le gusta. Vamos, que está con una y con otra y que no quiere ataduras. Y por lo visto, no es una ni dos, vamos, ¡que se lo pasa muy bien!

—No parece de esos.

—¿Que no parece de esos? ¡Pilar! ¿No has visto cómo mira? Cada vez que paso por su despacho me da un repaso. Que lo hace con discreción, es verdad. Pero, ¿que lo hace? Claro que lo hace. A mí me tiene fichadita. A mí, a mi compañera Susana, a la camarera del bar. Seguro que a ti te fichó ayer.

—Entonces, te gusta, pero no es que quieras nada serio con él.

—A ver… Es que eso no lo puedo saber hasta que no pase un tiempo. Es guapo y me lo paso muy bien con él. Y ayer, pues tú sabes, pasó lo que pasó. Pero depende de lo que pase a partir de ahora.

—¿Lo has visto hoy?

—¡No ha ido a la oficina! He hablado con él por teléfono, pero no lo he visto. Y por teléfono, bien. Le he puesto voz dulce, en plan…

—Sí, ya me imagino en qué plan.

—¡Qué tonta eres! —Miriam hizo una mueca desaprobatoria—. Pues eso. Que no sé qué pasará. Me voy a la ducha. ¿Vienes a lo de papá? —dijo mientras se alejaba.

—Luego lo hablamos. Supongo que iré.

Ricardo llamó al timbre dos veces antes de quedar inmóvil, con las manos cruzadas, en espera de ser observado por la mirilla o escuchar la voz de Cristina al otro lado de la puerta. Miró al techo y miró al suelo. Llamó una tercera vez. Cuando se dispuso a marcharse, el ascensor se detuvo en la planta

y de él salió Cristina, pidiendo perdón por el retraso. Al verla, Ricardo se despojó de la tensión que había acumulado desde la infortunada reunión con sus socios, como una prenda que cayese de sus hombros. Sintió alivio en su espalda y su cuello al escuchar la voz de Cristina. No le ocurría nada parecido desde que era un veinteañero despreocupado y le dijo que quería terminar sus estudios fuera y alquilar un apartamento en el barrio bohemio de alguna capital europea y mimetizarse con el entorno; conocer otras formas de pensar en el día a día, otras reglas para vivir la vida. Aquel día, Ricardo fue consciente por primera vez de que su vida se había desarrollado a través de cíclicos cruces de caminos, inexorables y cubiertos de una densa niebla, en los que te sitúa el azar para que elijas uno cualquiera, que te llevará al siguiente antes de que tu brújula pueda indicarte hacia dónde te diriges. Un cruce de caminos sin señalizar, con direcciones opuestas y ninguna real. Y así lo escribió, esa misma noche, alumbrado por la tenue luz de la lámpara tubular del cabecero, en medio de un nocturno y sepulcral silencio. Puso por escrito lo que su deseo quiso interpretar y lo que su conciencia quiso escuchar, cuando le notició a Cristina que se marchaba: hoy, sintiéndolo mucho, me tengo que marchar; ya no me quedan fuerzas para continuar; te dejo un papel con mi dirección; hay palabras que, por no ser pronunciadas, se transforman en oraciones para que las rece el miedo y que resuenan, constantes, sin dejar respirar; es como estar en un cruce de caminos sin señalizar, con direcciones opuestas y ninguna real, dando vueltas sin saber dónde ir y mintiéndome a mí mismo para sobrevivir.

Nunca supo por qué lo escribió; o quizás sí y no se lo confesó. Los años habían ensombrecido los recuerdos y por razones que no puso en orden, todo se tiñó de un extraño dolor y frustración, como si aquel día en que se marchó, hubiese abandonado a su suerte un sentimiento que seguía a la deriva y al que no dejó atracar en ninguna de las muchas incertezas que se fraguaron en su interior. Hay cosas que no sé sentirlas como es debido y en su justa medida, pensó. Quizás había convertido su vida en un permanente cruce de caminos y aquellos garabatos en la contraportada de una revista no fueran sino un presagio. Sí, una profecía a la que se había visto abocado y que, por ende, había convertido cada encuentro con otro ser humano en una prueba que no llegaba a superar. El solo acto de mirarla debía ayudarlo a contestar alguna de las preguntas que lo atormentaban, en cambio, solo generó incertidumbre y alimentó nuevas dudas que crecerían como la mala hierba en un jardín abandonado.

«Podría decirle la verdad: que necesitaba estar con ella, pero que me gustaría estar en otra parte, con otra persona, con cualquier otra que no fuera ella. Sería cruel y no es del todo cierto. O sí lo es y me da reparo incluso pensarlo. La veo y no siento nada por ella. Me alejo y empiezo a necesitarla. ¿Qué es lo que no me gusta de ella? Puede que sea yo, que no me acepto. Quizás necesito que vea en mí al Ricardo que conoció y del que cuidó. Necesitas mostrarle siempre al mejor Ricardo, como si temieras que llegara a

descubrir que tienes miedo. Pero algo ha cambiado. Estás a punto de confesarle que tu vida es una mierda y que no sabes qué hacer con ella. No lo has hecho antes para protegerla… o para protegerte tú y evitar que pensara que no lo habías conseguido todo sin su ayuda».

—¿Sabes a quién me he encontrado? A Teo. —Cristina rompió el silencio con el que se habían saludado y que los había acompañado hasta que se acomodaron en dos sillas de la cocina, que enfrentaron junto a la encimera mientras esperaban que una pizza congelada se hiciera en el horno.

—Hace años que no lo veo.

—Está igual. Un poco más calvo, pero igual. Sigue con el kiosco, ¿no es increíble? ¿Qué edad tendrá?

—No era tan mayor.

—Puede ser. Se acordaba de mí y de mi nombre.

—Las chucherías sabían a tabaco a veces. —Ricardo apretó los dientes como si hubiese sentido la misma fatiga que entonces al recordarlo.

—Sí, qué asco. Cuando lo veíamos fumar dentro del kiosco siempre comprábamos pipas o algo que estuviese empaquetado.

—¿Cuánto hace que no nos comemos una pizza juntos?, ¿diez años?

—Pues sí, más o menos. La última vez creo que fue viendo una película en mi casa, ¿te acuerdas?

—¿Ese fue el día del incendio en la casa de enfrente?

—No, eso fue otro día.

—Puf, con los años lo mezclo todo y ya no sé cuándo pasó una cosa u otra.

—¡Es que tienes una memoria, hijo! Esto ya está —dijo al mirar por el cristal el interior iluminado del horno—. Ahora me cuentas…

—¿El qué? —Ricardo ayudó a Cristina a sacar la pizza y se dispuso a cortarla sobre una tabla de madera.

—Pues no sé, tú sabrás por qué estás así.

—Hoy me he encontrado con una sorpresa que no me esperaba. Me la esperaba, pero no así. No sé si me la esperaba.

—¿Qué ha pasado?

—Mis socios quieren comprar mi parte y quedarse con el estudio.

—¿Que quieren hacer qué? —dijo escandalizada.

—Sí. Pero son unos impresentables. Me han citado en el despacho de Francisco y me lo han dicho allí. Sin hablarlo, sin previo aviso. Se miraron como idiotas, mientras Francisco me lo comunicaba como si despidiera a un empleado que hubiese robado. No sé, ha sido todo muy desagradable. La pizza está buena para ser congelada.

—Sí, a mí me gustan mucho. Las vegetales son todavía mejores. Pero, una cosa, ¿pueden hacerlo?, ¿te pueden echar así, sin más? Algo podrás hacer, ¿no?

—Sí, como poder, pueden. Llevo toda la tarde pensando si quiero hacer algo.

—¿Te ha ido muy mal con ellos?

—No, pero han visto la oportunidad. —Ricardo pasó la servilleta por sus labios y bebió cerveza de una jarra helada—. Dinero, Cristina. Todo se reduce al dinero.

—A mí me pasó una cosa parecida. No es comparable porque llevaba un año y medio con mi socia, pero se parece mucho.

—Sí, me lo contaste. Es lo mismo.

—Entonces, ¿no vas a hacer nada?

—No me compensa. Dependerá de la negociación, pero no me preocupa. En realidad, me alegro. ¡Estoy tan harto!

—¿Sabes qué podríamos hacer?

—Sorpréndeme.

—Elegir una de las películas míticas, una de esas que vimos juntos en el cine. Nos tumbamos en el sofá y nos comemos unas palomitas.

—No sé si tengo ganas de eso, Cristina. Tengo tantas cosas en la cabeza que me duele desde hace días.

—¿Y de qué tienes ganas? Tengo aspirinas, si quieres.

—Quiero que no hagamos nada.

—Está bien, no haremos nada. Voy al baño y nos ponemos a hacer nada. —Ricardo sonrió y Cristina le pasó una mano por la cara antes de levantarse—. Siéntate, ahora vuelvo.

Ricardo pensó que Cristina lo devolvía, tan solo con su compañía, a un estado que le resultaba familiar, pero del que no disfrutaba desde hacía demasiado tiempo. Creyó que los recuerdos eran fiables y nítidos cuando su memoria liberó imágenes sobre la decisión que tomó su padre, cuando Ricardo tenía doce años, de comprar un piso más grande. Coincidió con el verano, pensó. Se mudaron al piso reformado desde las casas de amigos y familiares en los que habían sido colocados los hermanos durante el tiempo que duró la obra. Estuvo con una de sus tías, la hermana pequeña de su madre. Fueron siete meses, se dijo. Siete meses en los que no pasó un día que no echase de menos los comics que su madre empaquetó y envió a un guardamuebles junto con el resto de cosas. Aquel curso, solo vio a su padre durante las navidades y algunos fines de semana. Cuando por fin se mudaron, le esperaba en su habitación un enorme sofá, de un sufrido color azul marino, y el mismo suelo entarimado que el resto de la casa. Se descalzó y se tumbó y contempló las blancas paredes y las molduras que adornaban el perímetro del techo y pensó, por primera vez, que tenía que ser divertido construir edificios. Olía a limpio. Un limpio reciente, un limpio nuevo, al que acompañaba el sonido hueco del vacío de los muebles y repisas y camas desvestidas. Se sintió bien recibido por una nueva vida que no quería desaprovechar.

«No supe entonces que aquella euforia inicial con la que estaba dispuesto a cambiar mi mundo y al mundo entero, duraría poco más de un curso, hasta que cumplí los catorce y mis intereses se enturbiaron y la simplicidad organizada y fluida de mi infancia fue dando paso a una espesura en la que no aprendí a desenvolverme hasta mucho después. No sabía entonces que una

fuerza implacable me poseería y me obligaría a mirar a los demás de una forma distinta y a reservarme para mí lo que antes regalaba con ingenua autenticidad. Cristina también dejó su espontaneidad a un lado… La vi alejarse, día tras día, hasta que pensé que nunca sería la misma. Y quedé aislado y dando vueltas, en el ojo de una espiral huracanada, que no me lanzó al mundo real hasta que mi desgarbado cuerpo pareció por fin solidificar y mi piel dejó de ser un campo de batalla y mi barba dejó de ser pelusa abigotada.

»De la practicidad de las decisiones de un niño, pasé a formularme las preguntas que a todos nos abordan llegada una edad y para las que no valen las respuestas de la generación anterior. Y en tal reconversión, me alejé de quien era y me convertí en lo que otros esperaban que fuese. Atrás quedaron los días en los que reír era la razón misma de estar despierto; en los que jugar era lo único maduro que podía hacer y la esencia misma de sentirme vivo; en los que hacer amigos era como cultivar flores en un jardín».

—Ya estoy aquí. —Cristina se había puesto ropa más cómoda y Ricardo no pudo evitar sentir emoción al ver que la confianza con él, le permitía mostrarse tal y como lo haría si su amistad nunca se hubiese interrumpido.

—¿Me puedo quitar los zapatos? —dijo Ricardo siguiendo el impulso de emularla.

—¡Claro! Dámelos, los pondré en la entrada.

—Creo que no se imaginan lo que les viene encima, en realidad —dijo Ricardo en voz alta.

—¿Quiénes? —gritó desde el recibidor.

—Mis socios. No les va a salir como ellos piensan.

—¿Y eso por qué? —preguntó Cristina antes de sentarse en el sofá perpendicular al que ocupaba Ricardo, con juvenil habilidad y como si fuese a dar una clase de yoga, con las piernas cruzadas una bajo la otra.

—Porque sospecho que todo esto trae causa del contrato que estamos a punto de firmar con una multinacional para la reforma de tres edificios de oficinas, en Londres, Berlín y París.

—¡Qué internacionales! No sabía que erais arquitectos de altos vuelos —dijo con sorna.

—Para que veas —dijo Ricardo en la misma línea—. Piensan que tengo las espaldas suficientemente cubiertas con mi padre y que no necesito el dinero tanto como ellos.

—Si es tanto dinero y tanto trabajo, ¿qué ganan enemistándose contigo?

—No solo es eso. Pensamos diferente. Hasta ahora me necesitaban porque muchos de los proyectos que nos han salvado, nos venían de mi padre y sus contactos.

—Serán…

—Pues sí. Pensarán que con este proyecto pueden ser independientes y librarse de ataduras. En resumen: dinero. Todo, al final, es siempre lo mismo, dinero.

—Pues que se lo queden y se ahoguen en él.

—A eso iba. Puede que les salga mal. Mi padre es un tipo peculiar, tú lo conoces.

—Desde luego que lo conozco.

—Cuando se entere, cosa que ocurrirá mañana cuando se lo cuente, es probable que mueva cielo y tierra.

—El proyecto…

—Así es.

Hasta esa charla, Ricardo no había reparado en que Cristina había cambiado muy poco con los años. Se reconoció, en ese momento, que lo que más le gustó siempre de ella aparte de su temperamento, fue su mirada. Si alguien le preguntase, no podría describirla. No era profunda ni enigmática. No parecía que guardasen un secreto insoslayable. No era indescifrable. No. Era una mirada para la que nunca encontró un adjetivo apropiado, pero de la que uno podía fiarse.

«Sí, es posible que fuera eso lo que tiene su mirada: es fiable, pensó. Una mujer con esa mirada no busca su provecho a costa tuya; no miente para conseguir lo que ansía; no desprecia lo que no conoce ni se anticipa en detrimento de nadie. Una mirada así la tienen las mujeres comprometidas con ser mujeres. Plenas, respetables. Firmes. Siempre he sentido que en la ingenuidad que mostraba alguna de las vetas de su mirada, podría estar albergando, sin ella saberlo, trazas de un rencor que podría ver la luz en cualquier momento, como un hálito que podría menoscabar su idilio con la verdad y la honorabilidad. Podría evitarse. Si no sufriera como lo hace, por cada desencuentro con la realidad, podría ser que nunca se torciera su gesto ni se ennegreciera su transparencia».

Cuando Cristina le preguntó si quería tomar un postre o un café, la fotografía que le mostró Sonia pareció proyectarse agigantada sobre la pared blanca del salón. Y su conciencia lanzó reproches, desde un pasado remoto, haciendo brotar sugerencias visuales. Parecidas a las que, durante su adolescencia, alimentaron sus pulsiones y lo ayudaron a explorarse y alcanzar inmaduros y primerizos éxtasis, precipitados por las prisas y la oportunidad. Aquella foto, en la que aparecía sentada en una cama, sin ropa interior y mostrando su cincelada figura sin tacha, le sugería la existencia de una Cristina real, ajena a su relación con ella, que bien podría vivir en una dimensión alejada en la que sus deseos no pueden sobrevivir por falta de oxígeno.

—¿Pensaste en lo que te dije? —preguntó Cristina—. ¿En lo de hablar sobre lo que te pasaba?

—No he pensado en ello. Pero no me importa, contigo no.

—¿Cuándo nos volvimos cuidadosos con las palabras?

—¿Te soy sincero? —Cristina afirmó con la cabeza—. Cuando me fui a París.

—¿Tanto tiempo hace?

—Tanto.

—Empieza. No lo pienses más y dime qué te pasa. Sin más.

—No me pasa nada concreto, olvídalo. Veamos una película, como en los viejos tiempos.

—No seas cobarde. —Cristina endureció el tono.

—¡Tengo un problema! ¿Es eso lo que quieres escuchar? ¡Tengo un problema!

Ricardo había elevado la voz hasta casi convertir su afirmación en un grito desesperado, que impactó en el ánimo de Cristina, como una piedra lanzada contra una pared. Ésta decidió darle unos segundos, para que sus palabras resonaran en sus oídos y tomara conciencia de haber tomado un sendero del que Cristina no lo dejaría salir hasta que le dijera dónde conducía. Era la primera vez que Cristina podía ver en los ojos de Ricardo una clase de dolor del que lo creía exento.

—Perdona. —Ricardo se echó las manos a la cara, como si quisiera taparlas para siempre y que nadie más lo mirase. Se recostó en el sofá.

—No hay nada que perdonar —dijo Cristina con femenina y comprensiva dulzura; con esa delicadeza con la que una mujer puede cambiar a su antojo las vibraciones mismas del Universo si se lo propusiera. —Estás cansado y el día ha sido muy largo.

—Es que… —Ricardo sollozaba tras sus manos y entre sus dedos trató de hacer sonar su voz, enturbiada por un repentino sofoco— Esta semana está siendo… No sé qué me pasa. Estoy agobiado y…

—Tranquilo. Ya te saldrán las palabras. —Cristina se sentó a su lado y aunque puso una mano sobre una rodilla de Ricardo, que permanecía medio tumbado hacia un lado, no quiso avasallarlo con abrazos que pudiesen angustiarlo más aún. —Puede que lo de tus socios te esté afectando más de lo que crees.

—No es eso, Cristina… Es todo. Tienes razón, soy un cobarde.

—Era una forma de hablar, no me eches cuenta.

—Sí, lo soy. ¡Claro que tengo un problema! ¡Uno no, muchos!

—Déjalo, era una tontería, Ricardo, no quiero que…

—No entiendo por qué me he llevado toda la vida haciendo lo contrario a lo que sentía. Justo lo contrario. —Ricardo se ahogaba con sus propias palabras. Luchaba por pronunciarlas, sin que su moderado pero continuo llanto pudiera impedirlo—. Podría haberle dicho a Margarita que me gustaba. Podría haberme dado cuenta de que lo que sentía era lo que sienten quienes se enamoran. Pero me lo negué y seguí adelante, como si nada. Es más, ni me lo planteé.

—¿Hablas de Margarita? ¿A estas alturas?

—¿Qué quieres decir?

—Nada, me ha sorprendido, eso es todo. ¿Qué tiene que ver Margarita con lo que te pasa esta semana?

—No lo entiendes. —Ricardo se incorporó y tosió un par de veces para recuperar el tono de su voz.

—Explícate y podré entenderte.

—¿Ves? Ya estás otra vez. Empleas ese tono displicente conmigo, de superioridad. Como si estuviese teniendo una rabieta y hubiese que esperar a que se me pase para seguir hablando conmigo.

—Pero, ¿qué dices? Cálmate. Si quieres que te entienda, intenta ser más claro y ya está. No me ataques, que no te he hecho nada.

—¡Pues escucha! —dijo dando muestras de impotencia—. No sé qué quiero. No sé quién soy. Tengo treinta y cinco años y voy de un sitio a otro, como si fuera un muñeco que alguien estuviese manejando para divertirse. Hace años que no comparto mi vida con nadie. No me gusta mi trabajo…

—Siempre te ha gustado tu trabajo.

—¡No es verdad! Quería ser dibujante de comics y me hice arquitecto para no defraudar a mi padre. Sí, puede que siendo niño pensara que sería bonito construir edificios, pero también quise ser pistolero y no por eso me fui a Texas y me compré un rancho.

—Ricardo, estás exagerando porque…

—¿Quieres callarte y escuchar? —gritó—. No apuntes lo que digo y déjame acabar. Quiero ser tantas personas que me he olvidado de que antes de todo eso, sí que sabía quién era y lo que quería en la vida. Por eso nombro a Margarita. No es por ella, eso es evidente. Es lo que simboliza. He dejado que mi vida se vaya a la mierda y ahora estoy tan perdido que no sé nada sobre nada. No sé qué es el amor, ni la amistad, ni me importa nadie…

Cristina lo abrazó con ternura. Se reconocieron en el abrazo. Se dejaron ir, cada uno en pos del otro, hasta un estado de absoluta cordura, en el que lo único que tenía sentido, la única verdad que podía consolarles, es haberse reencontrado con sus sentimientos y haberlos mirado de frente, sin temor ni pugnas, sin reconvenir nada al tiempo ni a sí mismos. Se dejaron pasar y contuvieron cada uno el dolor del otro hasta que las lágrimas los redimieron y calmaron por completo el contradictorio malestar que les produjo afrontar el pasado que los dejó caer y nunca los ayudó a levantarse. Cuando hubieron acompasado sus respiraciones y una calma liberadora vertió sobre ellos un desconocido bienestar, se separaron y cruzaron sus miradas, a esa distancia que impide a las personas ocultar lo que son. Y ahí se mantuvieron, en el aprecio y la caricia del otro, en la inmaculada honestidad renacida de quienes se quieren por encima del tiempo, los errores y las faltas.

—Gracias por esto —dijo Cristina.

—Gracias a ti. Me siento raro.

—Yo también, pero muy feliz.

—Yo me siento mejor, pero no sé por qué.

—Porque nos echábamos de menos. —Cristina restregó sus ojos con los dedos para aliviar el escozor y bostezó sin poder evitarlo.

—¿Tienes sueño? ¿Quieres que me vaya?

—No tengo sueño, es que me he quedado… No sé explicarlo…

—Tengo un nudo en el estómago. Siempre que me sinceraba contigo tenía

un nudo en el estómago, pero no sé por qué.

—Esa Margarita… Nunca me hablaste de ella.

—Sí lo hice.

—No. Pero, de todas formas, aunque me ha gustado que te sinceres y te desahogues, tengo que decirte algo. Tienes que parar. La vida que llevas te va a terminar destruyendo. No puedes seguir pasando por las cosas como si no fuesen contigo, mientras le echas la culpa a tu padre, a mí, a tu infancia, a Margarita. Escondido en los malos recuerdos no vas a conseguir nunca lo que buscas. No sé lo que es, pero no creo que esté detrás de las copas, ni de las mujeres sin nombre, ni de los amigos descerebrados que tienes.

Ricardo no tenía un espejo en el que poder ver que su cara parecía no ser capaz de mostrar ningún sentimiento, como si la hubiesen cubierto de cera y se hubiese enfriado hasta dejarlo inexpresivo. Se sintió atravesado por un zarpazo. No quería dejar entrar las palabras de Cristina. Se negaba a que aquellos mazos mecánicos martilleasen su conciencia y lo obligasen a recapacitar sobre los motivos de sus actos, por puro pánico; uno tan espeluznante, que le hizo sentir asco de sí mismo cuando una voz interior le llegó a sugerir que Cristina podía tener razón.

—No me mires así —dijo Cristina—. Te he dicho la verdad. La que nadie te ha dicho, pero que tú conoces. Eres un vividor. Yo creía que no, me repetía que no. Pero me zarandeas con las evidencias. Lo que esconden esos hoyuelos y esa sonrisa estudiada y tu cercanía y todo lo demás, es a un vicioso que no sabe mirar a una mujer si no es para preguntarse cómo será en la cama. Es lo único que te interesa en la vida. Por eso no has llegado a nada en la arquitectura y dependes de los contactos de tu padre. Por eso no tienes pareja y todas las mujeres te parecen poco.

—Cristina… —Ricardo, embestido por cada sílaba, casi no podía hablar—. Vamos a dejarlo.

—Será mejor, sí.

«Pilar habrá pasado la tarde con su padre, Baldomero. Un hombre tranquilo y reflexivo. Adinerado por herencias familiares y empresario por méritos propios. Era la única persona cuya compañía, según me contó Miriam, hacía que Pilar sintiera verdadero y profundo sosiego cuando era niña. Todo en él contagiaba serenidad. A ella le gustaba pensar que la genética la había favorecido con alguno de sus dones, en especial, con su inteligencia emocional y cabalidad. Si le preguntasen a su sulfurada madre cuáles eran las cualidades de Pilar que podían recordarle más a las de su padre, esputaría improperios y despropósitos sin inmutar su agrio carácter y desafiaría la lógica, sin complejos al negar que se parecieran. Pero padre e hija se conocían bien y hacía muchos años que no necesitaban el beneplácito de nadie y menos de su desajustada madre, para evidenciar lo que cada uno tenía del otro, porque como bien repetía con orgullo su padre, ella le había enseñado más sobre la vida que él a ella. Se entendían. Cuando coincidían las hermanas, en

una de esas celebraciones inexcusables que impone el calendario, su padre había desarrollado una habilidad adaptativa, que le permitía equiparar el trato. Pero si estaba a solas con Pilar, cuando nadie podía juzgarlo ni dar pie a suspicacias, Baldomero desplegaba su irradiante encanto sin cortapisas y complacido por su presencia.

—Has cambiado algo, ¿no? El jardín parece distinto. —Pilar lo recorría del brazo de su padre, mientras ambos se dirigían a los butacones colocados bajo un sombrajo de carrizo no muy retirado de la piscina.

—Sí, aquella parte de allí. He puesto cipreses. Y el césped lo han tratado hace unos meses. Tenía hongos. Ya está mucho mejor.

—¿Y mi habitación?

—¿Tu habitación? ¿Qué le pasa?

—Que si tengo una habitación en tu casa.

—Cielo, ¿qué pregunta es esa? De hecho, te he dejado sobre tu cama algunas cosas que he encontrado cuando empecé las obras del trastero de fuera, tú sabes, la casetilla que está detrás. Lo voy a usar para los aperos del jardinero y la cortadora.

—Mamá ha quitado nuestro cuarto.

—¿Cómo que lo ha quitado? ¿Qué quieres decir?

—Pues que ha quitado nuestras camas y nuestras cosas. Menos mal, Miriam las llevó a un guardamuebles; si no, igual las perdemos.

—Cada día la entiendo menos. ¿Qué necesidad tiene? ¡Con la de metros que tiene ese piso! ¿Qué ha puesto?

—Nada. Una silla y cuatro cosas. ¡Yo qué sé para qué la quiere! Supongo que para fastidiarnos o para que no se nos ocurra volver.

—Prueba estos arándanos, verás que ricos están. —Pilar tomó en su mano algunos frutos azules de aspecto impecable—. Me los trae Hilario, ¿te acuerdas de Hilario? Dicen que son buenos para prevenir el alzhéimer. Como a tu abuelo… ya sabes.

—Haces bien. Y lee mucho, que siempre te ha gustado leer.

—El libro que me mandaste, ¡me encantó! Es una maravilla.

—Sí, recibí tu caja de bombones y la carta. No hacía falta.

—Fue un detalle precioso, el libro es una joya. Las guardas de latón son muy originales. No te pregunté quién te lo consiguió.

—¡Ah, no! Eso es un secreto. Secreto de sumario… Es broma. Un amigo mío es anticuario y lo tengo puesto en alerta por si aparecen cosas por ahí que me interesen.

—¿Encontraste los tarros de botica que buscabas?

— No. He encontrado un mortero espectacular, lo tengo apalabrado. Y unos de porcelana austriacos que, aunque no son los que busco, creo que me los voy a quedar.

—Ya sabes que Dámaso me ha dicho que las botellas labradas que tiene son para ti. Vamos a por ellas cuando quieras.

—Iremos, iremos. Claro que las quiero.

—Tenemos que celebrar lo de la farmacia, así que busca una fecha que te venga bien y nos vamos a cenar por ahí. Tu hermana quiere hacerte una fiesta sorpresa. Pero le he dicho que lo quiero celebrar a nuestra manera.

—Perfecto. Lo prefiero.

—Ya has visto el piso de tu hermana. ¿Te parece normal que viva allí?

—No. Se lo he dicho, pero le da igual. Es muy terca y ya no gasto con ella saliva porque no merece la pena.

—Por lo menos está contenta en el estudio de arquitectura.

—Conocí a uno de sus jefes. —Pilar no desaprovechó la oportunidad de encauzar la conversación—. Ricardo.

—A ese no lo conozco. Yo conocí a un tal Diego, en la presentación de un libro al que Miriam se empeñó que fuéramos juntos. Vamos, que era en Segovia y quería que yo la llevara. Nos quedamos a dormir allí, en un hotel.

—Para eso se las pinta sola. Cenamos con él y unos amigos antes de ayer.

—¿Qué tal es? ¿Buena persona?

—Sí, yo diría que sí. Tampoco es que lo conozca mucho, pero… sí, puede decirse que es buena persona…

—¿Y esa cara? ¿De qué te ríes?

—Nada, nada. Es que me hace gracia esta conversación.

—¿Por qué? —A Baldomero lo contagió la sonrisa de su hija.

—Porque quería preguntarte una cosa y no sabía cómo, pero me lo has puesto fácil.

—¿Yo te lo he puesto fácil? A ver por dónde sales.

—Es una tontería… No es una tontería, pero puede parecértelo. Yo te lo suelto y ya me dices tú qué opinas del tema. A ver, por dónde empiezo… La otra noche, con Ricardo y sus amigos, no fue casualidad. Quedamos con él porque…

—Porque a tu hermana le gusta. —Baldomero no pudo evitar adelantarse.

—Sí.

—Lo imaginaba, por cómo has empezado a… Pero sigue, sigue, perdona.

—La cuestión es que él, la invitó el día anterior porque por lo visto…

—A él también le gusta Miriam.

—¡Papá! —exclamó quejumbrosa Pilar—. ¿Me dejas contártelo?

—Perdona, Pilar, es que estás ahí, contándomelo como si volvieras a tener quince años y me hablaras del niño que le gusta a tu hermana. ¡Al grano! A Ricardo le gusta Miriam y a Miriam le gusta Ricardo. Muy bien. ¿Qué más?

—Pues que he hablado con Miriam y me ha reconocido que sí, que le gusta, pero que no es que esté enamorada de él ni nada parecido. Que le atrae y que le gusta, pero poco más. Que es otro de sus caprichos. Y yo le he dicho que es su jefe y que hace mal metiéndose ahí, porque si sale mal o es verdad que él siente algo por ella, puede que todo termine mal y el hecho de haber estado juntos le perjudique, porque después de…

—Para, Pilar, para. —Baldomero dejó el cuenco de frutas en la mesa y le pidió con la mano que sosegara su acelerado discurso, como si pisase un freno

en el aire—. Te embalas, hija, y de lo último que has dicho es que no me he enterado. Vale. En resumen, te preocupa que Miriam salga perjudicada.

—Los dos, claro. Es que no está enamorada de él y eso puede perjudicarla, tú lo has dicho muy bien: perjudicarla. Y mucho, ¿no? Estás de acuerdo, ¿no?

—¿Necesitas que lo esté?

—¿Vas a empezar con tus vueltas de tuerca? ¿Puede perjudicarla o no?

—Dime antes una cosa. ¿Desde cuándo te has preocupado tú por los amoríos de tu hermana? Además, ¿te preocupa que pueda perjudicar a una persona a la que no conoces? —Pilar negó con la cabeza—. No lo niegues, que lo has dicho. Has dicho que te preocupa que también él pueda salir perjudicado.

Pilar estiró los pies sobre la mesa baja de teca y se respaldó en el butacón hasta quedar estirada. Metió en la boca los frutos que tenía en la mano y masticó despacio. Como si un profesor la hubiese visto copiar de un compañero o la hubiesen descubierto comiendo chocolate a escondidas, su semblante la asemejó a un personaje de dibujos animados que riera una de sus propias gracias y que, satisfecho por la hazaña, se recompensara con la fruta, que masticó con énfasis mientras sus ojos devenían suspicaces. A su padre le divirtió el contraste entre la desgana con la que solía tomarse su hija los chismorreos y la repentina, pero perseverada preocupación, por los amoríos de su hermana. Con ello, solo aumentó su interés por conocer el de su hija en toda aquella historia. Lo que contó de Miriam, no lo sorprendió. Desde muy joven, habían sido muchas las ocasiones en que una mala elección o las malas experiencias sobrevenidas, habían llevado a Miriam, a falta de una madre comprensiva, al regazo de su padre en busca de consuelo que, si bien siempre encontró, no estaba exento de un resignado sacrificio paternal que impedía a Baldomero congeniar con su hija y menos comulgar con sus decisiones, al menos en las referentes a sus relaciones y amoríos.

—Ahora estás más tranquila —dijo Baldomero—. Sin moverte, desde donde estás y sin pensarlo, dime lo que te pasa por la cabeza.

—Ricardo —contestó Pilar abatida y con voz queda.

—¿Qué le pasa…? —Baldomero decidió respetar sus tiempos.

—A él nada, a mí.

—¿Qué te pasa a ti? A ver… —dijo con paciencia.

—Que me gusta… ¡No! Que me he enamorado de él.

—En una noche te has… —Baldomero sonó sarcástico.

—En diez minutos. En cuanto lo vi y crucé con él dos palabras.

—A tu hermana le va a molestar. Es difícil sostener que, con treinta años, te enamores en diez minutos y del hombre que le gusta a ella. ¿Voy bien?

—Supongo que sí, no sé. ¿Tan raro es que me haya enamorado?

—No, ¿cómo va a ser raro que te enamores? Lo que es raro es que sea en diez minutos, siendo tú como eres.

—¿Cómo soy? ¿A qué te refieres?

—¿Juiciosa? ¿Racional? ¿Inteligente? Elige tú.

—No creo que deje de ser todas esas cosas porque me haya enamorado a primera vista.

—Te lo preguntaré de otra forma: ¿Alguna vez te has enamorado a primera vista?

—Sí, de Mario.

—¿El niño de Concha y Jorge? ¡Pilar! Tenías, ¿cuántos?, ¿trece años?

—Pero fue a primera vista. —Pilar seguía tumbada y miraba al techo del sombrajo con lo que a su padre le pareció un puchero, evocado quizás por la sugestión de los recuerdos de infancia que rememoró con quien ya la conocía tan bien a esa edad.

—Todo es a primera vista con trece años, Pilar.

—Ricardo es distinto. Tiene algo que… No sé explicártelo. ¿Es que nunca te has enamorado? Pues lo mismo. Creo que él también se ha enamorado. —Pilar miró de soslayo a su padre en espera de una reacción.

—Pilar, me da la sensación de que desvarías. No lo conoces de nada. No puedes enamorarte en diez minutos y menos aún, pensar que él también se ha enamorado de ti.

—Dos estrellas fugaces, rápidas y destinadas a desintegrarse en la atmósfera.

—Tú bromea. A ver cómo se lo explicas a tu hermana. Tal y como se las gasta, no esperes que se lo tome bien. Puede que para ella sea uno más, pero si se entera de esto, puede que Ricardo se convierta en el amor de su vida. Por lo menos hasta que lo haya liado todo.

—¡Papá! Miriam no haría algo así. Se enfadará, eso sí. Pero se le pasará. Seguro que termina haciéndole ilusión.

—Sí. Una ilusión bárbara. Cuenta con ello. —Baldomero se repasó el pelo, peinado hacia atrás desde su etapa universitaria y del que no había perdido ni uno solo de los cabellos, aunque ahora lucieran cenicientos y más gruesos, y añadió—: ¿¡Conoceré yo a tu hermana, que soy su padre!? Hazme caso. De momento no le digas nada. Te vuelves mañana a Barcelona, recapacitas, te estudias un poco mejor y cuando vuelvas, ya me contarás lo que sientes y si los diez minutos se han convertido en diez días.

—Te ríes de mí. Eres malo. —Pilar se incorporó de un salto y cosquilleó a su padre bajo los brazos y en la barriga. Baldomero rio con brusquedad la incómoda sensación y apartó las manos de su hija. —Hay un problema.

—¿Otro? Pues, ¡qué bien! Y yo que pensaba que sería una tarde agradable. Viene tu hija, hablaréis, planearéis la celebración de su farmacia, en fin… Pero no, para qué. ¿Qué otro problema, hija?

—Que nos vemos esta noche con él.

—¿Con Ricardo? ¿Las dos?

—Sí. Al menos era el plan de Miriam, no sé cómo le saldrá.

—¿No puedes irte en un vuelo nocturno? Te llevo al aeropuerto. Yo pago la cancelación y el billete nuevo.

—¡Qué exagerado eres! Estuvimos juntos el otro día y no pasó nada.

Incluso Ricardo durmió con nosotras.

—¡¡¿Con las dos?!!

—Papá, ¿qué dices? —Pilar contrajo tanto su expresión que sus ojos desaparecieron entre las arrugas—. Cada uno en su sitio, hijo. Nos fuimos a casa de Miriam, charlamos y tomamos unas copas y como era tarde y había bebido, pues durmió en el sofá.

—Así que, lo vais a llevar a…

—Sí. He quedado con Miriam dentro de media hora. Todavía tiene que llamarlo, pero seguro que lo convence».

Ricardo se había dormido a todo lo largo del sofá de Cristina. Treinta minutos le llevó recuperarse de las sacudidas que le produjo la conversación de ambos. Había sacado a la superficie un cúmulo de estridentes contradicciones malsanas, que pululaban sobre su conciencia como un enjambre de avispas. Tenía que eliminar la mala hierba. De no hacerlo, su afrenta sería tan personal y autodestructiva, que no habría quien pudiera ayudarlo. Cristina miraba por la ventana cuando Ricardo abrió los ojos. Tenía los codos sobre las rodillas y sus manos sostenían su cabeza desde la barbilla. Parecía añorante, casi ausente. Ricardo quiso no haber ido nunca a su casa, al verla meditabunda y dolorida. Todo lo genero yo, pensó Ricardo. Exudaba su propia ponzoña sobre dobleces con las que practicaba torticeras maneras de lograr sus propósitos. Pero sabía que el eje de su ser, alrededor del que giraban sus pretensiones inconfesables, impediría que sus deseos se precipitasen. Puede que sí, pensó. Puede que haya alguien, que además de conocerme tanto o mejor que me conoce Cristina, pueda enseñarme a convivir con mis pulsiones, se dijo esperanzado.

Ricardo no quiso o no supo despedirse de Cristina de otra forma que no fuese con un beso. Ella no dijo nada. Cerró los ojos en cuanto Ricardo separó los labios de sus mejillas y miró al suelo sin cambiar de postura. Salió de su casa con la acuciante necesidad de desprenderse de todo. De huir de allí, tan lejos como lo pudiese llevar el primer avión que saliera del aeropuerto, y dejar atrás la extenuante carga que suponía afrontar todo lo que había ocurrido los últimos días. Si lo hacía, era posible que muy pocos lo echaran de menos. Así escuchó las voces que se materializaban en su apesadumbrada conciencia, como sonoras dagas que punzaban sus remordimientos, hasta que éstos se revolvían sobre sí mismos para resguardarse y le producían aún más desaliento. Tengo que salir de aquí, pensó. Me iré fuera, donde sea, se repitió.

Las calles por las que condujo su coche le parecieron estrechos callejones por los que no fueran a caber ni sus pensamientos. Cada semáforo lo sufrió como una cadena en los tobillos que le impedía correr, alejarse de allí, de todos sitios. Enfadado… Estoy tan enfadado conmigo mismo que podría lanzarme al vacío desde un puente y no sentir ni la más mínima angustia, pensó. Enfadado, por haber dejado que su vida se convirtiera en un escaparate de lo que muchos considerarían miserias, pero que nunca concibió como tales;

nunca, hasta que sintió que los discursos moralizantes con los que otros se inmiscuían en las vidas de los demás, habían empezado a calar sin reparos en su conciencia. Enfadado, por no haber previsto que la cigarra termina por mendigar comprensión al recibir el invierno ante la puerta de cualquier condescendiente sobrepasado por el miedo y por la correosa envidia. Enfadado, porque comenzó a destruir su vida hacía tantos años que sus huestes se habían aburguesado, bien alimentadas y engreídas por las victorias. Pero debía tomar una decisión. Y debía hacerlo ese día, a esa hora, parado en cualquiera de los desesperantes semáforos. En caliente, pensó. Deseo, pensamiento y acto, unidos por primera vez en mí, se dijo. No dejaré pasar ni un instante más. Cerrar las puertas a todo lo que no sea imprescindible y dejar que su cerebro tomara una decisión. Eso pensó que debía hacer.

«Cristina ha sido injusta. No pienso sentirme culpable, por ella no. Me cercioré siempre de no hacerle daño, siempre. Nunca dije nada que no sintiese. Nunca la obligué a definir nuestra amistad. Es más, ¿no tengo derecho a equivocarme? ¿Hizo ella algo distinto? Le ofende que quiera saber lo que queda de lo que sentimos. Le ofende que lo haga tal y como soy. ¡No puedo ser otro! Pero quiere destruir lo que soy, como muchos antes que ella. Destruir lo que no comprende. Aunque no le haga daño que yo sea como yo quiera; aunque no le perjudique. Necesita cambiar lo que no entiende… Ya lo he vivido antes. No es la primera persona que se refugia en la moralina barata y a la que le da un ataque de pulcritud, justo cuando la persona de la que espera que sea perfecta, se comporta como no le gusta, aunque eso mismo, no le llame ni siquiera la atención cuando lo hacen otros. Es eso… Eres tal; eres cual; deberías ser tal; deberías ser cual… ¿Te he dicho yo alguna vez cómo tienes que ser tú? ¿Te he echado en cara, alguna vez, que no dieras ni la más mínima señal de sentir algo por mí?… No, es que es peor… ¡Para una puta vez que me sincero con ella! ¡Para una vez que muestro mis puntos débiles! ¡Con lo que me cuesta! ¿Qué hace?... Ofenderse, molestarse. Y, como se ha ofendido, todo lo demás que he dicho, ya no vale. Es como si hubiese viciado mis sentimientos, como si los hubiese desnaturalizado y les hubiese quitado su valor…».

Ricardo se había propuesto tomar una decisión y no la iba a dejar para otro momento. Sus manos temblaban con levedad y las acompañaba un incómodo escalofrío recurrente y un dolor de estómago, que atribuyó al hambre que le entraba en situaciones de estrés. Aparcó el coche al encontrar un hueco y recorrió varias calles en busca de una cafetería o pastelería. Compró un pastel relleno de crema de chocolate y buscó un lugar tranquilo, alejado del bullicio, donde poder comerlo sin prisas. Entró por una bocacalle y deambuló hasta encontrar un sitio que le inspirase tranquilidad. Hacía tanto tiempo que no se dejaba ir por las calles, desde que buscaba con los amigos un portal donde pasar el rato, que revivió por un momento la misma sensación de libertad absoluta y la creencia de que las horas se estirarían lo que necesitara. Inspiró con lentitud todo el aire que pudo. Dio pequeños bocados al sustancioso

pastel. Cuando era un niño, me tumbaba en el suelo y jugaba a ser un gran explorador o capitán de bucaneros; nunca tuve miedo, pensó. La vida debería ser siempre así, como cuando eres un niño, se dijo.

Ricardo pasó abstraído una hora, sentado en un poyete, junto a un viejo edificio industrial de piedra reconvertido en oficina. Cuando era un niño, su inventiva le dijo que era posible construir un nuevo mundo, un mundo perfecto, delineado a su medida. ¡Qué semana!, pensó. Su madre, a la que los años habían hecho sabia a sus ojos y oídos, le dijo una vez que llegaría el día en que, sin que supiese cómo, su vida se arremolinaría en torno a sus peores miedos. Lo dejó por escrito, en una carta de la que nunca hablaron en persona, pero que le envió a Ricardo cuando estudiaba en Italia. «Se habla mucho de la ritualidad y de los iniciáticos vaivenes que forjan el carácter de los jóvenes. Pero se habla menos de cómo la sociedad no titubea a la hora de volcar sus frustraciones y errores sobre ellos. De cómo todos esperan que tomen decisiones y afronten retos que a los adultos los llevaron al vacío y al rencor, mientras acomplejados, advocan valores muertos, divinizados por el cinismo y la hipocresía. Se habla mucho de la importancia de no zozobrar en la tormenta de la adolescencia, tarea en la que los adultos quisieran sustituir a sus hijos y a los hijos de los demás por adiestrados soldados de la estupidez. Pero no lo logran ni lo lograrán nunca. Es imposible y una necedad pretenderlo. Y por eso, muchos adultos se pavonean, con sus logros mezquinos como medallas, y desfilan orgullosos de su mediocridad y de haber perdido la guerra, motivados por puro temor, puro miedo, a que sus jóvenes sucesores alcancen una felicidad que ellos nunca tuvieron. Se sucederán los puntos de inflexión en tu vida, pero tus fuerzas ya no serán las del adolescente bravucón y audaz. Será, más bien, un confuso cruce de caminos poco iluminado y desprovisto de señales, en el que todos esperarán algo de ti. Incluso habrá quien pretenda que no seas nada, porque eso le permitirá llegar a “no es nadie”, etiqueta que ansían algunos poder ponerle a quienes más temen. Si llegas a un cruce, que llegarás, será mejor que dirijas tu diatriba al espejo y busques en ti las respuestas, porque todos los que se precipitaron a tu puerta para tenderte una mano cuando eras tan joven que todavía no te habías permitido cometer errores propios; todos esos, habrán perdido interés por ti. Lo tendrán puesto en la siguiente generación a la que masacrar. Si llegas a ese cruce de caminos, estarás solo. Y esa soledad, si la miras de frente a los ojos y la aceptas, será baluarte de tu libertad».

Eran las ocho de la tarde de un miércoles que no olvidaría. Quizás, uno de los días que refería su madre, que supondría desde la perspectiva adecuada, un punto de no retorno. Solo quedaba esperar, aunque no supiese el qué. O tal vez lo diferenciador debía estar en el modo de afrontarlo.

—Ricardo. —La voz de Miriam, algo metálica y ruidosa, sonó por el altavoz en cuanto pulsó el mando integrado en el volante.

—Te escucho mal, pero dime.

—¿Tienes planes para esta noche? Sé que es tarde, pero como quedamos

en hablar para hoy, he pensado que igual te gustaría que nos viéramos.

—Estoy muy cansado, Miriam. Te lo agradezco, pero prefiero irme a casa.

—¡Anímate! —exclamó con entusiasmo contagioso—. Además, nos lo debes. Aceptamos tu invitación ayer, así que estaría feo que no aceptaras la nuestra.

Dejaría para más tarde la reflexión sobre su propio cambio de humor, repentino, aunque comprensible. Había descartado entenderse a sí mismo hasta que las piezas se recolocaran. Le bastó deducir que Pilar asistiría. Daba igual a qué. ¡Qué más daba el plan! Cual fuese, bueno sería, si le daba otra oportunidad de verla y estar con ella. Y así cambió el humor y del cansancio pasó a la expectación.

Una escultura en movimiento. Eso creyó estar viendo caminar por el pasillo de la galería. Como si no fuera de este mundo ni lo pretendiera. Esa mujer mira a los demás como si los hubiese reconocido, pensó; como si les hubiese concedido la vida y se las pudiese arrebatar; como una entelequia de la feminidad capaz de provocar una catarsis por simple contemplación. Sus ojos, pensó. Hablaban de leyendas y ancestros; estaban hechos de noche y tierra húmeda. Tenía que hacer por acercarse, conocerla, oír su voz y que ella lo mirase como si no existiera. Era la encarnación de una deidad mitológica que, de ninfa en bosques y ríos, se hubiese trasplantado entre los mortales como árbol de la vida, para esparcir la simiente de su belleza entre los hombres y que al verla marchar conozcan la soledad, inmersos en la oscura estela que dejará su ausencia.

Ricardo sintió una presencia en su espalda. Aquella mujer estaba a punto de desaparecer entre la gente y no iba a dejar de mirarla porque alguien quisiera saludarlo. Deseaba conocerla. Entendió a quienes venden su alma al diablo por obtener prebendas terrenales y a quienes lo dejan todo y olvidan hasta sus nombres, con tal de ser correspondidos por mujeres como aquella. Nada tiene valor. No importan el dinero, el prestigio, la salud. Un hombre puede perder la razón hasta la demencia absoluta, como precio por sentirse amado por una mujer así. Y en ese trance, tampoco importa si hay empatía o existe sincronía y complicidad; no importa si los valores que ostenta son los suyos; son irrelevantes los principios que rijan su comportamiento. Ya cambiará el hombre; ya se moldeará a conveniencia de la diosa. Ya se ha vendido el alma. Cuando la mujer se hubo esfumado entre cabezas, trajes y vestidos, y ya no podía distinguir unos peinados de otros, Ricardo atendió a la persona que permanecía detrás.

—¡Qué mujer!, ¿verdad? —dijo la voz de aquel desconocido.

—Así es —aseveró Ricardo algo incomodado antes de girarse.

—Se llama Nayma. Bonito nombre para una mujer así, ¿no cree? Es la musa de Fausto Jirón, el pintor. Musa, amiga, amante, ya me entiende.

—No sé quién es.

—Pues debería. Es un magnífico pintor. Bueno, en realidad no lo es tanto.

Pero se cotiza bien. Todo el mundo lo tiene presente. No sé si es por sus cuadros o por lo que acabas de ver alejarse entre la gente.

—A eso sí puedo contestar. —Ambos sonrieron.

—No lo creerá, pero he visto a mujeres, absoluta e indiscutiblemente heterosexuales, quedar embobadas mirándola.

—Le creo. Lo he visto antes.

—Eso me lleva a pensar que la belleza femenina, es fascinante per se. Que la perfección estética puede ser objetiva y valorada en sí misma, sin más condicionantes que su propia naturaleza… Perdone, estaba divagando.

—No se preocupe. Estoy de acuerdo. Tengo que estarlo, soy arquitecto. —dijo Ricardo con su corrección habitual.

—Sí, lo sé.

—¿Nos conocemos?

—Soy Baldomero. —Extendió la mano y Ricardo aceptó estrechársela. —No, no nos conocíamos. Pero juego con ventaja. Soy el padre de Miriam y Pilar. Por eso sabía que usted…

—¡Oh! No sabía que vendría a la exposición. Sus hijas no me han dicho nada. —Incómodo. Así se sintió. Era agradable, educado y ocurrente. Pero era el padre de Miriam y de Pilar. Incómodo y observado. —Están fuera, han ido…

—A recibir a unos amigos míos. Les he pedido yo que fueran a buscarlos.

—Pues… encantado de conocerlo. —Ricardo quiso dar por finalizado el encuentro y alejarse de aquella situación. Pero Baldomero, ajeno al amago de Ricardo, continuó.

—¡Mire! Ahí llegan los canapés. Espero que estén ricos. —Baldomero guiñó el ojo a un sorprendido Ricardo—. Con lo que cuestan, deberían estarlo. ¿Quiere una cerveza?

—Siempre.

—Tome. —Baldomero le alcanzó una copa desde la bandeja de la jovencísima camarera—. Reserve sitio para el vino, le encantará. Lo he elegido en persona.

—¿Lleva usted el catering? Miriam me dijo que era usted empresario.

—Sí. La empresa de catering es mía, pero no estoy aquí por eso. No sigo los servicios que hacen. Para eso tengo a Tobías. Es aquel joven de allí, el de la camisa azul. Un tío estupendo. Muy trabajador.

—Le gusta el arte, entonces.

—Ese es el motivo, sí. —Baldomero probó los canapés de salmón y su satisfacción por el crujiente del hojaldre, se reflejó en su cara.

—¿Va a comprar alguno de los cuadros?

—Vender.

—¡Ah!

—No soy pintor, no —aclaró Baldomero—. Soy marchante. Es una especie de hobby que tengo.

—Sus hijas no me han dicho nada. ¡No sé por qué me da la sensación de

que se lo han callado adrede!

—Es probable. —Baldomero gesticuló con gran parecido a Pilar, o así le pareció a Ricardo. —Mi hija está muy contenta con su trabajo en el estudio.

—Gracias. Nosotros también lo estamos. —Sintió un pinchazo en la boca del estómago. Ocultar la delicada situación del estudio no le agradaba, ni sabía por qué lo hacía—. Creo que deberíamos tutearnos.

—Ya habrá tiempo para eso —dijo sin inmutarse—. ¡Aquí estáis!

Miriam y Pilar llegaban acompañadas de dos matrimonios de impecable apariencia y sonrisas blanqueadas. Una de las mujeres miró a Ricardo, antes de que él cayera en la cuenta de que la conocía, y lo saludó con efusividad cuando en las presentaciones, se dispensaron unos a otros formales besos de rigor. Cuando la tuvo cerca y sus mejillas y bocas se acercaron, ella susurró: ¡qué de tiempo! No supo Ricardo quién era hasta que la mujer se retiró tras saludarlo y pudo comprobar que se trataba de Laura Giménez. Tampoco es que tenga importancia, pensó. Pasó hace cuatro o cinco años y solo fueron dos o tres veces, se dijo. Dio por supuesto que el hombre al que le habían presentado, Julio Ugarte, era su marido, al que no llegó a conocer ni tuvo nunca interés en hacerlo. Laura Giménez. Tendría que haber barajado la posibilidad de que, en una semana tan rara como la que vivía, se topase con algunas de las mujeres que lo habían ocupado los últimos diez años. Probabilidades, pensó. Probabilidad matemática, sin más.

«Ese es el pensamiento que no debes escuchar. Ese es el que provoca que te haga gracia que hayan coincidido en el mismo espacio Miriam, Pilar y Laura. Lo peor es que estarías más contento si hubiese tres mujeres más con las que hubieses tenido alguna relación. Descártalo. Deja de imaginar que vuelves a tener un encuentro furtivo con Laura, en la habitación de un hotel, mientras su marido está dando una charla en un salón en la planta baja. Deja de imaginar que Miriam se deja seducir por la atractiva madurez de Laura y que las descubres en la puerta de los servicios de la galería, tocándose la una a la otra mientras se besan. Por supuesto, a las dos les excita que las descubras y te invitan a seguir con ellas la fiesta en el apartamento de Miriam».

—Ricardo, ¿me acompañas? —le preguntó Pilar por encima de la charla iniciada entre todos y en la que se cruzaban las voces de unos y otros. —Te quiero enseñar una cosa.

—Sí. —Ricardo miró al resto y ninguno pareció darse cuenta de la petición que le había hecho Pilar. Si se iban, nadie se daría cuenta. Quizás Miriam, pero no por ello iba a dejar con la palabra en la boca a la otra señora y su marido, cuyos nombres olvidó en cuanto se los presentaron, y que con efusividad le hacían preguntas sobre su vida personal, con la indiscreción propia.

Ricardo siguió a Pilar entre la gente hasta uno de los cruces de dos pasillos, iluminados por la luz indirecta de pequeños focos dirigidos a un cuadro de grandes dimensiones, bajo el que un papel lo nominaba como «Filtrado» y lo atribuía a F.J. Ríos. Mostraba cuatro colores mezclados en una

espiral, que se alejaban del centro del cuadro como si una lente los hiciera divergir, para terminar aislados unos de otros, en cada lado del lienzo. Pilar se lo mostró sin decir nada y se quedó a dos metros del cuadro como si esperase una señal o una revelación, junto a un Ricardo hipnotizado por aquella extraña espiral llena de vivos colores. Tan solo unos segundos después y como si aquel cuadro mudase sus capas para descubrir un espejo, Ricardo pudo verse en aquella espiral con nitidez. Quiso vivir en los lados de aquel cuadro; alejarse del agujero central que, por tan colorido, pareciera más un agujero negro capaz de absorber hasta la luz. Estaba allí, frente a él. Las respuestas que no sabía verbalizar, a preguntas que no sabía formular, habían echado raíces en aquel cuadro y se le mostraban como afluentes de su personalidad que hubiesen embrazado inmensos escudos y defendido con ellos el bastión inexpugnable de una verdad no revelada. Cura, pensó. Es como una cura, como un ungüento sanador que reavivase la luz que apagué. Necesito este cuadro, pensó. Quiero vivir en él, se dijo.

—Conocí a Fede cuando acabó este cuadro. —Pilar no apartó la vista de la pintura—. Mi padre lo invitó a pasar unos días en casa. Me enseñó una foto y, aunque no es lo mismo, me hice una idea de lo que sentiría en el momento de verlo terminado. No me equivoqué.

—¿Es la primera vez que lo ves acabado? —Ricardo buscó a Pilar en el cuadro, como si el espejo pudiera responder por ella.

—Sí. Quería compartirlo contigo.

—No entiendo nada sobre arte.

—No es el motivo por el que te he traído. Quería que lo vieras para saber si te gustaba. Cuando te conocí el otro día, pensé en este cuadro. —Lo dijo con naturalidad, sin menoscabar el clima que su contemplación había creado—. Es posible que estuviese influida por el hecho de saber que hoy lo vería por primera vez, pero la cosa es que pensé en ti.

—Es interesante, me gusta—. Ricardo se mostraba inaccesible.

—Estás distinto —dijo Pilar.

—No ha sido un buen día, créeme.

—¿Qué has sentido al ver el cuadro? —insistió Pilar.

—Nada especial —mintió.

—Pensé que…

Pilar se volvió sin terminar la frase y regresó junto a su padre. Ricardo no intentó detenerla. Se acercó al cuadro y memorizó el número de referencia el tiempo suficiente para anotarlo en su móvil. Luego volvió con los demás y visitaron el resto de la exposición en grupo. Laura, imponente y señorial como una gran dama del Teatro, era tan airosa y elegante como libertina. Haber conocido su cara más libidinosa, impedía a Ricardo permanecer impávido ante un peligro tan real como que no dejaba de mirarlo y hacerle carantoñas que se acercaban a una zalamería que terminaría por no pasar desapercibida a ninguno de los presentes. En otro tiempo, que bien podía ser hacía una semana, su cerebro hubiese buscado y encontrado la forma de citarse con ella

en un hotel cercano y escabullirse ambos durante la inauguración para calmar su lascivia. Pocas mujeres habían explorado tan lejos en su imaginación sexual y se habían adentrado en su mundo con tanto ímpetu y apetencia en las tentaciones que ofrecía su fantasía, como Laura. Con él saboreo las agonizantes victorias que la esperaban más allá de los primeros clímax, de formas que Laura solo conocía de lecturas subrepticias. Sí, una parte de él solo quería poseerla de nuevo allí mismo, frente al enigmático cuadro, delante de todo el que quisiera mirar. Una parte de él se hubiese apretado entre sus pechos hasta gemir y hubiese olvidado cada error y fracaso entre sus líneas curvas. Ricardo se debatía entre una vida y una muerte en vida; entre descarnar sus deseos de la abyecta voracidad que lo sometía o alinearlos con su pensamiento y sus actos y fortalecer su debilitada dignidad.

—Dígame la verdad, Ricardo, —dijo Baldomero entre dos cuadros—, ¿frecuenta estos sitios?

—¿Se refiere a galerías y museos? No. —Ricardo sonrió ante tan indisimulada suspicacia.

—Me lo parecía. —Baldomero bajó la voz y dijo—. No puedo preguntarle si está aquí por contentar a su jefe o por un compromiso similar, porque no es el caso… No lo es, ¿verdad?

—No, no es el caso. —Ricardo se paró con Baldomero y ambos dejaron que el resto del grupo avanzara por lo que restaba de galería—. No es usted muy sutil, ¿sabe?

—No lo soy, es cierto. Mis hijas me lo repiten siempre. Espero no estar molestándolo —dijo en un comedido tono sarcástico.

—En absoluto. Siempre es agradable que alguien se preocupe por los gustos de uno. No es lo habitual. —Ironizó con tanta contundencia, que poco faltó para que ambos se enzarzaran en un intercambio de ocurrencias, que llegaría sin duda a bordear un irreconciliable cinismo del que les costaría volver para entenderse.

—¿Ha probado alguna vez el cuzcuz?

—Es usted imprevisible…

—También me lo dicen. Dígame, ¿lo ha probado?

—Solo sé que es una comida típica de Marruecos. Nunca lo he probado.

—No solo marroquí, de todo el Magreb. Yo lo hago con garbanzos y cordero. —Baldomero lo tomó del brazo y lo instigó a que lo acompañase al exterior—. ¿Fuma? Yo sí. Salgamos fuera. Están a lo suyo, no se darán ni cuenta. Siempre lo hago, ¿sabe? Invito a personas interesantes…, o cuando no están disponibles, como es el caso… —susurró mirando hacia atrás—, muy pagadas de sí mismas, ya me entiende, vanidosos a los que les gusta escucharse hablar. Así puedo dejar que tomen el protagonismo y salir fuera dos o tres veces a fumar. A veces salgo por las cocinas, con la excusa del catering. Lo hago por diversión, no crea. A mis hijas no les gusta que fume y a mí me encanta marearlas detrás de mí.

—¿A sus hijos no les importa?

—Solo tengo dos hijas —dijo Baldomero tras ofrecer a Ricardo un cigarro que aceptó.

—Pero Miriam me habló de sus hermanos. Me habré confundido.

—¡No! No se ha confundido. Sus hermanos no son hijos míos.

—¡Ah!, perdone. He metido la pata. Si tuviera hijos, me dirían lo mismo que a usted las suyas, que no soy sutil. —Baldomero tenía una risa amplia y sincera que gustó a Ricardo. No le ha molestado el comentario, pensó.

—No se preocupe. Cuando me divorcié de su madre eran pequeñas. Yo tendría su edad, más o menos. ¿Qué edad tiene usted?, ¿treinta y tres?, ¿treinta y cuatro tal vez?

—Pues no, parece que la sutileza no es lo suyo… Treinta y cinco.

—No lo es— carcajeó—. Pues con treinta y siete. Pilar tenía cuatro años y Miriam dos.

—Tuvo que ser duro.

—Lo fue y mucho. Pero, ¡ya ve! Mis dos hijas parecen felices. Cada una a su manera, eso es verdad, pero han crecido sin problemas de tipo familiar. Bueno, ya me entiende, problemas siempre hay en el seno de una familia, nadie es perfecto. No llevaron bien que su madre se casara de nuevo, pero tampoco les afectó demasiado.

—¿Conoce a los hermanos?

—Sí, mucho. Y les tengo cariño. No me atrevo a decir que ellos me lo tengan a mí, pero sí. Siempre pasan dos o tres días con nosotros cuando me llevo a mis hijas de vacaciones. Pasaban… No me doy cuenta de que ya no son unas niñas… Pasaban con nosotros…—Dio una larga calada al cigarro—. Y vienen en Navidad, a tomar café un día y el día de Reyes a por sus regalos.

—¿También regalos?

—Son hermanos de mis hijas, no podría no hacerlo. Ya me entenderá.

—Creo que después de esta conversación, podemos tutearnos, ¿no cree? —Ricardo lo miró, complacido por el buen carácter de Baldomero y una prestancia que no podía evitar que le recordara a Pilar, más que a su hermana.

—Lo que creo es que usted es un hombre con prisas. Espero que no sea igual para todo, me decepcionaría. —Baldomero arrojó el cigarro en el acerado y lo restregó con la suela del zapato.

—Insisto…

—No soy un hombre sutil, ya lo sé. Entremos antes de que salgan a buscarnos.

Alguna copa de vino después, los invitados a la inauguración se habían marchado, cargados de folletos y obsequios, tras el sempiterno ritual de agradecimientos y despedidas. Se quedaron los allegados, que dieron cuenta de la repostería y el brut seco que Baldomero había reservado, y entre ellos, Ricardo, que percibió cómo, a medida que avanzaba la noche, aumentaba el riesgo de que Laura, achispada y lenguaraz, pudiese decir algo inapropiado o revelar que ya se conocían. Se reía con procacidad con cada comentario de Ricardo y lo hacía partícipe de los comentarios de los demás, aunque para ello

tuviese que elevar la voz sobre todos para llamar su atención. Vio que Miriam levantaba las cejas, irritada por los excesos de Laura, proclives a empeorar, y le indicaba la puerta a Pilar, quizás para darle a entender que quería irse o se sentía incómoda o preferiría que Laura se fuese. Ricardo sabía lo que el alcohol provocaba en ella; ya había sufrido percances similares, aunque no tan comprometidos, cuando sorbo a sorbo de vino, se evaporaba su elegancia entre tumbos y risotadas. Baldomero sacó punta a la situación con un pequeño toque sobre el brazo de Ricardo, con el que indicó al marido de Laura, el engreído don Julio Ugarte que, por no estar, no estaba ni avergonzado a esas alturas de su longevo matrimonio. Le divertía ver cómo un hombre cabal y recio vivía con semejante imposición del destino y devenía, de adalid de la élite financiera, subyugue prisionero de su disoluta mujer.

En uno de los chances para hablar con Miriam, que le brindó el desordenado palique de unos con otros, Ricardo le dijo que tenía intención de recogerse pronto y que le agradecía la invitación. Como quien no quiere oír lo que le dicen, Miriam asintió sin interés. Volvió a su departo, pensando que así Ricardo no se iría pues cortesía obliga y lo sabía un hombre correcto. Probó suerte con Pilar, que no había vuelto a dirigirse a él desde que ambos contemplasen el cuadro. Fue consciente, cada vez que ella lo miró, de que sus ojos le transmitían inquietud. Quizás porque la reacción que tuve antes, pensó, no se la esperaba. ¡No me la esperaba ni yo!, se dijo. Hermetismo. Uno, que ha levantado muros infranqueables, tras los que se hace fuerte una zona de corrosivo confort, que lo amilanaba para que no cavilase ni la posibilidad de asomarse al otro lado y lo desalentaba hasta que le faltaba el aire. Confesar los miedos era tanto como provocarlos, incitarlos a una rebelión sangrienta contra su expectante ansia de libertad. Ayuda, pensó. Ayuda para salir de esta negritud y para salvaguardar lo poco que me queda de juicio, gritó en silencio.

—¡Escucha lo que dice, Ricardo! —gritó Laura, cuyo encrespado pelo había tomado el control de su aspecto—. Dice Baldomero que un artista es como una fruta, ¿cómo es, Baldomero?

—Es una tontería, Laura, ¿verdad? —Baldomero miró a Julio Ugarte, haciéndolo responsable de los desatinos de su mujer, mientras escuchaba en su cabeza las voces de sus hijas, que lo increpaban por haber invitado a tan desavenido matrimonio a la inauguración—. ¿Tenías un vuelo mañana, Julio?

—Sí, cierto es. —Julio despertó de su letargo—. Es tarde. ¿Laura? Vámonos a casa. Vas a estar mejor en la cama.

—Baldomero, ¿cómo es la frase? —insistió Laura, haciendo caso omiso a su marido—. Ricardo, Ricardo… tienes que escucharla. —Laura tomó del brazo a Ricardo y se echó sobre él—. Dísela, Baldomero, ¿cómo era?

—Ya no se acuerda, Laura —apuntó Miriam—. ¿Verdad, papá? Le gusta decir frases rimbombantes para entretener a los demás, pero luego no las recuerda.

—Será mejor que nos vayamos —repitió Julio—. Ricardo, ¿le importa acompañarnos fuera? Parece que usted es el único al que hará caso esta noche.

Pilar dejó la escena, violentada por la estupidez que se adueña de quienes no saben beber, y se dirigió hacia el baño sin que Ricardo apartara de ella su mirada. Pero a Baldomero no se le escapó que, cuando todos fijaban su atención sobre los balbuceos y ademanes de una Laura ebria y carente de modales, un Ricardo mesurado e indiferente, fijaba la suya en cada uno de los pasos que su hija dio hasta perderse por el pasillo de una de las galerías. Ricardo solo tuvo que dar un paso detrás de otro para que Laura fuera acercándose a la puerta con él, apretada contra su brazo y sin dejar de decir frases ininteligibles. Una vez fuera del establecimiento, Julio pidió a Ricardo que permaneciera con ella mientras él desaparcaba el coche. En cuanto Julio se alejó calle abajo, Laura se propasó con descaro y una desvergüenza que a Ricardo no le hubiese molestado si fuese otra la coyuntura.

—Sigues en forma —dijo Laura al palpar el abdomen de Ricardo por encima de la camisa de finas rayas azules que vestía—. Me pregunto si todo sigue igual por ahí abajo—. Laura dejó caer la mano hasta que llegó a la hebilla del cinturón, momento en el que Ricardo la apartó de un moderado manotazo.

—Estás borracha —dijo Ricardo con displicencia.

—Lo sé, ¿no es divertido? —masculló—. ¿Te acuerdas de aquella mañana en la que me hiciste…?

—Déjalo —interrumpió Ricardo—. No es momento ni el lugar. Compórtate o nos vas a meter en un lío a los dos.

—¡Me da igual! —gritó mientras se zafaba de los brazos de Ricardo, que la sujetaba como podía—. ¡Me acosté contigo! ¡Y qué!—añadió haciendo aspavientos con los brazos—. Todos se acuestan con todos y a nadie le importa. ¿A quién te tiras? ¿A la hermanita cañón o a la guapita lista?

—¡Cállate! No estoy con ninguna de las dos. No es asunto tuyo. —Ricardo miró por la puerta acristalada hacia el interior del local y se aseguró de que Baldomero, sus hijas y el otro matrimonio, permanecían a varios metros de la entrada y charlaban ajenos al espectáculo callejero de Laura.

—Como si no te conociera —ironizó—. Ibas a estar tú aquí, en una mierda de galería de arte, si no te interesara alguna de las hijas de Baldomero. ¡Son bonitas! Si les haces lo que me hiciste a mí, beberán de tu mano… Si supieran cómo te manejas con la boca, estarían aquí fuera y te arrastrarían hasta su casa para que les comieras bien el…

—¡Que te calles te digo! —Ricardo la zarandeó con brusquedad—. Lo nuestro fue un lapsus y lo sabes muy bien. Si tu vida está vacía, haz lo que tengas que hacer, pero no vengas a fastidiar la mía. Me porté bien contigo. Hice las cosas bien y lo sabes. Y ahora, estate quieta y cierra la boca de una puta vez.

Julio pitó desde la acera de enfrente y los alertó a ambos sobre su presencia, lo que los hizo cambiar su actitud como si nada pasara y Ricardo tratase de que Laura se mantuviese en pie. La acompañó al coche y después de alguna que otra protesta, propia de la embriaguez, consiguió que Laura se

montase en la parte trasera del coche, en la que se dejó caer como un saco. Julio bajó la ventanilla contraria a su asiento y se despidió con una disculpa a la que Ricardo quitó importancia por innecesaria. Qué culpa tiene ese pobre hombre, pensó cuando el coche se movió. Al girarse, pudo ver que Pilar salía del local y se colocaba un pañuelo alrededor del cuello.

—Creo que sobrevivirá —dijo Ricardo al llegar junto a ella.

—Lo que tiene no se le pasará aunque duerma.

—Eso es verdad. —Sonrió, metió las manos en los bolsillos de sus impolutos pantalones vaqueros y levantó los hombros, ofreciendo un aspecto que a Pilar le pareció seductor.

—¿De qué la conoces? —preguntó Pilar.

—¿A quién?, ¿a Laura? —Ricardo simuló un repentino ataque de tos que explicase el rubor que afloró en sus mejillas. A pesar de los años, no podía evitar que ocurriese si se disponía a mentir a alguien que le importaba—. De nada, ¿por qué?

—Pues te ha tratado como si te conociera de toda la vida.

—Ha bebido. No creo que se diera cuenta de lo que hacía.

—Parecía otra cosa. —Pilar no creyó a Ricardo, pero prefirió no insistir—. Me voy a casa. Solo digo tonterías cuando estoy cansada.

—Siento lo del cuadro —dijo Ricardo sin saber cómo explicarse—. Lo que pasó antes…

—No tiene importancia. Me puse un poco…

—¡No!, de verdad. Fue culpa mía. Llevo todo el día subido en una montaña rusa y no sé ni lo que digo. Me ha gustado que me lo enseñes. No me lo esperaba y me he quedado fuera de juego.

—Dije muchas estupideces. La verdad es que esta semana es muy rara para mí también. Menos mal que mañana me vuelvo a Barcelona.

—Sí, sí que ha sido rara la semana. Pero… —Ricardo meditó si atreverse o no a decir lo que pensaba, hasta que decidió sin más—: Al menos, nos hemos conocido. Siempre hay cosas que merecen la pena.

—Podré ponerte cara cuando mi hermana te mencione. Hasta ahora, por lo que escuché, eras un engreído y un prepotente en mi imaginación.

—Me alegra que eso haya cambiado.

—Sí. Ahora también eres un inmaduro. —Pilar se acercó para darle dos besos de despedida.

—Vaya. —Ricardo sintió de nuevo agujas en la boca de su estómago—. Golpe bajo.

—No me eches cuenta. —Pilar batió la mano y añadió—: Adiós.

—¿Saben que te vas?

—Sí. —Dio dos pasos hacia atrás—. No me eches mucho de menos.

—Difícil. —La sinceridad de Ricardo despejó su frente de toda constricción y le hizo entornar los ojos como si los párpados le pesaran—. Te veré pronto, espero.

—Solo si eres de nueve. Si eres de ocho, nos veremos menos.

—No entiendo qué quieres decir.

—Ya lo entenderás.

Pilar se alejó con los brazos cruzados. Se dejó mirar por Ricardo y no se volvió. Como si hubiese cerrado los ojos después de mirar un foco de luz, Pilar quedó esbozada en el aire, frente a él. Trató de completarla con adjetivos y no encontró ninguno. Trató de etiquetar sus cualidades, como si quisiera clasificarlas para valorarlas más tarde, pero ninguna palabra quiso prestarse. Pilar, dijo de viva voz y sin temer que lo pudiesen escuchar. Pilar. Es ella la que adjetiva lo que la rodeaba y no al revés, pensó.

«Pudiera ser ella… Y si lo fuera, la vida sería una espiral de la que se desprenden colores que navegan hasta encontrar su playa. Sería un náufrago por fin. Si me dijeran que esta semana es un sueño psicodélico me lo creería. No sé cómo se hace. No sé nada de las mujeres. Nada. No sé nada de Pilar. Es como si hubiese sido capitán de un buque escuela y tras recorrer los siete mares y atracado en sus puertos, no hubiese huella en mí que testimoniara mi experiencia y rubricase mis conocimientos. No sé nada… Sé que conozco a las mujeres. Pero hoy es la primera vez que tengo la sensación de conocer solo a un tipo de mujeres… bueno, la primera vez no, pero sí la primera en que me ha dado vértigo… ¿Qué ha querido decir con lo de los números? Siete y… ¡No!, ocho y nueve. Qué persona más interesante. Es como si supiera lo que piensa, pero lo descarto y me convenzo de que estoy equivocado, pero… ¿por qué?».

—Entonces, ¿cuento contigo para el sábado? —Baldomero y los demás salían por la puerta.

—Me has tuteado —dijo Ricardo.

—¡Nos has salvado de Laura! No puedo decir que no te lo hayas ganado. —dijo Miriam.

—¿Siempre es así? —preguntó Ricardo como si no lo supiese.

—Le acabo de decir a mi marido que no sé por qué, siempre picamos y volvemos a quedar con ellos —dijo la señora cuyo nombre olvidó Ricardo en cuanto se la presentaron.

—No puedo decirle que no a Julio —contestó el anónimo marido—. Baldomero, gracias por todo. Ha sido una velada muy agradable. Y tus caldos, como siempre, ¡únicos! —Se dieron un efusivo y sonoro abrazo.

—Donde yo esté, está tu casa, Ramiro —dijo Baldomero.

Ramiro y… Ramiro y… ¡Anabel!, pensó Ricardo. Ramiro y Anabel. Eso era. Miriam, Baldomero y Ricardo formaron un corro a las puertas de la galería, mientras alrededor se sucedieron los camareros con la basura; los camareros con las cajas vacías; los camareros con los barriles.

—Me quedo hasta que todo quede cerrado y llegue el reemplazo de seguridad. Marchaos vosotros, es tarde. —Baldomero estrechó la mano de Ricardo—. Ha sido un placer, Ricardo. El sábado te espero en casa.

—¿Qué hay el sábado? —preguntó Miriam desconcertada.

—Yo tampoco lo sé —dijo Ricardo.

—¿No os lo he dicho? Cuzcuz. Cantidades ingentes de cuzcuz y jamón de bellota. ¡Ah! Y música. Mucha música.

—¿Has invitado a los hermanos Ramírez?

—Sí. Cante, guitarras, cuzcuz, jamón. A quien no venga no lo volveré a tutear. —Baldomero rio su propia ocurrencia.

—Mañana tengo una reunión de antiguos alumnos. Llevaré a su casa… a tu casa… lo que quede de mí.

—Pues tráete. Te pondremos en remojo en la piscina hasta que recuperes el tono. Miriam, tú le dices ahora cómo llegar. Venga, id a casa que mañana no vais a ser personas. Si mi hija llega tarde al trabajo mañana, no se lo tengas en cuenta.

—No se me ocurriría.

Hacía muchos años que no aparcaba el coche junto a un parque en compañía de una mujer, con las ventanillas bajadas y los asientos reclinados, para tener una charla desenfadada, al abrigo de la acogedora luz nocturna. Miriam, descalza y con los pies sobre el salpicadero, le relató los pormenores de su primera juventud y de la relación con su padre; le contó la importancia que tuvo en su vida la danza y cómo le sorprendía que diez años después de dejarla, pareciera que los sacrificados esfuerzos que conlleva tal disciplina, no los hubiere realizado nunca y se mezclasen aquellos días unos con otros, hasta el punto de referirse a ella como si todo lo bailado ocupase un día de su recuerdo; le dijo que la arquitectura no fue nunca una opción y que un impulso la llevó hasta ella, como la podría haber llevado a estudiar Bellas Artes o Turismo y cómo la mayoría de los compañeros que cursaron Bachillerato con ella, tomaron decisiones parecidas a la suya. Ricardo también habló, con la vista puesta en el cuadro de instrumentos del BMW y las manos cruzadas detrás de la cabeza. A todo lo que Miriam le contó, Ricardo contestó con una reflexión que lo inquietaba, referida a los hechos inevitables e imprevisibles que definían las vidas de sus amigos y la suya propia, como si las pequeñas decisiones que tomaron durante la adolescencia hubiesen cobrado una disparatada dimensión, gracias a una sinergia de la que solo podían esperar la peor de las hecatombes.

—Decides coger unas asignaturas, en vez de otras, porque uno de los profesores que da una de ellas, te cae mejor que la profesora que da alguna de las otras. Al año siguiente, estudias una opción que condicionará la elección de la carrera que estudiarás. Y lo haces con quince o dieciséis años, ¡como si un niño normal pudiera saber con esa edad lo que más le conviene! ¿Qué hacen los padres? La mayoría nada. Se congratulan de los estudios de sus hijos. Lo que sea. Y dicen estupideces como: me da igual lo que estudies, para mí lo importante es que seas feliz. En realidad, ya han condicionado sus vidas; ya han limitado sus opciones con cada especulación a sus espaldas de lo que les gustaría que fuesen en la vida. Orientar a los hijos se ha convertido en llevarlos a un pedagogo, que no lo conoce de nada y que lo verá durante unos

minutos y que después de pasarle un test obsoleto y rancio, le dirá qué solo sirve para esto y aquello, pero que no se le ocurra estudiar esto otro. Y los padres se quedan tranquilos, orientados. ¡Cuánta hipocresía! El niño estudiará lo que su padre no pudo estudiar, o lo que su tío estudió, o lo que estudió el primo mayor, que es muy listo y muy guapo y tiene a toda la familia loca de contenta…

—Hablas demasiado para ser arquitecto —dijo Miriam.

—Eso es verdad. Debería ceñirme a mis habilidades y no quejarme tanto. De todas formas, no tiene solución.

—¿No te sientes raro con esto? —preguntó Miriam después de calzarse los pies y adoptar otra postura menos esparcida—. Hace cuatro días eras mi jefe y solo eso. —Ricardo creyó que exageraba y su mirada pareció expresarlo con claridad—. Sí, habíamos hablado y siempre nos hemos llevado bien, es verdad. Pero yo… ¡Ni mucho menos habríamos tenido una conversación así!

—Puede ser. También te digo que nunca has sido para mí una más en el estudio. Quiero decir, que siempre…

—Lo sé y nunca te he agradecido el trato que me has dado siempre.

—Gracias, aunque no sé si ese trato del que hablas ha sido el adecuado.

—Para mí sí. Me has ayudado cuando he tenido problemas; me has enseñado a manejarme y resolver problemas. Creo que he sido una privilegiada y espero que eso no cambie porque ahora seamos amigos, lo que sea que seamos. Supongo que amistad es mucho decir. Tú me entiendes.

—En realidad, una amistad no es más que esto. Poder hablar sin tapujos de lo que uno siente y que la otra persona te escuche. Lo que pasa es que nos gusta darnos importancia, sobredimensionar lo que hacemos y engalanar las palabras que pronunciamos. ¡Es mi amigo! —dijo engolando la voz—. Y lo dicen como si la amistad fuese una razón, por sí misma, para sentirse más realizado o como si diera derecho a esperar algo del otro que, por supuesto, crees que no le daría a nadie, nada más que a ti. ¡Qué estupidez!

—¿No crees en la amistad?

—Hoy no.

—¿Y eso? No será por mí, espero. —Miriam rio su propia ocurrencia.

—No. —Ricardo la miró y calibró si Miriam significaba para él lo suficiente como para adelantar los acontecimientos y compartir con ella lo ocurrido esa misma mañana con sus socios—. Es complicado y he tenido un día horrible. Creo que es la cuarta o quinta vez que digo esto hoy, pero es la verdad.

—Has estado serio durante la inauguración, ¿era por eso?

—Por eso y por más cosas. Es la peor semana de mi vida.

—Mañana será otro día. ¿No te molestaba cuando tu madre o tu padre te decían eso? «Papá, papá, no me sale nada bien…». Y te decían: «No pasa nada, mañana será otro día». Me reventaba.

—Miriam. Es tarde. Deberíamos irnos.

—¿Quieres venirte a casa? Puedo irme contigo, si quieres.

—No —contestó Ricardo sin que la proposición le sorprendiera—, prefiero estar solo… Una cosa, Miriam… Es posible que haya cambios.

—Cambios de qué…

—Cambios. En el estudio. Cambios drásticos, para mí por lo menos.

—No te entiendo. ¿Qué ha pasado?

—Voy a dejar el estudio.

—¿Vas a qué?

—He tenido problemas, esta misma mañana, con Diego y Javier. Problemas que no tienen pinta de poder resolverse. Quieren comprar mi parte y dejarme a un lado.

—Pero, ¿el estudio no lo fundaste tú?

—Los tres, en realidad. Se veía venir, hasta cierto punto. Mis últimos años no han sido buenos y las discrepancias han pasado a ser discusiones con demasiada frecuencia. Esta mañana me citaron en el despacho de Francisco y éste me lo dijo mientras los dos miraban la escena como pasmarotes.

Miriam, antes de saber que era intención de Ricardo proponerle que lo acompañara en su nuevo proyecto, cuando supiera en qué iba a consistir, se dejó llevar por las emociones, más vulnerables de lo habitual dados la noche y el brut de su padre, y derramó lágrimas que recorrieron sus mejillas antes incluso de que su rostro reflejase la impresión que le había causado la noticia.

—No te preocupes —dijo Ricardo al verla en ese estado—. Todo tiene solución y me voy a asegurar de que no tengas problemas de ningún tipo. No llores, Miriam, no merece la pena. En la guantera hay clínex.

—Es que —dijo entre sollozos—, por mucho que uno prevea cómo serán las cosas, todo sale siempre al revés. Justo cuando pensé que me había adaptado y…

—Miriam, no tienen por qué cambiar las cosas. La única diferencia será que yo no estaré. Pero mira… —Ricardo se señaló y la señaló—. Al final nos hemos hecho amigos, como tú dices, y podremos vernos fuera del trabajo. El sábado mismo, no pienso perderme el cuzcuz de tu padre —Miriam sonrió el comentario de Ricardo en agradecimiento por su esfuerzo para tranquilizarla.

—Déjame ir contigo. Seré buena. Nos quedaremos en el salón hasta que nos durmamos, como el otro día.

—El otro día no solo hicimos eso.

—Ya lo sé —Miriam se sonrojó—. Fueron las copas…, y que llevamos mucho tiempo en el estudio dándonos vueltas el uno al otro, ¿no?

—Tanto como darnos vueltas, no sé…

—Sé cómo me miras, no soy tonta. Cuando me levanto por las mañanas pienso en qué ponerme para gustarte, para que me mires.

—No deberías contarme eso. No le digas a un hombre que te vistes para gustarle. Créeme, no hará la lectura que tú esperas.

—Tú no eres cualquiera. A ti te lo puedo decir. Me gusta que me mires y que me sigas por el despacho. Me gusta pasar por tus cristaleras o entrar en tu despacho y sentarme en frente o quedarme en pie y verte con cara de bobo,

mirándome.

—Exageras.

Ricardo sintió aversión por su propio egoísmo, que había tomado el control de sus contestaciones, y protegía los derroteros que podría llegar a tomar su relación con Pilar y que lo llevaban a mentir a Miriam en un momento en que su ingenua franqueza, la hacía tan vulnerable que se sinceraba, un poco más y sin tapujos, con cada frase que pronunciaba.

—¿Me vas a decir que no te gusto?

—No he dicho eso —Ricardo miró por la ventana—. Digo que una cosa es mirar a una mujer porque sea atractiva y otra cosa es que esa mujer te guste en el sentido que le das.

—¡Mírame por lo menos! —exclamó Miriam irritada—. ¿Sabes lo difícil que es conectar con alguien? Conocer a una persona, con la que te apetece estar y que te corresponde, es muy difícil. Puede que para ti no lo sea, no lo sé. Supongo que esos hoyuelos y esa mirada de actor de Hollywood, te habrá puesto las cosas muy fáciles siempre. Pero soy una mujer. Y una mujer atractiva. ¿Tú sabes lo difícil que es separar el grano de la paja y encontrar a alguien interesante? Lo único que quieren los hombres, lo único que miran, es esto. —Miriam aplastó con energía sus pechos.

—Miriam, por favor. Si me machacas, serás la segunda que lo haga hoy y de verdad, no puedo más. Necesito descansar. Mira la hora que es. Hace dos minutos hablábamos de hacernos amigos y ahora resulta que tengo la sensación de haber roto un compromiso de matrimonio con alguien a quien ni siquiera he besado.

—¡Vete a la mierda! —Miriam salió del coche y cerró la puerta con brusquedad.

El primer recuerdo que Ricardo tenía de sí mismo era de cuando tenía seis o siete años. Había ido antes a la playa, como demostraban fotos en las que nunca se identificó a sí mismo. Sí, existían las fotos, en las que aparecía con un bañador de cuadros y un gorro demasiado grande. Pero era otro el que lo había vivido por él, otro niño con su cara que se le parecía. Salvo imágenes puntuales y sensaciones aisladas que no le servían para construir un recuerdo, siempre tuvo la sensación de que los primeros años de vida fueron años perdidos. No recordaba qué decía o pensaba ese niño de tres o cuatro años que lo miraba desde las fotos y le pedía explicaciones de lo que había hecho con su futuro. El futuro de ese niño, no el suyo. Como si al mirar las fotos sintiera que su futuro no le perteneciera; como si aquel niño y solo él, tuviese derecho a pedir explicaciones de todo lo que había hecho mal en su vida. Pero en su memoria, había un comienzo. Un primer día en que aquel niño fue exorcizado y dejado en sus manos. Un primer día, que en su memoria lo hacía cobrar entidad corpórea y conciencia de sí mismo. Un primer día, en el que corrió hacia el mar. Un primer recuerdo de saberse Ricardo, que llegó con una carrera por la arena caliente y seca y que, sin dejar de correr, lo llevó a la

húmeda y fría arena de la orilla y después, al agua enturbiada que entorpeció sus movimientos y venció sus fuerzas hasta que cayó desplomado y fue engullido por una ola, que lo revoloteó hasta escupirlo de nuevo a la orilla y dejarlo allí, golpeteado por la resaca de las sucesivas olas y semienterrado como una concha. Ese día nació Ricardo, pensó. Ese día, cuando se dio la vuelta en la arena mojada y miró el inmenso azul del cielo, hizo un descubrimiento que lo llevó a nacerse. Nada sería lo mismo a partir de aquella sensación de pertenecer a la tierra, al agua y al aire que tuvo allí, en la orilla de la playa, como una concha de la que pudiera renacer. Y desde entonces, se buscó entre las páginas de los libros y entre los muñecos y las pelotas y quiso ser explorador y aventurero; rey y caballero; pirata. Pirata siempre. Y descubrir el octavo mar, que pocos eran siete mares para un espíritu como el suyo.

Ya se lo dijo su viejo profesor de inglés, que acudía dos veces en semana para dar clases a todos los hermanos. Era un hombre enjuto y fibroso, amante de la Historia y las adivinanzas, con acento irlandés y un humor cuestionable, que expelía sus flemas sobre un pañuelo tan grande como las camisas que usaba Ricardo. Uno de los primeros días de otoño, del año en que Ricardo cumplió nueve, de breves y escasas lluvias y brisas frescas, de jerséis abocados a las cinturas de los niños a media mañana y de aromas a pasteles cremosos de nata y chocolate, Mr. Byrne interrumpió la rutina de la clase –único evento capaz de reunir a todos los hermanos en el mismo sitio y en silencio–, para contarles una historia que había recordado al contemplar un dibujo del libro de texto: «Un niño llamado Elson, no mucho mayor que vosotros, ni mucho más listo, quería ser capitán de barco. Quiso conocer los secretos que el destino reservaba para él y le preguntó a la noche: “¿qué será de mi cuando sea mayor?”. La noche no dijo nada. Pero la brisa acarició su cara, gotas de sirimiri mojaron sus cabellos y la luz de la luna cubrió el valle. Fue entonces cuando Elson interpretó las señales y quiso ver en ellas un augurio favorable a sus más íntimos deseos. Su imaginación lo llevó a la proa de un bergantín y quiso que la brisa de la noche fuera marina, que las gotas en su cabello fueran agua salpicada por la roda del navío al romper las olas y que el verde azulado del valle alunado fuera la inmensidad del océano bravío ofrecido por la noche para ser navegado por su destrero pilotaje. Cuando creció, Elson fue hechizado por la sensatez y su memoria disipó los recuerdos de aquella noche. Cambió el sextante por una tiza, el timón por una pizarra y el mar por bravíos estudiantes. Pero cada año, cuando llegaba marzo al valle, Elson preguntaba a la noche: “¿qué seré de mayor?”; y la noche en silencio le respondía con una brisa, fina llovizna y mares de hierba: serás capitán de barco».

Ricardo se decidió a poner en marcha el BMW. Miriam había pedido un taxi y mientras lo esperó, a escasos metros del coche, sus miradas no se cruzaron ni una sola vez. Como si tuviera a Mr. Byrne sentado a su lado, Ricardo oyó su voz y la de sus hermanos y su boca se llenó del sabor de

magdalenas y chocolate caliente; la historia del niño que le preguntó a la noche palpitó en sus oídos como un devaneo y enmudeció a las malas acciones y los errores. Miriam se fue. Ricardo se bajó del coche y se acercó a las verjas que encerraban el parque y penetró con su mirada a través de la penumbra hasta que pudo apreciar el grosor de los troncos de algunos árboles y sus vigorosas ramas y la silueta grisácea de un banco de hierro. No era el valle de Elson, ni llovía, ni se movía una hoja. Ya no era un niño y había olvidado cómo preguntarle a la noche lo que le depararía el futuro. Aquella vez lo hizo como Elson; la misma noche en que Mr. Byrne les contó la historia, Ricardo imaginó que su cama era el mar y el aire sibilante en su ventana la brisa y le preguntó a la oscuridad de su cuarto si podría ser lo que quisiera. Ricardo buscó entre las sombras del parque los atisbos de alguna certeza, que le permitiera conservar la fe en sí mismo, al menos hasta poder ordenar su vida; al menos, hasta encontrarle un sentido a sus desvaríos y el porqué de las vicisitudes que lo desconcertaba. Inseguridad. Miedo, tal vez. Ricardo puso sus manos sobre dos de los barrotes de las rejas del parque y tiró de ellas con fuerzas, al tiempo que emitía un estruendoso alarido de rabia.

Condujo un rato. Al mirar el reloj, la una y media no le pareció tan tarde para buscar a alguien con quien pasar el tiempo. Quince minutos más tarde, aparcó en las inmediaciones de la calle de Cristina. Si había llegado allí por voluntad propia, Ricardo no se lo preguntó. Fue un impulso que lo llevó al portal de Cristina y que una vez allí, lo conminó a pulsar el botón de su piso. Pudo haber llamado, haber mandado un mensaje de texto. Haber previsto que existía la posibilidad de que no estuviera o de que no quisiera verlo. Apretó el botón del portero electrónico y esperó. Volvió a llamar y esperó. Insistió y esperó. No le preocupó que el telefonillo hiciera, con cada llamada, un desagradable ruido, cuya intensidad bien podría haber despertado a más de un vecino. Cristina comprobó por el videoportero que se trataba de Ricardo y, aunque sorprendida, abrió sin responder. Se miró en un espejo del recibidor y ante la imposibilidad de adecentar su aspecto, incluido los alborotados pelos, se sentó en un baúl de piel a esperar que Ricardo subiera y trató de espabilarse. Dos minutos después, Ricardo llamó al timbre. A Cristina le impactó el abatimiento que reflejaba su semblante. No podía olvidar lo que había pasado esa tarde y su voz denotó que no estaba receptiva para los cambios del humor caprichoso de Ricardo.

—¿Se puede saber qué haces aquí?

—No lo sé, necesitaba hablar contigo.

—Son las dos de la mañana, Ricardo. Mañana tengo una cita a las nueve y media.

—No quiero estar solo.

—Me importa poco lo que quieras, Ricardo. No es el día.

—¡Ya lo sé! —Ricardo elevó la voz y más allá de molestarla, Cristina quiso evitar que los vecinos lo pudiesen escuchar.

—¡Entra!

—¿Puedes darme agua? —Ricardo se paró junto a la puerta de la cocina.

—Siéntate. Ahora te la traigo. Pero si vuelves a gritarme, te vas por esa puerta.

Como un niño en su mundo, tan aislado de la realidad que no supiera por qué recibe una reprimenda, Ricardo bebió el agua como si quisiera extinguir el fuego que arrebataba su cara. Con el vaso vacío en la mano, con la inmovilidad de un cataléptico, parecía esperar que fuese Cristina quien le dijera por qué había terminado en su puerta y la había despertado a las dos de la mañana.

—¿Qué ha sido ahora? Por lo que veo, te has arreglado, aunque tienes pinta de llevar fuera toda la noche. ¿Qué te ha salido mal ahora? ¡Tiene narices lo tuyo! Me dejas hecha polvo esta tarde y luego te vas, como si nada, a cenar por ahí o a hacer lo que sea, supongo que para no tener que pensar. Y al final de la noche, cuando ya no te queda otra cosa que hacer, te dices: me voy a casa de Cristina…

—¿Puedes parar? —interrumpió Ricardo—. Si quieres me voy, pero no me hables así, porque yo nunca lo hago. Contigo no.

—No, conmigo no. Conmigo ha sido todo siempre paz y armonía —dijo con sarcasmo—. ¿Que tengo un mal día? Pues nada, Cristina siempre está para mí. Ya lo hacías cuando eras un niño.

—Tú también estabas —replicó—. Tú estabas ahí cuando te buscaba. Nunca te obligué a escucharme ni a atenderme. Es muy fácil sacarse de la ecuación y arremeter contra mí ahora que las cosas no te han salido como tú querías.

—¿Qué es lo que no me ha salido como yo quería? —Cristina se puso en pie y cruzó los brazos.

—Te has mantenido siempre a la distancia perfecta para no ser responsable de nada.

—¿Eso crees? Yo nunca te he impedido nada ni te he condicionado. ¿Vas a enjuiciar nuestra relación? Claro que sí, por qué no —ironizó—. Písalo todo.

—Lo que digo es que si tanto me querías, en vez de culparme de todo y echarme en cara que no hice nunca nada bien, pregúntate qué hiciste tú.

—Todo lo que te pasa es que no te conformas, así de simple. Todo lo que haces en tu vida es acumular. Solo eso. Acumular amigos, acumular dinero, acumular mujeres. Acumular, acumular, acumular. Y, ¿para qué? Para nada. Para estar solo en tu piso de mierda y con la cabeza puesta en todo lo que no has hecho todavía y todo lo que te gustaría hacer, mientras la vida pasa por tu lado todos los días y ni la miras.

—¿Me vas a dar lecciones tú? ¿No vives sola? ¿No has tenido diez parejas en diez años? ¡Somos iguales! Sí, iguales, no me mires así. —Y añadió señalándola con el dedo—: Tú eres ambiciosa e inconformista. Yo también. Qué fácil es señalarme para decir que lo único que me importa es el sexo y estar con una y con otra. ¿Y tú? ¡Claro, ya sé lo que te pasa! Eres tan tonta que crees que, como cuando sales con un hombre, tu cabeza te dice con

música de fondo: «igual es el hombre de mi vida»; —dijo imitando su voz—, lo que haces es más honesto; más auténtico que lo que yo hago. Pues, ¡entérate, Cristina!, los dos terminamos siempre en el mismo sitio: en la cama con un desconocido que nos hace sentir, durante un rato, que merecemos la pena y que gustamos a los demás. Así de simple. ¿Lo quieres pintar todo de azul y ver estrellas mientras follas? Perfecto. Pero tienes el mismo problema de autoestima que tengo yo.

Cristina ya no habló más. Ricardo la sintió petrificada, como si estuviese hecha de madera y cada palabra le hubiese extraído lascas astilladas. A Ricardo llegaban frases pronunciadas por Cristina hacía tiempo, mucho tiempo. ¡Qué indescifrables enigmas esconden tus ojos! ¿Qué verde puede tener todos los azules y qué azul todos los verdes? ¿Qué otros ojos sino los tuyos? Sonó la respuesta como un secreto de familia; como una verdad soslayada por mentiras sugerentes y viscosas que la engatusaron hasta que dejó de preguntar. ¡Podría haberle dolido tanto lo que Ricardo había dicho! ¡Podría haber sido tan nefasto para sus recuerdos aceptar que todo lo que Ricardo veía en ella fuera eso! Pero muy al contrario, pasados unos segundos, las palabras de Ricardo, pronunciadas con la vehemencia de una certera agudeza, la ayudaron a despojarse de los harapos pestilentes en los que había convertido sus contradicciones e incluso con un gesto, quiso quitarse el olor de los brazos y pasó sus manos por ellos como si estuviesen llenos de insectos que la molestasen. Todo lo que pensaba de Ricardo podía ser cierto. Lo era, se dijo. Pero oírlo hablar así; ventilar de ese modo las miserias acumuladas bajo la alfombra tantos años. Supo Ricardo que Cristina entendió que, con cada frase, había tratado de espulgar sus propias ruinas en busca de cordura y eso alejó la ofensa y el daño.

Los segundos se convirtieron en minutos. Ricardo permaneció de pie y seguía con los brazos cruzados, incómodo por la sensación que a sus ojos le producía la timidez de sus lágrimas, que temblequeaban vacilantes sin dejarse verter. Cristina lloraba en silencio y cubrió de ternura, con cada lágrima, los gestos que reflejaron su discurrimiento. Un paso. Solo uno los separaba. Demasiado abrupto para recorrerlo y, sin embargo, nunca tan dispuesto a ser recorrido. Cristina recobró la vista, el oído, la movilidad. Salió de su letargo y avanzó hacia Ricardo. Un paso. Solo uno dejó de separarlos. Ricardo descruzó los brazos para esperarla y cuando hubo llegado, Cristina se elevó sobre la punta de sus pies, pasó sus brazos alrededor del cuello de Ricardo y lo besó en la mejilla. Y duró el encuentro el tiempo que dura un secreto desde que deja de serlo hasta que todos aceptan que ha sido revelado.

—Vi una foto tuya —dijo Ricardo.

—¿Una foto? ¿Qué foto?

—En una cama, con Sonia.

Cristina lo separó con sus manos como quien evita ser agredida. Ricardo extendió sus manos y con ellas le preguntó el porqué de tan sorpresiva reacción. Un suspiro. Había durado un suspiro el entendimiento que los había

por fin acercado, después de tantos reproches y malentendidos. El beso casi le supo amargo a Ricardo, cuando comprobó que Cristina parecía tener vigías que tañeran campanas de aviso por cada palabra o comentario erróneo. Pero nunca podría haberse anticipado a lo que ocurriría; ni cómo la situación devendría en lance, por mor de sucesos que se le habían ido de las manos, sin saberlo, días atrás.

—¡Hijo de puta! —gritó Cristina.

—¿Yo? Pero, ¿qué he hecho ahora, Cristina?

—Cabrón enfermo. Te la has tirado. Te has follado a Sonia. —Cristina, airada y con la expresión destemplada, se echó las manos a la cara y se la restregó con rabia incontenida.

—Pero, ¡qué dices! ¿Tú te oyes? ¡Cómo me voy a tirar a la mujer de mi hermano!

—Eres un mierda. Tienes la cabeza llena de mierda. ¿Lo vas a negar?

—¿Porque te he dicho que he visto una foto significa que me he follado a Sonia? ¡Estás loca!

—Sí, te la has follado. De ella, me lo espero todo. Es una viciosa y haría cualquier cosa por meterse en la cama de cualquier tío que le gustase. Pero, ¿de ti? Pensé que si te ponía en esa situación saldría el Ricardo más decente. Pero ya veo que no es así. Que no tienes nada en la cabeza, nada más que tu obsesión por follarte todo lo que se mueve, sea quien sea.

—¡Que no me la he tirado! ¡Que la llevé al trabajo y la recogí del trabajo! Eso es todo. Joder, Cristina. Esto es de locos, pero de locos. Mira cómo te pones.

—Encima eres gilipollas. ¿Sabes por qué sé que te la has tirado? Porque me lo has dicho tú. Imbécil. Tú me lo has dicho al decirme que habías visto la foto. Esa foto nos la hicimos cuando teníamos diecinueve o veinte años en su dormitorio. Nos la hicimos como un juego, una apuesta estúpida. A ella le gustabas. ¿Crees que fue casual lo de la piscina? ¡Quería que te fijaras en ella! Es tan sibilina, que es capaz de haberse casado con tu hermano solo para tenerte cerca. La foto ni la tengo. Por supuesto, nunca te la hubiese enseñado. ¿Pero ella? Me ha mandado un mensaje con la foto, esta mañana. ¿Por qué crees que lo ha hecho?

—Me la enseñó sin más, Cristina. No pasó nada. ¿No se te ha ocurrido que a lo mejor quiere esto?

—¡Dime que no te la has tirado! —Cristina se sentó y puso sus manos sobre ambas rodillas. Trató de calmar su respiración.

—No, no me la he tirado. Nos ha jodido. A ti y a mí, a los dos.

—¡Qué asco! ¿Puede hacer algo así y dormir tranquila?

—Parece que no la conoces. ¡Y tan tranquila que duerme!

—Perdona. Ha sido…

—No te disculpes—. Ricardo se sentó en el reposabrazos de un sofá—. Nos ha fastidiado, pero que bien fastidiado. Pensé que no venía a cuento que me enseñara la foto, pero no me imaginé que…

—Lo he estropeado —Cristina se afligió hasta el llanto.

—No has estropeado nada. —Ricardo se arrodilló junto a ella y la calmó con caricias en el pelo—. Ha sido culpa mía, no tendría que haberlo mencionado.

—Ninguno de los dos tenemos la culpa. Es Sonia. No sé ni por qué llamo amiga a una persona que es capaz de hacer algo así, tan retorcido. Ella es la enferma… Antes te he dicho enfermo… Perdóname —balbuceó entre llantos irregulares y desconsolados—. No lo pienso, de verdad que no lo pienso.

—Cristina —susurró—. No tienes que disculparte. No llores. No has estropeado nada y de verdad que ni por un momento he creído que pensaras que soy un enfermo. Venga, tranquilízate.

—Es que… Esa tía es peligrosa, Ricardo. Mira lo que ha conseguido. Mira lo que nos ha hecho. —dijo Cristina entre sollozos.

—No nos ha hecho nada —dijo Ricardo.

Y como pasa cuando las emociones afloran a la superficie, Cristina dejó que sus inquietudes la dominasen, más allá de todo sentido del orden que impuso en su vida cuando maduró sus sentimientos hacia Ricardo y de la racionalidad con la que procuraba dirigirse.

—¿Me quieres?

—Claro que te quiero, Cristina. Lo sabes.

—No, quiero saber si me quieres. Si me quieres… —repitió.

—Mucho. —Ricardo procuró distraerla de su propia pregunta y evitar que confrontase la respuesta con la verdadera intención de la pregunta—. Siempre nos hemos querido mucho, desde que nos conocimos. ¡Somos hermanos de sangre! ¿Te acuerdas? ¡Cuánto daño hace el cine! Te pinché demasiado fuerte y me pegaste en la mano. Pero juntamos las manos e hicimos un juramento. ¿Qué edad teníamos? ¿Once?

—Tú once, yo diez.

—Deberíamos descansar. Mañana tengo un día muy largo y por la noche, la reunión de compañeros del colegio. Si te quieres pasar, te puedes pasar. Los conoces a casi todos.

—Quédate, Ricardo. Quédate y nos abrazamos.

—No puedo, Cristina. Siento haberme presentado así y siento todo lo que ha pasado. Te doy mi palabra de que no vine con intención de nada. No me gustó cómo termino la cosa esta tarde y no quería dejarlo así, eso es todo.

—Lo sé, no te preocupes. Me pasé contigo esta tarde. Cuando has llegado, me he alegrado de que lo hicieras. ¡Me has despertado, eso sí! —bromeó—. Pero me he alegrado.

—Déjame lo de Sonia a mí, por favor. No le digas nada.

—¿Que no le diga nada? Por supuesto que pienso mandarla a la…

—No lo hagas —interrumpió Ricardo—. Es lo que quiere. Quiere eso mismo. Si se lo dices, sentirá que ha ganado, que se ha salido con la suya. Sería una idiotez por nuestra parte darle ese gusto. Sé que cuesta, pero lo mejor es ignorarla. Indiferencia. ¿Le has contestado algo cuando te ha

mandado la foto? ¿Te ha dicho algo ella cuando te la ha mandado?

—No. Solo ha escrito en el mensaje: ¿te acuerdas? —Cristina cubrió su cara con sus manos—. ¡Qué asco!

—Bueno, olvídalo. Lo importante es que lo hemos aclarado entre nosotros. Ya se me ocurrirá algo para que esto no le salga gratis.

—¿Qué?

—No lo sé. Está casada con mi hermano, ¿no? La vida es muy larga.

Aquel jueves…

Ricardo amaneció en calzoncillos, con la sensación de haber sido lanzado contra la cama hacía unas horas y no haberse movido desde entonces. Que le doliera la cabeza, era lo de menos. Si llegaba a ser insoportable, tomaría dos aspirinas. Era su pensamiento lo que lo atribulaba. Preconizaban a gritos en su cabeza un cambio y a pesar de las señales, que se habían sucedido como cometas en una noche oscura, no terminaba de entender qué podía esperar de sí mismo, en medio de la refriega en que se había convertido la semana. Lo de la noche anterior, no solo había sido inesperado, lo hizo sentir decadente, indecente. Mentir se había convertido en un recurso, una herramienta desligada de las emociones y desconectada de toda realidad. Mentía porque tenía que hacerlo y funcionaba, cumplía su cometido. La falta de reacción del mentido lo sanaba de todo remordimiento, como si el hecho de mentir no removiera su conciencia, pero ser descubierto en una, lo hundiera en una miseria flagelante.

Encendió el móvil. «147 mensajes». Abrió la aplicación y leyó:

«Carlos Cifuentes creó el grupo "Reunión Colegio".

Se te añadió al grupo.

Jorge Pazos: Señores, quedan treinta y seis horas.

Borja T.: Llego mañana a las cuatro. ¿Alguien puede recogerme?

Luis García: Falta gente en el grupo. Añado a los que tengo. ¿Quién ha puesto la foto de perfil?... Que la cambie.

Jorge Pazos: Pero si salís muy guapos los dos.

Luis García: Que sí, que eres un crack. Pero si mi mujer ve esa foto, mañana no voy a la cena. Así de claro.

Jorge Pazos: Coño, saliste con Amalia hace mil años. Se entiende que es una broma.

Luis García: Cómo se nota que no estás casado, gilipollas.

José A. Lagos: Luis, yo tengo una de Jorge en pelotas y borracho, del día de la puesta de largo de Maribel. Si se pone pesado, la pego en la puerta del restaurante, para dar la bienvenida.

Borja T.: Yo no fui a esa fiesta. ¿Se despelotó en la fiesta? Eso no me lo habéis contado.

José A. Lagos: En la fiesta no, en el albergue. Se metió en la habitación con una tía y salió por los pasillos en bolas pidiendo un preservativo.

Jorge Pazos: Y cómo no, allí estaba José Antonio con su cámara en la mano. ¡Cuánto daño ha hecho la afición del niño!

Alfredo Navas: ¿Otro grupo? ¡Que os gusta un grupo! Que sí, que mañana a las diez todos en el restaurante. Si no os importa, me salgo que tengo más grupos que contactos.

Borja T: De aquí no se sale nadie. El grupo es para compartir las fotos de mañana y más importante, para comentar la jugada sobre la marcha. Mañana

vienen todas, por si alguno se lo está preguntando. Solo faltará Paloma porque vive en Nueva York.

José A. Lagos: “Todas” quiénes son…

Borja T: Pues todas. Isabel, Pau, Marta. Todas».

Ricardo dejó de leer. Imaginó que el resto de los mensajes serían parecidos. Al ver en la pantalla los nombres de sus compañeros sintió una profunda desazón. Pasar la noche con todos ellos suponía, con el estado de ánimo en el que lo había sumido todo lo ocurrido en tan pocos días, un sobreesfuerzo tal, que no descartaba la posibilidad de evitarlo. Además, se dijo, de todos los que asistirán, solo tengo contacto con cinco o seis a los que, de todas formas, veo muy a menudo. Lo único que podría llegar a motivarlo para el encuentro era que Margarita había confirmado su asistencia. Cómo podía quedarle energía a su imaginación, para ofrecerle una efigie detallada de Margarita en todo su esplendor juvenil, era desconcertante y pensó que sería una de las preguntas que le haría a la psicóloga que le había recomendado su hermana. Allí estaba Margarita, acendrada, perfecta; dispuesta a evadirlo de toda realidad palpable, en pleno desayuno y pocas horas de una noche desdichada. Como si estuviese delante, Ricardo contempló fascinado su aterciopelada piel de raso y su pelo caoba, tan oscuro como una noche africana. Margarita. Despertar de una desconocida e incipiente lujuria, que bebió de cada impecable trazo con el que la naturaleza demostró en ella la inconmensurable belleza de la que es capaz; de cada cándido parpadeo con los que su indulgencia apagaba durante un suspiro la luz ámbar de sus ojos. Margarita. Venida a la tierra y hecha materia ante sus ojos, desde la platónica inmensidad de su inocencia, para despertar en él una ambición desmedida por besar, tocar, palpar, jugar, abrazar para sí y para siempre. Le dijo a Margarita que la quería; que soñaba con ella; que le escribía un poema cada noche, a la luz de una linterna, en la clandestinidad, bajo las sábanas. Y quiso que permaneciera virginal; como un capricho de los dioses que le hubiese sido confiado a su cuidado; como una estrella polar que lo guiase el resto de su vida hacia ella y que le permitiese estar siempre a un paso de entenderla y completarla. Margarita estaría en la cena. Si se decidía a ir, sería por ella; no podía permitirse darle argumentos a su íntima diatriba; no podía presentarle más pruebas de su absoluta inutilidad para consagrarse al sentido común; pero al anticiparse a la sensación de emocionante vértigo que le produciría verla después de más de diez años, decidió que iría.

Cuando Ricardo comprobó dos veces que la llamada entrante correspondía al número de Pilar, tardó unos segundos en contestar, mientras se preguntó si le costaba aceptar que una mujer así hubiese entrado en su vida por la puerta de atrás, sin llamar ni pedir cita, sin aventurarse en elucubración alguna sobre la conveniencia de una hipotética posibilidad de relación, y cuando se contestó que las mejores cosas pasan porque tienen que pasar y nadie es capaz de preverlas ni evitarlas con antelación, descolgó. Pilar le contó que debería

haber facturado las maletas en la terminal del aeropuerto a las diez de la mañana. Eran las once y todavía estaba acostada. Que si le hubiesen preguntado en ese momento si pensaba en algo, no habría respondido. Le dijo que no pudo concretar en qué momento decidió quedarse y que, mientras seguía tumbada, su padre la llamó por teléfono hasta en cinco ocasiones, quién sabe si desde el aeropuerto, pero que no contestó. Que la sacaron del trance los dos golpes secos que Miriam había dado a la puerta de la habitación y que se repuso sin más esfuerzo y contestó a su hermana, invitándola a pasar, y que Miriam, enfurecida, se puso a gritar. Ricardo reconstruyó la escena en su cabeza, con todos los detalles que Pilar le dio y con los que su imaginación quiso añadir, como si la voz de un locutor anónimo le fuera radiando lo ocurrido:

«—¡Pilar! ¿Sabes la hora que es? ¿Dónde tienes el móvil? —Se puso junto a mi cama y repitió lo mismo con los brazos en jarra y la cara desencajada—. ¿Sabes qué hora es?

—¡No me chilles! —le dije.

—Llama a papá, porque no sé si sabes que ha estado en el aeropuerto hasta hace diez minutos.

—Yo no le pedí que fuese.

—¡Ah! Pues ya está. Como doña Pilar no le pidió que fuera, no tiene por qué preocuparse si no te ve. ¿Tú eres tonta o te lo haces?

—Miriam, frena. Igual tengo un motivo, ¿se te ha ocurrido pensarlo? Gracias por preguntar si me pasa algo. Es más fácil entrar pegando voces, como siempre.

—¿Te pasa algo? —Antes de que pudiera contestar, Miriam se adelantó—: ¿No? Pues ya está. Llama a papá.

—Ahora lo llamo. Déjame en paz, Miriam.

—No, déjame en paz, no. Que me he venido del trabajo, bonita. Y no están las cosas en el trabajo como para escaquearse.

—¿Sí? No creo que Ricardo te haya puesto muchas pegas. —Fui sarcástica, lo reconozco. Le herí el orgullo.

—Pues ni eso está tan claro, que llegas tarde a enterarte de todo, como siempre. Además, ni está en el estudio. Lo han echado… Sí, sí, no pongas esa cara de idiota. Los socios lo quieren echar.

—¿Lo quieren echar o lo han echado? ¿Te lo ha dicho Ricardo?

—¡Sí! Se ha ido todo a la mierda y por la razón de siempre: dinero.

—No sabía nada. ¿Cómo está?

—¿Ricardo? Mal, muy mal.

—¿Es oficial? Quiero decir… ¿Me lo has contado?

—No. No quiere que nadie lo sepa. Hasta que no hable con sus socios y todo esté claro no quiere que nadie se entere.

—¿Qué vas a hacer? ¿Te quedarás en el estudio? —le pregunté tras escuchar en mi cabeza una voz que me susurraba: «que se quede, que se quede en el estudio»—. Eso lo tendrás que atar como sea, ¿no?

—Por esa parte estoy tranquila hasta cierto punto. Ricardo me ha dicho que puedo irme con él. Que cuenta conmigo. No sé qué hacer, porque aunque me ha dicho que los proyectos importantes se los lleva él, la verdad es que… No sé, estoy hecha un lío. Llevo pensando en eso desde que me lo dijo. Quiero irme, pero tampoco quiero quedarme sin trabajo en dos meses porque las cosas no le vayan bien. Verás, que me encantaría que… ¡Pilar! ¿Quieres dejar el móvil y escucharme?

—Le estoy mandando un mensaje a papá. ¿No querías que lo avisara? Pues lo estoy avisando. Sigue, hija, sigue.

—Nada, da igual. Que me encantaría que le fuese bien, pero que nunca se sabe.

—Bueno, pero él te gusta. Digo yo que eso contará para ti. Otra cosa es que no te apetezca.

—Eso se acabó. —Miriam cambió el semblante casi con brusquedad y se mostró compungida—. Me lo ha dejado claro. No quiere nada conmigo. Desde luego, ¿tal y como se portó el otro día? Más me vale quedarme en el estudio y que se vaya a la porra. Me dejó planchada.

No daba crédito a lo que acababa de salir por la boca de mi hermana. Me costó asimilar cada palabra y darle significado. Lo había dicho como si no le importase lo que pudiera significar para mí. Y no le importa porque no sabe nada, pensé cuando sosegué los nervios iniciales que la noticia me había causado. Debía guardar silencio absoluto sobre lo que sentía, ahora más que nunca. Si tenía dudas, desaparecieron en cuanto Miriam compartió conmigo que te habías pronunciado. Por fin lo ha hecho, pensó. Lo sabía, me dije. La expresión afectada de Miriam no me produjo ningún sentimiento. Me dio igual. Tendría poco que superar, a juzgar por lo que me dijo que sentía por ti…

—Vaya, lo siento —mintió—. ¿Cómo ha sido? El otro día cuando estuvo aquí, parecía que la cosa iba bien, ¿no? Además, os…

—Fue una tontería que pasó, ya está. Una tontería que no tuvo importancia. Para mí tampoco. No sé lo que él cree que pasó, pero fue una tontería. Seguro que pensó que quería algo serio o algo así y por eso me dijo ayer que no era el momento.

—¿Ayer? ¡Ah! ¿En la galería?

—¿En la galería me va a decir eso, Pilar? ¿Con papá y todo el mundo allí? Tienes unas cosas a veces.

—Yo qué sé. Como dices que esta mañana no ha ido al estudio.

—Ayer, hija, ayer por la noche. Se ofreció a llevarme en coche, después de que te fueras. Me sinceré, o eso creo. No sé cómo, pero terminé preguntándole si yo le gustaba y el muy cretino, porque es un cretino por muy bien que me caiga, va y me dice que exagero. ¡Que yo, —dijo señalándose con el dedo— exagero! Y no, no exagero. Sé cómo me miraba en el estudio. Cada vez que tenía ocasión, miradita. Cada vez que veía la oportunidad, charlita. A un metro de mí. Y si no, enfrente, mirándome las tetas. ¡Que lo he cogido

mirándomelas mil veces!

—Bueno, me dijiste el otro día que eso no te molestaba. —Me arrepentí de decirlo nada más ver cómo se enfureció Miriam.

—No me importa, —gritó— siempre que haya algo más. A ver si piensas que a mí me gusta que me miren las tetas y el culo todo los que pasan por la calle. Lo hacen, nos importe o no, porque eso no lo remedia nadie y los hombres son así: miran, miran y miran. Y encima te miran como si tuvieras que estarles agradecidos. ¿Son o no son tontos algunos hombres? Es como si el hecho de haberse fijado en ti les diera derecho a mirarte como les da la gana o a decirte lo primero que se les pase por la cabeza. Y te sueltan cualquier estupidez o te pitan desde un coche o te miran convencidos de que si cruzas la mirada con ellos un segundo, eso es que quieres algo; eso es que quieres que te entre y te diga algo.

—¿Te quieres tranquilizar? Me pones histérica cuando te pones a gritar. ¡Que sí! Los hombres son muy suyos para sus cosas. Eso no lo vamos a cambiar. Pero que lo que quiero saber es: ¿cuáles son las otras señales que te ha mandado? según tú. No digo que te hayas confundido, pero como te conozco y sé que a veces te puede el entusiasmo, igual has creído una cosa cuando era otra. Espera, espera… —La cogí del brazo— no te vayas y no te cabrees. Que no digo que no lo haya hecho, pero que si me dices qué tipo de cosas ha hecho, igual nos aclaramos. Solo eso.

—Es que si no me crees, ¿qué quieres que haga? Yo te digo lo que ha pasado. Que han sido muchos meses de miradas, de tonteo, de sonrisas, de esperarme en el ascensor para bajar conmigo. Que si qué bien hueles; qué bonitos zapatos; qué bien te sienta el pelo así; me gusta el abrigo. En fin, que no me he caído de un guindo como para no saber cuándo le gusto a un hombre.

—¿Y si hay algo más?

—¿Algo más de qué?

—No sé. Algún motivo; algo que lo haya hecho cambiar. Puede que haya otra persona. —No pude evitar sonsacarle, a pesar de que seguía mostrándose irritada.

—Otra no, muchas. En plural. Con eso ya contaba. Es Ricardo.

—Por eso mismo. Dices que a Ricardo le gusta… ligar. Que le gustan las mujeres y no desaprovecha ocasión.

—Mucho —dijo Miriam.

—¿Qué sentido tiene que rechace una aventura contigo?

—¿Una aventura? Por Dios, Pilar, ¡qué antigua!

—¿Qué quieres que diga?

—No sé, hija. Enrollarse, follar, acostarse; pero, ¿una aventura?

—¿Y qué más da la palabra? ¿Tiene sentido?

—Visto así, no.

—¿Y si te has equivocado con él? Tú misma dijiste que eran rumores. Que todo el mundo lo sabía. Pero ya sabes cómo es la gente, o ¿ya no te acuerdas

de lo que pasó con Fernando?

—Eso fue distinto.

—Sí, fue diferente. Pero me refiero a lo de los rumores. ¡Todo el mundo pensaba que era gay! ¡Todo el mundo! Y se dedicaron a propagarlo a los cuatro vientos. Todos nos dedicamos, me incluyo. ¿Lo hicimos con malicia? No, lo comentábamos. Era obvio. Sus maneras, su forma de andar.

—Aquello fue un desastre, eso lo reconozco. —Miriam no pudo evitar que se le escapara una sonrisa con cierta malicia

—No te rías, Miriam, tía… —dije sobrepasada—. ¡Ya me dirás! Cuando se te declaró te reíste en su cara porque creías que estaba de broma. Y encima para disculparte por reírte, le dijiste que todo el mundo lo decía.

—Hazme caso. Esto no es lo mismo. Ricardo es un ligón en toda regla. Te digo yo que ese se ha follado a todas las que ha podido y más.

—Qué basta estás desde que entraste en la carrera, Miriam. ¿No puedes usar otro lenguaje?

—No me da la gana, ¿y ésta? —Me dio un leve empujón con una mano y me dejó caer de lado sobre la cama—. Habla bien tú; a mí déjame que sea ordinaria, que de vez en cuando sienta muy bien.

—Bueno, yo con lo de Fernando aprendí que lo de juzgar a los demás por las apariencias —Hice una mueca y negué con la cabeza—: mal.

—Pilar —dijo alargando la «a» con resignación—, a veces eres muy ingenua, o te lo haces. Pero si es que… ¡se le ve! Se ve cómo es. Es el estereotipo más claro que he visto en mi vida: BMW, apartamento con decoración de diseño, ropa de marca, perfume caro a diario, soltero…

—¿Has estado en su casa? —pregunté alarmada, como si una respuesta afirmativa no fuese a dejar dudas de que algo había pasado entre vosotros que mi hermana no estaba dispuesta a confesar—. ¿Cuándo?

—Estás muy rarita, Pilar. No, no he estado en su casa. Pero he visto fotos. Nos lo enseñó a todos, uno a uno, cuando terminó de decorarlo su amiga…, no me acuerdo del nombre…Sí, Cristina. No sé cuántas veces nos ha prometido a los del estudio una cena o una copa en su casa. Pero hasta ahora, nada.

—¿Hace mucho que se mudó?

—Un par de años. —Miriam se puso en pie y me miró con la ternura de quien alecciona a un niño sobre los rudimentos más básico de la vida y añadió—: Déjalo, Pilar, que te estoy viendo. Sé lo que pretendes —sonrió—. Ya sé que estas deseando que me estabilice y piensas que Ricardo podría ser una buena opción y te lo agradezco. Pero de verdad, no llega a tanto lo que siento por él. Es verdad que ayer me enfadé y mucho, pero porque soy humana y no es agradable tener en frente a un tío que te ha tirado los tejos durante meses, con todo el descaro, y que una vez que me decido a mostrar interés por él y en su cara le digo que no me importaría tener «una aventura», como dices tú, pasa de mí no sabes cómo.

—Yo no pretendo nada. —Me consumía una euforia tal, que galopaban

por mi estómago ejércitos enteros de nervios, que me pellizcaron cada terminación hasta dejarla tan exhausta, que mi voz se quedó sin fuelle. Miriam no sería un problema, pensé. Sí, perderá la compostura cuando se entere y dará uno de sus discursos airados sobre la lealtad entre hermanas, pensé, pero poco más.

—Ahora que ya hemos hablado de tu tema favorito estos días, ¿puedes decirme, de una vez, qué te pasa? ¿Por qué no te has ido a Barcelona?

—Las chicas quieren que nos veamos esta noche.

—¿Tus amigas han dado señales de vida? ¡Vaya! Eso sí que es una sorpresa. ¿Y qué se cuentan las muy…?

—No empieces, Miriam.

—No empieces, no, Pilar. Llevas aquí tres días y ninguna te ha llamado. ¿Y cómo ha sido? ¿Les has insistido?

—No. Puse ayer en el grupo que cenáramos juntas, que me iba hoy. Todas se lamentaron de no habernos visto y dijeron que era una pena, porque hoy era jueves y sí podían todas y que «hay que ver; que por qué no me iba el viernes; que qué prisa tenía;» y blablablá.

—¿Te han llamado por lo menos?

—Pami sí, me llamo ayer. Y Tere, me mandó un mensaje.

—¿Quieres que vaya contigo? No tengo planes. Puedo llamar a Trini o a Itziar y nos juntamos todas.

—Prefiero que no, Miriam, te lo agradezco. Hace tiempo que no las veo y si tienen que contarme algo o lo que sea, prefiero que no se sientan cohibidas. No creo que salgamos en plan de fiesta.

—Bueno, aclarado. Me voy al estudio. Llama a papá, no te olvides —dijo señalándome con el dedo—. Qué complicada eres a veces —relató mientras desaparecía por el pasillo».

Ricardo permanecía en silencio. Oía en su cabeza la voz de Pilar, como quien oye el monólogo de una actriz desde la platea de un teatro, alejado de la realidad más inmediata. Quiso volver a la conversación. Quería escucharla, a pesar del acuciante dolor de cabeza, si la presión que sentía en su pecho se lo permitía.

—Te lo noté ayer –dijo Pilar–. No lo entendí al ver tu cara, justo cuando estuvimos mirando el cuadro. Soy imbécil.

—No te estoy entendiendo bien, Pilar. Intento seguirte, pero…

—Siempre me adelanto en unas cosas y llego tarde a otras. En eso Miriam tiene razón, aunque no pienso dársela nunca. Casi pude sentir tu angustia cuando mirabas el cuadro… Pensé que estabas mal por lo del estudio y los problemas que tienes con tus socios. O que te agobiaba estar junto a mí en un momento en que no tenías fuerzas ni para entenderte a ti mismo. ¡Claro! La cabeza te iría anoche a mil revoluciones y entre todo a lo que le das vueltas, puede que también esté yo, seguro que sí.

—Lo del cuadro estuvo bien. Yo también sentí que algo me estaba

pasando, pero no sabría explicarte qué —dijo Ricardo, más por incitarla a seguir que porque supiese dónde quería llegar.

—El hoyuelo derecho siempre aparece antes que el izquierdo. Muy poco antes, casi inapreciable. Y a veces, solo ese hoyuelo se activa, como si apretases un botón. Si coincide con que nos estamos mirando, no aparece el segundo hoyuelo; te quedas como quieto, con los ojos clavados en mí; como si pudiera mirar dentro y no pudieses evitarlo… Olvídalo. No sé por qué te digo todo esto.

—Pilar… ¿No sería mejor que nos viéramos? Si pudiésemos hablar con tranquilidad…

—Para que podamos hablar, tendrías que salir de donde estás. —dijo Pilar—. Solo Dios sabe cuántas cosas más te estarán pasando por la mente. Sé que te resultará difícil encajar las piezas: Miriam, el estudio, mi padre y sus predicciones y valoraciones… Pero… ¿Por qué lo planteas así? Eres un hombre sin más compromisos que el que tienes contigo mismo.

—¿No te has ido a Barcelona por mí?

—No me he ido a Barcelona porque no puedo dejarte tal y como estás. Me he propuesto hacer todo lo posible por ayudarte. No me preguntes por qué tú y no otro, porque no lo sé. Algo hay en tu quietud y zozobra que me conmueve.

—Todo esto es muy precipitado. No es el mejor día. Dentro de una hora tengo una cita con mi padre.

—¡No vayas. No hables con tu padre. Aléjate de él todo lo que puedas! —rogó Pilar con vehemencia.

—Tengo que hacerlo. Mi padre es el único que puede arreglar todo esto. Él siempre lo arregla todo. Acabará con mis problemas en el estudio, me ayudará a hundir a mis socios y a cambio, solo tendré que aguantar uno de sus sermones.

—Puedes arreglarlo tú solo. De hecho, solo tú puedes encontrar una solución.

—Será mejor que lo dejemos, Pilar. Te agradezco tus palabras y que compartas conmigo todo lo que… todo lo que me has contado. Pero, creo que no nos conocemos lo suficiente como para que te tomes la libertad de decirme lo que debo y no debo hacer.

—Esperaba que reaccionaras así. Te dejo tranquilo. Yo también tengo que hablar con mi padre. No eres el único que tiene problemas profesionales ni cuestiones por resolver.

—Nunca he dicho tal cosa…

—Llámame si quieres que nos veamos.

—Pilar…

—¿Qué?

—Gracias.

JAL, leyó Ricardo en un vinilo al entrar en el edificio. Letras grandes, fruto de la megalomanía de sus empleados, más que de la de mi padre, pensó.

Anunciaba el pronto inicio de un ciclo de conferencias, cuyos temas no le interesaron lo más mínimo. Mostrador de mármol para la recepción. Por muchas veces que la viera, aquella vetada recepción rosada le seguía pareciendo pretenciosa. Alzó la mano y saludó a Fernando, el uniformado recepcionista del edificio, que en pie y con actitud inquisidora, sabía cómo cumplir su función. José Antonio Lasfuentes, pensó. Papá, pensó con pesadumbre. Tercera planta. JAL Global. ¡Vaya nombre para una empresa!, se dijo como tantas otras veces. Salió del silencioso ascensor y cruzó el entarimado vestíbulo que lo separaba de un mostrador de cristal, tras el que una chica de poco más de veintidós años, que no conocía por ser nueva –cosa que no le extrañó, dada la afición de su padre por los contratos en prácticas para cubrir puestos como ese–, mantenía una elegante pero fingida compostura y que le dijo con un cuidado acento neutro: en qué puedo ayudarle. Soy Ricardo Lasfuentes, dijo. No quiso añadir «el hijo de». ¿Para qué? El apellido Lasfuentes aparecía en todos los folletos que cubrían, apilados por proyectos, el impoluto mostrador y las mesitas bajas de cristal de la sala. Pase, don Ricardo, dijo la esmerada becaria. Un diez le puso, sí señor. Correcta, incluso extremada en las formas, como el robot de una película futurista, de figura y piel perfectas, que pareciera moverse gracias a pequeñas ruedas bajo sus pies. Gracias, contestó. La temperatura de las oficinas era idónea. Nadie podría haber encontrado ni una mota de polvo; ni una mancha en todo el mobiliario, escogido por uno de los esnobs que pululaban alrededor de su padre. Como si la chica estuviese conectada con él y lo hubiese avisado de su llegada mediante un silencioso botón de alarma, José Antonio salió de su despacho, con el paso decidido y la firme actitud que lo identificaría entre mil personas con las que estuviese, y abrió los brazos para recibir a Ricardo, en medio de una plaga de oficinistas que no dejaron de teclear y mirar sus pantallas, como aleccionados miembros de una secta que tuviesen prohibido empatizar con otros humanos, ni atender a nada que no ocurriese en el universo de sus respectivas mesas. Un abrazo formal. De esos que bien podría haberle dado a cualquier otro, fuese quien fuese. Se sintió como un producto en un escaparate. Todos debían percibir que el amor paternal lo prodigaba con contención. Rectitud. Estupidez, pensó.

—Pasa al despacho, vuelvo enseguida —dijo su padre con el deje que emplearía un actor secundario de teatro que saliente de escena, pretendiera que perdurase en el público el recuerdo de su timbre, por encima de cualquiera que tuviese que declamar un texto a continuación.

Despejada de todo elemento superfluo, la mesa de José Antonio era enorme. La pantalla de ordenador más plana del mercado, de un tamaño proporcional a la mesa, estaba colocada en un lateral y junto a ella, un marco plateado de fotos, colocado para ser visible para cualquiera que entrase, en el que lucía una foto de toda la familia, cada uno vestido como los miembros de una familia real en vacaciones y refulgentes de una felicidad veraniega y marítima. Recordó el momento en el que un amigo de la familia, de esos

muchos que aparecían por Mallorca durante las vacaciones y que pasaban con ellos unos días, al calor de la parrilla de su padre y de su más que generosa vocación de anfitrión, hizo la foto recién bajados del velero de su tío Damián. Tendría unos dieciséis años en la foto. Con esa edad, su padre era una divinidad que resplandecía hasta cegarlo y que le daba todo lo que le pedía, fuese lo que fuese. Sería mucho después cuando le pediría comprensión y respeto y cuando recobraría la vista, a la sombra de una lucidez de la que lo privó tanto agasajo falsario.

—¿Cómo va la vida? —José Antonio cerró la puerta, se sentó en uno de los confidentes e invitó a su hijo al otro. —Tienes mala cara.

—Mis socios quieren comprar mi parte del estudio —dijo Ricardo.

—Tus socios quieren comprar tu parte del estudio —repitió su padre como si necesitara oírlo de su propia voz para entenderlo. —En fin…

Apoyó los codos en los reposabrazos y entrelazó los dedos como si se dispusiera a rezar. Hizo una pausa que se extendió en el tiempo y dejó que los chasquidos de las agujas del enorme reloj de pared ocuparan el espacio entre padre e hijo. Ahí está otra vez, pensó Ricardo. Así dejaba que se relamiera su docto conocimiento sobre el comportamiento humano, para que todos lo viesen y oyesen sus palabras sin necesidad de pronunciarlas. Él ya lo sabía, pensó. Él lo sabe todo mucho antes de que ocurra, se dijo. José Antonio miró a Ricardo desconfiado, con la displicencia habitual y el acallado rencor que le crecía en las entrañas desde que su hijo optó por romper el cordón umbilical que los unía y tomar sus propias y, al parecer, siempre desacertadas decisiones. Lo hará, pensó Ricardo. Lo va a hacer y, además, ahora mismo. No sé cómo y nunca sabré el porqué, pero conseguirá, antes de que deje este despacho, que lo que ha ocurrido con mis socios sea culpa mía, se relató. Convertirá la traición de mis amigos en mi responsabilidad; esa que dice que no asumo nunca; y lo añadirá tras cada frase, como una coletilla inoportuna e injusta, con la que expoliará mis actos de toda la diligencia que les debía y cuya ausencia genera consecuencias que soy incapaz de afrontar, se dijo.

—Se veía venir —dijo sin descruzar las manos y hablando entre ellas, con la mirada fijada en su hijo por encima de los entramados dedos. —Era responsabilidad tuya prever que ocurriría antes o después. No es la primera vez que hablamos del tema. Hace un año, quizás año y medio, en este mismo despacho te pregunté si estabas seguro de que tu estudio podía afrontar un proyecto como el que os quería conseguir. Y te lo pregunté porque te quejaste de las pataletas y berrinches de tus socios.

—Nadie puede prever una cosa así.

—Yo lo hago —gritó—. Lo hago cada día. ¿Crees que esto —dijo señalando su despacho con las palmas abiertas— se defiende solo? ¿Cuándo madurarás? Si lo que quieres es limitarte a dibujar planos, puedo conseguirte trabajo en el estudio que quieras.

—¿Tienes que atacarme para decirme lo que piensas? ¿Ofenderme?

—Te ofendes tú solo, con cada paso que das. ¡Siéntate! —ordenó con un

grito—. No puedes irte cada vez que no te guste lo que tengo que decirte. Lo vamos a solucionar. Si eso es lo que necesitas oír, te lo digo y ya está. No voy a permitir que dos charlatanes muertos de hambre le quiten a mi hijo lo que es suyo. Pero me gustaría no tener que intervenir. Me gustaría que hubieses aprendido algo de todo lo que te he enseñado estos años.

—He aprendido a acudir a ti cuando tengo un problema y eso, papá, es lo que más feliz te hace. Que dependamos de ti. Todos.

—¿Eso piensas? —Enervado, José Antonio se puso en pie y abrochó los botones de su americana—. No me conoces. A estas alturas, no me conoces. Voy a reventar a esos cabrones engreídos que tienes por socios. Los voy a destripar hasta que prefieran dedicarse a vender pulseras de cuero en un mercadillo de playa. Pero será la última vez que lo haga. Ve buscando una oficina y trasladas tus cosas.

—¿A nombre de quién alquilo la oficina? Tendría que constituir una sociedad y…

—¡Pues hazlo! Llama a Francisco.

—Francisco es quien me citó para comunicarme la decisión. Francisco está detrás de todo esto.

—Hijo de puta desagradecido. —José Antonio cogió el móvil, buscó entre sus contactos hasta dar con el número adecuado y pulsó el símbolo verde con forma de auricular—: ¿Alfredo? Necesito que me hagas un favor. Mi hijo Ricardo va hacia tu despacho. Atiéndelo —Ricardo pudo oír el rumor de una voz grave que brotaba desde el interior del aparato—. Me da igual lo que tengas, Alfredo. Cancélalo. —José Antonio dejó el móvil sobre la mesa y miró a su hijo—. Ya sabes dónde tiene Alfredo el despacho. Te quiero allí en veinte minutos.

—¿Por qué no me dices lo que vas a hacer? Creo que sería mejor si…

—No. Te vas a ver a Alfredo y constituyes una sociedad. Dile que utilice alguna de las mías. Que le cambie el objeto o lo que tenga que hacer. Os vais al notario y lo rematáis antes de que acabe el día.

—¿Y lo del proyecto de…?

—Por eso no te preocupes. Estos dos no van a volver a trabajar en esta puta ciudad porque no me sale de los huevos.

Ricardo, una vez en el ascensor, sintió una leve presión en el pecho. Respiraba con dificultad y un fuerte dolor de cuello hizo hormiguear sus manos. Trató de sosegar los fuertes latidos de su corazón, a pesar de lo claustrofóbico que le resultó el ascensor. Había puesto en marcha una máquina, era consciente. Su padre podía ser una eficaz trituradora de problemas. Lo era, de hecho. Aunque con ello crease muchos para los demás. Nunca tuvo sus agallas ni su genio; ese ímpetu implacable y determinado con el que afrontaba las dificultades hasta desmenuzarlas y convertirlas en minúsculas partículas insignificantes que podían ser barridas de un soplido. La psicóloga inepta, que tanto llegó a aborrecer, le dijo de su padre que era un «macho alfa» –expresión que le parecía deplorable y poco significativa para

explicar los aspectos más detestables de la masculinidad– y que tal condición, era para Ricardo la explicación de sus problemas personales. ¿Qué problemas?, se preguntó entonces. ¿Qué problemas?, seguía preguntándose hoy. Los que fuesen. Según la titulada pardilla, todos traían causa de su padre. No podía evitar que tal visión de su propia vida lo hiciera sentir como un inútil; un irresponsable y manipulado idiota que no había sido capaz de sobreponerse a designios ajenos a sí mismo. Su padre era prepotente, abusivo y déspota. Pero él había tomado sus propias decisiones. No quiso escuchar de aquella sabelotodo de salón ni una palabra más. Por eso dejó de visitarla. No estuvo dispuesto a pagar para que lo menguasen hasta sentirse una mancha en el suelo y desde ahí, decía la psicóloga, construir una nueva vida, como si todo lo vivido no sirviera; como si todo lo sufrido no hubiese sido más que un error, un desvío equívoco, un camino desechable por inacabado. Mis errores son míos, pensó. Y los necesito. Todos. Palpó los bolsillos. Miró en la cartera. El sudor se había apoderado de sus manos y no atinaba entre los papeles. Tiene que estar, lo apunté, pensó. En el móvil. Beatriz Caracuel, Psicóloga.

Trató de reponerse. Recordó las palabras de Pilar: «Tienes que solucionarlo tú. Aléjate de tu padre». Las calles parecían no tener dirección y llevar todas a la misma rotonda, en la que decenas de coches y viandantes daban vueltas sobre sí mismos y alrededor de una gran fuente que, a modo de desagüe, estuviese atrayendo todo hacia su epicentro, como un agujero negro que quisiera absorberlo junto al resto de la humanidad. Se sentó sobre el capó de un coche. Trató de hacer una composición de su situación; de anteponerse a los pasos que darían todos los implicados en una trama cuyo guión pareciera estar escrito por un enemigo perverso que jugase con él tirando de unos hilos.

«Miriam estará ahora reunida con mis socios. Es lo que yo haría si fuera Javier o Diego. Me reuniría con ella y le propondría un trato, un acuerdo. Pero, ¿cuál? De todos los que trabajan en el estudio, ¿por qué elegir a Miriam?... Porque saben que tengo relación con ella. Saben que me fio de ella y que soluciona todos los problemas que tengo cada vez que se me acumula el papeleo. Y saben que me gusta, que entre nosotros hay cierta atracción. Y se estarán preguntando –yo lo haría– si esa tensión la hemos resuelto y ha salido bien; si la hemos resuelto y ha salido mal; o si todavía no la hemos resuelto. La lealtad que podría tenerme Miriam variaría según hubiese ocurrido una u otra cosa. Y querrán saber en cuál de esos puntos estamos ella y yo, para saber qué ofrecerle y en qué condiciones. Los motivos pueden ser varios: desde hacer la gracia, a modo de niñeada, hasta utilizarla para enterarse de cuáles son mis intenciones...

“Cuando Miriam volvió al estudio, Javier había dejado una nota sobre su mesa. Decía que acudiera a su despacho nada más llegar, cosa que hizo, a sabiendas de que abordaría el tema de Ricardo y le pedirían que se posicionara. Tal y como habían quedado las cosas la noche anterior, a Miriam no le apetecía trabajar con Ricardo. Le hubiese gustado, en ese momento, ser una persona cabal y comedida, de esas capaces de tomar las más frías y

convenientes decisiones, sin tener en cuenta más factores que sus propios intereses. Ricardo es mejor arquitecto que esos dos bravucones que me esperan tras esa puerta, pensó. Sí. Pero no dejaba de ser Ricardo por eso. Y había cruzado una línea con él que haría dificultosa, quién sabe si ruinosa, cualquier relación que pretendiera tener visos de permanencia. Así lo veía y no podía evitarlo. Todo pasa y el tiempo lo cura todo y su padre cuando repite esa frase, tiene razón. Pero ese tiempo no se dilataba para ella cuando lo necesitaba; no se esponjaba para absorber sus preocupaciones y mostrarle cómo serían las cosas si lo dejaba transcurrir. Era impulsiva; actuaba al calor de la inmediatez. Lo mejor era guardarse, refugiarse en su trabajo de los augurios más pesimistas que su cabeza no dejaba de arrojar desde la noche anterior. Les diría que sí, que se quedaría en el estudio.

—Miriam, pasa y siéntate —Javier y Diego ocupaban un sillón de tres plazas y le ofrecieron uno de dos butacones a juego—. ¿Quieres un café? Te lo puedo traer, si quieres.

—No, gracias, Diego. No quiero café. ¿Pasa algo? —La situación se prestaba a la pregunta y no haberla hecho hubiese podido ser incluso malinterpretado.

—Sí y no. —dijo Javier—. Vamos a hacer algunos cambios y queríamos comentarlos contigo.

—¿Qué cambios? —Por un momento, Miriam pensó que no iban a seguir contando con ella; luego se dijo de nuevo la frase en su cabeza y se repitió: queríamos comentarlos contigo. ¿Para qué comentarlos conmigo si quisieran echarme?, se dijo.

—Ricardo va a dejar el estudio. —Miriam procuró que su cara de sorpresa fuera convincente—. Le hemos pedido que nos venda su parte de la sociedad.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Los años —dijo Diego—. El paso de los años a veces separa a las personas, eso es todo. Hemos ido definiendo una forma de hacer las cosas entre Javier y yo, que se aleja del planteamiento de Ricardo.

—El caso —siguió Javier—, es que nos gustaría seguir contando contigo. No queremos que la marcha de Ricardo afecte al buen funcionamiento del estudio. Nos gusta cómo trabajas.

—No estoy segura de que podamos afrontar el trabajo pendiente sin Ricardo. Él es quien…

—Necesitamos un jefe de proyectos —afirmó Diego—. ¿Te refieres a eso?

—Ricardo es mucho más que eso —dijo Miriam.

—No, desde hace tiempo no, y lo sabes —replicó Javier—. En cualquier caso, has puesto el dedo en la llaga, como diría un cursi. Si hacía o no algo más, es lo de menos. La cuestión, es que hemos pensado que podrías hacer su trabajo sin ningún problema. Eres joven, pero los demás te tienen en muy alta estima y has demostrado que dominas todos los aspectos económicos de los proyectos, mejor que ningún otro en el estudio.

—Estamos de acuerdo en eso —apuntó Diego—. Eres una magnífica

intendente, aunque no sé si esto lo diría o no un cursi.

—Por supuesto —se adelantó Javier—, tus ingresos serían mayores. No puedo decirte ahora mismo cuánto más pero, si es importante para tu decisión, lo calculamos en un momento.

—Una cosa más. —Diego se levantó del sofá y estiró sus pantalones antes de añadir—: Necesitamos un favor.

—Espera —interrumpió Javier—. Antes de plantear nada más, sería lógico pedirle a Miriam que se comprometa a seguir con nosotros.

—No sé si quiero que se comprometa, sin haberle planteado la otra cuestión —dijo Diego.

—¿Qué otra cuestión? —preguntó Miriam.

—¿Contamos contigo? —Diego dibujó una sonrisa amable que la invitó a contestar con franqueza—. Me quedo más tranquilo si me respondes a esa pregunta antes de seguir.

—Sí, claro. Me quedo, sí. No voy a mentir: me gusta la oferta que me hacéis. No me gusta que prescindáis de Ricardo, pero supongo que en algún momento me diréis qué os ha pasado con él.

—Pues, ¡nos alegramos! —exclamó Diego.

—Ya te puedes sentar, Diego —dijo Javier—. Se queda, ¿ves como sí se queda? Él no lo tenía muy claro. Decía que Ricardo y tú sois amigos y que no aceptarías. Yo le dije que una cosa no tiene que ver con la otra…

—Amigos es mucho decir —aseveró—. Nos llevamos bien.

—Perfecto entonces.

—¿Qué era lo otro que me queríais comentar?

—Ah. Es delicado. —dijo Diego—. Es probable, conociendo a Ricardo, que se ponga en contacto contigo para decirte que lo hemos echado y que te ofrezca irte con él. Sí, sí, entiendo que pongas esa cara, pero no que te sorprenda, porque tú lo conoces como nosotros. Intentará que tú y alguien más, nos dejéis y os vayáis con él. Sabe que sin ti, ahora mismo, nos cojearían dos proyectos importantes. Hasta que otra persona pusiera en pie tu trabajo, pasarían unos meses, seguro.

—Es probable.

—Por eso —continuó Javier—, nos gustaría pedirte que, si lo hace, si te pregunta si te irías con él, le digas que sí.

—¡Uf! —Miriam sintió una extraña quemazón interna que no supo expresar ni explicarse a sí misma—. Eso es… No sé.

—Si te lo pedimos —explicó Diego—, es porque si cree que te vas con él, dará por hecho que estaremos atascados durante un tiempo y se tomará las cosas con calma. Sabemos que intentará arrebatarnos algunos proyectos y si piensa que no hay prisa, que estamos enredados en otros problemas, bajará la guardia.

—Ya os adelanto que Ricardo no es tonto.

—Lo sabemos. Lo conozco desde hace quince años, Miriam. Sé lo que le mueve, por eso no te preocupes. Creerá todo lo que salga de tu boca”.

Será difícil enterarme de si ha pasado o no; de si me ha traicionado o pretende hacerlo; tengo que calmarme y procurar… Salir de aquí. Tengo que alejarme de mi padre, como ha dicho Pilar. En cualquier dirección y para tomar la decisión que sea, pero lejos de su magnética influencia, que tanto daño me ha hecho.

"Cristina llegó tarde a sus citas aquella mañana de jueves. Tuvo dolor de cabeza y los ojos hinchados. Le dio un golpe a otro coche cuando desaparcaba. Perdió a un cliente airado que la llamó desgraciada y sinvergüenza por teléfono y caradura cuando se presentó en su casa para intentar arreglar las cosas. Maldijo a todo ser viviente durante un atasco de una hora, que la retuvo en la circunvalación y durante el cual, para paliar los efectos somníferos del encierro automovilístico, llamó a su madre con el resultado de una discusión innecesaria sobre su vida y sus parejas y los niños que no tenía y el peinado que se había hecho y su manía de que la llamaran Christin y lo lejos que estaba su casa del centro y lo feas que eran las nuevas cortinas que le compró las pasadas navidades y que su madre no se dignó a desempaquetar. Y eran las doce. Las doce y ya quería acostarse hasta el día siguiente. Ricardo. Tiene que ser Ricardo, pensó. Cuando llegó a su casa, sin pasar por la oficina ni entrevistarse con los amigos que su socia había citado, se dejó caer sobre la cama, vestida y con los zapatos puestos. Era la una del mediodía y no solo no había hecho lo que la llevó esa mañana a vestirse y salir de casa a pesar del cansancio, sino que todo había empeorado. Todo, se repitió; por arte del demonio, gritó al techo. «Gilipollas», escribió en su móvil. Dos uves azules le indicaron que Ricardo ya lo había leído. Nada. No contestó nada. Un impulso la llevó a llamar a Sonia. Sentía que debía descargar sus sinsabores en alguien y tenía explicaciones que pedirle a la cuñada de su amigo; a su amiga Sonia.

—Bonita, qué de tiempo —contestó Sonia—. ¿Cómo estás?

—Cansada —contestó Cristina con sequedad.

—No me digas que por fin vamos a vernos. Estoy libre para comer, si te viene bien.

—¿Tú le has enseñado nuestra foto a Ricardo? –preguntó Cristina indignada.

—Sí, pero…

—¿Tú quién te crees que eres para enseñarle esa foto?

—No lo hice con malicia.

—¿Lo hiciste con bondad?

—No sé lo que te ha contado Ricardo, pero no fue así. Tiene una explicación. Además, no le enseñé todas las fotos.

—¡Ah! Bueno. Entonces perdona –ironizó—. Si solo le has enseñado algunas.

—Solo una. Te lo juro, Cristina. Le enseñé la de las dos juntas en la cama, sentadas, solo esa. Y se la enseñé porque no se creía que fuéramos amigas.

—Claro. Y tú llevas esa foto en el móvil porque sí. La escaneaste

—continuó ironizando— por si algún día te preguntaba Ricardo si nos conocíamos y poder enseñarle la foto.

—No es por eso. ¿Podemos vernos y te lo explico? —su voz se tornó delicada y suave.

—No. Estoy enfadada contigo, Sonia. No quiero que comamos.

—Christin —susurró Sonia—, déjame que te lo explique en persona. No es como te lo imaginas. En cuanto te lo cuente, lo vas a entender. Llevaba esas fotos para enseñártelas a ti —El ritmo de sus palabras se ralentizó y las eses, alargadas y aflautadas, engarzaban unos sonidos con los siguientes—. ¿Estás en casa? Celso no está y no voy a quedarme toda la tarde aquí, aburrida y sin hacer nada. Me ducho, me visto y en una hora estoy en tu casa.

Cristina no añadió nada. Soltó el teléfono cuando Sonia colgó y se sintió tan pequeña como una mota de polvo sobre una mesa y tan manipulable que se odió por no ser capaz de negarse a la visita de Sonia. Llegaría en una hora; no lo había dicho por decir. La conocía bien. Y como quien ha pasado un fin de semana sin sus padres y teme la reacción de éstos al llegar a casa y encontrarla desordenada, Cristina se activó y se puso a pasar la bayeta por los muebles, la escoba y la fregona por los suelos y al acabar, se metió en la ducha y una vez humedeció la piel, cerró el grifo y se frotó con abundante jabón y sin agua, como si quisiera quedar impregnada de fragancias de lavanda. Torbellino. Así se lo definió: un torbellino de ideas. No podía pensar. ¿Bloqueada o asustada?, se preguntó. ¿Aturdida? ¡Qué más da lo que sea!, se reprendió. Llegaría y todo se le iría de las manos. La temía. Temía el poder que tenía sobre ella. Inexplicable. Quince de marzo. Fue una primavera y un día doce y su memoria situó para siempre lo ocurrido en el mes de marzo. Hacía quince años. Y desde entonces, no habían sido muchas las veces, pero sí las suficientes para mantenerla en vilo, indecisa sobre la mejor forma de abordar su relación con ella. Aquel quince de marzo, nada le permitió presagiar que su percepción sobre sí misma cambiaría para siempre. Quizás si hubiese formalizado una relación con alguien; o se hubiese ennoviado como la mayoría de sus amigas –como había hecho la propia Sonia con Celso– o si lo suyo con Ricardo hubiese seguido otro cauce o si los imbéciles con los que había ido al cine y tomado pizzas durante todos esos años hubiesen sido algo más que eso, imbéciles. Pero la suerte o las malas decisiones o el hado de las Moiras de Homero, sobre el que le habló su profesor de estética, transformaba cualquier esfuerzo por su parte en frutos incoloros, inodoros e insípidos y estaba harta. Llena de un hartazgo pesado y cargante, que lejos de incitarla al cambio que sanara sus heridas, hacía las veces de arenas movedizas que, con cada movimiento, la arrastraban aún más al fondo.

Se preguntó Cristina qué tenía la voz de Sonia. Parecía mecer las palabras con sus labios y acompañarlas hasta sus oídos, cautivándole el ánimo y adormeciendo su conciencia hasta que no podía raciocinar más que sobre lo que ella le permitiese. Cada vez que la veía, le parecía más alta, más esbelta, más elegante. Sonia no la miró al entrar. De tres pasos con vocación de

zancadas, por el ancho pantalón blanco de gasa, se situó bajo el dintel de la puerta del recibidor y se giró para poder mirar a Cristina a los ojos. Por su espalda, la luz de la tarde transparentó el aura que formaba su ropa y su vaporosa silueta pareció pintarse como un cuadro entre las jambas de la puerta.

—Ven, Christin. —Sonia pronunció su nombre con un acento inglés excesivo—. Dame un beso.

—Sonia, tenemos que hablar. No quiero que se olvide todo y luego quieras aparentar que no ha pasado nada. ¡Le enseñaste la foto! —Cristina no se movió.

—Christin —dijo con el mismo acento y entornando los ojos—. Te he dicho que te acerques y me des un beso.

Cristina cedió y al darle un beso en la mejilla, Sonia la retuvo un instante, poniendo la mano en su nuca. La dejó ahí, solo un segundo, para que Cristina oliese el perfume de naranja y jazmín del que Sonia se había puesto más de lo habitual. Y provocó las sensaciones que esperaba, pues notó como Cristina emitió un leve suspiro, imperceptible para cualquiera que no tuviese su boca tan cerca de la piel, y cómo tomó para sí la fragancia, toda la que pudo, inhalando con insuficiente discreción de entre los cabellos y el cuello de Sonia. La liberó y se retiró hacia atrás y expuso a Cristina su halo una vez más antes de decir:

—Se la enseñé porque no creía que fuese tu amiga.

—¿No tenías otra foto?

—Sí, pero quise enseñarle esa.

—Sonia, ¿te has acostado con Ricardo?

—¿Yo? —Sonia resultó tan convincente que Cristina se sintió mal por preguntar—. Por supuesto que no, no te haría eso. Ya sabes lo que tenemos, no quiero estropearlo. Si te ha dicho lo contrario…

—No, él lo niega.

—Mentiría si no lo hiciera. Ven. Vamos a sentarnos. Quiero que estemos bien y hablemos de nuestras cosas.

—Estás guapísima —dijo Cristina sin pensarlo.

—Gracias, amor. ¿Y a ti qué te pasa? Parece que has pasado la noche despierta. Deberías darte un baño. ¿Quieres que te dé un baño?

Cristina recordó el último baño que su amiga le dio. Durante semanas, un escalofrío la recorrió cada vez que pensó en Sonia pasando sus manos jabonosas por su espalda y cubriéndola de espuma y sales. No tuvo sentido la primera vez. Aquel quince de marzo. Tampoco lo tuvo las que siguieron al día en que descubrió que podía ser la amante de una mujer. Los encuentros eran paréntesis que suspendían la realidad y se salvaguardaban a sí mismos de toda lógica natural con cada cita para el siguiente. Empezó como un juego, mucho antes del quince de marzo de aquel año, mucho antes. Un juego que implicó a las dos amigas en una maraña de la que no quisieron salir, pero cuyo control siempre perteneció a Sonia. Ella era así, dominante, morbosa. Cristina

pensaba que lo era con ella y con nadie más y le gustaba que así fuese, la excitaba. Bisexualidad no lo emplearon nunca como descriptivo de su condición. Cristina no había conocido más mujer que Sonia. Se convenció de que viceversa sería igual. Sonia solo me posee a mí y cuando le apetece y a nadie más, se decía.

—Sí. —Cristina se desprendió de su ropa, allí mismo, entre el salón y el recibidor, sin más reparos ni más preguntas. Ya era suya. Ya no cabía la reflexión, ni existía más opción que la de entregarse a Sonia.

—Pero tienes que hacer todo lo que te diga. —Sonia le pasó las manos por el pelo y llevó sus dedos por delante de su cuerpo hacia las puntas, hasta que los nudillos rozaron la piel de sus pechos—. Camina delante de mí, quiero mirarte. Despacio. Muy despacio.

Sonia se quitó los zapatos de tacón y los dejó en el pasillo tal y como cayeron. El sonido de sus pies descalzos sobre la tarima de madera produjo en Cristina un incremento de su libido, incomprensible para ella. Sonia no se desvistió hasta que la hubo bañado. No la besó ni la tocó hasta que la hubo secado. Varias veces, incontables veces y algunas veces más, Sonia se regaló a Cristina y Cristina se dio a Sonia, hasta que la luz de la tarde se volvió anaranjada y pastosa y exhaustas, se abrazaron entre las sábanas hasta que la noche las durmió".

Me siguen temblando las manos. Tengo que subir. No tiene por qué ser como la última vez».

Bajo la marquesina de la entrada, todavía dudaba Ricardo si debía o no subir y cumplir con la cita. Sus manos se agitaban descontroladas y las notó frías. Aspiró los restos del último de los dos cigarrillos que fumó hasta llegar desde el coche a la consulta, absorbiendo con desesperación el ajado filtro, hasta que no quedó colilla que arrojar a la calzada. La placa de metacrilato es discreta, pensó. Beatriz Caracuel en letras azules y debajo, «Psicóloga» en letras rojo oscuro. Primero Izquierda. Abrió la puerta una señora, de poco más de cuarenta, enfundada en un traje añil del que asomaban los amplios cuellos blancos de una elegante blusa y cuyo discreto maquillaje y cuidado peinado, llamaron enseguida la atención de Ricardo que, a pesar de su manifiesto estado de nervios y consumido ánimo, sacó fuerzas de reserva para radiografiarla. Se presentó como Beatriz y le extendió la mano a Ricardo que, disculpándose por el sudor que las cubría, rehusó el ofrecimiento sin evitar secarlas en sus pantalones, lo que pensó que interpretaría como una grosería y que no daba buen comienzo a lo que en su cabeza llamaba sesión, por no saber que otro nombre ponerle.

Beatriz lo acomodó en un sillón de piel marrón chocolate, cuyos gruesos apoyabrazos le permitían una postura natural, y lo invitó a servirse agua cuando quisiera. Ella se sentó en un sillón de diseño muy distinto, pero de color muy similar. A Ricardo le hubiese gustado que los separase alguna mesa, de esas bajitas en las que se ponen revistas en las consultas o lámparas de cerámica en los vestíbulos. No supo cómo colocar sus piernas y lograr un

confortable grado de seguridad. Se sintió expuesto, casi desnudo. Beatriz cedió cinco minutos a un incómodo silencio, que se apoderó de la sobria y entarimada consulta, y que obligó a Ricardo a evadir su mirada hacia las simétricas baldas de las dos librerías que escoltaban la mesa de Beatriz.

—Ricardo. Un nombre poco frecuente hoy en día. ¿Tradición?

—No. —Tardó en contestar—. Mi bisabuelo se llamaba Manuel Ricardo, pero no me lo pusieron por él.

—¿Entonces?

—Me da reparo contarlo, nunca lo hago.

—Tengo curiosidad —insistió Beatriz.

—Me lo pusieron por Ricardo de Cornualles. Mi padre está convencido de que mi madre desciende de un hijo ilegítimo de este señor del siglo trece. Estupideces de mi padre.

—No sé quién es.

—Tranquila, yo tampoco y mi madre menos. Peor es lo de mi hermano: Celso.

—¿Por un antepasado romano? —Beatriz rio sin disimulo.

—Mi padre estudió medicina y Celso es un médico de la antigüedad…

—Mira por dónde, a ese sí lo conozco. Así que su padre es médico y le puso Ricardo. ¿A su madre le gusta?

—No llegó nunca a ejercer como médico. A mi madre no sé si le gusta mi nombre, supongo que sí. Nunca me lo he preguntado. ¿No podemos tutearnos?

—Podemos, sí. ¿Cómo se llama tu padre?

—José Antonio.

—Un nombre más corriente. ¿Has visitado alguna vez a un psicólogo? —Beatriz no apartaba su profunda y negra mirada de Ricardo, que a ratos conseguía mantenerla, no sin esfuerzos.

—Sí.

—¿Qué tal la experiencia?

—Horrible. Un desastre. No me cayó bien.

—Entonces, ¿debo caerte bien para que sigas viniendo?

Ricardo enmudeció. Beatriz bajó la cabeza y dedicó un minuto, más largo de lo que la destemplanza de Ricardo podía soportar, a realizar anotaciones en una libreta que apoyaba sobre sus rodillas sin alterar la composición de su estudiada postura. Una voz interior, que vino cobrando fuerza desde la visita a su padre, no cesaba de recordarle que una psicóloga no era solución para su problema; que verter lo que uno creía que sentía y ponerlo a disposición de una desconocida, por muy apetecible que al Ricardo más impúdico le pudiera parecer la idea de intimar con ella, aunque fuese a costa de exponer sus debilidades, solo vendría a reforzar sus temores al cambio; que hasta ahora no le había ido mal correr con orejeras y sin parar demasiado tiempo en ninguna pretensión concreta. En definitiva, esa voz quería sacarlo a empujones de aquel lugar y para ello, lo insultó y lo llamó cobarde y lo desacreditó ante su

dignidad con calumnias que resonaron hasta que Beatriz desencorvó el cuello y preguntó:

—¿Has padecido alguna enfermedad?, ¿algún trastorno que deba conocer y que te hayan diagnosticado?

—No, ninguno. Un accidente de moto, pero nada más.

—¿Edad?

—Treinta y cinco.

—¿A qué te dedicas?

—Soy arquitecto.

—¿Tienes pareja?

—No, no tengo pareja.

—¿Alguna relación importante?

—Ninguna. No he tenido novia, si te refieres a eso. Y me cuido. Cuido la dieta y hago deporte con regularidad. ¿Todo esto es necesario? ¡Mi padre no me pegaba!, ni nada de eso.

—Ricardo —dijo Beatriz colocando ambas manos sobre el cuaderno, deformado bajo el peso de sus brazos—, vamos a aclarar una cosa antes de continuar. Lo que sea que te ha traído hasta aquí debe ser lo suficientemente importante para ti como para dar el paso de pedirme una cita y sentarte ahí, a pesar de tus reticencias.

—Discúlpame. Estoy muy nervioso.

—No hace falta que te disculpes, no tiene importancia y sé que estás nervioso. No estoy aquí para juzgarte, sino para ayudarte. Si te pregunto algo es porque necesito saberlo. La mayoría de la información puede que sea irrelevante, pero entre todo lo que vaya saliendo, podremos ir discerniendo lo que es importante y lo que no lo es.

—Lo entiendo, lo entiendo…

—El sarcasmo y los comentarios irónicos son un recurso frecuente en estas situaciones, pero no ayudan. Debes comprender que la franqueza es fundamental. Es importante que no escatimes en detalles sobre lo que crees que te pasa o sobre lo que sientes. Háblame de ti.

—No sé. Soy arquitecto, aunque eso ya lo he dicho. He vivido siempre aquí. Vivo solo. Esto es un poco…No sé a dónde quieres que llegue…

—Dime tú a dónde quieres llegar —dijo Beatriz con delicadeza.

—Pues déjame que te lo resuma: mujeres.

—¿Mujeres?

—Mujeres, sí.

—¿En qué sentido lo dices?

—No sé cómo explicarlo. Que las mujeres y yo… No termino de entenderme con ellas.

—¿Problemas de comunicación?

—¿Problemas? No, no, todo lo contrario. Se me dan bien las mujeres.

—Tú dirás —Beatriz se reclinó en el sillón y, con una leve sonrisa, lo incitó a continuar.

—Es difícil de explicar. Cuando veo a una mujer que me gusta, sobre todo si sé que nunca más la veré o que no tengo ninguna posibilidad de llegar a estar con ella, ya me entiendes, siento una profunda pena y tengo la sensación de que, por un instante, mi vida no tiene sentido y que nunca podré ser feliz con ninguna otra.

—¿Solo te pasa con las mujeres o también con otras cosas?

—Creo que sí. La verdad es que no sé bien qué contestar.

—Perdona, continúa.

—Todo lo que quiero hacer está relacionado con alguna de las mujeres con las que me cruzo. Es como si no estar con ellas, me impidiera conseguir todo lo demás.

—Pero tienes otras cosas en tu vida: trabajas, supongo que tienes amigos…

—Sí, pero no es eso.

—Un ejemplo.

—Un ejemplo… Hace unos días me crucé con una mujer. Ella estaba esperando en un paso de peatones y yo estaba al otro lado de la calle. Era alta, rubia, con el pelo liso hasta los hombros. Tenía uno de esos cuerpos excesivos, con mucha cadera y poca cintura. Su mirada era muy exótica, distinta a otras miradas.

—Te fijaste en ella porque era atractiva.

—Ese no es el problema. Cuando la miré ahí parada y me la crucé al cambiar el semáforo, sentí que la había amado en otra vida; que había conocido el mundo entero con ella y que estar con otra persona no me permitirá ser plenamente feliz. Si todo quedara en eso, no le daría importancia, pero lo cierto es que el resto del día, esa imagen aparece una y otra vez y fantaseo con ella, en sitios maravillosos… ¡Ha sonado cursi! Lo siento.

—Cuéntamelo tal y como lo sientes.

—Pues eso: me imagino toda una vida con esa persona. Como si viviera de golpe las tardes que pasaría con ella; las noches que dormiría a su lado; lo que sentiría; cosas así. Con muchos detalles, ¡te sorprendería!

—¿Crees que eso te impide tener una vida normal?

—No lo sé, ese es el problema. No sé si los demás hombres miran así a las mujeres.

—¿Cómo crees que las miran?

—Supongo que todos nos fijamos en lo mismo. Pero, por lo que siempre he visto, creo que para mí es distinto. Me detengo en los matices y fantaseo con ellos. A veces los estudio y los repaso después con la memoria.

—¿Detalles físicos?

—Físicos, sí. Me gustan las diferencias entre ellas, entre vosotras, quiero decir. Son las diferencias físicas las que me trasportan y a las que asocio aspectos de una felicidad que está por llegar. Pero esos detalles son una excusa, un detonante que me permite construir una realidad distinta a la que vivo… No me estoy explicando bien.

—Sí lo estás haciendo. ¿Te afecta a la hora de tener relaciones con una mujer?

—¿Te refieres a relaciones…?

—No solo esas, de todo tipo. ¿Te afecta?

—Sí… Bueno, no lo sé. Cuando estoy con una mujer, en la intimidad…ya sabes…

—No sé más que lo que me cuentes.

—No me afecta, pero no tiene nada que ver con lo anterior. Me concentro en ella. No pienso en otras. Pero en cuanto el momento pasa, vuelvo a empezar y siento incluso rechazo por la mujer con la que acabo de estar.

—¿Y todo eso que has imaginado con ella? ¿Todo eso de lo que me has hablado?

—No suele coincidir.

—¿Qué es lo que no coincide? —Beatriz mostraba auténtica curiosidad.

—Que las mujeres que me hacen fantasear, por decirlo así, no suelen ser mujeres con las que tenga relaciones de ningún tipo.

—¿Y con cuáles las tienes?

—Con las que puedo… ¡Eso ha sonado muy mal! No he querido decirlo así. No lo sé. En eso tampoco estoy muy seguro de cómo funciona mi cabeza. Depende de las oportunidades. Me dejo llevar. La mayoría de las veces no soy muy consciente de lo que hago.

—Vamos a ir ordenando ideas, ¿te parece bien? —Beatriz recuperó su compostura y reabrió el cuaderno de notas—. Me atrevo a decir que el hecho de que te gusten las mujeres y de que te fijes en ellas o fantasees con ellas, en principio no supone ningún problema. Eso no quiere decir que, a medida que avancemos, no consigamos precisar más y encuadrar lo que te ocurre de forma que podamos dar pasos para solucionarlo. ¿Has tenido alguna vez problemas de convivencia?

—No, la verdad es que no. Ya te he dicho que mi problema no es de comunicación. Nunca he sido tímido con las mujeres, si es a lo que te refieres.

—Pero antes me has dicho que no sueles tener relaciones con las que te gustan, ni con las que te hacen fantasear o imaginar una vida mejor.

—Es verdad. No suelo tenerlas.

—No tiene mucho sentido que no te acerques a mujeres que te gustan o que te despiertan tanto interés, sobre todo si no tienes problemas de timidez ni de comunicación.

—No tengo «venustrafobia», si es a lo que te refieres.

—¿Has aprendido esa palabra por Internet?

—Sí.

—Pues no hagas caso a todo lo que leas. No sé si es relevante o no, ya lo veremos.

—Tú eres muy atractiva, pero no siento nada. Quiero decir, que no me has despertado la imaginación, ni nada parecido. No me pasa con todas las mujeres, solo con algunas.

—¿Te pasa siempre en la calle? ¿Con desconocidas?

—Sí, lo de imaginarme otras vidas con ellas y todo eso, sí. En la calle, en fiestas…

—¿Con alguna conocida?

—No… Bueno, con las conocidas me traiciona la imaginación igualmente, pero no de esa forma.

—¿Cómo te traiciona?

—Ya sabes.

—No, no lo sé, por eso te pregunto.

—Me imagino que… hacemos…

—*Okey*. —Beatriz anotó algo y tras carraspear miró el reloj.

—A veces ocurre y a veces no, depende de cómo le caiga o de si le gusto o no.

—¿Haces lo posible para que ocurra?

—No siempre. Hace mucho tiempo que no hago nada para que ocurra. Nada concreto, quiero decir. Tengo citas y cosas así, pero no termino de mostrar demasiado interés.

—¿Cuánto llevas sin mantener relaciones?

—Relaciones tengo. Más de las que necesito. Pero no hago nada por tenerlas.

—Son ellas las que…

—Sí. —Ricardo no cayó en la cuenta de lo arrogante que aparentaba ser con tal afirmación—. Vas a pensar que soy un creído, pero no es verdad.

—Yo no creo nada, no te preocupes. Por hacer un resumen —dijo Beatriz mirando sus anotaciones—: te gustan mujeres a las que no llegas a conocer; mantienes relaciones esporádicas con mujeres a las que conoces pero que solo te atraen por su físico; y no mantienes relaciones estables ni con las unas ni con las otras.

—Pues sí, es un buen resumen.

—¿Qué crees que les atrae a las mujeres que se interesan por ti?

—No lo sé.

—Algo te dirán.

—No mucho. Mis hoyuelos, mis ojos, no sé. Depende de la mujer.

—¿Te llegan a conocer por algo más que por tu físico?

—Bueno, sí. Creí que te referías… Perdona. No lo sé, algunas me dicen que sé escuchar, aunque lo cierto es que no me gusta demasiado hablar. También les gusta que las haga sentir especial. —Ricardo cruzó las piernas y toqueteó la suela de su zapato—. ¿Ya sabes algo sobre lo que me pasa?

—No. Las dos primeras sesiones son para una primera toma de contacto. Poco a poco, Ricardo.

—Pero es que… tengo la sensación de que voy a explotar en cualquier momento.

—¿A qué te refieres con explotar?

—No lo sé, colapsar. Ha sido una semana espantosa. Los problemas se han

acumulado...

—¿Esos problemas están relacionados con lo que hemos hablado?

—Mi estudio se ha hundido esta semana después de diez años. Mi mejor amiga está molesta conmigo por como soy. Le he hecho daño a una compañera de trabajo a la que aprecio. Y no hay manera de que mi padre entre en razón con…

—¿Amiga? No me has hablado de ninguna amiga.

—No ha salido el tema.

—Hemos hablado de mujeres. ¿Qué amiga?

—Cristina. La conozco desde que era pequeño.

—¿Qué ha pasado? —Beatriz miró el reloj.

—Se ha enfadado porque pensó que me había acostado con mi cuñada.

—¿Te has acostado con tu cuñada?

—¡No! —exclamó con virulencia removiéndose en el sofá—. Pero ella pensó que sí. Fue una confusión.

—Ricardo —dijo haciendo una pausa mientras consultaba sus anotaciones—, las soluciones inmediatas no existen. No puedo extirparte los problemas como haría un dentista con un diente. Si tienes síntomas de ansiedad, puedo derivarte a un especialista para que te recete un ansiolítico suave, si lo considera necesario. A lo que sí me puedo comprometer es a ayudarte a poner tus pensamientos en orden y a tratar de encontrar juntos lo que te causa esa angustia de la que me hablas.

Ricardo salió del gabinete contrariado y cabizbajo. Ya en el ascensor, cogió un cigarrillo y nervioso, le dio vueltas entre sus dedos hasta que pudo encenderlo en cuanto pisó la calle y consumirlo hasta su mitad en menos de veinte pasos. Nada de esto sirve, pensó. Nadie me ayuda, se dijo. Por impulso, llamó a Pedro por si pudiera llenar con él las horas en alguno de los bares de copas que frecuentaban algunos jueves por la tarde. Lo distrajo de sus cavilaciones la idea de terminar la tarde junto a Pedro y cuatro desconocidas, bebiendo hasta la hora en la que el hambre los empujara a un bar cutre en el que poder comer cualquier cosa y poder seguir después riendo y cantando y bailando en un karaoke y con ello poder sentirse decadente y demasiado mayor para enredar con universitarias o demasiado joven para hacer lo propio con divorciadas cuarentonas, pasadas de sí mismas y agotadas por la premura del tiempo disponible, antes de volver a la rutina de la soledad y los hijos. Una euforia cegadora lo transportó, en un viaje recurrente y manido, a la vivísima sensación de libertad que le concedía la embriaguez de saberse capaz de divertirse y poder así desembarazarse de su peor parte, de su peor yo, de ese mordaz avispero que murmura inconsistentes críticas y lo amenaza con la peor de las hecatombes. Su amigo Pedro estaría dispuesto a acompañarlo. Incluso lo habría previsto y por ser jueves, habría dejado despejada su agenda de todo compromiso, en espera de la llamada de cualquiera que, como Ricardo, necesitase librarse de la insufrible monotonía entre copas y mujeres

necesitadas de un poco de atención, por fugaz y espuria que fuese.

Dos horas después, una vez acicalados y vestidos con impecabilidad y bañados de la superficialidad necesaria que requería la cuestión que les ocuparía el resto del día, Pedro y Ricardo degustaban una copa de ginebra con lima y menta en un pequeño local que anticipaba la madrugada para sus clientes. Sonaba la música, ni demasiado fuerte ni tan débil que no se oyera. Otearon el bar en busca de todo lo que pudiera llamar su atención en cada uno de los grupos que lo poblaban, tratando de descifrar, entre toda aquella feminidad derrochada entre carmines y risas, cuáles de todas merecían la inversión de lo más preciado en tardes furtivas como aquella: el tiempo. No podían perderlo; no podían regalarlo ni consumirlo a destajo; debían mimarlo, aprovecharlo y emplearlo con la eficacia diligente de dos profesionales de las correrías. Táctica, planeamiento y disciplina. Y todas lo sabían. Y todos conocían el método. Pero era un consenso inespecífico y colectivo; una verdad universal con vocación de perpetuidad, que los obligaba a seguir el protocolo, por superfluo y cansino que resultara, que exigía estar ahí, en la barra, sin hacer nada más que aparentar que disfrutaban del momento, de cada trago, de cada comentario del camarada de trinchera. Desplegaron sus blanqueadas dentaduras y fueron adoptando posturas y lanzando miradas que, como gallardetones de un barco, comunicaron su posición e intenciones a cada observada que les fue correspondiendo.

Las que arribaron se llamaban Verónica, Julia y Olivia. Intercambiaron con ellas toda suerte de comentarios al uso y de medias verdades y mentirijillas y dijeron ellas que les sonaban las caras de ellos y contestaron ellos que se habrían visto aquí o allá o qué más daba dónde. El alcohol fue consumido con modicidad durante la primera media hora, mientras estudiaban los pormenores de las respectivas fisionomías y discernían si la empatía entre ellos podría llegar a dar sus frutos. Transcurrieron las copas y fue perdiendo destreza la lucidez y poco más de tres brebajes después, cada uno atribuyó las cualidades que quiso a quien más le gustó y perdió la realidad sus contornos hasta que una bruma los envolvió y nada de lo que habían sido, ni nada de lo que serían, tenía importancia en esa concreta sucesión de instantes.

Fotos de grupo; llamadas indiscriminadas a toda clase de amigos y amigas para que se unieran a la fiesta con un «estamos aquí, ¡vente ya!»; risas sin causa y abrazos fraternales de una amistad finita y sin génesis; tarjetas de crédito soportando el pago de rondas de bebidas que se distribuían sin criterio; salidas del local para fumar e intimar con quienes los acompañaban y aventajar al resto de competidores en la lucha por la prevalencia en el emparejamiento final, inmunes a la luz del día que los censuraba por una ebriedad impermeable al sentido común. Llegó Jesús y Antonio y Raúl y se les unieron Daniela y Liana y Gema y alguna otra cuyo nombre no recordarían al día siguiente, cuando al mirar las fotos se preguntasen dónde ocurrió y a qué hora. Pedro acometió la empresa de soliviantar a la más comedida, cuyo nombre confundía sin reparos, para lo que desplegó sobre ella

sus encantos de taciturno bohemio con un esmero magistral que dio sus frutos a las puertas de los servicios, atestados y rebosantes de colas de espera y olor a fregado, cuando se arremolinó con Olivia en un amasijo de brazos y torsos y bocas abiertas, hasta que sin decir nada, se marcharon por la puerta de incendios sin más explicaciones ni despedidas y se dirigieron al coche de Pedro, algunas calles y achuchones más allá, para seguir con los jugueteos y toqueteos, hasta que Olivia lo embaucó para pasar el resto de la noche en un hotel cercano, que Pedro pagó con su tarjeta sin pestañear, y así poder ofrecerle entre las sábanas un repertorio completo de sus habilidades amatorias, de las que derrochó la mayoría y por las que recibió menos de lo esperado.

Ricardo, ajeno a la ausencia de Pedro, dejó al grupo y husmeó por el local en busca de un trébol de cuatro hojas, como si el alcohol consumido y el dispendio de su encanto, fuera una ofrenda por las que los dioses debieran gratificarlo. Buscó y rebuscó y contrariado, volvió con el resto y con un grito arengador que los demás imitaron, los invitó a un chupito que consumieron de un trago en cuanto el camarero, tras enfilar los pequeños vasos, terminó de servir el último. Su teléfono sonó varias veces y a pesar de sentirlo vibrar en su bolsillo, no se molestó en mirar de quién se trataba. Siguió enfrascado en la vertiginosa sucesión de comentarios inaudibles y en seguir a gritos las letras de las canciones de su primera juventud y en bailar con una y con otra en medio del corro que formaron con quienes se unieron a ellos. Las ocho siguieron a las siete y las nueve a las ocho y así hasta las once y aunque le costaba mantenerse en pie y adolecía de cansancio acumulado, Ricardo siguió dando pábulo a la recóndita idea de que lo necesitaba más que nunca. Julia no es demasiado alta, pensó. A esa hora y en ese estado, ya le hacía gracia la respingona nariz de Julia y la forma en que torcía la boca justo antes de reír. Todo lo demás se le escapaba y no podía medirlo ni calificarlo. Era Julia, su nueva e íntima amiga Julia. ¡Julia!, gritó. Por supuesto, Julia sonrió y se sumó a los gritos: ¿Qué?, dijo. Y bailaron una y otra vez y Julia se arrimó a él y le siguió enviando señales y le dibujó con los ojos el recorrido hasta su boca. Son mis hoyuelos, pensó. Y se acercó, realizando movimientos descoordinados que nadie sobrio llamaría baile y sin tocarla, la rodeó con los brazos e hizo descender su cuerpo doblando las rodillas hasta que sus caras quedaron enfrentadas, para volver a subir y bajar un par de veces más. Julia lo cogió por la cintura y él por inercia, hizo lo que se esperaba que hiciera y la besó. Ricardo quiso acallar la diatriba de su desazón dejándose besar por aquella inesperada boca de la que emanaban efluvios etílicos y en la que el tabaco había resecado la lengua y los labios. No sintió nada, salvo compasión por su propia debilidad, incapaz de arrojarse a salvar su dignidad, aunque peligrase la propia cordura. Su memoria confundió los sabores y los olores y el tacto de la piel de Julia le pareció la de otras mujeres sin nombre, hasta que la noche fue alejándose en silencio con la discreción de una vela que consume su último aliento de vida y Ricardo dejó de entenderse una vez más,

aletargado y ensimismado, dolorido y naufragado en aguas tan frías y profundas como su propia desidia. Le dolía la cabeza y las piernas le flaqueaban, aunque se mantuvo, mientras pudo, todo lo despierto que exigía cada ávido movimiento del cuerpo de Julia sobre todo él. De nuevo, un océano inmenso de incertidumbre y miedo lo engullía como una ballena al plancton y lo hacía sentirse como una diminuta mota de polvo a expensas de los caprichos del viento, que bien podría arrastrarlo más allá de la vida que le quedaba y postrarlo para siempre en un lecho de piedras blancas. No supo dónde estaba. No supo quién era.

Aquel viernes.

La pródiga humedad de la madrugada se había adherido a las calles y formado una película que reflejaba los edificios, que se deformaban y desmaterializaban bajo los pies de Ricardo con cada paso que fue dando hasta llegar a la solitaria parada del autobús que lo llevaría a su casa. Quiso recordar la cara de Julia, pero solo el color de sus ojos se reprodujo como un destello en su memoria hasta que desapareció para siempre. No había nadie en la calle y cuando se dijo que no había nadie, un escalofrío lo despabiló y lo alertó sobre la inconveniencia de castigar su cuerpo exponiéndolo a la intemperie y al desvelo con una frecuencia que diez años atrás no hubiese supuesto desgaste alguno. Cada leve ruido se magnificaba con contundencia en el silencio que lo envolvía, inquietante y propenso al eco, incomodándolo sobremanera. Al sentir el frío asiento de la parada, estiró los pies y apretó las piernas y se engurruñó en la liviana tela de su chaqueta *sport*. Las náuseas trajeron consigo un fuerte mareo repentino o fue éste el que provocó aquellas. Quería llegar a su casa y tumbarse en la cama hasta que llegase el mediodía. O la tarde. O la noche, mejor aún, pensó.

«Queda poco de mí. Muy poco. Desde luego, nada del arquitecto que quise ser. Menos aún del padre que elucubré que sería. Quedan restos, dolientes y taciturnos restos de algo parecido a mí... Pilar sabe escuchar. La siento cerca, como si me visitara en mi océano y colmara todas mis necesidades con su presencia. No se merece esto. Aunque no la conozca y no sepa realmente quién es, no se merece que yo haga esto de estar deambulando de madrugada, algo borracho y fatigoso. La quiero un poco, sí. Ese poco o mucho que se quiere porque necesitas querer, aunque sea fugazmente, a quien decides querer porque hacerlo te cura las heridas que más se resisten a cicatrizar. Se irá. Desaparecerá como tantas otras y la harás desaparecer tú en cuanto te sientas mejor. Porque eres así, impredecible. Y volverás a tus fantasías de hombre de mundo sin maletas… Margarita no es como Pilar. Margarita es mi juventud incurable; es como meterme debajo de la cama para que no me encuentren mis padres mientras crezco a sus espaldas y sin permiso de nadie. Margarita es el acróstico que se escribe con asonantes golpeteos sobre los reversos de cuadernos descuajaringados y se reza al principio y final de cada clase como un «Dios me salve» de no quererla lo suficiente. Margarita nunca fue Margarita para mí. Fue el amor que se apoderó de la imagen que construí de ella y cuyo exorcismo requirió el paso de los años y la muerte de mi propia juventud… Esta noche la veré y no sentiré nada porque nunca sentí nada por ella, más que la nostalgia de que no albergara, cuando lo necesité, el amor puro en su absoluta dimensión. Pero… ¿Quién puede? Me duele la cabeza».

A través de las ventanas del autobús Ricardo vio pasar troncos de árbol y contenedores de basura y figuras humanas que parecían brotar del interior de las aceras y cómo las luces rojas y amarillas de los semáforos se dispersaban y

mezclaban en los cristales con las de las farolas y los faros de los primeros coches que exploraban las calles. Apoyó la cabeza y sintió la vibración del motor y estiró los pies bajo el asiento delantero. Subió los cuellos de su chaqueta y bostezó como si pudiera recuperar el oxígeno que había ido perdiendo día tras día desde que su hermana lo recogió el domingo en mitad de la nada. Cuando llegó a su parada, Ricardo se dejó bajar del autobús, como si un ente incorpóreo se hubiese apoderado de su voluntad, y recorrió los pocos metros que lo separaban del portal de su apartamento. No recordaba haber pulsado el botón del ascensor ni haber llegado hasta la puerta, pero cuando al abrirse apareció Dael, supo que lo dominaba la ausencia y la soledad y que lo habían llevado hasta ella. Cabía esperar que se molestara por haber roto la más importante de las reglas que le impuso cuando tuvieron aquella especie de relación en el pasado. A Dael no le gustaba que le dieran sorpresas de ningún tipo, por mucho que ella se permitiera darlas. Lo miró con la compasión que despierta un pájaro caído del nido y lo invitó a entrar.

—No quiero saber de dónde vienes y por qué tienes ese aspecto —dijo Dael.

—Café. ¿Tienes café? Necesito un café.

—Entra en la cocina y no te muevas de allí. Háztelo tú.

—No sé dónde está…

—¡Búscalo!

—Mejor me voy. ¿Subirás después?

—¿Subir dónde? ¿Estás bien, Ricardo?

—Creo que me estoy volviendo loco. —Ricardo se dirigió a la entrada y se volvió buscando comprensión en la mirada de Dael —Algo no va bien en mi cabeza. Ayer visité a una psicóloga pero no me sirvió de mucho. Tampoco sé por qué te cuento esto, supongo que no te importa. Tienes cosas más importantes de las que preocuparte que de lo que le pase a tu ex.

—Muchas —dijo Dael con frialdad.

—Ya lo sé, pero…

—Ricardo… Lo que tuvimos pasó hace demasiado tiempo como para que creas que tienes derecho a llamar a mi puerta a las siete de la mañana. Hay reglas y lo sabes. Los niños están durmiendo y yo…

—¡Perdona si lo que pasó el otro día me ha confundido y he pensado que no te importaría que me tomara un café contigo antes de irme a dormir! —ironizó.

—¿El otro día? —dio elevando el tono—. Sí, me acuerdo perfectamente de lo que pasó el otro día. Te pedí que te quedaras con los niños una tarde, ¡una tarde!, y dijiste que estabas muy ocupado. ¡Déjame en paz, Ricardo!

Dael cerró con brusquedad la puerta y obligó a Ricardo a dar un paso atrás para evitar que lo golpease. Se dio media vuelta hasta llegar al hueco de la escalera y bajó escalón tras escalón con parsimonia, tratando de entender lo que acababa de ocurrir, sin que ninguna explicación posible consiguiera aclararle por qué Dael lo había tratado así ni a qué se refería. Su memoria lo

castigó con la imagen de Dael desnuda en su cama, ofrecida a su lujuria con la urgencia de una amante primeriza y desinhibida. Dos días, se dijo. Dos días hace que ocurrió lo que yo no quería que ocurriese y ahora reniega de mí como si fuese una enfermedad que tuviese que mantener alejada, pensó. Fueron más las veces que la tuvo junto a él, de todas las formas y maneras que la imaginación de ambos les permitió entender el sexo, pero a ella parecía no importarle que todo lo que había quedado atrás hacía más de un año, resucitó para él con el encuentro fugaz que los unió hacía pocas tardes.

Ricardo trató de concentrarse en las desvanecidas sensaciones que tendría que conservar de tan intenso reencuentro y percibió cómo se difuminaban, como una niebla que no dejase más rastro que una humedad superficial, y lo abandonaban a una suerte de confusas negaciones que gritaban que nada de lo que recordaba pasó en la realidad; que Dael podía tener motivos para tratarlo como un desquiciado que hubiese perdido el juicio porque nunca existió tal encuentro y solo se produjera en su cabeza. Sintió un intenso y sofocante vértigo que intensificó su desazón hasta que se preguntó si podía estar volviéndose loco; si lo que creía estar viviendo, sintiendo, temiendo, no eran más que alucinaciones que generaban falsos recuerdos y había llegado el temido día en que no distinguía ya la realidad de la fantasía.

No lo ayudó a serenarse la alarma del móvil, cuando sonó y Ricardo entreabrió los ojos y no sin dificultad, pasó el dedo por la pantalla de su smartphone para apagarla. Era consciente de haber deambulado, no sabía cuánto tiempo, antes de refugiarse en su apartamento y dejarse olvidado a sí mismo en la cama. Dos y cuarto. No había dormido más de cuatro horas. Mi padre habrá esperado mi llamada toda la mañana; tendría que haberme reunido con el abogado, pensó. Quiso moverse para salir de la cama, pero se lo impidió un leve mareo al que acompañaron aturdidores destellos de luz que lo obligaron a permanecer tumbado. Sus ojos tardaron unos segundos en desprenderse de toda aquella luminosidad sobrante. Sintió una profunda sed, como si su cuerpo hubiese perdido toda el agua que tenía y no le quedasen más que reservas insuficientes para sostenerlo en pie. Cuando pasó la sensación y pudo enfocarse en un pensamiento que lo ayudase a decidir cómo plantear el resto del día, solo la imagen de Pilar lo reconfortó. Podría ser que lo llamase y le pidiera que se vieran. Puedo llamarla yo, pensó. Pero intuyó que no sería la voz de Pilar la primera que escucharía, ahora que salía del letargo, y lo confirmó cuando la vibración del teléfono lo avisó de la entrada de una llamada. Descolgó pero no dijo una palabra, hasta que pasado un instante, pudo oír la enérgica voz de Cristina.

—¿Se puede saber dónde te has metido toda la mañana?

—Durmiendo —dijo con solemnidad.

—¿Durmiendo? ¡Di que sí! Con lo que tenemos encima y tú, durmiendo. Eres un irresponsable, Ricardo. Perdona que te lo diga, pero es la verdad. Miriam te está esperando para arreglar los papeles de tu padre.

—¿Te vas a meter en eso también? Creo que ya me has apretado esta

semana, ¿no te parece?

—¿Qué le digo a Miriam? ¿La vas a llamar?

—Pero, ¿se puede saber por qué te metes? ¿Tiene algo que ver contigo? Además, no he decidido si quiero que Miriam trabaje para mí.

—No es decisión tuya. Tu padre lo decidió así y así es como se va a quedar, así que ya puedes vestirte y venir corriendo. Estamos en el despacho.

—¿En qué despacho? ¿También eres amiga de Miriam? ¿Primero Sonia y ahora Miriam?

—¿Qué has dicho?

—¡Primero lo de Sonia y ahora lo de Miriam! Qué te estás pasando, Cristina.

—¡No me llames Cristina en ese tono! ¡Me revienta que me llames por mi nombre! Te voy a pasar lo que acabas de decir, porque sé que estás en shock, pero es de muy mal gusto sacar el tema de Sonia. Para mí Sonia está muerta y enterrada… Perdona el comentario, que ya sé que no es el más apropiado hoy, pero es que me estás poniendo de los nervios.

—Mira, me visto y voy y ya me aclaras lo que te pasa, porque no entiendo nada.

—No hace falta que vengas. Lo que necesitas es centrarte de una vez y hacer un esfuerzo por salir del letargo en el que estás, que parece que todo te da igual.

Cuando colgó, tuvo la sensación de seguir oyendo la voz de Cristina y la de Miriam y la de Pilar, manteniendo entre ellas una conversación como si él no estuviese presente. Las pudo oír hablar sobre sus problemas y limitaciones, sobre lo que podría llegar a trastornarlo si no salía de su estado de absoluta desconexión con la realidad; sobre cada una de las equivocaciones que lo habían llevado a un caos del que no sabía cómo salir. Las oyó hablar y hablar como lo hiciera África en la fiesta de cumpleaños de su cuñado, sin tenerlo presente en la conversación y sin atender al interés de Ricardo, pero versando cada pregunta y cada respuesta sobre su futuro y sus posibilidades de ser feliz y volver a una vida normal. Solo faltaba que Dael se uniera a la conversación y se atreviese a hablar de normalidad, pensó. Y llegó. Se hizo cuerpo su voz con tanta intensidad como la del resto de voces, que lo acompañaron mientras tomó un café cargado y se vistió con desgana. Su conciencia parecía haberse fragmentado y haber reunido un coro de voces femeninas que lo alentaban a no dejarse caer y encontrar una salida para cada mal que lo asfixiaba. Y oyó tales voces y otras que no conocía durante el trayecto a casa de… Paró el coche cuando no recordó dónde iba. Quiso refugiarse en alguna desconocida que pasara por la calle y cuyo caminar seguro y sensual lo ayudase a huir unos segundos, como hacía cuando el día no había ido bien o cuando desayunaba con su amigo Pedro dos veces por semana. No me ha llamado para recoger la moto, pensó. Dijo que lo haría hoy por la mañana; ¿o fue ayer cuando me la pidió?, se dijo. Siguió conduciendo. Su padre no le cogía el teléfono y Cristina había dejado un mensaje en el contestador. Una voz desconocida contestó la

llamada al estudio y dijo no conocer a Miriam.

«Es buena señal que no haya ido a trabajar. Puede que no esté todo perdido con ella. ¿Ya han metido a alguien nuevo en el estudio y no tengo ni firmados los papeles? No puedo evitar quererlos. Los conozco de toda la vida. Después de la reunión del otro día tengo la sensación de conocerlos desde que nací. Como si todo lo que dijesen no me fuese extraño… Pero se han reunido con Miriam, a mis espaldas. Han llegado con ella a un acuerdo sin consultármelo… No me acuerdo del nombre del padre de Pilar. Lo conocí hace dos días y no recuerdo su nombre. Pero me cae bien. Y yo le he caído bien. Creo que no le importaría que su hija y yo… No digas tonterías, tienes que recordar su nombre. ¿Cómo se llama, por Dios?... Baldomero. Se llama Baldomero. ¿Esa es Pilar?».

Ricardo paró el coche y bajó la ventanilla.

—¿Pilar? —gritó.

La mujer a la que había gritado se dio la vuelta. Nada en sus rasgos podía recordarle a la Pilar que conoció, pero tardó unos segundos en darse cuenta del error y solo cuando la joven se dio media vuelta y continuó caminando, Ricardo siguió su marcha sin pensar demasiado en el error. No se paró ni llamó a la mujer que le recordó a Sonia dos semáforos después. Una premonición, pensó. Cuando el nombre de Pilar apareció en la pantalla del bluetooth del coche, se dijo que había sido una premonición. Quería verlo. Y él quería verla. Como si pudiera con tal encuentro darle normalidad a todo lo que había entendido desde la noche anterior, se anticipó al encuentro y visualizó la fluidez con la que se entenderían, como la de la noche en que la conoció. Y hablarían de todo lo que no pudieron hablar y de lo que nunca pudo hablar con nadie. Ella comprendería lo que le pasaba. Le pareció buena idea, incluso divertida, la de mal comer en un local de esos en los que sirven comida rápida de todo tipo y luego ir al cine, como si fueran amigos, como si se conocieran desde siempre y tan solo hubiesen esperado que llegase la oportunidad de reencontrarse.

Cuando la recogió, su blusa no era distinta a la que llevaba la chica con la que la confundió. Incluso el color del pelo le pareció el mismo. Pero era Pilar y sus gestos inconfundibles superaron cualquier comparación posible. Un tono de labios suave iluminó cada palabra que pronunció y Ricardo dejó que lo hipnotizasen sus pestañas con cada parpadeo intermitente. Fue el silencio del coche, en el que sintió que habían aparecido sin más, el que lo animó a confesarle que quería ser otro. Sintió que Pilar lo escuchaba como nadie lo había escuchado.

—Quiero ser otro —repitió dos veces—. Otro, que no tenga la necesidad de amartillar las cosas hasta que no quede nada de ellas. Otro, que pueda proyectarse en paredes blancas como una sombra chinesca y adaptarse a la luz a su antojo. Otro, capaz de salir de la oscuridad y gritar lo que siente y lo que piensa sin miedo al fracaso ni a la frustración.

—Solo tienes que seguir luchando —dijo Pilar con una voz que a Ricardo

le pareció que lo envolvía como si saliera de todas partes y de ninguna—. No te dejes ir, ni te dejes vencer por la tentación de permanecer para siempre al margen de la vida. Tú y yo tenemos un vínculo. Lo sabes. Te lo dije cuando nos conocimos. Sé que puedo ayudarte a dejar atrás tu carga.

—¿Por qué no podemos irnos hoy, ahora? —preguntó Ricardo —. Los dos, juntos. Déjalo todo y ven conmigo. No hay nada aquí para ti, solo hay que verte. Nada que pueda darte lo que buscas.

—Lo siento, Ricardo, pero eres tú quien debe seguirme.

—Estoy aquí, ¿no? Podemos comer algo e ir al cine, como me has pedido.

—Me lo has pedido tú.

—Estás, porque te veo y sé que estás, pero siento que no has llegado. Es una sensación muy rara. Como si te viera en todas partes y en ninguna. Creo que desde que visité a la psicóloga ayer, algo no funciona bien en mi cabeza.

—Al contrario —dijo Pilar—. Es una mejoría que estés afrontando tus problemas de esta forma. Me has llamado y eso es buena señal, créeme.

—¡Yo no te he llamado! ¡Me has llamado tú!

—Volveré cuando recuerdes quién llamó a quién.

Ricardo contempló a Pilar mientras se bajaba del coche y se alejaba entre una multitud de estatuas humanas que lo miraban como si hubiese cometido una falta imperdonable, hasta que desapareció entre calles sin nombre que no reconoció. Miró al salpicadero, como si el velocímetro pudiera contestarle cualquier pregunta que le hiciera y arrancó el coche para dirigirse al encuentro de sus amigos.

Ricardo llegó antes que los demás. Desde los diecisiete años, habían pasado más tiempo en ese bar que en sus casas. Seguía luciendo un horrible cartel anticuado y comido por el óxido en el que se leía: «Revuelo». El olor le resultó tan familiar que no pudo evitar que lo invadiese la nostalgia, a pesar de su corporeidad reconcentrada, mezcla de restos de cerveza con matices avinagrados y de su nefasta mezcla con un ambientador de pino que poco hacía por mejorar el insalubre trasfondo de aromas encontrados. Pero fue su bar, el de todos. Echó un vistazo en su interior y al otro lado de la barra, Enrique seguía estando tal y como lo recordaba: regordete, algo circunspecto y con la piel desgastada y cubierta por la pátina de años de trabajo duro y poco satisfactorio. Redujeron sus vidas a las consabidas anécdotas que conformaban el universo en el que desenvolvían su amistad casi tribal y bebieron y comieron lo que unos y otros fueron pidiendo, sin más orden ni concierto que el de la apetencia de quien se acercaba a la barra. Cervezas dieron paso al vino y éste a lo que cada uno quiso, hasta que las risotadas y gritos deformaron el espacio y el tiempo y la noche se les echó encima. Les esperaba una cena que había ido perdiendo su sentido, según fueron pasando las horas de una tarde tan fugaz como la primera cerveza, y a la que llegaron desentonados con el resto. Entre aquellas mujeres con vestidos elegantes y peinadas para la ocasión, debía encontrarse Margarita. Ricardo quiso buscarla

entre los cuarenta compañeros de colegio, en cuyas caras seguía viendo los niños que fueron, que con sus disfraces de adultos ocupaban el amplio hall del restaurante, a la espera de ser invitados a pasar al salón. Pero no la vio. Pudiera ser una de ellas, quizás la que cruzó su mirada con él e incluso le sonrió. Pero pronto descartó que su bellísima Margarita y la eterna juventud que su memoria le atribuía, pudiese ser esa o cualquiera otra de aquellas repeinadas mujeres de vestidos pretenciosos y bolsos diminutos colgados por finas cadenas de cuerpos que parecían no albergar vida y cuyas voces repicaban como campanas en una torre abandonada.

Ricardo fijó la vista en el rosetón del techo y las flores que lo adornaban mezclaron sus colores y le pareció que giraban las paredes y las ventanas, con todos los comensales y las mesas, en una espiral descendente que lo terminaría por atrapar y elevar sobre el suelo hasta poder contemplar desde las alturas cada detalle de las vidas de quienes compartieron con él su infancia. Le fallaron las piernas cuando intentó ponerse en pie y la comida se revolvió en su estómago como si lo estuviese purgando con hierbas de sabor amargo. Detrás de cada uno de los cuarenta rostros que circunvalaban las mesas, una historia se contaba sola en su cabeza, apuntándole los momentos en que aquel o este compañero hizo algo que lo marcó para siempre, por pequeño e insignificante que pudiera ser el suceso en términos absolutos. No les gustaba toda aquella gente a la que conoció hacía treinta años y con la que compartió espacios reducidos y claustrofóbicos durante más de una década. No eran ellos; tal vez los niños que conoció no eran más que imprimaciones en una maltrecha pared blanca sobre la que algún desaprensivo había ido pintado sin tino aquellos amasijos de bocas y ojos y risas fraudulentas que tenía delante y que no reconocía como su infancia. Quiso correr. Respirar tan fuerte que desapareciera la opresión que sentía en el pecho. La misma que sintió cuando su madre se deshizo de todo lo que coleccionó durante su niñez y lo dejó huérfano de revistas y juguetes.

Buscó en su teléfono algún nombre que pudiera estar dispuesto a salvarlo de aquel disparate retrospectivo y de la ausencia de Margarita. Siempre Margarita; hermosa Margarita, la que se alineó con estrellas y constelaciones inalcanzables para crear un universo de conceptos y acepciones del amor y que se quedó impregnada en su memoria tal cual fue. Miriam no contestaba a esa hora a los mensajes. Sonia tenía apagado el teléfono. De Cristina solo pudo oír el mensaje de su buzón de voz. Pilar volvería a decir que es él quien la llama. Dael ya lo había trastocado demasiado. Mane no se acordaría de él. De África no recordaba ni su cara. Baldomero sí que sabría lo que hacer, pensó.

«Si pudiera cambiar todo este engreimiento y tanta vacua existencia y mendacidad y falsa beldad de salón por una charla con Baldomero, aprendería más sobre mi propia vida que si consiguiera -un milagro haría falta- unir los retazos de quienes me conocieron siendo puro e inocente para trazar con ellos un mapa de lo que fui… La voz de mi padre todavía es como un cincel que

golpea y golpea mis ideas hasta que las reduce a escombros. En sus esfuerzos por encontrar diamantes que solo existen en su fantasía de padre dueño y señor de las almas de sus hijos, ha llegado a excavar tan hondo que me siento como una mina abierta a la que el sol y el óxido ha decolorado para siempre y por la que pasan riachuelos envenenados incapaces de albergar vida, en los que la muerte acecha con una guadaña de reproches y rencores forjados con desprecio y abuso. Ya no lo odio, pero lo odié».

Ricardo sintió una presencia a su espalda y una mano que se apoyaba en el respaldo de su silla. Trató de adivinar quién podría ser, según los huecos que faltaban en las mesas, pero desistió de hacer cábalas y se giró al encuentro de lo que fuese que le quedara por soportar. Era Sandra, otra de tantas que conformaron el paisaje femenino de su adolescencia y cuya existencia había olvidado.

—¿Nos tomamos una copa?

—¿Ya han abierto la barra libre?

—Hace dos minutos. Ven.

Sandra, como si hubiesen estado la tarde antes sentados en los escalones de las escaleras de un instituto hablando sobre los profesores y sus manías, se permitió cogerlo de la mano y llevarlo con ella hasta el salón contiguo, donde otros formaban cola ante una mesa para ser servidos.

—Ron para los dos —dijo Sandra.

—Ron para los dos —repitió Ricardo.

Durante el tiempo que duró la espera, ambos guardaron silencio. Sandra le dedicó sonrisas que aliviaron los temores de Ricardo sobre lo incómoda que terminaría siendo cualquier conversación hasta que fuesen tres o cuatro las copas consumidas. Su mano tenía los dedos largos y delicados y habían cubierto entera la suya cuando la cogió para llevarlo hasta allí. Tenía su misma altura y Ricardo la miró como quien mira un espejo. El pelo negro y liso le caía sobre los hombros sin llegar a cubrirlos. Tiene una mirada firme, compacta, pensó. Que negritud más negra la de sus pupilas y que marrón más oscuro el de su iris, se dijo. Cuando les sirvieron, caminaron hasta situarse junto a unas puertas de hierro que enmarcaban cristales, desde las que se accedía a un patio cuya fuente sin agua, pero iluminada por varios focos desde su interior, invitaba a reflexionar sobre las cosas importantes de la vida tanto como a no pensar en nada y dejar que las horas pasaran.

—Hace ocho años que no nos vemos —dijo Sandra.

—¿Tantos? Puede ser. La última vez fue…

—En la cola para renovar el carnet de identidad.

—Es verdad —dijo Ricardo sorprendido—. Te acompañé al coche, si no recuerdo mal.

—Sí.

—Me siento como si nos hubiésemos visto ayer.

—Es lo que pasa cuando te llevas bien con alguien —dijo Sandra.

—Es curioso. Sé que fuimos buenos amigos, pero…

—Pero…

—No, nada.

—Puedes decir lo que quieras, no te preocupes.

—Que no he pensado en ti estos años como una amiga y cuando me he dado la vuelta y te he visto, he sentido mucha alegría por dentro. No sé ni por qué lo digo. Vas a pensar que soy un cursi. —dijo Ricardo.

—Tranquilo. Te entiendo. No voy a irme corriendo porque no hayas pensado en mí. Es normal. La vida es así. Hoy estás con alguien y desde mañana no lo vuelves a ver nunca.

—Ya, pero es que me ha dado coraje. No entiendo por qué nos alejamos de personas que nos caen bien y con las que estamos a gusto.

—Tengo mi teoría sobre eso.

—¿Cuál es tu teoría?

—¡Que somos idiotas! —dijo con una sonrisa que descubrió de nuevo sus hoyuelos.

—¡Qué verdad más grande!

—En serio —puntualizó Sandra—: creo que las personas más vulnerables buscan personas que les aporten cosas que creen que no tendrán nunca, para que los enriquezcan y los hagan sentir seguros. Al principio es así, siempre es así. Pero cuando el tiempo pasa, esas personas dejan de aportarte lo que buscabas en ellas, posiblemente porque nunca lo tuvieron, y te dejan agotado y más vulnerable que al principio. Porque mientras tú les das todo para que la relación de amistad (o del tipo que sea) funcione, ellas se han estado aprovechando de tu debilidad y te han absorbido la energía hasta dejarte en los huesos.

—Así que, según tú, no hemos sido amigos todo este tiempo porque ninguno de los dos quería vampirizar al otro.

—Algo así, sí. ¿No te pasa a menudo? A mí sí. Conozco a alguien con quien me lo paso realmente bien, con quien estoy a gusto de verdad. Me encanta cómo es, lo que dice, a lo que se dedica o lo que le gusta en la vida. Justo en ese momento, cuando soy consciente de todo eso, lo descarto como amigo o lo que es peor, como posible pareja. ¡No puede ser tan fácil! Hay que complicarse. Aquél, aquél que no me aporta mucho de entrada pero que promete, promete. Ese, ese va a ser… Ese otro, también promete, que parece que tiene mucha personalidad y sabe lo que quiere (lo que suele significar que es un egoísta patológico y solo se importa a sí mismo), ese sí que me conviene, porque como soy una débil mariposita que deambula por la nada mendigando un poco de cariño, ese sí que puede completarme y llenar mi vacío. Y a lo mejor tengo en mi entorno, más cerca de lo que creo, una persona encantadora, que encaja conmigo con total naturalidad y con la que puedo hablar de todo…pero claro, como puedo hablar de todo con él o con ella, encaja conmigo y me siento a gusto… ¿dónde está el misterio y el reto? No, no, no… Hay que complicarse. Castigarse y luchar y pasar noches enteras en vela y sufriendo por quien no te hace caso ni te conviene, porque ese es el

sacrificio ritual que me hará merecedora del idiota más idiota de la tierra y que terminará por joderme la existencia y dejarme con la autoestima por los suelos. Y, ¿todo por qué? Porque…

—Porque lo que más nos cuesta más nos gratifica —dijo Ricardo.

—Sí. Nos educan así. Piénsalo. Si trabajas, si te esfuerzas, si las cosas te cuestan trabajo, vas por el buen camino. Si estás disfrutando y las cosas te salen sin esfuerzo, eres un vago, o un perdedor, o un caradura. Es un mal endémico de nuestra sociedad. Sacrificio como pérdida y no como devoción, que es su significado. ¿No puedo disfrutar de las cosas que hago? No. Tienes que sufrir primero para tener derecho a disfrutar después.

—Desde luego, cualquiera que nos oiga dirá que no estamos bien de la cabeza. Esto sí que es un comienzo después de ocho años sin vernos —dijo Ricardo.

—Perdóname. Soy muy pesada. Córtame, hablo mucho.

—No, por favor. Me encanta lo que dices. Lo digo de verdad. De hecho, te confieso que pensaba en marcharme a casa cuando has venido a la mesa. Es agradable poder hablar de cosas así con una copa en la mano y en este entorno.

—Te he visto muy callado.

—Lo que significa que te has fijado en cómo estaba —dijo Ricardo.

—Claro que me he fijado. ¿No he ido a buscarte?... Te ha cambiado la voz.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando has dicho: «lo que significa que te has fijado», has engolado la voz. Ha sonado fatal.

—No era mi intención —aclaró Ricardo.

—Puede que no, pero ha sonado a ligón de discoteca. ¿Es un código de tíos o algo así? ¿Cuándo una mujer se fija en vosotros tenéis que demostrarles que no se han equivocado y que sois lo que buscan?

—Perdóname —dijo Ricardo con sinceridad—. Ha sido un acto reflejo.

—Si no supiera cómo eres y no te conociera, me iría ahora mismo y te quedarías sin la oportunidad de conocerme mejor. ¿Ves lo que te digo? Proyectamos una imagen de lo que no somos y atraemos a quienes no nos interesan. Si te comportas como un idiota, atraerás a idiotas.

—¿A qué te dedicas? —Ricardo sonrió—. No me acuerdo.

—No pasa nada. Era fisioterapeuta.

—¿Eras?

—Sí. La cosa se complicó y tuve que dejarlo…

—Yo soy…

—Arquitecto —dijo Sandra.

—Buena memoria.

—Siempre me has interesado. Más clara no puedo ser.

—Pues mira, voy a aprovechar tu sinceridad para preguntarte algunas cosas —dijo Ricardo.

—Adelante, pregunta.

—¿Por qué te intereso? Y no me digas lo de mis hoyuelos ni lo de que soy guapo.

—No te lo digo si tú no me lo dices a mí —dijo Sandra—. Lo de los hoyuelos es una tortura.

—Los tuyos son preciosos —dijo Ricardo.

—Los tuyos también… Me interesas por muchas razones.

—Dime una.

—La primera vez fue hace mucho. Te paraste en el patio para ayudar a una niña pequeña a recoger los cromos que se le habían caído de su caja de metal, de esas para guardar galletas. Tú tendrías unos once años y la niña, unos seis o siete. Te paraste, te agachaste, los recogiste todos y los guardaste en la caja. Y además, te quedaste con ella hasta que dejó de llorar. Me fijé en que tus amigos habían seguido adelante e incluso alguno se metió contigo por pararte, pero te dio igual. Ese fue el día a partir del cual empecé a fijarme en ti.

—No me acuerdo de esa anécdota.

—Tienes pinta de no acordarte de nada de lo bueno que te ha pasado.

—¿Algo más? No creo que te interese solo porque recogiera los cromos de una niña.

—Un día de primavera, cuando tenías trece años, viste a tu hermana mayor llorando en el portal de casa. Tú venías de montar en bicicleta con unos amigos y la viste desde lejos. Venías andando porque se te había pinchado la rueda y te quedaste mirando cómo lloraba. Ella te vio y subió a casa sin esperarte. Nunca supiste por qué lloraba, pero esa noche, cuando todos habíais cenado y os disponíais a recoger la mesa, te adelantaste a ella y recogiste su plato y le preguntaste si quería postre. Te sentías mal por no poder ayudarla de otra forma. Te preocupaste por ella y quisiste agradarla.

—No puedes saber eso. Es imposible. No me acuerdo ni creo que ocurriera algo así. ¿Cómo sabes eso? ¿Te lo conté yo? —Ricardo puso las manos sobre las rodillas y negó con la cabeza—. Esto no tiene gracia, Sandra.

—Son las cosas que me importan de ti. Si quieres te digo que me fascinaba que hicieras alpinismo y que tu desparpajo con las mujeres me vuelve loca, pero la verdad es que todo eso nunca me ha importado de ti. No deberías estar aquí, conmigo. Deberías estar allí, donde están tus amigos. Y deberías acercarte a Margarita y hablar con ella.

—¿Margarita está aquí?

—Sí. ¿Ves a la que lleva un vestido azul marino y tiene el pelo recogido en una trenza?

—¿Esa es Margarita?

—Esa es.

Ricardo se sentó en un taburete junto a una de las columnas del patio. Sintió un pinchazo en su cabeza, como una fuerte descarga que lo hubiese sacudido desde el cuello. Cuando pasó la impresión que le causó, miró a su alrededor y vio cómo Sandra se alejaba de su lado. Pudo ver a sus compañeros reír y levantar las copas y brindar y a Margarita tan bonita como el primer día

que la vio. Quiso acercarse y confesarle que su vida se paró el día en que decidió no decirle que la quería; que todo lo que fue y quería llegar a ser se diluyó con su recuerdo y que para él, simbolizaba la esencia misma de lo que significaba vivir. Se sintió torpe, maniatado por complejos mecanismos que lo tuviesen cableado y que le impidiesen hacer algo tan simple como saludarla y brindar con ella por el pasado que tuvieron en común. Pero todo se desvanecía a su alrededor. Salió del restaurante con las manos cruzadas a la espalda y siguiendo las líneas de las aceras y saltando algunas de ellas, como un niño que evitase pisarlas para no invocar fatalidades del destino, pensó en Sandra y en lo que le dijo sobre lo que desconocía de sí mismo. Sintió un profundo miedo que lo paralizó cuando se preguntó por ella. La voz inconfundible de Borja a sus espaldas lo detuvo.

—¿Dónde vas?

—No lo sé. Estoy cansado. Necesitaba despejarme.

—Nos fumamos un cigarro y entramos. Nada de escaqueos. Hoy no, que te conozco.

—He visto que estabais brindando.

—Sí. Margarita ha brindado por Sandra.

—Por Sandra…

—Sí. Yo no la conocía mucho, pero Margarita sí tenía amistad con ella.

—No te sigo, Borja…

—Perdona, igual no lo sabes y me estoy adelantando. Sandra murió hace unos meses. Cáncer de útero. Horrible y fulminante.

—No es posible —Ricardo aspiró el cigarrillo y sintió que todo su cuerpo convulsionaba—. Acabo de hablar con ella.

—Ricardo, no gastes bromas con esas cosas, ¡que no tienen gracia!

—Lo digo en serio, he hablado con ella. Has tenido que verme. Al lado del patio, junto a las columnas.

—No te has levantado de la mesa durante toda la cena. No has abierto la boca, eso es verdad, pero no te has movido. ¿Estás bien?

—Sí —dijo obligándose—, bien. No sé por qué lo he dicho. Perdona, es de mal gusto. Me voy a casa, Borja.

—No puedes irte sin hablar con Margarita, Ricardo. No seas aguafiestas.

—¿Qué le digo? Hace diez años que no hablo con ella

—Te has llevado los últimos diez años mencionando a Margarita cada dos por tres. La tienes ahí dentro. Eres Ricardo Lasfuentes. No tienes que decir mucho. Sonríe y que tus hoyuelos hagan el trabajo. Venga —Lo cogió del brazo—. Vamos dentro.

—¡No! —Ricardo se zafó con brusquedad—. Me voy a casa. Despídeme de todos.

Aquel sábado…

Ricardo nunca sintió atracción por la jardinería. Eran muchas sus inquietudes, pero la meticulosidad que requiere el cuidado de plantas y flores o de un huerto con la mínima diligencia, la reservaba para el modelismo y las pinturas con acuarela. El enorme jardín, de impecabilidad inglesa y estética incontestable, le dijo mucho sobre la personalidad de Baldomero. Como arquitecto, deploró el diseño del chalet y la extravagancia de algunos ornamentos, pero quedó fascinado por las dotes paisajísticas de su dueño, al que deseaba tener oportunidad de conocer mejor. Baldomero lo recibió en la puerta y le estrechó la mano con la misma energía que lo hizo cuando se conocieron. Alabó el gusto de Ricardo por la ropa informal y con tal observación, lo hizo sentir perteneciente al grupo adecuado de invitados. Cuando Ricardo se adentró en la jungla de cuerpos, dispuestos como fichas de ajedrez expulsadas de un tablero, supo al instante quiénes eran del agrado de su anfitrión y a quiénes consideraba excesivos, petulantes o engreídos. Los miró a todos como si fueran extranjeros de países exóticos y cuyas enigmáticas costumbres no entenderían aunque se las explicasen. Baldomero, aferrado a su botellín de cerveza y con la campechana actitud de un millonario que no tiene que dar cuentas a nadie de lo que piensa, fue presentando a Ricardo a los invitados con los que se iban cruzando. Lo inundó una sensación de familiaridad desconocida para él, sobre la que tal vez pudo construir en su imaginación algunas trazas, pero que sólo transmitían las familias idealizadas sobre las que había leído en alguna que otra novela decimonónica. Una familiaridad tan irreal como cercana, pero con la virtual capacidad de enajenarte el sentido común hasta que crees estar rodeado de tu propia familia y de la que solo caes, hasta estamparte contra la realidad, cuando han pasado unos días y las sensaciones alienantes se disipan hasta dejar las cosas como estaban y un vacío melancólico irreconciliable con el recuerdo que uno quisiera guardar. Ricardo sintió que Baldomero lo trataba como a un hijo y se castigó por considerar que tal estúpida sensación pudiera ser real y humilló a su propia debilidad, que lo arrojaba al cariño de cualquiera por mor de la ausencia de un padre justo y cabal. Y todo ello, antes de que Baldomero pudiera ofrecerle la primera cerveza; antes de que Pilar y Miriam se acercasen a saludarlo; antes de que las sonrisas de sus anfitrionas y sus amigos le hicieran sentirse envuelto por una bruma de cordialidad que solo consiguió acentuar su propia desdicha.

—Tienes mejor cara que la última vez que nos vimos —Pilar le dio un beso en cada mejilla y le ofreció queso en un plato que había ido llevando de grupo en grupo hasta llegar junto a Ricardo.

—Tú, en cambio, estás igual de guapa. Creí que habría camareros.

—Y los hay. Mira, ahí viene uno. Pero me pareció una buena excusa para acercarme y tantear cómo viene hoy el invitado más esperado.

—No creo que lo sea para todo el mundo.

—Si lo dices por mi hermana, te aseguro que está deseando verte.

—¿Organizáis fiestas muy a menudo?

—Hace mucho que no vengo a una, pero sí, podría decirse que sí.

—¿Qué te has hecho en el pelo? —Ricardo alargó la mano hacia el cabello de Pilar y pasó sus dedos por las puntas con un gesto que a muchos les costaría hacer con naturalidad.

—Solo me lo han cortado un poco y me han peinado. Si te has dado cuenta, ha merecido la pena. —Pilar sonrió, se dio media vuelta y se alejó para ofrecer queso al siguiente grupo de invitados.

—¿Puedo esperar a que me traigas otra cerveza? —dijo Ricardo cuando Pilar solo había dado dos pasos.

Se giró y regaló la mirada que Ricardo esperaba antes de contestar, que dejó en su retina un fulgurante destello que lo conmovió y que sometería su voluntad a los designios de la caprichosa actitud de Pilar durante el tiempo que permaneciera en la fiesta. Iba y venía; se acercaba y se alejaba sin reparos en ser descubierta o en que pudiera quien fuese pensar que jugaba con cartas marcadas. Entraba y salía del espacio que ocupaba Ricardo con la misma facilidad que ofrecía al resto de invitados su amplia sonrisa de niña perfecta y comprometida o con la misma perseverancia que prestaba a su padre toda su ayuda con cada pormenor que surgía. Ricardo dedicó una parte de su atención a seguir sus movimientos, su actitud, su prestancia inquebrantable. Iba y venía y Ricardo la percibió como una caminante que recorriese interminables pasillos con sucesivas bandejas en sus manos, repletas de todo lo que requerían sus invitados, muchos de los cuales se fueron dejando caer en tumbonas, e incluso en el césped. Se mantuvo ausente, en una distancia respecto a la realidad más cercana que lo llegó a perturbar, a inquietar; gritando sin ser oído en la silenciosa cavidad de su cerebro palabras que dejaron de tener sentido; esperando una respuesta por parte de alguien que le permitiera entenderse y entender todo aquel conjunto de compuestos químicos con formas humanas que lo rodeaban y acosaban con sus voces petulantes.

«Miriam. Miriam sabrá que estoy aquí, aunque no me haya visto. Debe saberlo. Tengo que verla y que me explique por qué me buscó y me abrazó y me dio su calor, para arrojarme después a un contenedor como se hace con un envoltorio vacío. Su mirada no fue una mentira. Tampoco lo era la de Pilar, pero no se está quieta. Se mueve. Se acerca y se aleja y no me deja mirarla a los ojos como el primer día, en el que sentí que sus palabras me salvaban de una perdición que sigo sin saber en qué consiste… Me vio tumbado en el sofá, con aquel demacrado aspecto y una horrible fatiga, y a pesar de eso y de todo lo demás, hay algo en su forma de acercarse a mí que me hace necesitarla. No es un deseo, ni una pulsión. Es algo más básico. No sé si me estoy volviendo loco. Puede que sea eso, que todo esto no sea más que el final de mi cordura y que ellas sean las mujeres enviadas para hacérmelo saber. Que mis fantasías no hayan sido más que las etapas necesarias que debían traerme hasta aquí

hoy, a esta fiesta, a esta casa en la que no conozco a nadie y en la que nadie me conoce. Pilar sí, sí me conoce. Sabe quién soy, al menos esta semana. Como si supiera qué estoy buscando y se hubiese propuesto ayudarme a encontrarlo. No puedo verla con claridad… Baldomero me habla y me habla pero no quiero escucharlo más».

—Estás muy callado —dijo Miriam.

—No te había visto —contestó Ricardo.

—No habrás mirado bien. ¿Estás a gusto?

—Sí, claro. ¿Dónde mejor que aquí? —Ricardo trató de reponerse de su ausencia y trató de no mediar ni una palabra que pudiese incomodarla.

—¿Has hablado ya con Javier y Diego?

—No sé si es el momento para hablar de eso.

—No puedes dejarlo, Ricardo. Es importante que tomes una decisión y firmes los papeles. Todo eso de lo que hablaste, lo de empezar de nuevo, tenía mucho sentido.

—No sé si quiero hablar de esto contigo, teniendo en cuenta que has aceptado su oferta.

—¿Qué oferta? ¡No he aceptado ninguna oferta!

—Yo lo hubiese hecho.

—No sé de qué estás hablando. Es importante que hagas un esfuerzo por enfrentarte a la realidad y salgas de esto cuanto antes. Los papeles ya están preparados y solo necesito que te pases por el despacho y los firmes.

—¿Para eso has quedado? ¿Para hacer de recadera de esos dos…? Me voy a callar.

—Mira, Ricardo, sé que no estás bien y que puede que todo te resulte confuso, pero yo solo hago mi trabajo, ni más ni menos. Trabajo para el que me contrataste, por cierto, porque tu padre te lo sugirió y yo…

—¿Mi padre? ¿Qué mi padre me sugirió que te contratase? Deja de beber lo que estés bebiendo. ¡Te contraté porque quise! Mi padre no tuvo nada que ver. De hecho, dudo que sepa que existes.

—Se te pasará. Estás nervioso y lo entiendo. Luego nos vemos.

Ricardo se dirigió a los vestuarios de madera del jardín, alineados como en una vieja película de los años cincuenta, que formaban una hilera de cuatro receptáculos claustrofóbicos y tan blancos que la luz del sol se reflejaba en el barniz con la intensidad de un potente foco. Abrió el primero y se ocultó de la gente. Se echó agua en la cabeza. Trató de acordarse de cómo había llegado a casa de Baldomero. No se recordaba conduciendo su coche y le preocupó que la bebida le hubiese sentando mal. Se miró al espejo y parpadeó varias veces, dejando que el agua recorriera su cara. En alguna parte, detrás de esa mirada, pudo reconocerse un instante, lo suficiente como para decidir afrontar aquella extraña sensación paranoica de sentirse observado. Un leve zumbido en los oídos precedió a un leve mareo, del que se repuso sentándose en el suelo y cubriendo su rostro con las manos. Respiró hondo y deseó no estar allí, en aquella fiesta, con aquellas personas a las que no quería seguir viendo. No

quería estar cerca de Miriam ni de Baldomero; ni quería que el recuerdo de Sandra lo perturbase; ni que la sombra omnipresente de su padre tratara de arrastrarlo por más tiempo; ni seguir arrepintiéndose de no haberse acercado a Margarita la noche anterior; ni soportar los discursos aleccionadores de Cristina; ni sentir el desprecio de Dael; ni la culpabilidad con la que Sonia lo había estigmatizado para siempre.

«Pilar. Necesito que Pilar me traiga una cerveza y hablar un rato con ella. Su voz me relaja. Saldré y buscaré a Pilar y se me pasará. Es otro ataque de ansiedad, solo es eso, ansiedad. El otro día te pasó, cuando fuiste a ver a la psicóloga… Fúmate un cigarro… Enciéndelo y cuando te lo fumes, sales y buscas a Pilar. Ella te ayudará… Miriam es una cínica. No puede venir y decirme que arregle los papeles con mis socios cuando sé que ella me está engañando. Lo sé. No recuerdo quién me lo ha dicho, pero lo sé. Hablaron y ella se ofreció a traicionarme, a espiarme. Lo sé como si hubiese estado presente… No te acuerdas porque estás nervioso, eso es todo… Podría llamar a Cristina, pero solo servirá para darle una excusa y que pueda vapulearme, como siempre. Sé lo que piensa mejor que ella misma. No hace falta ni que hable y sé lo que está pensando. Tengo que salir de aquí… Casi puedo oírlos desde aquí. Sé lo que se dicen y lo que piensan. Sé lo que quieren de mí y no sé si seré capaz de darlo, de enfrentarme a la verdad de una vez por todas».

Pilar tocó la puerta con la mano abierta y dio un leve golpe que Ricardo pudo identificar con su mano y con su presencia, como si también estuviese al otro lado y la hubiese visto acercarse, aunque no supo el porqué.

—¿Estás bien, Ricardo?

—Sí, enseguida salgo.

—¿Necesitas algo? Puedo traerte lo que quieras, pero tendrás que salir. Mi padre dice que estás animado. Quizás sea el momento de que salgas y hablemos de lo que te pasa.

—Tu padre es muy indiscreto. Y muy poco sutil, por cierto.

—Sí, es un mal endémico en nuestra familia. Todos somos directos, implacables a veces, diría yo. Pero lo hacemos siempre con buenas intenciones. ¿Saldrás?

—Tenemos pendiente una conversación —dijo Ricardo.

—Espero que no muchas más, por el bien de todos.

—No entiendo lo que dices, Pilar.

—Eso es buena señal. Te espero fuera.

—¿Fuera? ¿Fuera de dónde?

—Tu teléfono está sonando, por cierto. Se te ha debido de caer.

—¿Quién me llama?

—Dael.

Ricardo volvió a mirarse al espejo y recordó el nombre como el de una pintada en una pared sucia y abandonada, dejada de todos y apartada de todas las calles y barrios que conocía. Dael sonaba acuoso, como si se hubiese quedado atrapado en una burbuja dentro de un plástico. La vio tumbada en

una cama, con el pelo suelto y un camisón celeste.

—No recuerdo cómo he llegado hasta aquí.

—Unos amigos de mi padre te trajeron. ¿De verdad no te acuerdas? ¿Quieres que llame a alguien?

—No, no. Solo quiero calmarme. Ahora salgo. No ha sido una buena semana. Discúlpame con tu padre.

—Te espero fuera.

«¿Y Cristina? ¿No va a ayudarme en esto? Solo sabe discutirme todo lo que digo. No basta con que guardes mis recuerdos de infancia ni los cordones de unos zapatos. Necesito algo más de ti. Podrías venir y sacarme de aquí. Podrías llevarte este pánico y tirarlo muy lejos, en un sitio del que no pueda salir más, para que pueda estar tranquilo. Solo quiero eso, estar tranquilo. Volver a oír y a entender lo que dicen los demás, sin miedo a fracasar… ¡Cristina! Ni gritándote acudes».

—¿Sabes que no le gustas?

Ricardo oyó aquellas palabras como si provinieran de su interior; como un susurro que lo aleccionara a la distancia de un confesor anónimo que ocultase su identidad tras las celosías de un confesionario. Ricardo no respondió, pero el ente sin forma al que su cabeza tendía la mano, contestó a la pregunta que había urdido su mente.

—¡A la muerte! ¡No le gustas a la muerte!

Ricardo dejó caer el botellín de cerveza y el dolor de cabeza que lo acosaba desde hacía días resurgió y pudo sentirlo como una fuerte garra que hubiese clavado sus afiladas uñas desde el cuello hasta la frente. No podía pensar. La imagen de Pilar se desvaneció como una nube de polvo arrastrada por una ráfaga de viento y los invitados, como muñecos encerados, le parecieron figurantes en una pesadilla. Una cegadora luz le obligó a cerrar los ojos y se sintió flotar más allá de su cuerpo, como una hoja arrancada de su rama que, en su inevitable pero rítmico descenso, se meciera desde la copa hasta caer al suelo. La voz dejó de afligirlo cuando se concentró en su timbre y la sintió cercana, conocida para sus aturdidos oídos. Aunque palpó con las manos lo que rodeaba su cuerpo, no sintió más que suaves texturas algodonadas que se deshacían al rozarlas con los dedos. La voz quedó envuelta por los contornos de una figura emborronada por el fulgor de haces lumínicas que se descomponían en colores. Apretó los ojos y, como si por ellos pudiera oír lo que decía, se concentró en cada palabra.

—Ricardo. —Sostuvo su nombre con las manos hasta que desapareció y volvió a escuchar—: Ricardo.

Sintió que era devuelto a la materia y que caía a un suelo de piedras frías, sobre el que puso las palmas de sus manos. Las sintió húmedas y rugosas, como el granito sin pulir. Y aquella voz, insistente y quejumbrosa, repitió su nombre hasta que el sonido hizo eco en repentinas paredes que se elevaron y que devolvieron cada palabra una y otra vez. Ricardo se sintió observado. Pudo ver a quienes lo miraban sin ser capaz de precisar en su mente las

formas exactas de aquellos rostros que, a poco más de un metro, permanecían expectantes, como a la espera de que se moviera o dijera algo. Quiso hablar. Quiso preguntar quiénes eran y por qué lo miraban así, pero sus labios no se movían, no querían pertenecerle. Se concentró en sus párpados, pero los sintió tan pesados que no pudo más que entreabrirlos. Pudo ver los trazos oscuros y borrosos de sus propias pestañas, hasta que la luz definió las caras de las atentas observadoras.

Ricardo desistió, al no brotar de su boca más que algún balbuceo, e intentó asentir con la cabeza hasta que consiguió hacerse entender. La oía. Oía aquella voz familiar. No supo atribuirle ninguna cualidad a la persona que la emitía, ningún nombre que le permitiera disminuir los efectos del trance que lo envolvía todo de incertidumbre y sorda desesperación inmediata. Se sintió abrazado, besado, cubierto de alegría ajena, pero hueco, como una figura de porcelana que hubiesen roto al dejarla caer de una mesa y que se hubiese visto obligada a derramar el vacío que la llenaba al romperse en varios trozos.

«Médico», oyó Ricardo. Ha dicho médico, se repitió. ¿Qué médico? Se preguntó. Dejé a Pilar en la fiesta, pensó. Que alguien la avise, quiso gritar. Volteó la cabeza y al hacerlo sintió debajo lo que le pareció una almohada. La voz que avisó de la llegada del médico se mezcló con el recuerdo de las voces que lo habían acompañado en sus últimos días. Estaban todas las voces allí y al mismo tiempo ninguna de ellas. Quiso dejarse ir, salir de allí por donde había venido y volver a la fiesta. Alguien lo tocó. Sí, me están tocando, pensó. Entreabrió de nuevo los ojos, agotando la fuerza que le restaba, y comprobó que un hombre, de complexión gruesa y pelo cano, acercaba a su cara un extraño aparato luminoso.

Ese lunes…

Baldomero recogió uno de los dosieres que se acumulaban en el mostrador de las enfermeras. Ojeó por encima las anotaciones de la primera página y miró a su alrededor en busca de alguno de sus residentes. Terminó el café de la máquina y arrojó el vaso de plástico a una pequeña papelera. No había sido una operación muy larga, pero lo suficiente para necesitar dejarse caer en una cama durante unas horas. Pero lo que leyó en el expediente lo excitó más de lo que podría hacerlo la cafeína. Cerró el expediente y lo puso bajo el brazo. Se dirigió con premura a uno de los corredores laterales de la planta y alzó la mano cuando vio a quien buscaba, que se acercó de inmediato.

—Mira —dijo Baldomero mostrando el expediente y señalando un pósit.

—¡Es increíble!

—Voy a la habitación, ¿me acompañas?

—Solo tengo que dejarle esto al de la trescientos veinte y voy contigo. Tardo un minuto.

—Te espero en los ascensores. Y avisa a los demás.

Baldomero buscó en sus bolsillos la gruesa libreta que siempre llevaba encima, como hacía después de cada operación, temiendo que se le hubiese caído al cambiarse. La abrió y rebuscó con prisas entre las anotaciones desordenadas hasta que dio con la que recordaba haber escrito hacía tres meses: «Saldrá. Tiene mucho que dar. Saldrá». Miró a su alrededor y comprobó que nadie lo observaba durante aquel íntimo receso que se había dado y que tanto necesitaba. Sintió un escalofrío que le recordó de un golpe, con la inmediatez que un interruptor enciende una bombilla, por qué decidió dedicar su vida a la neurocirugía. «Aquí es donde todos los milagros ocurren», decía a sus alumnos llevando su dedo índice a la frente.

—Ya estoy aquí. ¿Cuántos días ha estado? —dijo al pulsar el botón del ascensor.

—Acabo de mirarlo —contestó Baldomero—. Noventa y nueve en coma. En el estado en que está desde la intervención lleva hoy siete días.

—Te dije que lo conseguirías. Tenía que funcionar —dijo Pilar.

—Hay que hablar con su familia —dijo Baldomero.

—La madre siempre está con él.

—Quiero empezar cuanto antes con la rehabilitación. ¿Estás nerviosa?

—Mucho.

—La neurología es así. ¿Me equivoqué?

—Nunca te equivocas, papá.

Cuando salieron del ascensor, cuatro batas blancas taponaban la puerta de la habitación quinientos veintidós. Más residentes se acercaban a paso ligero y el revuelo alertó a los familiares de otros ingresados de la planta, que se asomaban con discreción a lo largo del pasillo. Baldomero y Pilar se abrieron paso y entraron en la habitación, mientras los demás permanecieron

asomados. Ricardo parecía dormido. Su madre se levantó de un cómodo butacón marrón.

—Ha movido la cabeza más que nunca —aseveró Cristina—. Ha dicho tres o cuatro palabras seguidas, con los ojos abiertos y después ha dicho puerta.

—¿Puerta? —preguntó Pilar.

—Puerta —contestó—. Ha gritado: puerta, puerta. Y ahí sigue, con los ojos abiertos.

—Cristina, salga usted al pasillo o baje a tomarse algo —dijo Baldomero.

—Pero es que me quiero…

—No se preocupe, Cristina —dijo Pilar—. Déjenos con él unos minutos y mandaré que la avisen cuando acabemos, para explicarle cuáles son los pasos que daremos a partir de hoy, en cuanto sepamos el estado en que se encuentra.

Tres jóvenes residentes aguardaban las indicaciones y comentarios de Baldomero, dispuestos a uno de los lados de una de las dos camas de la habitación número dos del área de Vigilancia Intensiva de Neurología. El intensivista revisaba con Pilar los últimos datos arrojados por los análisis, mientras una de las enfermeras retiraba el brazalete del tensiómetro y medía la temperatura de Ricardo con un termómetro de infrarrojos. Después, Pilar acercó su linterna y exploró el reflejo pupilar.

—El paciente se llama Ricardo —dijo Pilar dirigiéndose a los residentes—. Se dirigía al funeral de su padre cuando tuvo un accidente con la moto, hace más de tres meses. Ingresó en coma por TCE severo. Se le intervino para reducir la presión intracraneal.

—Hace dos semanas se tomó la decisión de intervenir al paciente para probar un procedimiento de estimulación nerviosa —siguió Baldomero.

—Así es. —dijo Pilar—. Habíamos hecho intervenciones parecidas con pacientes depresivos profundos, pero es el primer caso en el que mi padre… perdona —dijo mirando a Baldomero—. No le gusta que lo llame así… Es el primer paciente en coma al que el doctor Hidalgo somete a este tratamiento de estimulación del nervio vago. Se realizó una incisión de cinco centímetros para colocar el dispositivo en esta zona. —Pilar señaló el cuello de Ricardo—. El cable del electrodo se fijó al músculo esternocleidomastoideo y bajo la piel se colocó el electroestimulador.

—Desde tan solo unas horas después —añadió Baldomero—, el paciente comenzó a mostrar respuestas que han ido siendo más intensas y variadas a medida que avanzaba la semana. Presenta estados de vigilia y sueño y realiza leves movimientos oculares de seguimiento.

—¿Se ha despertado en algún momento o ha hablado? —preguntó uno de los jóvenes.

—Hace movimientos con la cabeza —aclaró Baldomero—. Sigue con la vista a quienes entran en la habitación, sobre todo durante las primeras horas del día. Ha pronunciado palabras sueltas, pero ininteligibles. Pero lo importante es el tránsito desde un estado comatoso, de cinco puntos en la

escala de Glasgow, a un estado de vigilia-sueño, con recuperación de cierto grado de conciencia. Además, no requiere respiración asistida desde el lunes. Pueden consultar su EEG para comprobar su mejora.

Los residentes abandonaron con Baldomero la habitación y una de las enfermeras, por indicación de Pilar, avisó a la madre de Ricardo, que esperaba en los pasillos de neurología. Pilar se tomó diez minutos más de los que solía llevarle informar a un familiar de cualquier cambio que presentase un paciente.

—Hay mejorías, Cristina. Muchas. Es pronto para decir cómo evolucionará, pero a partir de mañana comenzaremos con la rehabilitación y el neuropsicólogo. Eso es lo que puedo decirte por ahora. Lo que pase y cuánto tarde en pasar depende de factores que, por desgracia, no podemos prever. Habrá que confiar en que la mejoría llame a la mejoría y la estimulación traiga más cambios que nos den más información.

—¿Puedo seguir hablándole?

—Tú sigue como hasta ahora y que las visitas hagan lo mismo. Que sigan viniendo. Si no recuerdo mal, Ricardo tiene dos hijos, ¿verdad?

—Sí, un niño y una niña, que son muy…

—Que vengan.

—Es que la madre no ha querido traerlos para que no lo vean así.

—Pues llámela y le dice…

—Están divorciados —aclaró Cristina.

—Usted la llama y le dice que estamos en un punto en el que puede ser muy beneficioso para Ricardo oír las voces de sus hijos. A un paciente que está en el estado de conciencia que está Ricardo ahora, sabemos que puede ayudarle que a su alrededor haya un ambiente familiar, cordial.

—¿Quién eres? — susurró Ricardo.

Acostumbrada a los balbuceos que Ricardo emitió cuando le fueron haciendo los chequeos durante la semana, Pilar tardó en reaccionar.

—Soy neuróloga. Me llamo Pilar. Ella es tu madre. Se llama Cristina.

—Tengo sed.

—Es normal que la tengas.

Pilar siguió haciéndole preguntas, pero Ricardo no respondió ninguna más. Era habitual que hiciera movimientos con los ojos y siguiera a las personas que lo visitaban; que moviera la mano sobre su cuerpo o indicara la ventana con el índice; que pronunciara alguna palabra aislada o varias inconexas e incluso, como había ocurrido alguna vez, que pareciera que podía entender lo que se le decía. Cuando se volvió hacia Cristina, la encontró sumida en un llanto sordo y tras invitarla a sentarse en un sillón, trató de calmarla durante unos minutos.

«Llamo a mi padre y no me lo coge. Llamo a Cristina y no me lo coge. Pilar no deja de insistir en que abra la puerta. No sé por qué he venido a esta fiesta en vez de ir a casa de mi hermana… ¿cómo se llama mi hermana?

Tengo sed y me duele la cabeza. Estoy cansado… Si pudiera abrazar a Cristina le pediría perdón por todo lo que le he hecho. No me acuerdo del día en que conocí a Pedro. Fue en el instituto. Teníamos clase de inglés y un sustituto borde y maleducado me echó de clase por pasarle una nota a un compañero. A él lo habían echado de la clase de matemáticas por el mismo motivo. Desde ese día, pasábamos todas las tardes entre la biblioteca del instituto y el jardín de la parte de atrás del edificio, donde solo transitaba de vez en cuando el hombre de mantenimiento. No sé dónde está Pedro. Al final no me llamó para recoger la moto. ¿Dónde está mi moto? No he venido en moto, he venido en coche. La luz que entra por la puerta del baño es cada vez más fuerte. Tengo calor. Ya no tengo fuerzas ni para hablar. No puedo quedarme el resto del sábado sentado en el suelo de un baño en casa de personas a las que acabo de conocer. Baldomero es un hombre sensato, pero estoy dando el espectáculo en su casa. Le caigo bien, lo sé. Me mira como si la cayera bien. ¿Qué día es hoy? ¿Sábado? Tengo que reunir fuerzas y pedirle a Pilar que no deje de hablarme. Su voz al otro lado es lo único que me tranquiliza. Es la primera vez que tengo ataques de pánico… No es verdad, los has tenido antes, cuando te dejó… ¿cómo se llamaba? No puedo pensar con el corazón golpeándome el pecho de esta forma».

Cristina, como cada tarde, corrió las cortinas de la habitación. El trasiego hospitalario le había hecho compañía durante meses y había trabado amistad con algunos de los familiares de pacientes que habían pasado por la cama adyacente a la de su hijo. No había tenido tiempo, ni se había permitido tomárselo, para asimilar que José Antonio había muerto el mismo día en el que Ricardo tuvo el fatídico accidente que lo había postrado en una cama. Las primeras semanas tuvo la sensación de que la habitación se había convertido en un velatorio y el hospital en un tanatorio al que familiares y amigos acudían para darle el pésame, más que porque les preocupara Ricardo o cómo se encontraba ella.

La noticia de que Ricardo había pronunciado algunas palabras después de tres meses llegó a oídos de todos sus amigos y conocidos en menos de una hora. Cristina supo que los más allegados comenzarían a desfilar por la habitación desde esa misma tarde y que no habría forma de impedirlo.

—Hola, Cristina —La voz irrumpió en la habitación con tal decisión que Cristina se sobresaltó en la silla, como si la hubiesen despertado con brusquedad de un duermevela—. Perdona, te he asustado.

—No te preocupes. Pasa, Miriam, no te quedes ahí.

—Solo quería darte un beso y ver cómo sigue. ¿Es verdad que ya habla?

—No habla, no. Solo ha dicho una frase esta mañana, pero según la neuróloga, nada relevante todavía. Estamos mejor que ayer, pero no sabemos cuánto tardará. ¿Pedro no viene contigo?

—No. Está en casa, con gripe. Lleva tres días con fiebre.

—Dale un beso de mi parte.

—¡Desde lo de Ricardo está más raro! Solo quiere devolverle la moto. Es como si se negara a admitir que su amigo está como está y lo único que le preocupara es que le dejó su moto y no se la ha devuelto.

—Hace mucho que no viene. No le digas nada, por favor. No quiero que se sienta en la obligación.

—Es como si se negara a admitir que ha ocurrido.

—Te agradezco que hayas venido, no tenías que haberte molestado —dijo Cristina.

—No es nada. Además, tengo una reunión aquí al lado dentro de quince minutos y me venía bien. Por las mañanas es más complicado.

—¿Te ha llamado su hermano? —Cristina miró a Ricardo.

—¿Cuál de ellos?

—Javier. O Diego, no sé. ¿Te han llamado?

—Con Javier hablé la semana pasada. De Diego no sé nada desde el día del funeral.

—¿Te ha dicho algo?

—Nada nuevo. Insiste en su idea de dividir los activos y disolver las tres empresas. Como no hay manera de que entre en razón y no parece que esté dispuesto a esperar que salgamos de…, le he dicho que no me llame más. Que hablaré con su abogado si hace falta, un tal…

—Francisco.

—Francisco, sí.

—Eso me tiene muy preocupada.

—Pues no te preocupes —Miriam puso su mano derecha en el hombro de Cristina—. Olvídate de eso ahora y déjame que yo me ocupe.

—Pero es que… ¡No lo entiendo! Si no hubiera nada, no habría problema.

—Creo que es más complicado que el dinero. Hay más cosas en juego para ellos. Orgullo, supongo.

—Pero, ¿qué orgullo, Miriam? ¡¿Qué orgullo?! Lo único que ha hecho Ricardo ha sido mediar entre ellos. Portarse como un hermano y tratar de llevarse bien y no exigir nada más que lo que le correspondía.

—Si ya lo sé —dijo Miriam sin parecer condescendiente—. Pero, entre que José Antonio no ayudaba y que tienen la madre que tienen…

—Tuvo la desfachatez de venir a ver a Ricardo.

—¿Sonia?

—Sí. La muy… Se quedó ahí plantada, donde estás tú, con la cara esa que tiene de… No vienen sus hijos a ver a su hermano y tiene que venir la madre. Imagínate mi cara cuando la vi aparecer.

—¿No la habías vuelto a ver?

—Muy pocas veces. En la boda de Ricardo creo que fue la última vez —aclaró Cristina.

—Yo no os conocía todavía.

—No te quiero entretener, que tienes una reunión. Muchísimas gracias por todo lo que estás haciendo, Miriam —Cristina le dio dos besos en las

mejillas—. Si la viuda de mi ex marido… me suena mejor eso que decir Sonia… Si esa se pone en contacto contigo, por favor, dímelo.

—No creo que lo haga, pero si ocurriera, te llamaría enseguida. Espero que pronto nos des buenas noticias.

Este lunes…

A las siete de la mañana, las primeras luces del día ya se abrían camino entre las lamas de la persiana. Una enfermera, en cuya identificación podía leerse Rocío, cambió las bolsas de suero y medicamentos a Ricardo, único ocupante de la habitación hasta que se produzca el siguiente ingreso. Le recordó a Cristina que sobre las diez de la mañana se pasaría con su compañera para el lavado y cambio de sábanas. Bajó para tomarse un café en la cafetería que abría más temprano, justo en frente del hospital, llena siempre de familiares de enfermos ingresados y de enfermeras y médicos ojeando el periódico o formando corros fuera, en torno a mesas altas, soplando el café y comiendo la primera tostada del día. Se había acostumbrado al devenir de mañanas todas iguales y a confundir las fechas y los días de la semana. A media mañana, cuando no había novedades –nunca las hubo los dos primeros meses–, Cristina se marchaba a su casa para ducharse, cambiarse y comer algo antes de volver otra vez a las cuatro paredes de la habitación del hospital.

Este lunes no tendría por qué haber sido distinto a tantos otros lunes anteriores. El fin de semana había sido tan tranquilo como los demás. Ricardo seguía pronunciando palabras sueltas, diciendo nombres y siguiendo con la mirada a quienes lo visitaban, tanto como podía permanecer con los ojos cerrados y sin decir nada durante horas o días. Cristina pensó en sus nietos y en cómo Dael se había negado a que visitasen a su padre en el hospital. Al menos tuvo la decencia, pensó, de decírselo en persona. Pensó en la vida de su hijo desde que Dael decidió romper la relación. Nunca llegó a enterarse de lo que pasó y el hermetismo de su hijo no la ayudó a comprender las razones últimas de tan precipitada decisión, al menos de cara a los que creían que la pareja estaba bien avenida. Tres meses había sido tiempo más que suficiente para poner a prueba su paciencia y para reflexionar sobre todo lo que no entendía de su vida y de la de Ricardo. Las charlas con un Ricardo que parecía dormir plácidamente le habían permitido encontrar una forma de comunicarse con él que nunca se planteó como viable. Tanto le habló y habló y pidió a quienes lo visitaban que le hablaran, que llegó a convencerse de que todo ese esfuerzo transformaría al Ricardo que despertase después de tantos días en una persona distinta. Como si tuviese la oportunidad de renacer libre de las pesadas cargas que la vida, irregular a sus ojos, había acumulado sobre sus espaldas.

Lo lavaron Rocío y Mane y, como cada lunes, cortaron sus uñas y su pelo, hidrataron su cuerpo y le dieron leves masajes en las piernas. Pilar se pasó dos veces. Una, para comentar con Cristina los horarios de la rehabilitación y los objetivos que pretendían conseguir; la otra, para examinar a Ricardo. Solo la voz de Pilar conseguía que Ricardo hiciera esfuerzos -involuntarios e inconscientes, según aseveraba Baldomero cuando tenía ocasión-, por balbucear e incluso pronunciar con claridad palabras inteligibles. Pilar le

preguntó por sus hijos y Cristina, a la que el tiempo había unido a la joven neuróloga más que a muchas de sus viejas amistades, no escatimó en detalles sobre la relación que unía a Ricardo con su exmujer –no era la primera vez que surgía el tema–, ni sobre las dificultades que pasó para criar a Ricardo sola, ni sobre las diferencias que lo separaban de sus hermanos pequeños, ni sobre aspectos de su intimidad familiar que Pilar hubiese preferido no saber, como la relación extramatrimonial que mantuvo su marido durante diez años con Sonia, su mejor amiga.

Ricardo abrió los ojos y miró con fijeza los de Pilar que, acostumbrada y sin sobresalto, lo saludó con ternura. Trató de que siguiera su dedo, pero Ricardo permaneció con la mirada inmóvil. Cristina siguió hablando y hablando sobre lo duro que le resultó a Ricardo pagarse los estudios trabajando como monitor deportivo en un club y de cómo puso todo su empeño en terminar la carrera universitaria que siempre quiso hacer. Le contó que todo su afán durante la infancia fue estudiar arquitectura para construir un hospital y que no paró hasta que lo consiguió, pero que nunca podría haberse imaginado que terminaría ocupando una habitación del hospital que él mismo diseñó. Ricardo parpadeó varias veces, lo que llamó tanto la atención de Pilar que de inmediato dejó de realizar el chequeo y se retiró unos centímetros de la cama, solicitando con la mano a Cristina que continuara hablando. Ricardo movió el cuello, tan despacio que les costó apreciarlo en principio, hasta que terminó enfrentando su mirada con la de su madre, momento en el que un silencio sepulcral se apoderó de la estancia.

—No le gusto a la muerte —dijo Ricardo.

Sevilla, febrero de 2018